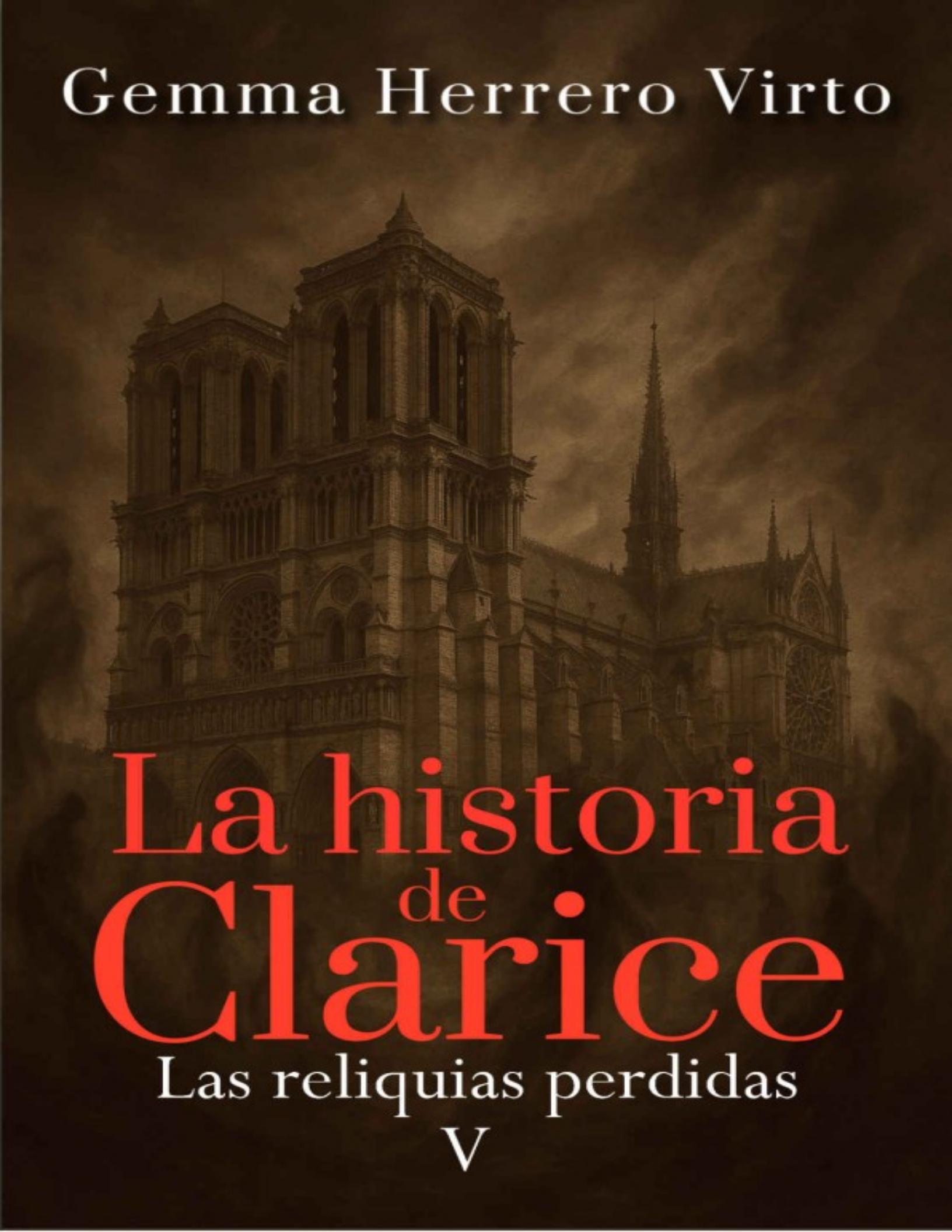
Gemma Herrero Virto



La historia de Clarice

Las reliquias perdidas

V

TOP SECRET
DIVISIÓN
OpenMind
CLASSIFIED

La historia de Clarice

V. Las reliquias perdidas

Gemma Herrero Virto

Copyright 2025 Gemma Herrero Virto

Título: La historia de Clarice V: Las reliquias perdidas

Autor: Gemma Herrero Virto
Diseño de portada: Gemma Herrero Virto
Revisión: Laura Duque Jaenes
Diseño de logotipo División OpenMind: Lidia S. Balado

Página web: www.gemmaherrerovirto.es
Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
Instagram: gemma_herrero_virto
Email: info@gemmaherrerovirto.es

Copyright de la presente edición: © 2025 Gemma Herrero Virto
N. º de registro: irLzdBe2-2025-04-02T22:57:38.573
Fecha de publicación: 1 de julio de 2025

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A toda esa gente que, a día de hoy, sigue luchando contra la intolerancia y la injusticia.

La guerra no es una aventura. Es una enfermedad.

Antoine de Saint-Exupéry

Nota de la autora

Quiero agradecerte que hayas comprado esta novela regalándote este ebook:



Un viaje inolvidable a los años 80: aventuras, fenómenos paranormales, paisajes increíbles, buena música y una historia de amor como nunca has vivido. ¿Te lo vas a perder?

Para llevarte esta novela de regalo, tan solo tienes que pulsar en la portada o escanear este código QR.



Índice

Nota de la autora

Bletchley Park (Buckinghamshire),

Mayo de 1944

- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro

Italia,

Mayo de 1944

- Capítulo uno
- Capítulo dos

Francia,

1 de junio de 1944

- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro

Roma,

2 de junio de 1944

- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres

París,

3 de junio de 1944

- Capítulo uno
- Capítulo dos

Capítulo tres
Capítulo cuatro
Roma,
4 de junio de 1944
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
París,
4 de junio de 1944
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Roma,
5 de junio de 1944
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
París,
6 de junio de 1944
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Colditz,
6 de junio de 1944
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres

Capítulo cuatro
París,
6 de junio de 1944
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Colditz,
6 de junio de 1944
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Bletchley Park (Buckinghamshire),
Junio de 1944
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Otras obras de la autora
Los crímenes del lago
Criaturas malditas

Bletchley Park (Buckinghamshire), Mayo de 1944


Alfred

Capítulo uno

Cuando escuchó los dos enérgicos golpes en la puerta, Alfred supo de inmediato que era Clarice la que estaba al otro lado. Nadie llamaba con tanta seguridad, como si pensara sin la menor duda que tenía todo el derecho del mundo para entrar en su despacho. Alfred carraspeó y tomó aire, preparándose para una reunión que sabía que no iba a ser fácil, antes de permitir el paso.

La puerta se abrió y, tal como había sospechado, Clarice entró la primera seguida de sus tres compañeros. Alfred les señaló las cuatro sillas que había preparado para ellos. Se sentaron de forma atropellada y se quedaron mirándole ilusionados, como niños que esperasen sus regalos la mañana de Navidad. Él carraspeó de nuevo para tratar de ganar tiempo, ordenó en un montón los papeles que tenía desperdigados sobre su escritorio y, finalmente, les dirigió una sonrisa de disculpa.

—Os he llamado porque, como ya sabréis, llevamos un tiempo esperando a que desde arriba nos señalen un objetivo y nos den permiso para actuar… —Empezó con tono dubitativo.

—Un tiempo no —le cortó Clarice—. Vamos a ser precisos: más de dos meses. Llevamos más de dos meses sin hacer nada mientras los nazis se nos adelantan.

—¿Vamos a volver a tener la misma discusión, Clarice? —preguntó Alfred, aburrido.

—La tendremos las veces que sean necesarias hasta que la situación cambie —insistió ella golpeando con su dedo índice sobre la superficie del escritorio para imprimir más fuerza a sus palabras—. No lo entiendo. Les hemos explicado lo que pretende la Ahnenerbe, les hemos entregado documentación sobre cuáles pueden ser sus próximos objetivos y creo que hemos dejado claro que es urgente, incluso vital, que nos adelantemos a ellos… Y, en lugar de actuar, llevamos semanas y semanas sin hacer absolutamente nada.

—Sabes que esto no está siendo fácil. —Alfred le pidió tiempo con un gesto—. No ha sido nada sencillo explicarles a nuestros inmediatos superiores lo que está pasando. Si intentas verlo desde fuera, desde los ojos de alguien que no crea en la magia y en los fenómenos sobrenaturales, comprenderás que es complicado pensar que la Ahnenerbe está embarcada en una búsqueda de objetos legendarios para utilizarlos en un ritual de magia negra que va a levantar a todos los soldados muertos del continente para que luchen a favor de Hitler.

—Incluso a mí me resulta difícil creerlo —intervino Nigel, encogiéndose de hombros—. Si lo oyes tal y como lo acabas de decir, suena al delirio de un loco.

—Pero sabéis que es verdad —protestó Clarice.

—Sí, nosotros sí, pero ha sido muy difícil convencer a los altos mandos de Bletchley Park, que estos se lo creyeran hasta el punto de querer compartir esa información con sus superiores del MI6 y que estos también se lo hayan creído y hayan llevado esa información a instancias superiores… Quizá Churchill, quizá el mismísimo rey…

—Me da igual lo importante que sea esa gente. Más importante aún es que nos crean. —Clarice se puso en pie para reafirmar sus palabras—. Estamos hablando del futuro de esta guerra, quizá del destino del mundo entero.

—Clarice, nosotros te creemos. —Irma tiró de su mano e hizo que volviera a sentarse—. Estamos de tu parte.

—Y, aunque ha sido muy difícil y ha llevado tiempo, parece que nuestros superiores por fin nos creen. —Alfred sonrió satisfecho—. De hecho, os he llamado para informaros de que nuestra próxima operación ya está en marcha.

—¿Y en qué consiste? —preguntó Nigel.

Alfred tomó una profunda bocanada de aire y lo contuvo en su pecho durante unos segundos, como si pretendiera con ello detener el tiempo. Finalmente, lanzó un suspiro y negó con la cabeza.

—La verdad es que no tengo ni idea. Me han dicho que tienen que ultimar detalles, escoger objetivos…

—Vamos, que va para largo. —Clarice apoyó los codos en la mesa y lanzó un bufido.

—No te desesperes —la consoló Wendy con su dulce voz—. Si nos están avisando de que la operación ya está en marcha es para que estemos preparados. Seguro que nos ponemos en marcha en unos días.

—Es que no nos sobran unos días. —Volvió a quejarse—. Mientras nosotros estamos aquí sin hacer nada, los nazis están consiguiendo esos artefactos. Ya nos llevaban mucha ventaja y cada

día que pasa nos sacan más. Ni siquiera sabemos cuántos artefactos tienen ya y si les será suficiente con ellos…

—Por eso no merece la pena desesperarse —la cortó Irma—. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para detenerlos. No se nos puede pedir más.

—Pero es que llevamos más de dos meses para convencer a unos cuantos oficiales cerrados de mente de que lo que contamos es cierto…

Alfred sintió que su paciencia empezaba a colmarse. Comprendía la urgencia de Clarice. De hecho, él también la sentía. Sin embargo, ella no estaba siendo justa. Protestar a cualquier palabra que él dijera no era la mejor forma de apoyarle… y le habría venido muy bien su apoyo para mantener al grupo motivado.

—No es cierto que no estemos haciendo nada, Clarice. Tenemos a todo nuestro equipo de documentación estudiando los cuadernos de tu amiga Hélène, investigando antiguas leyendas, traduciendo manuscritos… Tienes a las mentes más brillantes y preparadas de todo el país tratando de averiguar cuáles de esos objetos legendarios son auténticos y dónde pueden estar. Que nosotros no nos hayamos movido de aquí no quiere decir que estemos sin hacer nada —la reprendió Alfred—. Tal como ha dicho Wendy, lo mejor que podemos hacer es pensar que nos pondremos en marcha en cuestión de días y prepararnos para ello.

Esperó hasta que todos asintieron antes de mirarla fijamente, como si esperase que ella también mostrara que estaba de acuerdo. Clarice resopló para dejar constancia de que seguía molesta, pero acabó asintiendo.

—Perfecto, os avisaré en cuanto tenga noticias. Ya podéis marcharos a casa. Y avisad a los demás de que la jornada ha terminado por hoy. —Cuando se levantaron para salir del despacho, carraspeó y volvió a hablar con los ojos fijos en el taco de papeles que tenía sobre el escritorio—. Tú no te vayas, Clarice. Tengo algo importante que tratar contigo.

Sus tres compañeros se giraron hacia ella. Irma y Nigel la miraron preocupados, seguramente temiendo que él fuera a echarle un discurso sobre su indignante desobediencia. Sin embargo, no le gustó la forma en la que se les quedó mirando Wendy. Captó un brillo de duda en su mirada. Aquella chica podía ver sus auras, saber cómo se sentían en realidad… Si aún no había adivinado la verdadera relación que existía entre ellos, no tardaría mucho en hacerlo.

En cuanto los tres salieron del despacho y cerraron la puerta, Alfred rodeó su mesa y tiró de las manos de Clarice para hacer que sus cuerpos se estamparan uno contra el otro. No pasó ni un segundo antes de que sus bocas se unieran para devorarse con un ansía enfermiza, con un hambre insaciable…

—Cada día me es más difícil fingir —susurró entre gemidos mientras recorría el cuello de Clarice con sus labios—. Cualquier día no podré contenerme y me lanzaré sobre ti sin importarme que estén delante.

—Eres demasiado caballeroso para eso —se burló Clarice—. Llevamos semanas aquí y casi no hemos podido estar solos. ¿No podríamos dejar de fingir y pedir que nos den una habitación para los dos?

—Se supone que sigues siendo virgen, Clarice. —Alfred dejó de acariciarla y la miró como si se hubiera vuelto loca—. ¿Te imaginas lo que pasaría si se enteraran de que has perdido tus poderes?

—Podemos explicarles lo que pasó. Estoy segura de que lo entenderían.

Ella se sentó sobre la mesa del despacho y le dirigió un mohín apenado. Él sonrió y negó con la cabeza, pero volvió a acercarse.

—Estaría dispuesto a arriesgarme a un consejo de guerra por estar contigo, pero no pienso arriesgarte a ti. —La miró fijamente a los ojos para que viera que hablaba en serio.

—¡Por Dios, Alfred! Aunque ya no pueda ver a los muertos, me siguen necesitando. —Soltó una risa—. ¿Qué van a hacer? ¿Fusilarme?

—Podrían decidir que ya no eres útil para la División y enviarte de vuelta a los Estados Unidos. —La atrajo hacia su cuerpo y la abrazó con fuerza, como si sintiera miedo de que pudieran separarles—. Y eso para mí sería peor que una condena a muerte. Ya sé que a ti te haría ilusión librarte de todo esto…

Clarice selló sus labios con un nuevo beso, como si intentara que dejara de decir tonterías.

—No quiero marcharme —susurró en su oído—. Sigo odiando Inglaterra con toda la fuerza de mi ser, pero es mucho menos horrible contigo.

—Entonces habrá que aguantar. Tenemos que seguir siendo discretos…

Un par de golpes en la puerta les hicieron dar un respingo. Alfred resopló y negó con la cabeza. ¿Qué es lo que no había entendido aquella gente cuando les había dicho que la jornada de trabajo había acabado? Se colocó bien la ropa y el pelo mientras Clarice hacía lo mismo. Cuando ella se bajó del escritorio y le hizo una seña con la cabeza para avisar de que estaba preparada, él abrió la puerta, dispuesto a echar de mala manera a quien se hubiera atrevido a interrumpirles, pero se encontró con un soldado al que no conocía. Miró por encima de su hombro para comprobar que, tal y como había pensado, ya no quedaba nadie más en el sótano aparte de ellos.

—¿Teniente Mitchell? —preguntó el soldado tras cuadrarse y hacer el saludo militar.

—Sí, soy yo.

—El comandante Travis solicita su presencia inmediata en la cabaña número cuatro para una reunión de la máxima importancia. —El soldado miró al interior del despacho y sonrió al descubrir a Clarice—. También me habían encargado avisar a la señorita Cooper para la reunión, así que me alegro de haberles encontrado juntos.

Alfred se extrañó. ¿Una reunión a esas horas? Además, la cabaña número cuatro se utilizaba para analizar y descifrar comunicaciones navales, algo con lo que él y su equipo no tenían nada que ver. Estaba seguro de que el joven que tenía delante no sabría decirle el motivo de la reunión, así que se limitó a asentir y a recoger su chaqueta.

—Vamos de inmediato. Muchas gracias por el aviso.

El soldado se cuadró y se marchó. Alfred se giró hacia Clarice y le indicó con un gesto que le acompañara. Ambos salieron de la mansión a paso rápido, pero nada más cruzar la puerta, Clarice se detuvo y le miró con un gesto de preocupación en el rostro.

—¿Tú crees que nos han descubierto?

—No, no creo que sea eso —la consoló dirigiéndole una sonrisa que esperaba que resultara sincera—. ¿Quién sabe? Quizá sean las órdenes que estábamos esperando.

Ella le devolvió la sonrisa y asintió, aunque la sombra de la inquietud no desapareció de sus ojos. Por suerte, la cabaña número cuatro quedaba muy cerca de la mansión. Era una construcción casi adyacente al edificio principal rodeada de bosque por la parte trasera. Volvió a preguntarse por qué les habrían citado allí. Teniendo en cuenta lo discreto del lugar y lo intempestivo de la hora, tenía que ser algo muy urgente… o muy secreto.

Vislumbró un coche aparcado entre los árboles. Parecía grande y lujoso. A pesar de que sabía que les estaban esperando, se llevó un dedo a los labios para pedirle a Clarice que se mantuviera en silencio y se acercó un poco, aprovechando la oscuridad para esconderse entre la maleza y echar un vistazo. Escuchó el sonido de unos pasos que hicieron crujir las hojas secas del suelo y se ocultó tras el tronco de un árbol para espiar desde allí. El causante del ruido era un hombre joven, ataviado con un impecable traje de chófer, que acababa de sentarse sobre el capó para fumar un cigarrillo. El coche era un Daimber DB 18, un automóvil elegante y exclusivo al alcance de muy poca gente. No sabía con quién tenía

que reunirse, pero debía de ser alguien muy importante a quien no convendría hacer esperar.

Tratando de no hacer ruido, retrocedió sobre sus pasos hasta reunirse de nuevo con Clarice. Ella le siguió en silencio durante unos segundos, antes de agarrarle para que se detuviera y hablarle en susurros.

—¿No me vas a decir lo que has visto? —preguntó impaciente.

—Hay un coche muy lujoso escondido ahí…

—¿En el bosque?

—Sí, hay una carretera secreta por la que entran algunos motoristas con los despachos más confidenciales… —Él volvió a ponerse en marcha hacia la cabaña—. La persona que ha venido en ese coche no quería que nadie le viera…

—Me estoy poniendo nerviosa…

—Lo mejor será que entremos y salgamos de dudas. —Alfred se colocó frente a la puerta y levantó el puño—. ¿Preparada?

Clarice asintió. Tras dar un par de golpes, la puerta se abrió y un soldado, armado con un fusil de asalto, ocupó por completo el umbral. Los miró de arriba abajo con una expresión tan hostil que Alfred no supo qué decir. Por suerte, el comandante Travis apareció a su lado y, tras empujar con suavidad al guardia para que se apartara, les recibió con una sonrisa.

—El teniente Mitchell y la señorita Cooper —anunció girándose hacia el interior de la cabaña—. Por fin estamos todos. Podemos empezar.

El comandante les hizo una seña para invitarlos a entrar. En cuanto la puerta se cerró a su espalda, paseó su mirada por el lugar y se sorprendió de dos cosas. La primera, que habían retirado hacia los lados los escritorios en los que solía trabajar la gente asignada a aquella cabaña para sustituirlos por una mesa de reuniones rodeada de elegantes sillas. La segunda, que le convenció de que estaban a punto de discutir algo realmente importante, fue la persona que presidía dicha mesa: el primer ministro del Reino Unido, Winston Churchill.


Tarice

Capítulo dos

Mientras me dirigía hacia una de las dos sillas libres, paseé la mirada por los asistentes a la reunión. Me sorprendió reconocerlos a todos: El primer ministro Churchill, al que conocimos al investigar las misteriosas muertes de los cuervos de la Torre de Londres; el comandante Travis, director de Blechtley Park; el brigadier Crockatt, líder del MI9 y John Chadwick, un joven lingüista que trabajaba con nosotros en la División OpenMind. Le miré intrigada, enarcando una ceja para preguntarle sin palabras qué hacía allí, pero él se limitó a negar con la cabeza y encogerse de hombros.

—Bienvenidos. Ya podemos comenzar la reunión.

Era la voz áspera y ronca de Churchill la que había roto el silencio. Todos nos giramos hacia él, atentos a sus palabras, pero él se mantuvo casi un minuto en completo silencio, llenando el aire con las volutas de color gris azulado de su puro mientras repasaba las páginas del informe que tenía sobre la mesa. Cuando volvió a alzar la mirada, la clavó en mí con el ceño fruncido.

—Todo lo que está escrito aquí es tan increíble… —dijo casi en un susurro, como si estuviera compartiendo un secreto—. Magia negra, antiguos rituales, los nazis tratando de levantar a los muertos de ambos bandos y ponerlos bajo su control… Es una locura.

—Lo sé, señor —interrumpió Alfred—, pero podemos asegurarle que es la pura verdad.

—No estoy hablando con usted, teniente —le cortó el primer ministro, haciendo que Alfred se disculpara entre susurros y bajara la cabeza avergonzado—. Según este informe, usted, señorita Cooper, se infiltró junto a dos agentes americanos en el Nido del Águila y consiguieron leerle la mente a Himmler.

—Sí —contesté con voz temblorosa—. También se la leímos a Hitler, pero no pudimos obtener ningún dato útil… Bueno, en realidad fue mi compañera del PRD, la señorita Preston, la que les leyó la mente. Yo no poseo esa capacidad…

—¿Tuvieron delante a Hitler y a Himmler y se limitaron a leerles el pensamiento, como si estuvieran en un espectáculo de mentalismo? —preguntó con tono despectivo.

—No entiendo… —admití confusa.

—Nunca nadie ha conseguido estar tan cerca de ellos… Podríamos decir que son los mayores enemigos de la libertad, de la justicia… de la humanidad incluso… Y en lugar de aprovechar para matarlos, se dedican a leerles el pensamiento.

—Con su permiso… Nuestras órdenes no eran matarlos, sino descubrir el objetivo de la Ahnenerbe. —A pesar de que aquel hombre, con su mirada inquisitiva y su voz ronca, me daba miedo, conseguí hablar con tono firme—. Y cumplimos nuestra misión. Ahora sabemos qué es lo que están buscando los nazis y estamos en disposición de luchar para frustrar sus planes.

—Levantar a los muertos… —Churchill volvió a mirar el informe, como si necesitara verlo escrito para poder darle algo de validez a aquella locura—. Y hacerlo con la ayuda de legendarios objetos de

poder… ¿Qué opina usted, teniente Mitchell? Le tenía por un hombre racional.

—Entiendo sus dudas, señor. De hecho, yo pensaba igual antes de fundar esta división. Podríamos decir que yo era como usted: un hombre racional y lógico, poco dado a creer en antiguas leyendas y cuentos de viejas. —Alfred le dedicó una sonrisa—. Pero puedo asegurarle que pasar un año en compañía de la señorita Cooper y el resto de integrantes de la División OpenMind me ha cambiado. Ahora sé que hay muchas cosas que, a pesar de escapar a nuestro razonamiento, son totalmente reales. Por mucho que nos parezca que los planes de la Ahnenerbe son fantasiosos, no podemos ignorarlos. Los nazis están dedicando muchísimos hombres y recursos para llevar a cabo esos planes y sabemos que los alemanes no son famosos por dedicar sus esfuerzos a fruslerías y excentricidades. De hecho, ya tuvimos que enfrentarnos a ellos en España para conseguir el santo grial.

Churchill le dio una calada larga y profunda a su puro y después soltó el aire poco a poco. El humo azulado rodeó su cabeza y se negó a disiparse, como si aquel hombre llevara su propia reserva portátil de niebla londinense. Antes de volver a hablar, chasqueó la lengua y negó con la cabeza:

—El santo grial… El santo grial… —dijo en un susurro, como si estuviera hablando para sí mismo—. Jamás creí que fuera nada más que una leyenda y, sin embargo, lo tenemos…

—¿Lo ha visto? —pregunté incapaz de permanecer en silencio.

Él asintió sin mirarme siquiera y en su cara se dibujó una sonrisa soñadora.

—Sí, lo he visto… Parece una copa normal y corriente y, sin embargo, cuando lo tienes delante, lo notas… Es real. Es la auténtica copa de Cristo. —Me miró y volvió a sonreír—. Por eso estoy aquí: porque les creo. Si existe la más mínima posibilidad de que los nazis puedan llevar a cabo esa locura de plan, debemos detenerlos. Cueste lo que cueste.

—Ese es el objetivo de esta reunión —intervino el comandante Travis poniéndose en pie—. Debemos intentar encontrar el mayor número posible de esos objetos de poder y ponerlos a buen recaudo antes de que los nazis los encuentren. Los hombres y mujeres de la División OpenMind han pasado los últimos meses investigando en busca de las posibles ubicaciones de esos objetos. Señor Chadwick, ¿podría informarnos de sus hallazgos?

John carraspeó nervioso, se puso en pie y, después de subirse las gafas hasta el puente de la nariz con su dedo índice, clavó la mirada en los folios que llevaba en las manos y empezó a leer.

—Después de consultar múltiples fuentes, hemos encontrado los posibles emplazamientos de varios objetos de poder. Tenemos información sobre la lanza de Longinos, los tres clavos de Cristo, las treinta monedas de Judas, el *lignum crucis*, la corona de espinas, el *titulus crucis*, la santa túnica… Sin contar con el arca de la alianza y el santo grial, que según lo que sabemos, están en nuestro poder. —Antes de que pudieran interrumpirle, hizo un gesto para pedir más tiempo y continuó—. También hemos encontrado datos sobre objetos de culturas diferentes a la judeocristiana, como *Mjölnir*, el martillo de Thor, o *Bringisamen*, el collar de la diosa Freyja, de la mitología nórdica; la lanza de Lugh o la espada de Nuada de la

mitología celta; el casco de Hades o el arco de Artemisa de la mitología griega; el ojo de Horus de la mitología egipcia o el *Brahmastra*, el arma divina de Brahma, capaz de destruir el universo, de la mitología india…

—¿Tantos objetos legendarios hay? —pregunté abrumada por todo lo que debíamos abarcar.

—Hay muchos más… En cada una de las mitologías de las que he hablado hay una media docena de objetos con poderes mágicos, pero es que no me has dejado tiempo a hablaros de la mitología china, de la japonesa, de la árabe o de la de las civilizaciones americanas precolombinas. —John no se atrevió a sostenerme la mirada, como si se sintiera avergonzado por traer malas noticias.

—He pasado los últimos meses estudiando todos esos informes de los que hablas, John —interrumpió Alfred—. Mi conclusión, con la que espero que estés de acuerdo, es que la inmensa mayoría de esos objetos no han existido nunca o que, de haberlo hecho, se han perdido en la noche de los tiempos.

—¿Y en qué se basa para suponer eso? —intervino Churchill.

—Estamos hablando de armas capaces de destruir el universo, de bastones que provocan tormentas, de amuletos que otorgan la inmortalidad… Además de que se supone que muchos de esos objetos pertenecieron a Odin, a Ra, a Quetzalcoalt, dioses que no han existido nunca…

—Claro, porque el único dios verdadero es el cristiano —le corté con tono burlón.

—Clarice, por favor, no tenemos tiempo de estudiar todas esas religiones y mitologías para decidir cuáles de ellas pueden ser reales —se quejó él—. Creo que ya tenemos bastante trabajo dedicándonos tan solo a la religión que conocemos.

—Debo puntualizar que, aunque Hitler no es practicante, fue criado como católico y en algunos discursos se presenta a sí mismo como defensor de los valores cristianos —añadió John—. Himmler y la Ahnenerbe han coqueteado con la idea de una religión germánica basada en la mitología nórdica, pero a riesgo de que creas que soy un intolerante con el resto de creencias, no me acabo de creer que vayamos a poder encontrar la lanza de Odín o el martillo de Thor. Creo que deberíamos centrarnos en intentar encontrar los objetos de la tradición judeocristiana.

—Estoy de acuerdo —convino Alfred—. Además, muchos de ellos quedan fuera de nuestro alcance. Tal como está el mundo, no podemos organizar expediciones a China, Japón, la India o Sudamérica.

—Además, no tenemos ninguna noticia de que los nazis estén buscando esos objetos, así que no nos interesan. —Ante los gestos de incomprensión del resto de asistentes, decidí explicarme—. Nosotros no queremos poseer todos los objetos de poder posibles. Lo único que queremos es que los nazis no los tengan, así que debemos centrar nuestros esfuerzos en llegar primero a los objetos que ellos están buscando.

—Estoy de acuerdo con dedicar nuestros esfuerzos a conseguir los objetos a los que nos sea más fácil acceder, así que supongo que

nos centraremos en los que están en Europa. ¿Me equivoco? —preguntó Churchill.

—Está usted bastante acertado, señor. —John extrajo unos papeles de una de las carpetas que tenía frente a sí y empezó a repartir uno para cada uno de los asistentes—. Después de muchas investigaciones, hemos elaborado un listado de objetos y sus posibles localizaciones. Como pueden ver, hemos seleccionado las ubicaciones de las que hemos encontrado una mayor cantidad de pruebas…

—Perdón, perdón… Hay algo que no entiendo —interrumpió Churchill—. Aquí aparece la lanza de Longinos y, según este listado, estaría en París.

—Así es, señor —respondió John.

—Pero, según he oído, esa lanza está en poder de Hitler...

—Perdonen la interrupción, pero ¿podríais explicarme qué es la lanza de Longinos? —intervine confusa.

Nada más pronunciar aquellas palabras, a Alfred se le escapó un bufido de indignación. Le miré apenada, pero él se limitó a negar con la cabeza, así que supuse que Alfred habría incluido aquella información en uno de los aburridísimos informes que él me pasaba habitualmente y que yo no solía leer.

—Según la tradición cristiana, la lanza de Longinos, también conocida como la lanza del destino, es el arma con la que un soldado romano llamado Longinos perforó el costado de Jesucristo cuando estaba en la cruz —explicó John, dedicándome una sonrisa

amable—. Se dice que tiene poderes místicos y que quien posea la lanza será invencible y dominará el mundo.

—¿Y la tiene Hitler? —pregunté sorprendida—. Pues espero que esas leyendas no sean ciertas…

—Según cuentan, la lanza formaba parte del tesoro imperial de los Habsburgo y se encontraba en un museo de Viena —continuó él —. Dicen que Hitler visitó el museo en su juventud y quedó fascinado por la lanza, así que, tras anexionarse Austria en 1938 ordenó llevar la lanza a Alemania. Se supone que ahora mismo está custodiada en la iglesia de Santa Catalina en Nuremberg.

—Entonces está fuera de nuestro alcance —le interrumpió Alfred—. Considero que el viaje que hizo Clarice a Alemania fue una auténtica locura que no vamos a repetir.

—Y no será necesario que la repitáis, porque no vais a ir a Nuremberg a por la lanza —contestó John encogiéndose de hombros.

—¿O sea que renunciamos a la lanza? —dije extrañada.

—No, tampoco es eso. —John esbozó una sonrisa burlona—. Según nuestros últimos estudios, creemos que la que tiene Hitler es tan solo una réplica que el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Otón III le regaló a Boleslao I el Bravo, un rey de Polonia amigo suyo, en el Congreso de Gniezno.

—¿Estás diciendo que la que tiene Hitler es falsa? —pregunté intentando entresacar la información importante entre tantos datos.

—Eso es. —La sonrisa de John se amplió—. Y, según los documentos que hemos encontrado, creemos que la auténtica puede

estar en París. Allí si podríais ir, ¿no?

—También sería peligroso, pero podríamos intentarlo —concedió Alfred—. ¿Y qué os hace pensar que está ahí?

—Hay registros históricos que indican que, en el año 615, tras la invasión persa de Jerusalén, la punta de la lanza fue trasladada a Constantinopla para su protección. Posteriormente, en 1244, el emperador latino Balduino II de Constantinopla vendió esta reliquia al rey francés Luis IX, quien la llevó a París. Allí, la lanza fue depositada en la *Sainte-Chapelle*, una capilla construida específicamente para albergar reliquias sagradas, incluyendo la corona de espinas y uno de los clavos de la cruz.

—Si eso fuese cierto, podríamos conseguir varias reliquias en un solo viaje —comenté emocionada—. Solo tendríamos que llegar hasta esa capilla y cogerlas, ¿no?

—No corras tanto. No va a ser tan fácil —me cortó John—. Durante la revolución francesa, tanto la corona como el clavo y la lanza fueron trasladadas a la Biblioteca Nacional junto a muchas más reliquias para protegerlas. Tras el Concordato de 1801, que fue un acuerdo firmado entre la Santa Sede y el gobierno francés, este devolvió la corona y el clavo a la Iglesia Católica, que fueron depositados en Notre Dame, pero de la lanza no se sabe nada.

—¿Cómo que no se sabe nada? —pregunté confusa—. ¿La han perdido?

—Se supone que sí: se esfumó y no se la ha vuelto a ver desde entonces. —John levantó un dedo para impedir que volviera a interrumpirle—. Pero tenemos razones para pensar que, al igual que la corona y las demás reliquias, también fue devuelta a la Iglesia

Católica y llevada a Notre Dame, pero, dado que es un objeto de gran poder codiciado por muchos, se mantuvo en secreto.

—¿Entonces pensáis que está oculta en Notre Dame? —inquirió Alfred.

—Sí, eso creemos. —John se encogió de hombros—. Y si no la encontráis, al menos podréis haceros con la corona de espinas y con uno de los clavos de la crucifixión, que son otras de las reliquias que se custodian allí.

—Habrá que intentarlo. Espero que los franceses no se enfaden demasiado por robarles sus tesoros nacionales —dijo Alfred asintiendo—. ¿Cuándo salimos?

—Espere —le cortó el comandante Travis—. Aún no hemos terminado.

Tras hacerle una señal con la cabeza a John, este revisó entre sus papeles y sacó un nuevo dossier que colocó sobre la mesa para que todos pudiéramos verlo. Entre las fotos pude distinguir la imagen de una gran iglesia con paredes blancas, una cruz que parecía de oro y piedras preciosas y un viejo trozo de madera.

—Esta iglesia es la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, en Roma —explicó John—. Se supone que dentro de la cruz ornamentada se guarda el *lignum crucis*, el pedazo más grande que se conserva de la Santa Cruz.

—¿Y el trozo de madera? —pregunté interesada.

—Dicen qué es el *titulus crucis*, el trozo de madera original donde constaba la causa de la condena a muerte de Jesús —explicó

John—. Así que en esta iglesia también tenemos dos reliquias que podemos conseguir.

—Me parecería una idea genial si no fuera por un pequeño detalle —apuntó Alfred—. Tanto París como Roma se encuentran bajo ocupación nazi. ¿Se supone que vamos a ir hasta allí y pasearnos entre los soldados alemanes como si nada?

—Más o menos —intervino Churchill, haciendo que todos nos girásemos hacia él—. Esa es la razón de que les hayamos reunido aquí de forma urgente: creemos que en unos días tendremos una oportunidad de introducirles en Francia e Italia y que pasen desapercibidos.

—¿Y cómo van a hacer eso? —Se interesó Alfred—. Tenemos muchas capacidades especiales pero, por desgracia, la invisibilidad no es una de ellas.

—Lo que voy a contarles es alto secreto… Mejor dicho, altísimo secreto. —Churchill fue mirándonos uno a uno mientras nos señalaba con la punta de su puro—. Tenemos planeada una operación, llamada Operación Overlord, que consistirá en un desembarco masivo de tropas en un lugar del norte de Francia. En cuanto comience, el punto de mira de todos los soldados y altos mandos nazis convergerá en ese lugar, haciendo que sea más fácil que ustedes puedan pasar desapercibidos.

—Bueno, eso puede hacer que sea más fácil moverse por Francia, pero no veo cómo podría ayudarnos a infiltrarnos en Italia —planteó Alfred.

—En Italia será incluso más sencillo —respondió el comandante Travis—. El sur de Italia ha ido siendo liberado por nuestras tropas

desde mediados del año pasado. Todo el sur del país está ya bajo nuestro control y tenemos tropas muy cerca de la capital. Calculamos que, para comienzos de junio, será posible entrar en Roma.

—¿Entonces la idea sería entrar con las tropas aliadas, llegar hasta la basílica y recuperar esos objetos? —Alfred esperó hasta que Churchill y Travis asintieron—. Parece mucho menos arriesgado. Sugiero que vayamos a Roma y dejemos lo de París para más adelante. Si esa operación Overlord triunfa, es posible que en unos meses también liberemos París y podamos ir con más seguridad.

—No hay tiempo para eso —le cortó John—. No tenemos ni idea de cuántos objetos sagrados están ya en poder de la Ahnenerbe… Por lo que nos han informado los agentes que tenemos en El Cairo, sus excavaciones parecen muy avanzadas. Hemos recibido noticias de que sus agentes están muy activos, moviéndose por toda Europa, tratando de conseguir el mayor número de objetos posible… Creemos que el momento se acerca y debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano por detenerlos.

Me mantuve en silencio durante unos segundos, reflexionando sobre las últimas palabras de John. Sentí que un escalofrío me recorría la espalda. Si encontraban ese ritual y conseguían los suficientes objetos para llevarlo a cabo, no habría esperanza para ninguno de nosotros. Los objetos de que los que nos había hablado John eran poderosos: la lanza sagrada, la corona de espinas, uno de los clavos de Cristo, el trozo y el título de la cruz… Teníamos que conseguirlos y alejarlos de sus sucias manos.

—Pero tendremos que elegir a dónde vamos, ¿no? —preguntó Alfred confuso—. ¿París o Roma?

—No, no hay que elegir. —El comandante Travis negó con la cabeza—. Necesitamos que divida la División OpenMind en dos grupos y que le asigne a cada uno una misión.

—¿Dividirnos? —Alfred negó con la cabeza—. Pero eso es muy peligroso…

—Lo sabemos, pero las circunstancias son extraordinarias. Conozco a sus muchachos y estoy seguro de que pueden hacerlo. —El primer ministro tomó una profunda bocanada de aire y nos miró con gesto preocupado—. Desde que recibí sus últimos informes sobre la Ahnenerbe, he intentado convencerme a mí mismo de que no pueden ser reales, que tienen que responder al desvarío de un loco… Rituales de magia negra, objetos de leyenda, cadáveres levantándose por toda Europa… La verdad es que es fácil pensar que es un disparate y que no puede ser real, convencerse a uno mismo de que nada de eso puede suceder y que tenemos asuntos mucho más preocupantes de los que ocuparnos, pero… ¿y si es cierto? ¿Podemos arriesgarnos a no hacer nada y que algo así de terrible suceda?

—No, por supuesto que no —contestó Alfred con voz firme.

—Eso es lo que yo pienso, esa es la razón de la existencia de su unidad… Aunque las cosas que investigan puedan parecer locuras, ya han demostrado en el pasado que son reales… y eso me hace pensar que todos estos disparates sobre objetos de leyenda y rituales capaces de levantar a los muertos también pueden tener un

viso de realidad… Así que debemos hacer todo lo posible por poner esos objetos fuera del alcance de los nazis cuanto antes.

—Nuestras tropas están ya al sur de Roma y creen que podrán entrar en la ciudad a principios de junio. Debemos rescatar esos objetos antes de que los nazis los oculten o se los lleven —intervino el comandante Travis—. Y en cuanto a los objetos ocultos en París, debemos aprovechar la confusión que provocará la Operación Overlord para infiltrarnos en la ciudad. Aunque sea peligroso separar el equipo, necesitamos llevar a cabo ambas operaciones ya.

—Sabemos que les estamos pidiendo mucho, pero confiamos en ustedes. —Churchill nos dirigió una sonrisa y asintió con la cabeza—. Si hay alguien que puede hacerlo, es la División OpenMind.


Alfred

Capítulo tres

Media hora después, salieron de la cabaña número cuatro. Alfred caminaba cabizbajo, con mil pensamientos ocupando su mente. Había tanto que decidir, tanto que preparar… Y solo tenían tres días antes de ponerse en marcha.

Clarice caminaba a su lado, sumida en el silencio, como si estuviera respetándole y dándole el tiempo que necesitaba. Él le dirigió una sonrisa de agradecimiento y siguió caminando mientras un sinfín de preguntas se acumulaba en su cabeza. ¿Cómo iba a dividir a los dos equipos? ¿A quién enviaría a Francia y a quién a Italia? Eran decisiones muy importantes, no solo para el logro de la misión, sino para su propia conciencia. Sabía que si a alguno de los equipos le sucedía algo, no podría perdonárselo en la vida. Le estaban pidiendo que arriesgara las vidas de Irma, de Nigel, de Wendy… de Clarice. Estaba demasiado implicado emocionalmente con todos ellos como para ser imparcial. Y aquello era culpa suya. Había tratado de ser frío y práctico, pero sus compañeros se le habían colado en el alma y ya no podía dejar de verlos como amigos, como personas esenciales en su vida… ¿Cómo iba a tomar decisiones que les pusieran en peligro?

Notó que Clarice ya no estaba a su lado y se detuvo para girarse y buscarla con la mirada. Sin haberse dado cuenta, habían llegado ya hasta la mansión, el edificio principal de Bletchley Park en el que él residía. La chica se había parado frente a la puerta y le miraba extrañada.

—¿Dónde vas? —le preguntó ella—. Ya has llegado. Tú duermes aquí.

Alfred retrocedió hasta donde estaba ella y la miró antes de soltar un largo suspiro. No se sentía con fuerzas para subir hasta su habitación y meterse en la cama a darle vueltas a la cabeza. Sabía que, tal y como se sentía en aquel momento, no iba a poder conciliar el sueño.

—¿Cuándo se ha visto que sea la chica la que acompaña al chico hasta su puerta? No podría considerarme un caballero si entrara y te dejara volviendo sola a casa —dijo con tono serio.

—No, Alfred, no… No seas cabezota —le regañó ella—. Si me acompañas hasta el pueblo y vuelves, se te va a hacer tardísimo. Además, seguro que puedo pedir que alguien me lleve en moto o en coche.

—¿De verdad prefieres pedirle a algún extraño que te lleve en lugar de dejar que yo te acompañe? —Torció el gesto con desaprobación—. Déjame ir contigo, por favor. Ahora mismo no creo que pueda dormir.

Ella asintió y echó a andar por el camino que llevaba hasta la verja de Blecthley Park. Alfred se colocó a su lado y ambos caminaron en silencio, rodeando el lago. Durante el día, aquella era una de las zonas más concurridas de la base. La gente se reunía allí para contemplar el paisaje, para conversar o celebrar picnics. Siempre había conversaciones, risas, música… Era una especie de oasis en el que olvidarse de la guerra, aunque solo fuera durante unos minutos. A aquellas horas, sin embargo, el lago era un espejo oscuro y el paisaje parecía tan solitario que le hizo sentir un

escalofrío. Supuso que eran sus pensamientos los que le hacían verlo así, los que le hacían pensar que aquella noche oscura, iluminada apenas por un gajo de luna, estaba cargada de funestos presagios, que el ulular del viento entre las ramas o el graznar de los cuervos le avisaban de la proximidad de tiempos más sombríos.

Tras enseñarles su documentación a los guardias de la verja, continuaron adelante por la carretera vacía, rodeados tan solo por el bosque. No había más sonidos que interrumpieran la quietud del lugar aparte del ruido de sus pasos sobre la gravilla del camino. Mientras avanzaban, Alfred pensó que, en tan poco tiempo, Clarice había llegado a conocerle muy bien. En aquel momento, él necesitaba paz y silencio para poner su mente en orden, aunque agradecía que ella estuviera a su lado. La observó por el rabillo del ojo y ella pareció notar su mirada, ya que giró la cabeza hacia él y le contempló.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le preguntó en un susurro, como si no quisiera quebrar la quietud del lugar.

—Tantas cosas… —Alfred dejó escapar una risa sarcástica—. Se supone que tengo que dividir a la División en dos grupos y enviaros a cumplir unas misiones que, sin exagerar mucho, podríamos calificar como suicidas.

—Como tú siempre me recuerdas, estamos en una guerra. Hay que tomar decisiones complicadas…

—Lo sé, pero me están pidiendo que arriesgue a mis amigos. —Dejó de hablar por un instante, elevó la mirada al cielo y soltó un largo suspiro—. Ni siquiera tengo datos para saber cuál de las dos

misiones será más peligrosa, en cuál de ellas será más necesario un poder u otro… Lo único que sé…

La voz se le quebró. No quería tener que pronunciar aquellas palabras. Clarice notó su dolor, su preocupación, y se colocó frente a él. Le tomó las dos manos y esperó a que él dejara de contemplar el cielo y la mirara a los ojos.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó preocupada.

—Que no podemos ir juntos en el mismo equipo. —Su voz fue un lamento. Pronunció aquellas palabras en el tono más bajo que pudo, como si pudiera evitar que se hicieran realidad si el mundo no las escuchaba—. Me encantaría poder irme contigo y poner a Irma, Wendy y Nigel en el otro equipo… Necesito tenerte al alcance de mi vista…

—¿Es que no te fías de mí? —se burló ella.

—No es eso. Quiero saber que estás bien, quiero poder protegerte si fuera necesario… Sabes que daría mi vida por ti… —Su voz se volvió a quebrar. Clarice se acercó a él hasta que sus cuerpos se tocaron y soltó una de sus manos para acariciarle la mejilla—. Pero no puedo hacer eso, no puedo ser tan egoísta… Yo debo liderar uno de los equipos y solo puedo fiarme de ti para liderar el otro.

—Me halagas. ¿No se supone que crees que soy infantil, impulsiva e incapaz de seguir órdenes?

—Y lo creo, pero, al mismo tiempo, pienso que eres la mujer más fuerte, inteligente y valiente que conozco. —Se inclinó hacia ella y depositó un ligero beso en la punta de su nariz—. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Claro, sabes que esto también es importante para mí. —De repente, frunció el ceño y le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Y dónde se supone que me vas a enviar? No sé hablar ni italiano ni francés.

—Lo sé. Soy el único del grupo que domina los dos idiomas. —Alfred resopló y negó con la cabeza—. Si pudiera dividirme en dos…

—Pero no puedes. —Sin soltar su mano, Clarice tiró de él para que siguiesen avanzando—. No te agobies. Seguro que pueden ponernos en contacto con algún agente infiltrado en la zona que nos haga de intérprete. ¿Entonces qué? ¿Cómo vas a dividir los grupos?

Alfred se mantuvo en silencio, con la cabeza gacha y la mirada fija en la punta de sus botas. Clarice caminó a su lado sin decir nada, apretando su mano con cariño, como si con ese contacto pretendiera decirle que apoyaba su decisión, fuera cual fuera.

—Creo que yo debería acompañar a Wendy y Nigel. Ella es demasiado inocente e inexperta como para dejarla sola por el mundo y Nigel es demasiado impetuoso…

—Y liante —añadió Clarice—. A los dos les vendrá bien tu supervisión. —Se detuvo unos segundos como si estuviera reflexionando—. ¿Pero estás seguro de poner a Irma en mi equipo?

—Sí, creo que las dos tenéis unos poderes con los que podréis desenvolveros y salir triunfantes de vuestra misión —contestó él.

—Por eso precisamente lo pregunto. —Clarice se detuvo y puso los brazos en jarras—. ¿No estás poniendo a las dos personas más poderosas de la división en el mismo grupo?

—¿A qué te refieres?

—Irma puede controlar a las personas con una sola palabra e incluso está comenzando a ser capaz de instalar órdenes complejas en las mentes de sus víctimas, de modificar sus recuerdos… Y yo, aunque haya perdido mi don de ver a los muertos, sigo siendo capaz de contactar con ellos y, además, conozco una gran cantidad de hechizos con los que protegerme e incluso atacar. —Se detuvo durante unos segundos, como si quisiera medir sus palabras antes de continuar—. Sin embargo, en tu equipo…

—¿Qué pasa con mi equipo? —preguntó él, molesto—. Nigel sabe mover objetos e influir en el clima…

—Sí, y es el más poderoso de los tres —le cortó ella—. Wendy puede leer las auras de las personas y detectar visiones del pasado al tocar objetos… Es un poder muy útil, pero no serviría de nada en un enfrentamiento directo… Y tú… Bueno, tú no tienes ningún poder.

—No entiendo a dónde quieres llegar con todo esto —confesó Alfred.

—A que tú equipo no tiene nada que hacer en un enfrentamiento directo contra agentes de la Ahnenerbe.

—Por suerte, no entra en mis planes encontrarme con ninguno de ellos.

—Pero puede pasar… —Clarice negó con la cabeza y se cruzó de brazos para mirarle con gesto serio—. Está bien. Si insistes en que yo forme parte del equipo más fuerte, al menos elegiré yo el destino: Irma y yo nos vamos a Francia.

—No, no, no… —Alfred agitó su dedo índice—. Francia es mucho más peligrosa. Se supone que nuestras tropas están a punto

de entrar en Roma, así que el equipo que vaya a Italia tendrá mucho más fácil pedir refuerzos o escapar si las cosas se ponen feas.

—Por eso Nigel, Wendy y tú vais a ir allí —insistió ella—. No podría perdonarme si os pasara algo malo.

—¿Y crees que yo podría perdonarme si os pasara algo a Irma o a ti?

Se adelantó para cogerla entre sus brazos, pero ella reculó y le miró con decisión mientras ponía los brazos en jarras. Alfred reconoció su expresión, esa expresión decidida que había aprendido a temer. Cuando Clarice le miraba así, sabía que nada en el mundo la haría cambiar de opinión.

—Escúchame, Alfred, por favor —suplicó ella—. Imaginemos un supuesto enfrentamiento con miembros de la Ahnenerbe, tal como has dicho. Yo conozco hechizos que pueden confundir al enemigo o debilitarlo y puedo seguir pidiendo la ayuda de los espíritus e Irma puede dominar sus voluntades y obligarles a obedecer, al menos el tiempo suficiente para que podamos huir. ¿Qué podéis hacer vosotros? ¿Crees que Wendy podrá defenderos leyéndoles el aura? ¿O que Nigel podrá matar a alguno atravesándole el ojo con una cucharilla?

—Bueno, ya lo hizo una vez. No veo por qué no podría hacerlo de nuevo —se defendió Alfred—. Y yo puedo disparar, soy un gran tirador. Por muy agentes de la Ahnenerbe que sean, estoy seguro de que no serán inmunes a las balas.

—Sabes que tengo razón. —Clarice abandonó su postura envarada, se acercó a él y le tomó las manos—. Si queremos tener

alguna oportunidad de conseguir esos objetos, debemos ser Irma y yo las que vayamos a París.

—Pero si ni siquiera sabéis francés…

—Ni italiano, pero estoy segura de que desde el MI9 podrán contactar con algún agente infiltrado en Francia que pueda ayudarnos. —Clarice le sonrió zalamera, inclinando la cabeza hacia un lado—. Y conocemos gente en París, gente de la Línea Cometa que podría ponernos en contacto con la Resistencia. Sin embargo, en Italia no conocemos a nadie.

Alfred se quedó callado, buscando argumentos para sacarle aquella loca idea de la cabeza, pero no pudo encontrar nada. Tuvo que reconocerse a sí mismo que el problema no era que la chica no tuviera razón, ni que pensara que Irma y ella no estuvieran capacitadas para la misión. El problema era que no quería separarse de ella y mucho menos enviarla a un lugar plagado de enemigos y peligros donde él no iba a estar para defenderla. Cerró los ojos, soltó un largo suspiro y la abrazó.

—No quiero separarme de ti… —confesó en un susurro—. No creo que pueda vivir si no estoy contigo.

Pensó que ella haría alguna broma para quitarle hierro a su confesión, pero, en lugar de eso, le abrazó con más fuerza y hundió la cabeza en su pecho, como si pretendiera que sus cuerpos se fundieran y que nadie pudiera separarlos nunca. Se mantuvieron así durante mucho tiempo, con los ojos cerrados, sin ver nada ni escuchar nada, como si el mundo entero se hubiera desvanecido y no existiera nada más que ellos dos, fundidos para siempre en un

abrazo eterno. Por desgracia, el tañido de la campana de la iglesia de St. Mary perturbó el silencio. Alfred soltó a Clarice y miró su reloj.

—Son ya las doce. —Agarró su mano y tiró de ella—. Vamos, se está haciendo muy tarde.

Clarice le siguió sin protestar y respetó su silencio durante varios minutos, hasta que las primeras casas del pueblo aparecieron ante sus ojos. Entonces, le apretó la mano para llamar su atención y, cuando él la miró, le dirigió una sonrisa triste.

—¿Entonces estás de acuerdo? —preguntó con timidez—. ¿Irma y yo nos vamos a Francia?

—No estoy de acuerdo. Odio la idea, me parece horrible… —Lanzó un largo suspiro—. Pero sé que es lo mejor. Irma y tú os vais a Francia.

Volvieron a caminar en silencio dados de la mano, cada uno sumido en sus propios pensamientos. A aquellas horas no se cruzaron con nadie, como si el mundo estuviera respetando el que podía ser su último paseo a solas en mucho tiempo… Quizá para siempre. Aquel pensamiento hizo que un estremecimiento recorriera todo su cuerpo, pero se esforzó en espantar aquellos aciagos pensamientos. Iban a volver a reunirse. Tenía que confiar en ello…

Tras atravesar las vías del tren, que señalaban que ya quedaba poco tiempo para llegar a la casa de Clarice, él redujo el paso. No quería llegar ya, no quería separarse de ella… La chica se dio cuenta de que casi estaba tirando de él y se giró, con una sonrisa bailando en sus labios.

—¿Qué te pasa, remolón? —preguntó burlona—. ¿Por qué no andas?

—No quiero dejarte en casa y separarme de ti.

—¿Y qué propones?

—No puedo proponer nada —se quejó él haciendo un mohín—. Mi educación de caballero británico me impide hacerle proposiciones deshonestas a una dama.

Ella soltó una carcajada que, en la quietud de la noche, resonó como el tintineo de un carrillón de cristal. Se acercó a él y se puso de puntillas para que sus labios quedaran a tan solo una pulgada de los de Alfred y le susurró de tal manera que cada una de sus palabras acarició su boca como un beso.

—Es una pena. Si no puedes decirme lo que quieres, no voy a poder complacerte.

Él intentó abrazarla por la cintura para atraerla y decírselo con un beso, pero ella fue más rápida. Se echó hacia atrás un par de pasos y echó a correr por las calles adoquinadas, mientras su risa de cristal volvía a romper el silencio. Alfred negó con la cabeza y salió tras ella.

Al girar la esquina, se encontró con el estrecho edificio de ladrillo rojizo que Clarice compartía con Wendy e Irma. A pesar de la hora, aún salía luz de una de las ventanas del piso inferior. Clarice se había detenido en la calle, frente a la verja de madera blanca que rodeaba el jardín. Él se acercó, la rodeó por la cintura y señaló hacia la ventana iluminada con un gesto de la cabeza.

—¿Aún están despiertas?

—Sí, supongo que será Irma —contestó ella encogiéndose de hombros—. Suele leer hasta tarde. —Soltó una risa ante el suspiro que se le escapó a Alfred—. ¿Por qué suspiras? ¿Es que acaso querías entrar?

Él la miró a los ojos y decidió dejar atrás sus absurdos modales. Le daba igual cómo se suponía que debía comportarse. Todas las ridículas normas sociales que habían regido su vida ya no tenían sentido entre Clarice y él.

—Me muero de ganas de entrar. —Se inclinó hacia su cuello para aspirar su aroma y susurrar en su oído—. Quiero pasar contigo cada segundo.

—Pues entra —contestó Clarice también en un susurro.

Él se echó un paso atrás y la miró tan escandalizado que ella no pudo contener la risa. Alfred se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio.

—¿Cómo voy a subir si Irma está despierta? —preguntó—. Se supone que estamos manteniendo nuestra relación en secreto.

Clarice miró hacia la esquina derecha del tejado, donde se alzaba una pequeña torre terminada en pico bajo la que estaba su ventana. Él siguió su mirada y negó con la cabeza.

—¿Por qué tienes que vivir en la ventana más alta? —se quejó.

—Porque un tesoro es más valioso si cuesta alcanzarlo —respondió ella burlona—. Voy a entrar, voy a decirle a Irma que estoy cansadísima y que me voy a la cama y voy a abrir esa ventana. ¿Estarás al otro lado?

—Si no me mato, sí —respondió el mientras seguía calculando los riesgos—. Sería muy irónico estar en una guerra y acabar muriendo por tratar de colarme en la habitación de mi novia.

—No te vas a matar. —Ella volvió a ponerse de puntillas y en esa ocasión sí estampó un sonoro beso en los labios de Alfred—. Ahora nos vemos.

Sin decir nada más, abrió la verja del jardín y recorrió a paso rápido las baldosas que llevaban hasta la puerta delantera. Antes de abrir, se giró un segundo hacia él y le dirigió una sonrisa divertida. Él no pudo evitar devolvérsela. Siempre, incluso siendo un niño, había sido formal, obediente y responsable, pero Clarice despertaba sus ganas de hacer travesuras.

Pasó al jardín, cerró la puerta de la verja con cuidado para que no chirriara y atravesó el césped de puntillas hasta llegar a un enorme fresno cuyas ramas se inclinaban hacia el lado del tejado en el que se encontraba la ventana de Clarice. El viento de la noche agitaba sus hojas, creando un murmullo constante que, aunque leve, le parecía atronador en el silencio del jardín. Se quedó quieto unos segundos, con la espalda pegada al tronco, asegurándose de que ninguna luz se encendía en las casas vecinas. Si alguien llegaba a verle, no habría excusa posible: nadie trepa árboles a medianoche sin parecer sospechoso.

Inspiró hondo y tanteó la corteza con los dedos. El fresno tenía la textura rugosa y el grosor adecuado para sostenerle. Sus ramas se extendían como brazos invitándolo a subir, pero el primer tramo era el más complicado: el punto más bajo donde podría apoyarse estaba un poco por encima de su cabeza. Saltó y se agarró

con ambas manos a la rama, impulsando su cuerpo con los pies contra el tronco. Por un instante, quedó suspendido, sintiendo la tensión en los músculos de sus brazos. Con un leve gruñido, se impulsó y pasó una pierna sobre la rama, acomodándose sobre ella con rapidez.

Desde allí, la escalada fue más fácil. Las ramas del fresno crecían en distintos ángulos, formando una especie de escalera natural. Subió con agilidad, manteniendo el equilibrio mientras su cuerpo se balanceaba con el movimiento del árbol. Cuando alcanzó la mitad del fresno, se detuvo un momento y alzó la vista. La pequeña torre de la casa se recortaba contra el cielo estrellado y la ventana de Clarice estaba entreabierta, tal como ella le había prometido. La brisa nocturna hacía ondear la cortina, dejándole ver un reflejo de luz en el interior.

Avanzó con más cuidado. El último tramo era el más complicado: debía trepar hasta una rama que se inclinaba hacia la derecha, justo en dirección al tejado. Sujetándose con ambas manos, la probó con su peso. Se balanceó levemente, pero resistió.

—Vamos… —susurró para sí mismo.

Colocó un pie en la rama y comenzó a caminar por ella como si fuera una cuerda floja. Apenas había espacio para los dos pies juntos, pero si mantenía el equilibrio, lograría acercarse lo suficiente para saltar al borde del tejado. Apenas le faltaban unas pulgadas cuando, de pronto, una ráfaga de viento más fuerte agitó las hojas y la rama crujió bajo su peso. Se quedó quieto, sintiendo cómo el fresno se inclinaba con la sacudida del aire. No había tiempo para dudar. Saltó.

El borde del tejado golpeó sus costillas cuando se aferró con ambas manos al alféizar de la ventana. Sus pies patinaron en la madera húmeda, pero se impulsó con los brazos y logró izarse. Durante un segundo, se quedó apoyado en el estrecho saliente, respirando agitadamente.

—¿Tienes que hacer tanto ruido? —preguntó ella asomándose.

Él sonrió y giró la cabeza. Ella estaba allí, apoyada en el alfeizar, con los brazos cruzados y una ceja arqueada.

—Quería que supieras que había llegado —contestó en un susurro—. ¿Puedo pasar? Acabo de jugarme la vida por ti.

—¿No estás exagerando un poquito? —dijo ella divertida.

—Para nada. —Él se agachó y depositó un suave beso en sus labios—. Pero por estar contigo volvería a jugármela mil veces.

Ella le sonrió con dulzura, le agarró de la corbata y tiró de él para hacerle entrar en la habitación. En cuanto cruzó, él cerró la ventana para dejar el mundo al otro lado. Aquella noche era solo para ellos dos.


Tarice

Capítulo cuatro

Cuando abrí los ojos, me encontré con Alfred, que me miraba con una sonrisa embobada a un palmo de distancia. Me tapé la cara con la sábana, avergonzada.

—No se mira a la gente mientras duerme —protesté—. Es de psicópata.

Escuché su risa y sentí como tiraba de la sábana para destaparme. Me resistí un poco, pero al final salí. Él me volvió a mirar, como si yo fuera lo más asombroso que hubiera visto en su vida, y me besó.

—Estás guapísima por las mañanas.

—Por supuesto, con estos pelos de bruja…

—Es lo que eres. Ya estaba avisado —bromeó.

—Tú sí que estás estupendo por las mañanas —dije al ver que ya estaba vestido con su uniforme, como si estuviera preparado para que le pasaran revista—. Viéndote casi parece que lo de anoche no ha pasado.

—Oh, claro que ha pasado. —Me guiñó un ojo burlón—. Y no pienso olvidar un solo detalle… pero ahora tengo que irme.

—¿Tan temprano? —protesté al mirar por la ventana y comprobar que, a pesar de la débil luz amarillenta que se colaba, aún no había amanecido.

—No quiero que me descubran Irma y Wendy —respondió encogiéndose de hombros—. Harían preguntas que ninguno de los dos quiere contestar.

Hice un mohín y alargué los brazos para rodear su cuello e impedir que se marchara. En aquel momento, me daban igual las preguntas que pudieran hacernos mis compañeras de piso… Incluso me daban igual las preguntas que pudiera hacernos un consejo de guerra. Lo único que quería era que él regresara a la cama y que pudiéramos quedarnos allí para siempre, con nuestros cuerpos enredados entre las cálidas sábanas.

—Todavía queda tiempo para que se levanten —dije con voz adormilada tirando de su cuello para que volviera a tumbarse a mi lado—. Irma se acostó tarde y Wendy es muy dormilona.

—Sabes que no puedo. —Entre risas, se resistió a mis intentos de retenerle y, tras darme un suave beso en la punta de la nariz, se soltó y se puso en pie—. Cuando se despierten, avísalas de que hoy a primera hora tenemos una reunión importante.

—Hay que hablarles sobre la misión, ¿verdad?

—Eso es. Supongo que, a lo largo del día de hoy, recibiremos las órdenes concretas. Tenemos que estar preparados para salir en cualquier momento.

Él se había puesto de pie al lado de la cama y, mientras hablaba, iba recolocándose la ropa. Me senté, agarrando la sábana contra mi pecho, y le observé con el ceño fruncido. Volvía a ser el Alfred serio y formal, el teniente de la división, el caballero inglés elegante y estirado. También me gustaba, pero era tan diferente al Alfred dulce, romántico y pasional que tan solo me mostraba a mí…

Cuando consideró que estaba listo, me miró de nuevo. Debió de descubrir algo en mi mirada que le ablandó… Quizá que ya estaba echándole de menos cuando aún ni siquiera se había ido. Me dirigió una sonrisa triste y volvió a sentarse en la cama para abrazarme.

—Lo sé, cariño —susurró en mi oído mientras apretaba su cuerpo contra el mío—. Yo tampoco sé cómo voy a vivir sin ti.

Traté de mantenerme firme y no dejar escapar una lágrima. Que me pusiera a llorar como una niña no iba a ponernos las cosas más fáciles a ninguno de los dos. Pero tampoco podía dejar que se marchara así. Cuando me soltó, me giré hacia la mesilla, cogí la cajita de música que él me había regalado y se la tendí:

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —preguntó extrañado.

—Pues claro que me gusta. Me encanta.

—Entonces, ¿por qué me la devuelves?

—Porque me gusta tanto que mi alma está ligada a ella —respondí mientras colocaba la caja en su mano—. Cada vez que la abras y escuches el *Claire de Lune*, será como si estuviera a tu lado. Ya me la devolverás si volvemos a encontrarnos…

—Te la devolveré cuando volvamos a encontrarnos —dijo remarcando la palabra "cuando" —. Prométeme que tendrás cuidado y que no harás tonterías. Llevas mi vida contigo.

Asentí y sonreí. Él miró de nuevo la caja y la guardó en su bolsillo con sumo cuidado. Después, volvió a ponerse de pie, se inclinó hacia mí y me dio un beso de despedida.

—Debo irme ya. Si me sigues liando, Irma y Wendy se levantarán y tendré que huir por el árbol.

Volví a asentir y tan solo pude mascullar un "hasta luego". Sabía que, si hablaba, rompería a llorar como una tonta. Él debió de darse cuenta, porque se giró y salió de la habitación sin decir nada más. Me quedé durante unos segundos en la cama, con la sábana alrededor de mi cuerpo, sintiendo el vacío que me dejaba su ausencia mientras escuchaba sus pasos quedos bajando los peldaños de la escalera y el leve clic de la cerradura cuando cerró la puerta.

Me levanté de la cama de un salto y corrí hacia la ventana para ver cómo se alejaba. Le vi caminar por la calle, alejándose con paso firme y decidido. Me mordí el labio inferior para contener las lágrimas y le llamé en susurros.

—Gírate, mírame —supliqué como si fuera una plegaria.

Durante unos segundos, nada sucedió. Era una tontería, pero sentí que mi corazón se moría un poco. Parecía que, en cuanto se había separado de mi lecho, me había olvidado, que era capaz de seguir con su vida sin tener un solo pensamiento hacia mí… Y entonces, como si me hubiera escuchado, se detuvo, se giró y miró hacia mi ventana.

Levanté la mano con timidez y le dirigí un saludo de despedida. Él se llevó dos dedos a los labios, depositó en ellos un beso y, después, apuntó hacia mi ventana para enviármelo. Fue solo un segundo en la distancia, nuestras miradas entrelazadas, nuestros labios dibujando una idéntica sonrisa, una promesa pronunciada en silencio… Volveríamos a vernos, a abrazarnos, a compartir susurros y caricias…

Cuando desapareció al girar la esquina, respiré. Aunque pareciera extraño, me sentía tranquila y confiada. No habría enemigo que pudiera impedir que volviéramos a encontrarnos ni misión que nos mantuviera alejados durante demasiado tiempo. Lo que sentíamos el uno por el otro era demasiado fuerte.

Cuando todos nos sentamos en el despacho de Alfred para la reunión a la que nos había convocado, él carraspeó incómodo, se sentó tras su mesa y dedicó unos segundos a ordenar sus papeles. Le conocía lo suficiente como para saber que aquellos papeles ya estaban ordenados y que lo único que estaba haciendo era ganar tiempo para organizar su mente. Me di cuenta de que estaba incluso más serio de lo habitual… y eso ya era mucho decir.

Volvió a carraspear, se puso en pie y extendió sobre su escritorio varios documentos y mapas. Cuando lo tuvo todo preparado, levantó la mirada y empezó a hablar.

—Os he convocado a todos porque tenemos una nueva misión —explicó con expresión tensa—. Nos vamos todos a Europa.

—¡Bien! —exclamó Nigel—. Ya teníamos ganas de un poco de acción.

—Habla por ti —le cortó Irma—. Yo no tengo ninguna gana de regresar al continente y poner mi vida en peligro.

—Pero se supone que es para eso para lo que nos han formado —protestó el chico—. Yo ya estoy harto de practicar mis capacidades sin poder ponerlas a prueba.

—¿Y a dónde vamos? ¿Cuál es nuestro destino? —les cortó Wendy con voz dulce para evitar que siguieran discutiendo.

Los labios de Alfred se fundieron en una fina línea de concentración. Negó con la cabeza mientras miraba el mapa de Europa desplegado sobre su mesa.

—No tenemos un único destino —respondió al fin—. Tenemos que separarnos.

Sus palabras cayeron como una losa y el silencio se adueñó del despacho. Nuestros tres compañeros dejaron de observar a Alfred para mirarme a mí, como si esperaran que yo pudiera arrojar algo de luz. Me limité a negar con la cabeza, dejando que fuera él quien les explicara la misión.

—¿Y eso por qué? —preguntó Nigel después de un par de segundos—. Pensaba que lo de "Divide y vencerás" debíamos aplicárselo al enemigo y no a nosotros.

—Creemos que los nazis ya están tras la pista de muchos de los objetos sagrados que buscamos y debemos evitar que caigan en sus manos. —Alfred se apoyó en la mesa y nos miró con firmeza—. Si queremos recuperarlos antes que ellos, debemos actuar rápido. Además, según nos han contado, en los próximos días nuestros ejércitos tienen prevista una operación a gran escala que mantendrá a los nazis entretenidos.

—¿Qué tipo de operación? —se interesó Wendy.

—No sabemos los detalles. —Me atreví a intervenir—. Solo sabemos que se trata de un desembarco masivo de tropas en un lugar del norte de Francia.

—¿Así que volvemos a Francia? —preguntó Irma.

—Clarice y tú, sí. —Giró el mapa hacia nosotros y señaló con el dedo—. Concretamente a París. —Me miró y asintió—. ¿Puedes explicarle al grupo en qué consiste vuestra misión?

Asentí y, tras rebuscar con la mirada entre los papeles de Alfred, encontré el listado de objetos sagrados con sus posibles ubicaciones que John nos había enseñado en la reunión de la noche anterior.

—Según lo que los chicos de la división han estudiado —dije señalando hacia fuera, a la gran sala en la que todos nuestros arqueólogos, historiadores, lingüistas y demás "cerebritos" llevaban semanas investigando documentos antiguos—, creemos que tanto uno de los clavos de Cristo, como la corona de espinas y la lanza de Longinos pueden estar en Notre Dame.

—¿No es mucha responsabilidad para nosotras solas?

Irma había formulado su pregunta con la voz entrecortada por el miedo. Me giré hacia ella y vi que su rostro había perdido por completo el color. Comprendí de inmediato lo que estaba pensando: íbamos a ser dos mujeres solas en un país ocupado por el enemigo, sin saber siquiera el idioma, enfrentadas a una organización con recursos ilimitados y poderes que no podíamos ni imaginar. Era una misión suicida, pero no podía decírselo. Le puse una mano en el hombro para infundirle ánimos y forcé una sonrisa.

—Podemos hacerlo.

—Además, no vais a estar solas —dijo Alfred como si él también comprendiera nuestras dudas—. Vais a volar de nuevo hacia

Vizcaya y volveréis a encontraros con los miembros de la Línea Cometa, que os ayudarán a llegar hasta París y se encargarán de que encontréis allí el apoyo que necesitéis.

Se me escapó un suspiro al recordar nuestro viaje con la Línea Cometa. Me vinieron a la mente los riesgos de la última vez, los escondites, las patrullas nazis que tuvimos que esquivar o engañar, la sensación constante de estar en peligro de muerte… Me consolé pensando que, al menos, estábamos a finales de mayo. No volveríamos a pasar el mismo frío.

Asentí con la cabeza para indicarle a Alfred que estábamos de acuerdo con la misión y que podía continuar. Sus labios dejaron de estar tensos durante la milésima de segundo en la que me dedicó una sonrisa.

—Sigamos… —Volvió a señalar el mapa—. Mientras Clarice e Irma se ocupan de París, yo viajaré con Wendy y Nigel a Roma.

—¿A Roma? —intervino Wendy, sorprendida—. Pero los italianos están de parte de Hitler.

—Así es, pero nuestras tropas están ya muy cerca de Roma, así que no estaremos solos —respondió Alfred—. Tenemos que infiltrarnos en la ciudad y llegar hasta la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén. Allí se custodian el *lignum crucis* y el *titulus crucis* y no podemos permitir que caigan en las manos equivocadas.

—Suena muy peligroso. —Wendy negó con la cabeza mientras nos miraba con ojos de gacela asustada.

—No te quejes —la cortó Irma—. Alfred sabe italiano, así que tendréis intérprete, y vais a tener un montón de tropas aliadas al

alcance de la mano. Nuestra misión es muchísimo más peligrosa y vamos a estar mucho más solas.

Alfred se quedó mudo ante las palabras de Irma y, después, me lanzó una mirada cargada de dudas. Supe que se estaba planteando que ella tenía razón y que nos estaba enviando a una trampa mortal. Negué con la cabeza y traté de dibujar una sonrisa despreocupada.

—Tampoco es para tanto. Yo ya me he movido por media Europa y no resulta tan peligroso como puede parecer. —Me encogí de hombros para quitarle importancia—. Ni siquiera tenemos pinta de espías, así que los nazis no se van a fijar en dos mujeres que viajan solas.

—Pero ni siquiera sabemos el idioma —protestó Irma—. Ellos al menos tienen intérprete.

—Y nosotras también lo tendremos. —Le tomé las manos para hacer que me mirara a los ojos y viera en ellos que confiaba en que podríamos lograrlo—. Los miembros de la Línea Cometa nos ayudarán. Ya viste cómo nos apoyaron la última vez.

Irma suspiró, agachó la cabeza y asintió tímidamente, dándose por vencida. Sabía que no estaba convencida, pero eran órdenes y no podíamos hacer otra cosa más que cumplirlas. Miré a Alfred e intenté transmitirle con mi sonrisa que podíamos hacerlo. A él tampoco le gustaba la idea, pero no podíamos hacer otra cosa. No podía venirse con nosotras y dejar a Nigel y a Wendy solos.

Todos nos quedamos en silencio durante unos instantes. Sabíamos que era un plan peligroso y que separarnos no era lo ideal, pero no teníamos más opción.

—Todos tenemos claro lo que vamos a hacer. —Solté un suspiro—. Solo nos falta saber cuándo salimos.

Como si fuera una respuesta a mi pregunta, en aquel momento llamaron a la puerta. Alfred frunció el ceño, molesto por la interrupción, pero permitió el paso a quien hubiese llamado con un "adelante". La puerta se abrió y un soldado entró con paso firme y le entregó un sobre sellado. Cuando el soldado se retiró, Alfred lo abrió con rapidez y leyó el contenido en silencio. Su mandíbula se tensó aún más.

—Preparaos —dijo, alzando la vista hacia nosotros—. Salimos esta misma noche.

Todos nos levantamos, dispuestos a seguir las órdenes. Antes de salir del despacho, nos miramos a los ojos sin decir nada, sintiendo como la angustia se instalaba en nuestro pecho. Ninguno queríamos decirlo en voz alta, pero nos daba miedo la posibilidad de que aquella fuera la última vez que todos estuviéramos juntos.

Mis compañeros fueron saliendo del despacho. Yo me quedé la última y, antes de salir, me giré y le dirigí a Alfred una mirada triste. Había esperado que la orden de partir se retrasara uno o dos días y que aquella noche él hubiera vuelto a escalar el fresno del jardín para colarse por mi ventana… pero ya no iba a ser posible. Iba a tener que esperar muchos días, quizá semanas, antes de volver a sentir la dulzura de sus labios, el tacto de sus manos recorriendo mi piel, el calor de su cuerpo fundiéndose con el mío…

Pestañeé varias veces para contener las lágrimas que trataban de escapar de mis ojos y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para dibujar una sonrisa. Él me la devolvió, también

con esfuerzo, pero en sus ojos pude ver la firme promesa de que haría cuanto estuviera en sus manos, e incluso más, para que volviéramos a vernos.



Italia,
Mayo de 1944

Capítulo uno

El avión descendió con un estruendo de motores, sacudiéndose con violencia al tocar tierra. Alfred notó la vibración a través del asiento y se sostuvo con firmeza al apoyabrazos de la cabina mientras la aeronave rodaba sobre la pista improvisada del aeródromo de Ramitelli. Miró a través de la ventanilla: el paisaje árido y polvoriento del sur de Italia se extendía bajo un cielo diáfano y abrasador, muy distinto a los tonos grises y húmedos de Inglaterra.

Las instalaciones del aeródromo no eran más que un conjunto de barracones prefabricados, hangares improvisados con lonas y aviones de combate P-51 Mustang alineados en largas filas, con los fuselajes cubiertos de polvo y manchas de aceite. En las sombras de los hangares, mecánicos con uniformes cubiertos de grasa trabajaban sin descanso sobre motores desmontados, mientras pilotos y soldados se movían con la urgencia de quienes sabían que en cualquier momento podían recibir nuevas órdenes.

Alfred se tomó un segundo para ajustar su gorra antes de levantarse del asiento. Wendy y Nigel, sentados frente a él, intercambiaron una mirada antes de seguir su ejemplo. Wendy se pasó las manos por la falda de su uniforme para alisarla y Nigel se estiró perezosamente, como si hubieran aterrizado en un balneario en lugar de en plena línea de guerra.

—¿Siempre hace este calor en Italia o es un regalo especial de bienvenida? —murmuró Nigel mientras descendía la rampa del avión.

Alfred no le contestó. El calor, seco y abrasador, le golpeó en cuanto sus botas tocaron la dura tierra de la pista. El sol caía con fuerza sobre el aeródromo y el aire parecía cargado de olor a queroseno. Se aflojó el nudo de la corbata con discreción y barrió el área con la mirada.

A un lado de la pista, junto a un jeep cubierto de polvo, un hombre alto y de complexión robusta los observaba con los brazos cruzados. Su uniforme del ejército británico, aunque en buen estado, tenía las mangas remangadas hasta los codos, y en su cinturón colgaba una pistola. Su piel tostada por el sol y sus facciones marcadas por las campañas hablaban de alguien que había pasado mucho tiempo en combate.

Cuando Alfred se acercó, el hombre inclinó la cabeza con un gesto de reconocimiento.

—Capitán Richard Carver, Regimiento de Servicios Especiales. Me han enviado a recogerles.

Su voz era grave y carente de formalismos. Alfred, que estaba acostumbrado a las cortesías británicas, reconoció al instante el tipo de soldado que tenía delante: alguien pragmático al que no le gustaba perder el tiempo.

—Teniente Alfred Mitchell, MI6 —se presentó, estrechándole la mano con firmeza—. Mis compañeros: Wendy Thomas y Nigel Hinsley.

Carver observó a Wendy primero, con una breve inclinación de cabeza que no llegó a ser un saludo, y luego a Nigel, con algo parecido a una evaluación rápida.

—Nos espera un largo viaje hasta Montecassino —explicó Carver, sin perder el tiempo—. Hay más de seis horas de trayecto y las carreteras no están en buen estado. No podemos descartar que haya patrullas enemigas cerca, pero nuestras tropas han asegurado la ruta principal.

—Qué alivio. Por un momento pensé que iba a ser peligroso. —Nigel chasqueó la lengua mientras se apoyaba en el lateral del jeep.

—No se confíe, muchacho. —El capitán no sonrió—. Aquí todo es peligroso.

Alfred no pudo evitar esbozar una leve sonrisa ante la respuesta. Nigel siempre tenía la habilidad de hablar de más en los peores momentos y Carver parecía el tipo de hombre que no tenía paciencia para tonterías.

—¿Ha dicho usted que vamos hasta Montecassino? ¿Qué hay allí? ¿Está muy lejos? —intervino Wendy, como si pretendiera salir en ayuda de su compañero.

—Hay una abadía que ha sido convertida en un cuartel general improvisado. —Carver desplegó un mapa sobre el capó del jeep—. Tan solo hay unas ochenta millas hasta allí, pero, dado el estado de las carreteras y que tendremos que tomar algunas rutas secundarias para evitar encuentros con el enemigo, nos puede llevar entre seis y ocho horas.

Alfred asintió, asimilando la información mientras buscaba en el mapa los lugares de los que les estaba hablando Carver. Se tomó unos segundos para calcular la distancia desde Montecassino hasta

Roma. Al menos en el mapa su destino final no parecía demasiado lejano.

—Bien, pongámonos en marcha. Esperemos llegar hasta allí sin inconvenientes —dijo, más para sí mismo que para los demás.

—Me encanta tu optimismo, jefe. —rio Nigel.

—Suban al jeep —ordenó Carver, sin perder más tiempo—. El camino será largo y no quiero conducir de noche en esta región.

Alfred intercambió una mirada con Wendy y Nigel antes de subir. Wendy tomó asiento en la parte trasera sin decir nada, pero Nigel, antes de entrar, se agachó y pasó la mano por la carrocería polvorienta del jeep.

—Esto parece que lleva semanas sin lavarse.

—Bienvenido a la guerra, Hinsley —respondió el capitán mirándolo sin expresión.

Nigel se encogió de hombros y subió al vehículo con una sonrisa burlona, ocupando su lugar al lado de Wendy. El jeep arrancó con un rugido del motor y una nube de polvo se levantó tras ellos cuando Carver pisó el acelerador y salieron del aeródromo.

El camino era áspero y traqueteante, con la carretera apenas definida entre la maleza y los restos de impactos de artillería. A medida que avanzaban, el paisaje se volvía más montañoso, con colinas cubiertas de ruinas y pequeñas aldeas abandonadas tras el paso de la guerra. El viaje se alargó en un incómodo silencio. El calor y el polvo hacían difícil mantener una conversación, y cada uno de ellos estaba sumido en sus propios pensamientos. Finalmente, fue Wendy quien rompió la quietud.

—¿Cuánto tiempo lleva en Italia, capitán?

—Desde la invasión de Sicilia, en verano del año pasado —respondió Carver sin apartar la vista del camino—. Antes de eso, estuve en el norte de África.

—Supongo que luchar en África sería mucho más duro… —aventuró Alfred.

El capitán tardó un momento en responder, como si estuviera eligiendo bien sus palabras.

—No sabría qué decirle… La guerra aquí es sucia. No es como en el desierto. En África, al menos sabías dónde estaba el enemigo. Aquí nunca estás seguro.

Alfred asintió. Sabía exactamente a qué se refería. Llevaba muy poco tiempo en esas tierras y, sin embargo, sentía un nudo continuo en el estómago, la sensación constante de estar en peligro, de poder ser sorprendidos tras cada curva del camino.

A medida que pasaban las horas, el paisaje fue transformándose. Tras dejar atrás una llanura árida y polvorienta, el camino comenzó a ascender entre colinas secas y cubiertas de matorrales, con viejos olivos retorcidos que proyectaban sombras alargadas bajo el sol del atardecer. A lo lejos, pequeños pueblos con casas de piedra se alzaban en lo alto de las colinas, algunas aún habitadas por campesinos que observaban con recelo el paso de su vehículo. Otras eran poco más que ruinas calcinadas por el fuego de la guerra, con los muros derruidos y las ventanas vacías como ojos oscuros que miraban al vacío.

Alfred contempló el paisaje en silencio. No hacía falta ser un estratega para darse cuenta de que la guerra había dejado cicatrices profundas en Italia.

Cuando tomaron la última curva del camino, Montecassino apareció ante ellos. La abadía se alzaba en lo alto de un risco, su silueta recortada contra el cielo teñido de rojo y naranja. Era un lugar imponente, majestuoso incluso en medio de la devastación, con sus muros de piedra blanca brillando a la luz del ocaso.

Incluso desde la distancia, Alfred pudo ver que el lugar estaba cambiado. Barricadas improvisadas se alzaban en los accesos, y las tiendas de campaña del cuartel aliado se extendían en los alrededores como un enjambre. El jeep redujo la velocidad mientras se acercaban.

—Bienvenidos a Montecassino —murmuró Carver, sarcástico —. Esperemos que disfruten de su estancia.

Alfred apretó la mandíbula y se giró hacia sus compañeros. Ellos asintieron, en un intento de demostrarle que estaban preparados. Descendió del jeep y contempló el paisaje, intentando que la responsabilidad no le abrumase. La aventura comenzaba en aquel preciso momento.

Capítulo dos

Alfred se despertó con la primera luz del alba. No había podido dormir bien en toda la noche. Podría haberlo achacado a la incomodidad de la fría y húmeda celda monástica que le habían asignado, pero aquella no había sido la verdadera razón. Durante toda la noche, su mente no había cesado de trazar estrategias para intentar encontrar la mejor manera de llevar a cabo su misión, a pesar de saber que era inútil darle tantas vueltas. No tenía los datos necesarios para encontrar la respuesta: no conocía el terreno, no sabía qué obstáculos le separaban de su objetivo… Lo único que había hecho era elucubrar, sabiendo de antemano que no serviría para nada.

Negó con la cabeza y, aún tumbado en la cama, se estiró para recoger su mochila. Se puso de medio lado sobre el duro colchón, apoyado sobre un codo, y la abrió para extraer con sumo cuidado un objeto envuelto en telas. Fue retirando los paños hasta dejar al descubierto la caja que le había prestado Clarice. Sí, aquella era la palabra correcta: prestado. Era un préstamo que debía cuidar para poder devolvérselo en cuanto volviera a tenerla enfrente, un recordatorio de que debía hacer todo lo posible por proteger su vida, por mantenerse sano y salvo para ella… Lanzó un largo suspiro mientras sentía como la ansiedad se asentaba en su pecho. Ojalá pudiera estar seguro de que ella iba a poner el mismo empeño por protegerse, de que iba a pensar en él antes de embarcarse en

cualquier locura… Le habría gustado confiar, pero la conocía demasiado bien como para pensar que no iba a meterse en líos.

Posó la delicada caja de música sobre el colchón y la abrió muy despacio, casi como si disfrutara del momento, de la forma casi mágica en la que la diminuta figura de la bailarina se desplegaba y comenzaba a girar, capturando en el vuelo de su falda de tul los primeros rayos de sol de la mañana. Cuando las primeras notas del *Claire de Lune* comenzaron a sonar, sintió que un par de lágrimas ardientes se formaban en sus ojos. No podía creerse que la echara de menos de aquella manera… Ni siquiera habían pasado cuarenta y ocho horas desde la última vez que la había visto y ya se moría sin ella. Cada segundo de ausencia, cada milla de separación era como una aguja al rojo vivo clavada en su corazón… Y todavía le quedaba tanto para que aquella tortura terminara…

Cerró la caja para dejar de atormentarse y, tras guardarla de nuevo en su mochila con un suspiro cansado, se incorporó y caminó hasta el ventanuco de piedra. Apenas era una abertura estrecha, lo justo para permitir el paso del aire y la luz, pero desde allí tenía una vista de los alrededores de la abadía. Afuera, el amanecer teñía el paisaje con tonos dorados, mientras la luz del sol despuntaba por detrás de las colinas. Desde aquella altura, podía ver el terreno accidentado de Montecassino, aún marcado por los estragos de la pasada batalla. Restos de vehículos calcinados se esparcían por los caminos, trincheras improvisadas cortaban el paisaje y, en los claros entre las colinas, había tiendas de campaña, camiones y columnas de soldados aliados reorganizándose tras la lucha.

Más allá, el valle se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Entre la bruma de la mañana, se distinguían las ruinas de antiguos pueblos bombardeados, casas reducidas a esqueletos de piedra y humo elevándose todavía en algunos puntos, como fantasmas del combate. En la distancia, las carreteras que llevaban a Roma estaban plagadas de movimiento: convoyes de suministros, patrullas aliadas asegurando posiciones, oficiales revisando mapas y dando órdenes… El ejército estaba en marcha. La invasión era inminente.

—Señor.

Alfred se apartó del ventanuco y se giró. En la puerta de la celda había un soldado británico, de rostro cansado y uniforme polvoriento.

—El coronel Lonsdale le espera. Sígame, por favor.

Asintió, recogió su chaqueta y se ajustó la gorra antes de seguir al soldado. Salieron al pasillo y avanzaron por la abadía. El edificio, que en el pasado debió de ser imponente y majestuoso, ahora parecía una sombra de lo que fue. Las paredes estaban agrietadas y ennegrecidas por el humo, algunas zonas reducidas a escombros, y en ciertos pasillos, el sol se filtraba a través de grandes boquetes donde antes hubo techos y bóvedas. El olor a polvo y ceniza impregnaba el aire.

El soldado le condujo a través de una serie de corredores hasta que llegaron a la capilla. A pesar de los destrozos, el lugar aún conservaba su solemnidad. La luz del amanecer entraba por los vitrales rotos, proyectando colores dispersos sobre el suelo de mármol agrietado, y en el altar central reinaba una gran cruz de

piedra, una especie de recordatorio de que en el mundo aún había esperanza.

Lo que más le extrañó fue el silencio. No era el silencio vacío de un lugar abandonado, sino una calma pesada… Parecía que los muros de la capilla eran capaces de tragarse todos los sonidos del exterior, el trajín de los soldados, el rugir de los motores, las órdenes pronunciadas a gritos… A aquel lugar no llegaba nada de todo aquello. Aquella capilla tenía el poder de dejar la guerra al otro lado de sus muros y seguir proporcionando algo de paz.

Alfred pensó que le habría encantado sentarse en alguno de aquellos bancos y disfrutar de aquel oasis de paz, pero el soldado no se detuvo. Caminó hasta un lateral y abrió una puerta de madera reforzada con hierro.

—Espere aquí un momento —le indicó—. El coronel llegará enseguida.

Alfred entró en la sacristía, ahora convertida en un improvisado despacho de mando. Había mapas extendidos sobre una mesa de madera, documentos apilados en una esquina y un par de radios de comunicaciones emitiendo un zumbido bajo. La estancia olía a papel envejecido, sudor y tabaco rancio.

Encontró a sus dos compañeros, Wendy y Nigel, sentados frente a la mesa. Se sentó entre ellos y les dirigió una sonrisa.

—Buenos días —saludó—. ¿Habéis dormido bien?

Wendy se limitó a esbozar una sonrisa tímida y a asentir con la cabeza, pero Nigel se giró hacia él con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres que te diga? Comprendo que estemos en una guerra, en mitad de una invasión, pero hay ciertas normas de hospitalidad que deberían ser respetadas —protestó de forma airada —. No sé cómo habréis estado vosotros, pero a mí me metieron en un cuchitril oscuro y frío, con una cama vergonzosamente pequeña.

—No es un cuchitril —le cortó Wendy divertida—. Es una de las celdas que usaban los monjes.

—A mí me parece que llamarlas celdas es demasiado generoso —siguió quejándose Nigel—. En Inglaterra no utilizaríamos un sitio tan infame ni para los peores presos. ¿Y qué me decís de la cena? Si es que se le puede llamar cena a un mendrugo de pan duro y un poco de carne seca… Y no hablemos ya del desayuno, porque al menos a mí no me han dado de desayunar. ¿Y a vosotros? —Se detuvo durante un instante para permitir que sus dos compañeros negaran con la cabeza—. Lo que suponía. A mí se me ha presentado un soldado en la puerta para traerme aquí como si hubiera mucha prisa… Y todo para que el coronel que se supone que nos va a atender nos tenga aquí esperando…

—Lamento mucho la tardanza —dijo una voz grave desde la puerta—. Y todas las molestias ocasionadas. Les pediré a mis oficiales que les busquen alguna suite de cinco estrellas en las cercanías.

Alfred se giró, avergonzado. A pesar de que no había sido él quién se había quejado, se sentía responsable de Nigel y de su incapacidad de mantener la boca cerrada. Mientras trataba de controlar el rubor que estaba tiñendo sus mejillas, se puso en pie como un resorte y realizó el saludo militar. El hombre que tenía

frente a sí debía ser el coronel Arthur Lonsdale, el responsable de aquella unidad. Era un hombre de unos cuarenta años, de expresión curtida y mirada aguda. Su uniforme estaba gastado y sucio, con las mangas remangadas y una pistola colgada del cinto. Parecía el tipo de oficial que pasaba más tiempo en el campo de batalla que detrás de un escritorio.

—Teniente Mitchell —dijo el coronel con voz firme, extendiendo la mano.

—Lamento las palabras de mi subordinado. —Se disculpó Alfred mientras le estrechaba la mano con firmeza—. Tenga por seguro que recibirá una amonestación.

Nigel se encogió como si estuviera tratando de meter la cabeza entre sus hombros, como una tortuga se escondería en su caparazón. Lonsdale esbozó una sonrisa divertida y tomó asiento frente a ellos.

—Me han informado de su llegada anoche. Lamento no haber podido recibirles antes.

—Lo entendemos —respondió Alfred, volviendo a sentarse—. Sabemos que la situación es delicada y le agradecemos su hospitalidad y su ayuda.

Lonsdale asintió, inclinándose hacia delante con los codos sobre la mesa.

—He recibido órdenes de prestarles toda la ayuda posible, pero para ello necesitaría saber algo más. ¿Podría decirme en qué consiste exactamente su misión?

Alfred intercambió una mirada con Wendy y Nigel mientras se preguntaba qué podía contar. No podía hablarle a aquel hombre de poderes sobrenaturales, organizaciones nazis formadas por peligrosos brujos, objetos legendarios ni antiguos rituales. Nigel debió considerar que estaba tardando demasiado y decidió tomar la palabra.

—Tenemos que entrar en Roma.

—No me diga. —Lonsdale arqueó una ceja, sarcástico—. ¡Qué casualidad! Todo el Quinto Ejército[i] también. Por suerte, estamos aquí para eso.

—Disculpe, señor, pero es vital que nos infiltremos —intervino Alfred—. Nuestro objetivo es la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén.

—¿Y qué demonios hay allí que no pueda esperar a la entrada de las tropas aliadas? —preguntó el coronel frunciendo el ceño.

Alfred decidió que, aunque no le gustaba la idea, tendría que contarle a aquel hombre algo más sobre la misión que les había llevado hasta allí.

—Objetos sagrados de la cristiandad. Reliquias que, en las manos equivocadas, podrían inclinar la balanza en esta guerra.

Lonsdale exhaló un suspiro cansado y apoyó la espalda en la silla mientras negaba con la cabeza. Alfred se dio cuenta de que tenía enfrente a un hombre demasiado pragmático como para poder comprender la importancia de lo que estaban intentando conseguir.

—Escuche, teniente. Roma caerá en cuestión de días. —El coronel habló con voz lenta, separando las silabas como si estuviera

dirigiéndose a un niño pequeño—. Todo lo que tienen que hacer es esperar a que el ejército la tome. Entonces podrán pasearse hasta la basílica sin necesidad de arriesgar sus vidas.

Alfred apretó la mandíbula. Sabía que el coronel intentaría persuadirlos de esperar, que en realidad era lo más razonable y seguro, pero en su interior sentía que no podían permitírselo. Tomó aire antes de hablar para reflexionar durante un segundo más. No le gustaba tener que compartir información confidencial con una persona a la que acababa de conocer, pero sabía que el coronel necesitaría más datos para decidirse a ayudarlos.

—Lo que estamos buscando son dos objetos sagrados para la religión cristiana: el *lignum crucis* y el *titulus crucis*. Queremos conseguirlos porque sabemos que los nazis también pretenden hacerse con ellos y tenemos que evitarlo.

—Comprendo que quieran frustrar los planes de los nazis —dijo el coronel mirándole con extrañeza—. De hecho, puede creerme si le digo que no hay nada en el mundo que me haga más ilusión que hacer rabiar a Hitler. Pero no voy a poner en riesgo la vida de mis hombres, y tampoco las suyas, por unos objetos que no tienen ningún valor para esta guerra. ¿Los nazis quieren esas cosas? Pues que se las lleven.

Alfred tomó aire y lo soltó en un largo bufido. Iba a ser complicado hacer que aquel hombre comprendiera la naturaleza e importancia de su misión. Además, le daba la impresión de que, al tener una mentalidad tan lógica y pragmática, contarle la verdad sería contraproducente. Si le hablaba a aquel hombre de magia negra y de muertos levantándose por toda Europa, pensaría que se

había vuelto loco. Pero entonces, ¿qué podría decirle? La respuesta le llegó como una luz: sabía cómo convencer a un hombre así porque él había sido igual durante la mayor parte de su vida. Los hombres así no necesitaban argumentos. Necesitaban órdenes.

—Cuando hemos empezado a hablar, usted nos ha dicho que ha recibido instrucciones para ayudarnos en todo lo que sea posible.

—Sí, eso le he dicho —confirmó Lonsdale confuso.

—Supongo que no sabe de dónde vienen esas órdenes, pero espero que pueda confirmarlo. —Alfred se inclinó sobre la mesa para estar más cerca y mirarle a los ojos—. Esta misión nos ha sido encomendada directamente por el primer ministro Churchill. Y supongo que eso le hará pensar que nuestra misión no obedece al simple capricho de hacer rabiar a Hitler, sino que es muy importante, más aún, vital, que consigamos hacernos con esos objetos.

—Pero yo no le estoy diciendo en ningún momento que no vayamos a intentar conseguirlos —objetó el coronel azorado—. Lo único que le propongo es esperar a que nuestras tropas entren en la ciudad. Será mucho más seguro.

—¿Y si en su huida los fascistas italianos se llevan las reliquias? —insistió—. ¿Quiere arriesgarse a que acaben en manos de los nazis?

Lonsdale no respondió. Se quedó mirando a Alfred con los ojos muy abiertos, como si estuviera manteniendo una lucha interna entre su prudencia y la necesidad de obedecer las órdenes de un superior. Alfred decidió aprovechar su confusión para continuar:

—No podemos esperar y arriesgarnos a perder esos objetos. Tenemos que entrar antes de que desaparezcan.

El coronel tomó una profunda bocanada de aire y tamborileó con los dedos sobre la mesa, pensativo.

—Ahora mismo la ciudad de Roma está en alerta máxima. El enemigo sabe que la invasión es inminente. Hay patrullas en cada calle y barricadas en los accesos. Entrar sin ser detectados es prácticamente imposible.

—Por eso necesitamos su ayuda —respondió Alfred.

Lonsdale suspiró, mirando de nuevo el mapa extendido ante él.

—Mire, teniente, si tuviera una forma de meterles en la ciudad sin que los maten al cruzar la puerta, ya lo habría hecho para mis propios hombres. Pero no se me ocurre ninguna.

—¿Así que si encontramos la manera, nos ayudará? —intervino Nigel con una sonrisa burlona bailando en sus labios.

Lonsdale lo miró con seriedad antes de responder:

—Si ustedes encuentran un modo de entrar en Roma sin ser detectados, pondré a su disposición todos los recursos que necesiten.

—Entonces será mejor que empecemos a pensar. —Nigel se puso en pie e indicó a sus compañeros que le siguieran con un gesto de la cabeza—. Tendrá noticias nuestras muy pronto.

Nigel abandonó la sacristía con Wendy pisándole los talones. Alfred se despidió del coronel con un saludo militar y una sonrisa de

disculpa antes de salir tras sus compañeros. Estos habían regresado a la capilla y se habían detenido al lado de la pila bautismal. Cuando Alfred llegó a su lado, miró a Nigel con gesto serio y le señaló con el dedo índice.

—¿Podrías explicarme a qué ha venido esto? —preguntó enfadado—. ¿Por qué te has levantado así?

Nigel apoyó las manos en el borde de mármol de la pila y sonrió con su característico aire desafiante.

—Creo que se me ha ocurrido algo para colarnos en Roma. —Le lanzó una mirada burlona a Alfred—. Ha llegado el momento de deslumbraros con mis talentos ocultos.

—Por favor, dime que no vas a tratar de distraer a los guardias con alguno de tus estúpidos trucos de magia… —suplicó Alfred tras soltar un suspiro.

—No, no, nada de cartas marcadas ni palomas en la chistera —dijo Nigel con una sonrisa pícara—. Será magia de verdad.

Tras mirar a ambos lados para asegurarse de que estaban solos en la capilla, metió la mano en la pila y agitó el agua con los dedos. A su alrededor, el aire pareció volverse más frío de golpe. Alfred frunció el ceño y echó un vistazo a su alrededor, inquieto. Wendy entrecerró los ojos, enfocándose en el flujo de energía que envolvía a Nigel.

—Oh… —susurró—. Tu aura está vibrando…

Nigel sonrió y exhaló suavemente sobre la superficie del agua y, al instante, un velo de bruma empezó a elevarse sobre la pila, como si el mármol mismo desprendiera un aliento helado. Al

principio, fue apenas un rastro translúcido, pero en cuestión de segundos la niebla se espesó, enroscándose como serpientes de humo suspendidas en el aire.

Wendy observó fascinada cómo la neblina flotaba en pequeñas volutas sobre la pila, como si tuviera vida propia.

—Es hermoso… —murmuró.

Alfred, por su parte, se mantuvo inmóvil, evaluando el fenómeno con la misma expresión que ponía al revisar informes clasificados.

—¿Cómo demonios estás haciendo eso?

Nigel esbozó una sonrisa ladina y sopló ligeramente sobre la bruma. Esta empezó a extenderse más allá de la pila, bajando hacia el suelo de piedra, como un manto de niebla que se deslizara por la iglesia. Wendy dio un paso atrás cuando la neblina le rodeó los tobillos, pero no parecía asustada, sino fascinada.

—Puedes controlarla…

—Solo hasta cierto punto, pero he mejorado mucho. He aprendido a jugar con la humedad y la temperatura. —Nigel extendió los brazos con una sonrisa de suficiencia—. Y esta será nuestra manera de colarnos, utilizando algo con lo que los británicos estamos mucho más familiarizados que los italianos: la niebla.



Francia,

1 de junio de 1944

Capítulo uno

El tren redujo la velocidad con un leve traqueteo sobre las vías. Sentí el cambio en el ritmo del viaje incluso antes de que la ciudad apareciera en el horizonte. París estaba cerca.

Apoyé la cabeza contra el cristal y observé el paisaje en movimiento. Los campos abiertos habían quedado atrás hacía tiempo, dando paso a los barrios industriales y las primeras edificaciones de los suburbios, algunas en ruinas, otras con los muros cubiertos de carteles nazis o banderas con la esvástica ondeando desde los balcones. A lo lejos, en una calle lateral, alcancé a ver un grupo de civiles caminando con la cabeza gacha mientras un par de soldados alemanes los vigilaban con sus rifles al hombro. Aunque en nuestro último viaje París ya era una ciudad ocupada, me dio la impresión de que su situación había empeorado.

Me aparté del cristal y miré a mis compañeras. Janine, la misma joven perteneciente a la Línea Cometa que nos había acompañado hasta París en nuestro viaje anterior, dormitaba en su asiento, con la cabeza apoyada contra el respaldo, su cabello rubio cayéndole en mechones desordenados sobre los hombros. A su lado, Irma había sacado unas hojas dobladas de su mochila y las había desplegado sobre su regazo.

—¿Qué es eso? —pregunté en voz baja para que ningún pasajero pudiera oír que hablaba en inglés.

—Una lista de órdenes en francés y alemán que Alfred me ha preparado —respondió sin levantar la vista—. Ya sabes, para que pueda usar mis poderes.

—No me digas que se ha tomado la molestia de traducirlas y organizarlas.

—Por supuesto. Es Alfred. —Irma me lanzó una mirada divertida—. Las ha clasificado según la situación: órdenes simples, de control de movimientos, para interrogatorios, para despistar...

Me incliné para echar un vistazo. Las frases estaban escritas con su caligrafía pulcra y meticulosa, numeradas con precisión militar.

—Déjame adivinar —murmuré—. También hay un apartado de "Frases de emergencia".

—"Levanta las manos", "dame tu arma", "dime la verdad" y "olvida que me has visto" parecen bastante útiles —contestó sonriendo.

Nos miramos por un momento y, a pesar de la tensión que llevábamos encima, ambas soltamos una leve risa.

El sonido del tren disminuyendo la velocidad hizo que Janine se removiera en su asiento. Murmuró algo en francés, se frotó los ojos y se desperezó.

—Ya llegamos —dijo, incorporándose y echando un vistazo por la ventana.

A medida que el tren se deslizaba por las vías de entrada a París, los edificios aumentaban en altura, las calles se estrechaban y la atmósfera se volvía más sombría. Vi más patrullas alemanas

apostadas en las esquinas, pequeños grupos de personas caminando con prisa y algún que otro control en los cruces de calles.

—¿Vas a venir con nosotras?

—No puedo. —Janine negó con la cabeza y se acomodó el abrigo—. Mi tren de regreso sale en cinco minutos. Pero es fácil. Solo tenéis que salir de la estación, girar a la izquierda y caminar hasta una cafetería llamada *La Maison*. Tenéis que sentaros en una de las mesas de la terraza y esperar.

Me tensé ligeramente. No estaba preparada para que nos dejaran a nuestra suerte. Entonces recordé a Michone, la joven que nos había ayudado a salir de París hacía unos meses. A pesar de que la chica no me había caído bien por su comportamiento demasiado cariñoso y abierto hacia Alfred, pensé que sería bueno encontrarnos con una cara conocida.

—¿Esperar a qué? —pregunté—. ¿Michone nos recogerá?

—No, está de misión en Bélgica. —Janine hizo un gesto negativo—. Pero no os preocupéis. La Resistencia ha enviado a otra persona.

—¿Y cómo sabremos que es la persona correcta? —Irma la observó con escepticismo.

—Se os acercará y os dirá una contraseña. —Janine sonrió levemente y se inclinó hacia nosotras para hablar en un tono aún más bajo—. Os dirá "On dirait que le temps change".

—¿Y eso qué demonios significa? —preguntó Irma.

—"Parece que el tiempo está cambiando" —tradujo Janine—. Vosotras tenéis que contestar "Oui, les hirondelles volent bas. C'est

signe de tempête", que significa "Sí, las golondrinas están volando bajo. Es señal de tormenta".

—¿En serio tenemos que aprendernos todo eso? —me quejé —. Creo que los espías os complicáis demasiado la vida con las contraseñas… y que lo hacéis para haceros los interesantes.

—Yo no he escogido la contraseña —se disculpó Janine encogiéndose de hombros—. Tan solo os la transmito.

—No te preocupes —dijo Irma con una sonrisa—. Yo me la aprenderé.

Le devolví la sonrisa, aunque sentía un nudo de incertidumbre en el estómago, y las dejé tranquilas. Mientras Janine repetía la contraseña una y otra vez para que Irma la memorizara, me dediqué a mirar por la ventanilla. El tren fue reduciendo la velocidad hasta detenerse por completo. Afuera, el cartel con el nombre de la estación apareció entre columnas de hierro ennegrecido por el hollín: *Gare d'Austerlitz*. Janine recogió su bolso y nos dirigió una última mirada.

—Cuidaos mucho.

—Tú también —le respondí—. Espero que la próxima vez que nos encontremos, sea en una Francia libre.

Nos despedimos con un rápido abrazo antes de que Janine desapareciera entre los primeros pasajeros que descendían del tren. Después, recogimos nuestras cosas y nos mezclamos con la gente que se dirigía hacia la salida.

La *Gare d'Austerlitz* no era un lugar acogedor. El alto techo de hierro y vidrio dejaba entrar la luz del día, proyectando sombras frías

sobre el suelo de piedra. Había carteles en alemán por todas partes, anunciando horarios de trenes, toques de queda y advertencias contra la Resistencia. En los altavoces, una voz metálica repetía mensajes en francés y alemán, recordando a los pasajeros que llevaran sus documentos de identificación en todo momento.

La presencia de los nazis se notaba a cada paso. Patrullas de soldados recorrían las plataformas, revisando papeles y deteniendo a algunos pasajeros al azar. Seguí caminando con la cabeza gacha, fingiendo indiferencia, con Irma a mi lado. Ambas sabíamos que un solo error nos costaría la vida.

La estación estaba llena, pero nadie hablaba demasiado alto. Los pasos resonaban en el suelo con un ritmo nervioso, las miradas se esquivaban, los cuerpos se movían con la rapidez de quienes temían llamar la atención. Apretamos el paso hasta llegar a la salida. La luz del día nos recibió con un resplandor casi cegador en contraste con la penumbra de la estación.

—A la izquierda —murmuré, recordando las indicaciones de Janine.

Irma asintió y ambas nos mezclamos con la multitud, dejando atrás la sombra de la estación. Caminamos en silencio por las calles de París, sintiendo la opresión del ambiente a cada paso. El sol de la mañana intentaba colarse entre los edificios de piedra gris, pero no conseguía disipar la sensación de peligro constante que se respiraba en la ciudad.

Las aceras estaban llenas de civiles que se movían con prisa, la mayoría con la cabeza baja, evitando cruzar miradas entre ellos. Algunos hablaban en susurros, otros avanzaban en silencio. La

Gestapo patrullaba con mirada vigilante. Su mera presencia era suficiente para hacer que la gente apretara el paso. A cada esquina, había carteles de propaganda alemana pegados sobre los muros. En algunos, soldados nazis sonreían en ilustraciones idealizadas, con lemas en francés y alemán exaltando la "nueva Europa". En otros, las palabras "Résistance" y "Sabotage" aparecían con grandes advertencias sobre las consecuencias de oponerse al *Reich*.

Finalmente, vimos la cafetería. *La Maison* era un pequeño establecimiento de fachada desgastada, con un letrero de madera descolorido y un toldo de tela a rayas. En la terraza, había unas pocas mesas de hierro forjado, la mayoría ocupadas por clientes que parecían más interesados en sus propias preocupaciones que en lo que pasaba alrededor. Nos sentamos en una mesa junto a la entrada. Irma tomó la carta, pero apenas la miró antes de que se acercara la camarera.

—*Deux cafés au lait et deux croissants, s'il vous plaît* —pidió en un francés perfecto.

La camarera asintió y se marchó con rapidez. Me giré hacia Irma con una ceja arqueada.

—¿Desde cuándo pides en francés como si hubieras nacido aquí?

—Desde que Alfred decidió que, además de aprender a hipnotizar en varios idiomas, también necesito saber cómo no morirme de hambre —contestó sonriendo con aire divertido.

—Déjame adivinar, ¿tienes "una baguette con jamón" en la lista?

—Y "un vino tinto, por favor". —Irma sacó los papeles de su bolsillo y los agitó—. Meticuloso como siempre.

—Yo diría obsesivo.

—Un poco de ambos —aceptó Irma entre risas.

La camarera apareció y, tras dejar nuestro desayuno en la mesa, volvió al interior del café. Me acomodé en la silla, mirando con disimulo a los alrededores, y me di cuenta de que una joven se acercaba, con la vista fija en nuestra mesa. Debía tener unos veinticinco años, con el cabello oscuro cortado en un elegante *bob* y una boina ladeada que le daba un aire bohemio. Tenía unos ojos enormes, que le conferían un aspecto de perpetua inquietud, aunque su voz, cuando habló, fue dulce y suave.

—*On dirait que le temps change*.

Irma y yo intercambiamos una fugaz mirada. Mi compañera asintió, para darme a entender que tenía la situación bajo control.

—*Oui, les hirondelles volent bas. C'est signe de tempête* —respondió.

La joven esbozó una pequeña sonrisa y, sin más preámbulos, se sentó con nosotras. La camarera volvió a aparecer y la mujer pidió un café para ella.

—Soy Simone Aubrac —dijo en voz baja—. Me ha enviado la Resistencia para ayudaros en lo que necesitéis.

Tomé un sorbo de mi café, sintiendo el calor reconfortante del líquido, aunque el sabor me pareció más amargo de lo normal.

—¿Sabes cuál es nuestra misión?

—Solo hasta cierto punto. —Negó con la cabeza—. Me han informado de que habéis venido a buscar algo importante y que no podéis esperar.

—¿Nos puedes conseguir documentos? —Irma apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—Sí. —Simone bajó la voz, inclinándose un poco—. Pero no puedo prometeros que sean perfectos. La Gestapo está paranoica, lo revisan todo.

No tuve oportunidad de responder. Una patrulla nazi pasó junto a nosotras, con un perro pastor alemán al frente. El animal se detuvo en seco y comenzó a ladrar furioso en nuestra dirección. Simone se tensó de inmediato apretando con fuerza el borde de la mesa. Yo me obligué a no mover ni un solo músculo. No podíamos llamar la atención.

El soldado sujetó con firmeza la correa del perro y le habló en alemán con voz autoritaria, ordenándole que se calmara. El animal gimió, pero siguió mirándonos. Durante un segundo eterno, el soldado nazi nos barrió con la mirada. Mi respiración era tan superficial que apenas la sentía en mis propios pulmones. Finalmente, el soldado tiró de la correa y la patrulla siguió caminando, perdiéndose entre la multitud. No nos atrevimos a hablar hasta que estuvieron lejos.

—Dios... Ese maldito perro me ha quitado cinco años de vida —se quejó Simone tras soltar un largo suspiro.

—A mí me ha quitado diez —murmuró Irma, recomponiéndose.

Tomé un bocado de mi croissant, más para obligarme a aparentar normalidad que por hambre. Simone se bebió su café de un sorbo antes de decir en voz baja:

—Terminad pronto. Tengo un piso franco muy cerca.

Me quedé en silencio un momento. Todavía sentía el latido acelerado de mi corazón en la garganta.

—¿Estaremos seguras allí?

—Mucho más que en la calle. Allí podremos hablar sin miedo.

—¿Y allí también nos darás café? —preguntó Irma mirando apenada su taza.

—Quizá no sea tan bueno como el de aquí —respondió Simone divertida—, pero al menos os prometo que podréis tomároslo con tranquilidad.

Capítulo dos

Dejamos atrás *La Maison* con la misma discreción con la que habíamos llegado. Las calles de París parecían más estrechas de lo que recordaba, como si la ocupación nazi hubiera robado hasta el aire entre los edificios. La ciudad entera parecía contener la respiración, con sus habitantes moviéndose en silencio, evitando miradas indiscretas y manteniendo la cabeza baja.

Me giré hacia Irma y vi que se había llevado el croissant y que lo mordisqueaba con tranquilidad, como si no estuviera en absoluto preocupada por la posibilidad de que nos detuvieran. Pensé con pena que se me debería haber ocurrido la misma idea, pero ya era tarde para volver a la cafetería a por él. Además, tenía el estómago tan cerrado por los nervios que dudaba de haberlo podido disfrutar sin acabar vomitando.

Caminamos en fila, con Simone a la cabeza, guiándonos a través de calles secundarias. No se movía con prisa, pero tampoco se detenía. Su paso era rápido y preciso, como si conociera cada rincón del barrio y supiera exactamente qué caminos debíamos tomar para evitar las patrullas nazis.

A medida que avanzábamos, vi los rastros de la ocupación en cada esquina. Banderas con la esvástica ondeaban desde los edificios oficiales, carteles de propaganda alemana cubrían las fachadas, y los pocos cafés que permanecían abiertos tenían letreros en francés y alemán. Nos cruzamos con una fila de civiles esperando en silencio frente a una panadería, con sus cartillas de racionamiento

en la mano. Una anciana levantó la mirada un instante y vi el miedo en sus ojos, un miedo tan habitual que parecía haberse convertido en parte del aire de la ciudad.

Simone nos llevó hasta un pequeño edificio de piedra oscura y fachada desgastada. Las ventanas estaban cubiertas con viejas cortinas descoloridas y los balcones no tenían ni flores ni ropa tendida, como si los inquilinos hubieran decidido borrar cualquier rastro de vida. Sacó una llave de su abrigo y abrió la puerta de madera con rapidez.

—Vamos, no os quedéis ahí.

Entramos en un vestíbulo angosto y oscuro, donde el olor a polvo y humedad era intenso. Subimos por una escalera de madera en la que cada peldaño rechinó bajo nuestro peso. Pasamos por un par de puertas cerradas hasta llegar a la última planta. Simone sacó otra llave, abrió la puerta de la buhardilla y nos hizo entrar.

El apartamento era pequeño y austero, con techos bajos y paredes manchadas por la humedad. Apenas había muebles: una mesa de madera con dos sillas, un viejo sofá de tela desgastada, un camastro en una esquina con una manta doblada a los pies y una estantería con algunos libros y periódicos amontonados en un rincón. El aire olía a café y a papel envejecido.

A través de una ventana al fondo, vi un estrecho balcón con vistas a la Torre Eiffel. Me acerqué y abrí la ventana con cuidado. Desde allí, la vista era espectacular, pero la sensación que me provocaba la Torre Eiffel no tenía nada que ver con la belleza de su estructura. La bandera nazi ondeaba en su punto más alto, un

símbolo de victoria que los alemanes habían colocado como si con ello reclamaran la ciudad como suya.

Un escalofrío me recorrió la espalda. La Torre Eiffel seguía en pie, pero ya no quedaba nada de la libertad que una vez representó.

Detrás de mí, Simone se movía con facilidad en el pequeño espacio de la cocina. Encendió un hornillo de gas y colocó una vieja cafetera metálica sobre la llama, mientras sacaba tres tazas desparejadas de un estante.

—Podéis sentaros —dijo sin mirarnos.

Irma se acomodó en una de las sillas. Yo me quedé de pie un momento más, mirando por la ventana, antes de unirme a ella. El sonido del café hirviendo llenó el silencio. Simone revolvió el líquido oscuro con una cuchara, sin apartar la vista de la cafetera.

—Ahora que estamos a salvo, ¿vais a decirme qué buscáis en París?

El nudo de incertidumbre que había tenido en el estómago desde que llegamos a la ciudad se apretó un poco más. Miré de reojo a Irma, pero ella se limitó a apoyar la espalda en la silla, con los brazos cruzados, esperando mi respuesta. Simone nos miró por encima del hombro.

—Si voy a ayudaros, necesito saber qué estáis haciendo aquí.

Inspiré hondo. No confiaba en nadie fuera de la División OpenMind. No podíamos permitirnos errores y contar demasiado podría poner en riesgo la misión. Sin embargo, sabía que necesitábamos la ayuda de Simone. No podríamos movernos por la ciudad sin alguien que nos facilitara documentación y cobertura. Y

tampoco podríamos movernos sin intérprete, fiándonos de las cuatro páginas de frases traducidas que nos había pasado Alfred.

—Es una misión del alto mando británico —respondí, escogiendo mis palabras con cuidado—. Estamos aquí para recuperar ciertos objetos históricos que los nazis podrían usar en su favor.

—Necesito más que eso. —Simone me miró con escepticismo.

Apreté los labios. No podía contarle todo. Revelarle que buscábamos objetos sagrados para evitar un antiguo ritual de magia negra me sonaba a locura incluso a mí. Decidí darle solo los datos imprescindibles y dejarme los demás para más adelante, cuando viera si podía confiar en ella.

—Estamos aquí por la corona de espinas de Cristo y por uno de los clavos de la crucifixión —contesté—. Se supone que están en Notre Dame.

—¿Estáis seguras de que están ahí? —Simone dejó de remover el café.

—Eso es lo que nos han dicho quienes lo han estudiado —admití—, pero no podemos estar seguras de que sigan allí.

Ella nos observó en silencio por un momento, como si midiera el peso de mis palabras. Finalmente, vertió el café en las tres tazas y nos las tendió.

—Bien… Os ayudaré.

—¿No vas a preguntar para qué queremos esos objetos? —dijo Irma tras tomar su taza.

—Si los nazis los quieren, es razón suficiente para que yo quiera que los tengáis vosotras —respondió Simone tras encogerse de hombros—. Lo primero es la documentación. Sin papeles, no podréis moveros sin ser detenidas. Voy a conseguiros credenciales francesas, con trabajos modestos que justifiquen vuestra presencia en la ciudad.

—¿Cuánto tardarás? —se interesó Irma.

—Unas horas. Pero antes del atardecer estarán listas.

—¿Y mientras tanto? —pregunté impaciente.

—Yo aprovecharé el tiempo para asegurarme de que esos objetos siguen ahí —respondió Simone—. Vosotras podéis mirar por la ventana, leer algún periódico viejo o hablar de vuestras cosas.

—¿En serio? —Se sorprendió Irma—. ¿Nos vamos a tener que quedar encerradas aquí sin hacer nada?

—Ya habéis visto cómo está la ciudad. Sin unas credenciales válidas, seriáis detenidas en cuestión de minutos. —Apuró su café, recogió su abrigo y se dirigió a la puerta—. Quedaos aquí y no hagáis locuras. Volveré lo más pronto posible.

A pesar de que la luz del atardecer se filtraba a través de la ventana del pequeño apartamento, proyectando sombras alargadas sobre las paredes desconchadas, Simone aún no había vuelto. El tiempo parecía haberse ralentizado en la buhardilla. Irma había intentado distraerse hojeando algunos de los viejos periódicos apilados en una esquina, pasando las páginas con tranquilidad. Yo, en cambio, era

incapaz de quedarme quieta. Caminaba de un lado a otro, pasando del sofá a la ventana, de la ventana a la mesa y vuelta a empezar.

—¿Podrías dejar de hacer eso? —dijo Irma con un suspiro, cerrando el periódico con más fuerza de la necesaria—. Me estás poniendo nerviosa.

—No entiendo cómo puedes estar tan tranquila…

—Porque trato de no molestar. Coge un periódico, como estoy haciendo yo, y siéntate.

—Pero si están en francés —me quejé—. No voy a entender nada.

—Yo tampoco, pero miro las fotos y no saco de quicio a mi compañera.

Me detuve un instante, con los brazos cruzados sobre el pecho, pero la inquietud dentro de mí no disminuyó ni un ápice.

—Voy a salir al balcón —murmuré.

Irma no respondió, pero su expresión de alivio dejó claro que aprobaba la decisión. Me apoyé en la barandilla del estrecho balcón y respiré hondo. El aire de la tarde era fresco, con un leve olor a lluvia lejana. Desde allí, podía ver la Torre Eiffel recortándose contra el cielo oscuro, sus luces proyectando un brillo tenue sobre la ciudad. La bandera nazi seguía ondeando en lo alto, recordándome que París ya no era la misma.

Bajé la vista hacia las calles, donde la actividad comenzaba a reducirse. Los cafés y bistrós aún abiertos tenían las luces atenuadas y sus clientes susurraban en lugar de hablar en voz alta. Grupos de soldados nazis patrullaban las aceras, deteniéndose de vez en

cuando para inspeccionar documentos o intercambiar palabras con algún civil. En una esquina, un hombre con un abrigo oscuro fue apartado bruscamente por un soldado y llevado a un camión militar.

Tragué saliva. ¿Y si Simone no volvía? ¿Qué haríamos si la habían detenido? Sin documentos, no podríamos movernos por la ciudad sin levantar sospechas. Y si Simone había sido capturada con información sobre nosotras… ¿Sería capaz de guardar en secreto nuestra presencia en la ciudad si la torturaban? No quise terminar ese pensamiento.

El sonido de unos pasos rápidos en la calle me sobresaltó. Bajé la vista justo a tiempo para ver a Simone entrar en el portal del edificio.

—¡Ya vuelve! —le grité a Irma desde la puerta del balcón.

Corrí hacia la entrada del apartamento y abrí la puerta justo cuando Simone subía las escaleras a toda prisa, con el rostro pálido y la respiración entrecortada. Cuando llegó a la buhardilla, se apoyó contra el marco de la puerta y cerró los ojos un segundo, recuperando el aliento.

—Ha sido más complicado de lo que esperaba —dijo finalmente, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Irma con el ceño fruncido.

Simone pasó una mano por su cabello oscuro, que ahora estaba revuelto y algo húmedo de sudor.

—Mi contacto habitual ha sido detenido. Tuve que recurrir a alguien más, y eso significó esperar y arriesgarme más de lo que me hubiera gustado.

—¿Te siguieron? —dije tras morderme el labio con nerviosismo.

Simone negó con la cabeza, abrió el bolso que llevaba colgado al hombro y sacó dos pequeños documentos de identidad franceses. Nos los tendió a Irma y a mí. Tomé el mío y lo abrí.

—*Claire Fournier* —leí en voz alta.

—*Isabelle Lambert* —dijo Irma, revisando el suyo.

—Son nombres comunes —explicó Simone—. Os he registrado como trabajadoras en una fábrica de cigarrillos. No es un trabajo glamuroso, pero os permitirá justificar vuestra presencia en París sin llamar la atención.

Pasé un dedo por el papel, sintiendo la textura ligeramente rugosa.

—Es una buena falsificación, pero no es perfecta —comentó Simone—. Si un oficial de la Gestapo se fija demasiado, no servirá de mucho.

—¿No has podido conseguir algo mejor? —se quejó Irma—. Algo más creíble… O quizá una identidad con una posición social más importante, algo con lo que nos hicieran menos preguntas.

—¿Y qué querías? —Simone levantó una ceja—. ¿Hijas de un diplomático suizo?

—Nos vendría bien tener pasaportes diplomáticos —rio Irma.

—No se admiten reclamaciones. — Simone bufó y sacó una hoja de papel doblada de su abrigo—. También he conseguido esto.

Nos lanzó el papel y lo extendí sobre la mesa.

—¿Qué es?

—Información sobre lo que buscáis —explicó—. La corona de espinas y el clavo de Cristo se exponen en la *Chapelle du Tresor*, dentro de la catedral de Notre Damme.

—¿Qué es la *Chapelle du Tresor*? —pregunté confusa.

—La capilla del tesoro —tradujo Simone—. Es una sala especial dentro de la catedral donde se guardan las reliquias más importantes. La corona está guardada en un relicario de cristal y oro y el clavo en un relicario dorado.

—¿Y se puede entrar en esa sala? —Los ojos de Irma brillaron de emoción.

—Normalmente no. —Simone sonrió al ver el gesto de decepción de Irma—. Solo se permite el paso al público en ocasiones especiales, como la Semana Santa o el primer viernes de cada mes.

—Mañana es dos de junio y es viernes —dije en un susurro, como si temiera que nuestra buena suerte se espantara si hablaba más alto.

—¿Y no sería mejor ir a robarlos hoy? —preguntó Irma, impaciente—. Mañana todo el mundo va a tener los ojos puestos en esos objetos.

—Si los robamos hoy, mañana se darán cuenta de que faltan —explicó Simone—. Si los nazis les dan tanta importancia como pensáis, pueden cerrar la ciudad y empezar a registrar casa por casa.

—No podemos arriesgarnos —convine yo.

—Por eso es mejor que los robemos mañana después de que los expongan. Así tendremos un mes antes de que se den cuenta de que nos los hemos llevado. —Simone me sonrió, emocionada con su plan—. Iremos a verlos, nos aseguraremos de que son los que buscáis y después nos los llevaremos.

—Lo dices como si fuera lo más sencillo del mundo —dije negando con la cabeza.

—No he dicho que vaya a ser fácil. —La joven me guiñó un ojo—. Pero tenemos hasta mañana para idear un buen plan.

Capítulo tres

El sol del atardecer se deslizaba sobre los tejados de París, tiñendo de oro y cobre las gárgolas y los arbotantes de Notre Dame. La luz crepuscular daba al rosetón principal un resplandor casi etéreo, proyectando reflejos de colores sobre la piedra grisácea de la fachada. Desde la plaza frente a la catedral, las sombras alargadas de las torres gemelas cubrían el suelo empedrado, envolviendo a los fieles que esperaban para la última misa del día.

Miré de reojo a Irma y Simone. Ninguna hablaba, pero sentía la tensión en cada uno de nuestros pasos. Subimos los escalones de piedra y entramos en Notre Dame. El silencio solemne nos envolvió al cruzar el umbral. Dentro, la catedral era aún más majestuosa. Las altísimas bóvedas de piedra se perdían en la penumbra, sostenidas por esbeltas columnas que se elevaban con la elegancia de un bosque petrificado. La luz de las velas parpadeaba sobre los antiguos tapices y las esculturas de los santos y las vírgenes, proyectando sombras danzantes sobre los muros de piedra.

Los bancos de madera estaban ocupados por un pequeño grupo de feligreses: mujeres con pañuelos en la cabeza y ancianos con rosarios entre los dedos. Nos deslizamos hasta el último banco, sentándonos con aparente devoción, aunque ninguna de nosotras estaba concentrada en la misa. Irma mantenía la cabeza inclinada, fingiendo rezar, pero sus ojos se movían analizando cada detalle. Simone, junto a mí, tenía la espalda recta y las manos cruzadas sobre el regazo, pero su respiración delataba su nerviosismo. Yo me

obligué a fijar la vista en el altar, aunque cada fibra de mi cuerpo estaba en alerta.

El sacerdote, vestido con su túnica blanca y dorada, terminó la misa con un último cántico. Los fieles se persignaron, y el murmullo del rezo se fue disipando. El sacerdote levantó las manos y habló con voz pausada:

—*Les fidèles qui souhaitent vénérer les reliques sacrées peuvent s'approcher de la Chapelle du Trésor*.[ii]

Algunas personas se pusieron de pie. Simone hizo un gesto de asentimiento con la cabeza para indicarnos que debíamos hacer lo mismo. La seguimos hasta unirnos a un pequeño grupo de feligreses que se dirigía a un pasillo lateral.

La Capilla del Tesoro estaba separada del resto de la catedral. Era un recinto pequeño de muros decorados con relieves dorados y vitrales oscuros que dejaban entrar apenas un destello de luz crepuscular. Al fondo, sobre una mesa de mármol cubierta con un paño rojo, los relicarios resplandecían bajo la tenue iluminación de los candelabros.

Mi corazón dio un vuelco. Ahí estaban: la corona de espinas, protegida en su relicario de cristal y oro, y el clavo de la crucifixión resguardado en un relicario dorado más pequeño. Observé las reliquias con la respiración contenida. Nos arrodillamos en uno de los bancos, imitando al resto de los feligreses, y fingimos rezar. Uno a uno, los demás fueron terminando su oración y marchándose en silencio. Cuando el último de los fieles salió de la capilla, solo quedamos nosotras tres y el sacerdote. El hombre carraspeó con suavidad, con un gesto amable pero firme.

—*Mes filles, la cathédrale est sur le point de fermer*.[iii]

Justo en ese momento, tal como lo habíamos planeado, Simone dejó escapar un sollozo ahogado. El cura se giró con sorpresa y ella le agarró las manos mientras seguía sollozando. A pesar de no entender una palabra de francés, sabía lo que ella le estaba diciendo porque lo habíamos ensayado un montón de veces durante el día. Entre llantos y gimoteos, ella le estaba contando que habíamos peregrinado desde un pequeño pueblecito porque nuestra hermana menor, enferma de tuberculosis, había sido desahuciada por los médicos, que nos habían anunciado que no le quedaba mucho tiempo. Nuestra última esperanza era rezar ante las sagradas reliquias y que estas obraran el milagro de curarla.

El sacerdote pareció dudar, por lo que todas redoblamos nuestros llantos. Era un hombre de fe, y su expresión reflejaba la lucha entre la norma y la compasión. Finalmente, suspiró y asintió.

—*D'accord... Vous pouvez rester un peu plus longtemps*.[iv]

—*Merci, mon père* —susurró Simone, inclinando la cabeza.

El cura se alejó unos pasos, permitiéndonos continuar con nuestras plegarias. Simone siguió llorando y yo bajé la mirada, fingiendo rezar. El tiempo pasó con una lentitud insoportable. Mientras fingía estar rezando, mis oídos estaban fijos en lo que sucedía en la capilla, a solo unos pasos de la estancia en la que nos encontrábamos. Durante un par de minutos, continué escuchando los pasos y murmullos de los feligreses que aún no habían abandonado la catedral. Poco a poco, aquellos sonidos se fueron extinguiendo, a medida que los últimos fieles abandonaban la

iglesia. Cuando estuve segura de que ya no quedaba nadie, miré a Simone y asentí con la cabeza.

Nos pusimos de pie con cuidado y, tras despedirnos del sacerdote, nos dirigimos hacia la nave principal, caminando con la serenidad de quienes han terminado sus oraciones. La catedral estaba completamente vacía. Solo se escuchaba el eco lejano de los pasos del sacerdote en la Capilla del Tesoro, recogiendo antes de cerrar.

Cruzamos el pasillo central y nos dirigimos a la puerta principal. Simone empujó con suavidad una de las hojas de la gran puerta de madera, lo justo para que hiciera un crujido audible y sonara al cerrarse como si nos hubiéramos marchado. Sin hacer ningún ruido, nos deslizamos hasta el confesionario más cercano, un cajón de madera oscura con cortinas gruesas, nos metimos dentro y cerramos la puerta, conteniendo la respiración.

Fuera, la catedral se sumió en un silencio sepulcral. Sentí los latidos de mi corazón acelerarse. Me parecía que latía tan fuerte como para rebotar contra los muros y levantar eco, que mi respiración sonaba como la de un toro embravecido… Irma se movió a mi lado, inquieta, y me clavó un codo en las costillas.

—Muévete un poco —le pedí en susurros—. No me dejas respirar.

—No sabía que esto iba a ser tan estrecho —respondió mientras trataba de deslizarse para encontrar una posición más cómoda—. No cabemos las tres aquí.

—Pues ya no podemos cambiar de escondite —me quejé—. El cura puede volver en cualquier momento.

—¿Os queréis callar ya? —nos riñó Simone—. Nos van a pillar.

En aquel momento, escuchamos los pasos del anciano sacerdote por el pasillo, acercándose a nuestro escondite. Recé con todas mis fuerzas para que aquello significara que ya había terminado de recoger y que se marchaba a casa. La otra posibilidad era que nos hubiera escuchado y viniera a descubrir quién estaba escondido en uno de sus confesionarios.

Me olvidé de respirar. Creo que incluso a mi corazón se le olvidó latir. Durante unos segundos que me parecieron eternos, escuchamos sus pasos renqueantes avanzando por el pasillo central hasta tenerlo a apenas un par de pasos. Después, oímos como la puerta principal chirriaba y se cerraba con un golpe y el ruido de la llave al dar un par de vueltas en la cerradura.

Simone apartó la cortina del confesionario y asintió. Abrió la puerta y las tres salimos, aliviadas por no tener que pasar más tiempo en aquel estrecho espacio. La catedral estaba vacía y sumida en las tinieblas, solo quebradas por la luz rojiza de la lámpara del Santísimo Sacramento que brillaba en el altar.

Estábamos encerradas dentro de Notre Dame. Había llegado el momento de actuar.

Capítulo cuatro

El eco de nuestros pasos resonaba en la inmensidad vacía de la catedral. La oscuridad lo envolvía todo, interrumpida por el haz de la linterna que Simone sostenía con manos firmes, iluminando el suelo de piedra y los bancos de madera. Las imágenes de los santos en los muros y en las capillas laterales parecían observadoras silenciosas, con sus rostros proyectando sombras monstruosas sobre las paredes.

Avanzamos despacio por la nave central, con el sonido de nuestros pasos reverberando en la soledad inquietante del templo. La atmósfera estaba cargada, pesada, casi opresiva. Cada crujido de la madera parecía amplificado, como si la propia catedral susurrara secretos antiguos.

—No recordaba que fuera tan escalofriante —murmuró Simone, moviendo la linterna en dirección a las vidrieras, cuyos colores estaban apagados por la falta de luz exterior.

—De día no lo será tanto —respondí en voz baja—. Pero de noche… las iglesias viejas siempre parecen esconder cosas que no deberían.

Simone tragó saliva y apretó el paso. Llegamos al pasillo lateral que conducía a la Capilla del Tesoro. La puerta de madera maciza, reforzada con hierro y cerrada con llave, nos bloqueaba el paso. Simone se arrodilló sin decir una palabra y sacó una horquilla de su cabello. Con movimientos ágiles, la introdujo en la cerradura y comenzó a forzarla.

—¿Dónde has aprendido eso? —preguntó Irma, cruzando los brazos.

—Cuando formas parte de la Resistencia, aprendes cualquier cosa que te ayude a sobrevivir —respondió Simone, sin apartar la vista del cerrojo.

El clic metálico sonó más fuerte de lo esperado, haciéndonos contener la respiración. Con una sonrisa de satisfacción, Simone giró la manija y la puerta cedió con un leve chirrido.

Entramos en la Capilla del Tesoro, cerrando la puerta detrás de nosotras. La linterna iluminó el interior, revelando el brillo dorado y plateado de los relicarios sagrados. La corona de espinas reposaba en su relicario de cristal y oro. A su lado, otro relicario dorado más pequeño contenía uno de los clavos de la crucifixión. Por un momento, me quedé inmóvil, observando el conjunto, sintiendo una mezcla de asombro y reverencia. Había leído sobre estas reliquias, había escuchado leyendas y teorías, pero ahora estaba frente a ellas.

—Si nos llevamos los relicarios completos, notarán la desaparición enseguida —dijo Simone, rompiendo el silencio—. Mejor nos llevamos solo las reliquias y dejamos los contenedores.

Asentí. Era lógico. Mientras pensaran que los objetos seguían ahí, tendríamos más tiempo para escapar de la ciudad. Simone sacó una navaja pequeña de su abrigo y nos la tendió. Irma la tomó y se acercó al relicario de la corona. Con cuidado, utilizó la hoja para hacer saltar el cierre y abrió el relicario con lentitud. Su gemido de asombro me indicó que algo estaba mal.

—¿Clarice? —murmuró Irma, con la mirada clavada en el interior.

Me acerqué. El relicario estaba vacío. Sentí que el suelo se desmoronaba bajo mis pies. Le cogí la navaja de la mano y abrí el relicario que, según suponíamos, contenía el clavo. También estaba vacío.

—No puede ser… —susurré, pasando las manos por el interior del relicario, como si el clavo pudiera materializarse si tocaba el espacio correcto.

—Se supone que deberían estar ahí, ¿verdad? —preguntó Simone, incrédula.

—Sí —respondí con voz temblorosa.

Irma cerró los ojos un momento, como si estuviera reflexionando. Cuando volvió a abrirlos, soltó el aire en un largo suspiro y se giró hacia mí.

—Podríamos esperar a que el sacerdote regrese por la mañana. Puedo usar mis habilidades de mesmerismo con él para sacarle información y averiguar dónde tienen escondidos la lanza, la corona y el clavo.

—¿Y qué harás después? —La miré fijamente—. ¿Borrarás sus recuerdos? ¿Le harás olvidar que lo interrogaste? Sabes que todavía no tienes tan desarrollados tus poderes como para estar seguras de que vaya a funcionar.

—Pues tendremos que arriesgarnos —protestó Irma.

—No podemos —dije apenada—. Si no funciona, nos denunciará ante la primera patrulla nazi con la que se cruce. No

vamos a arriesgarnos a eso.

Irma apretó los labios, pero no respondió de inmediato. Simone, que nos había estado escuchando con la boca abierta, al fin intervino.

—¿Poderes? ¿Qué queréis decir? ¿Qué es eso de… mesmerismo? ¿Y de qué lanza habláis?

Intercambié una mirada rápida con Irma. No era el momento ideal para dar explicaciones, pero ya habíamos dicho demasiado.

—No importa ahora —respondí con rapidez—. Pero confía en nosotras.

Simone nos observó, como si intentara decidir si debía huir o quedarse. Finalmente, asintió, aunque seguía con el ceño fruncido.

—No sé si debería confiar, pero supongo que ya es muy tarde para echarme atrás. —Se encogió de hombros—. ¿De verdad pensáis que el sacerdote sabía que las reliquias ya no estaban aquí? Antes, cuando nos las ha enseñado y yo le he contado que nuestra hermana estaba a punto de morir y que estábamos esperando un milagro, me ha dado la impresión de que él pensaba que las reliquias estaban ahí y que quizá podrían ayudarnos…

—Sí, a mí tampoco me ha dado la impresión de que mintiera. —Volví a pasar los dedos por el relicario vacío, como si no pudiera creer que el clavo no estuviera ahí—. Quizá los nazis se adelantaron. Tal vez hayan robado las reliquias sin que nadie se enterara.

—No lo creo. Los nazis no son famosos por ocultar sus movimientos… Quiero decir que han colocado una puta esvástica en lo alto de la torre Eiffel, que las calles están empapeladas con su

propaganda… Si hubieran encontrado unas reliquias sagradas, lo habrían anunciado a bombo y platillo —aventuró Simone, cruzándose de brazos.

Tenía razón. Además, teníamos a todo un equipo de investigadores recopilando información sobre objetos sagrados. Además de estudiar manuscritos antiguos, estaban atentos a cualquier información, a cualquier pista o rumor que apareciera en cualquier punto de Europa y que hablase sobre las reliquias… Y no habían detectado nada que nos hiciera pensar que los nazis habían encontrado aquellas y se las habían llevado.

Entonces, un recuerdo surgió en mi mente: En la reunión que habíamos mantenido en la cabaña cuatro, John Chadwick, nuestro jefe de documentación en Bletchley Park, nos había hablado sobre los diferentes emplazamientos de esas reliquias a lo largo de la historia.

—Durante la Revolución Francesa —murmuré, más para mí que para las demás—, trasladaron las reliquias de Notre Dame a la Biblioteca Nacional para protegerlas de los saqueos.

—¿Y crees que podrían haber hecho lo mismo ahora? —preguntó Irma, captando mi idea al instante.

—Si alguien temía que los nazis vinieran por ellas, sí —afirmé —. Quizá hayan vuelto a esconderlas en el mismo lugar, fuera del alcance de los alemanes.

—Así que nuestro próximo destino es la *Bibliothèque Nationale*. —murmuró Simone, entrecerrando los ojos—. Tendré que investigar cómo podemos entrar ahí.

—Primero necesitamos salir de aquí —susurró Irma.

—Lamento decirte que eso va a llevar algo más de tiempo —contestó Simone.

Salimos de la Capilla del Tesoro, cerrando la puerta detrás de nosotras y asegurándonos de no dejar rastros. Mientras cruzábamos la nave central, nuestras sombras, que parecían gigantescas, bailaban en las paredes. El silencio de la catedral era tan profundo como para resultar sobrecogedor. Simone señaló el confesionario en el que habíamos estado escondidas.

—¿Tenemos que volver a meternos ahí? —Irma torció el gesto —. ¿No puedes forzar la cerradura?

—La puerta principal se abre con una llave de hierro forjado enorme. Lamentablemente, no llevo ninguna horquilla de ese tamaño —bromeó Simone—. Tenemos que esperar a que regrese el sacerdote y abra la puerta. Cuando esté ocupado con sus cosas, saldremos del confesionario y nos iremos.

Irma se acercó a otro confesionario, situado al otro lado del pasillo, y se giró hacia nosotras con una sonrisa ladeada.

—Lo siento, pero me pido mi propio confesionario. No pienso pasar toda la noche apretada como una sardina en lata. Nos vemos fuera.


Alfred

Roma,
2 de junio de 1944

Capítulo uno

Oculto tras una línea de escombros derruidos cerca de la Vía Appia Antica, Alfred observaba la ciudad con el ceño fruncido. Roma dormía, al menos en apariencia, pero los soldados alemanes e italianos patrullaban las calles en constante vigilancia, atentos a cualquier señal del inminente avance aliado.

Llevaban horas esperando, agazapados tras los restos de un muro derrumbado, demasiado cerca para su gusto de los puestos de control enemigos. Podía oír el sonido metálico de las botas golpeando el empedrado y las voces apagadas de una patrulla alemana conversando en algún punto cercano.

A su alrededor, el equipo permanecía en silencio. Wendy miraba al suelo, abstraída, con expresión tensa. Nigel jugaba con una pequeña piedra entre los dedos. Parecía relajado, pero Alfred sabía que estaba concentrado, preparándose mentalmente para lo que venía. A un par de pasos, medio oculto tras una columna derruida, estaba Marco, el contacto de la resistencia italiana asignado a su equipo. Le habían dicho que el joven era uno de los guías más astutos y eficaces de la *Brigate Garibaldi* y que sabía moverse por las catacumbas y ruinas antiguas de Roma como un fantasma. El capitán Carver estaba a su lado, controlando su reloj de pulsera por enésima vez, mientras el sargento Gallagher y el cabo Finch revisaban sus mochilas, ajustando el equipo sin hacer ruido. Fue Carver quien rompió el silencio, su voz apenas un gruñido entre dientes.

—No entiendo por qué demonios tenemos que hacerlo esta noche. —Hizo un gesto hacia la ciudad, donde la oscuridad cubría las cúpulas y los tejados—. En un par de días, las tropas aliadas estarán dentro. Podríamos entrar en Roma en un desfile triunfal.

Alfred cerró los ojos por un segundo, conteniendo la irritación que le quemaba en la garganta. Ya habían tenido esa conversación varias veces.

—No podemos arriesgarnos, Carver —murmuró en voz baja—. Si esperamos a que el ejército entre, los italianos y sus amigos nazis podrían llevarse las reliquias. Debemos adelantarnos.

—Entonces deberíamos haber entrado en cuanto ustedes llegaron al cuartel —bufó Carver, frotándose el puente de la nariz con los dedos enguantados—. ¿Por qué nos hemos pasado días diseñando este maldito plan?

Nigel, agazapado tras una columna derruida, levantó la vista y sonrió. Su rostro, manchado de ceniza, se iluminó con una sonrisa de descaro.

—Lo lamento, capitán, pero necesitaba ciertas condiciones atmosféricas para trabajar. La niebla no se invoca por arte de magia… bueno, casi.

—No entiendo ni la mitad de lo que dices. —Carver lo fulminó con la mirada—. Bueno, si te soy sincero, no entiendo nada de lo que dices.

—Tranquilo. —Nigel le guiñó un ojo—. En unos minutos, lo entenderás.

Alfred suspiró, pasándose la mano por la cara, dejando más manchas de ceniza en su piel ya tiznada. Volvió la mirada hacia sus propias ropas, una especie de túnica antigua de aspecto raído. A su alrededor, los demás estaban vestidos de forma similar: túnicas largas y deshilachadas, con capuchas que apenas dejaban entrever sus rostros. Parecían salidos de algún rito pagano. No pudo evitar soltar un gruñido de frustración.

—¿Por qué demonios tenemos que ir vestidos así? —preguntó, señalando su atuendo con desgana—. Parezco un mendigo medieval.

—La idea ha sido mía: La *Corte dei Dannati* —dijo Marco con voz grave y pausada—. Es una antigua leyenda. Se dice que un grupo de almas condenadas vaga por Roma cuando cae la niebla, buscando redención o venganza. En noches como esta, cuando la niebla se arrastra por las calles, los italianos evitan salir. Son creyentes… y supersticiosos. Si aparecemos entre la niebla vestidos como espectros, con el rostro cubierto de ceniza, espantaremos a más de uno.

—Pero no hay niebla —protestó Gallagher, el enorme y musculoso sargento que les acompañaba.

—Eso déjalo de mi cuenta —intervino Nigel volviendo a sonreír.

Eddie Finch, el joven cabo, observó su túnica con aprensión antes de pasear su mirada entre los presentes. Por su expresión, parecía que no estaba muy convencido con el plan.

—¿Y si algún nazi decide que no cree en fantasmas y nos llena de plomo?

—Entonces espero que seas capaz de correr más rápido que sus balas —respondió Marco, esbozando una sonrisa torcida.

Nigel soltó una leve carcajada, rompiendo brevemente la tensión. Alfred, sin embargo, se mantenía serio. No podía evitar pensar en lo frágil que era su plan. Si cometían un solo error, nada les salvaría: ni el disfraz, ni la niebla, ni las leyendas… Un estruendo en el horizonte interrumpió sus pensamientos. La primera explosión retumbó por la ciudad como un trueno, seguida de otra y otra más. El ataque simulado que el coronel Lonsdale les había prometido había comenzado a caer al oeste de Roma. Desde su posición, Alfred pudo ver destellos anaranjados iluminando las colinas, mientras columnas de humo se elevaban al cielo.

Las alarmas comenzaron a sonar casi de inmediato. Sirenas ululantes llenaron el aire, rebotando entre los antiguos muros y columnas de la ciudad. Alfred observó cómo los focos antiaéreos giraban frenéticamente, buscando enemigos que no estaban allí. Vieron pasar varios camiones alemanes y motocicletas con sidecares, avanzando hacia el oeste en dirección al supuesto ataque. Las órdenes en alemán e italiano resonaban en la distancia, entremezcladas con el chirrido metálico de los vehículos moviéndose por las calles adoquinadas. El caos comenzaba a desatarse.

Alfred miró a su equipo. Todos estaban en posición, listos para actuar. Inspiró hondo y asintió.

—Es hora de empezar.

Nigel se incorporó con lentitud, dejando caer la piedra con la que había estado jugueteando. Su rostro perdió su habitual sonrisa y se transformó. Su expresión, normalmente divertida y burlona, había

mutado a una de concentración total. Parecía serio, imponente… Poderoso.

—Muy bien —murmuró.

Se arrodilló en el suelo, apoyando las palmas sobre la tierra húmeda. Cerró los ojos y comenzó a concentrarse. La humedad del ambiente pareció espesarse a su alrededor, como si se acumulara esperando su orden.

—¿Y ahora qué? —preguntó Carver observándole con una mezcla de escepticismo y curiosidad.

—Ahora… comienza la magia —respondió Nigel sin abrir los ojos.

El equipo se mantuvo en silencio, cada uno consciente de que estaban al borde de algo peligroso e irreversible. La niebla aún no se había formado, pero todos sentían su presencia, como si la ciudad entera estuviera conteniendo el aliento antes de sumergirse en la oscuridad. La humedad en el aire se fue volviendo más densa a cada segundo. Nigel continuaba arrodillado en el suelo con las palmas extendidas sobre la tierra fría y los ojos cerrados en profunda concentración mientras el aire vibraba a su alrededor.

Alfred le observó con atención. Había visto antes las habilidades de Nigel, pero nunca a una escala tan grande. A su alrededor, los demás miembros del grupo miraban al joven británico con asombro. La temperatura descendió de forma brusca, y en cuestión de segundos, una fina bruma comenzó a reptar por el suelo, envolviendo sus tobillos. Al principio era sutil, apenas perceptible, pero pronto se espesó, levantándose como una criatura viva.

—¡Joder! —exclamó Eddie, apartándose de un salto cuando la niebla le alcanzó las rodillas—. ¡Esto es real!

La niebla se arremolinó a su alrededor, densa y espesa, hasta que sus figuras comenzaron a desdibujarse. La silueta de Marco, que estaba a unos tres pasos, se convirtió en una sombra difusa. Carver se agachó para observar la niebla más de cerca y, de forma instintiva, se cubrió la boca y la nariz con la mano, como si quisiera protegerse de aquella niebla mágica.

—Esto no es natural —gruñó, lanzando una mirada de desconfianza hacia Nigel—. Y tampoco creo que nos vaya a ayudar. ¿Cómo demonios esperas que avancemos si no vemos ni nuestras propias botas?

—No os preocupéis por eso. Puedo percibir las auras —respondió Wendy señalando hacia la bruma—. Aunque la niebla sea densa, puedo ver las energías de las personas, incluso si están escondidas. Podré guiarnos para que no nos tropecemos con ninguna patrulla.

—¿Qué demonios es un aura? —preguntó Carver mirándola con incredulidad—. No puedo creer que vayas a ver a través de esto… Y, además, no solo debemos esquivar a las patrullas. —Movió la mano en el aire, donde la niebla formaba remolinos densos y oscuros—. ¿Qué pasa si nos cruzamos con un civil? ¿Alguien que vaya camino a casa y dé la alarma?

—No se preocupe por eso, capitán —intervino Marco—. Con las explosiones del ataque y la niebla cubriendo las calles, ningún romano sensato estará afuera.

Carver apretó la mandíbula, molesto por la situación, pero sin argumentos sólidos para discutir más. Alfred, mientras tanto, observaba cómo la niebla se hacía cada vez más espesa, envolviendo a su equipo en un manto blanco que bloqueaba por completo la visión. A pesar del ruido lejano de explosiones y el zumbido de las sirenas, la atmósfera a su alrededor parecía irreal, como si hubieran quedado atrapados en un espacio fuera del tiempo.

—¿Estamos listos? —Su voz resonó amortiguada por la bruma.

—Seguidme. —Marco asintió y tomó la delantera—. Vamos hacia el pasadizo.

Avanzaron despacio, cada uno siguiendo la figura casi etérea del que tenía delante. La niebla se espesaba más a cada paso, pero Wendy lideraba el grupo junto a Marco, guiándolos por los caminos menos expuestos. No tardaron en llegar a la entrada del pasadizo que Marco había mencionado. Era un antiguo acceso olvidado a uno de los acueductos romanos, justo en las afueras de la ciudad, parcialmente derruido y cubierto por maleza y piedras. A simple vista parecía una estructura abandonada, pero Marco apartó con cuidado unas piedras sueltas, dejando al descubierto una abertura oscura.

—Por aquí —indicó.

El interior olía a humedad y moho, con el sonido distante del agua corriendo por canales subterráneos. El túnel era estrecho, con paredes de piedra desgastadas por los siglos. Las raíces sobresalían del techo y pequeños charcos se formaban en el suelo irregular.

Entraron uno por uno, agachándose para no chocar con el techo, tan bajo que les impedía caminar erguidos. El eco de sus pasos resonaba en las paredes, junto con el leve goteo del agua filtrándose desde la superficie. A medida que avanzaban, Carver se colocó junto a Alfred. El capitán miró a su alrededor con recelo, con sus ojos moviéndose inquietos por las sombras que las linternas apenas iluminaban.

—¿Cómo demonios he terminado aquí? —gruñó, antes de girarse hacia Alfred—. ¿De verdad confías en toda esta… brujería?

Alfred sostuvo su mirada por un momento y notó algo en los ojos de Carver que no había visto antes: miedo. Aquel hombre, acostumbrado a enfrentarse a cualquier combate y a los horrores de la guerra, se encontraba aterrado por el miedo a lo desconocido.

—No es brujería, no al menos en el sentido que se le da normalmente al término. Y, además, no son peligrosos. Wendy puede ver las auras, una especie de luces de colores que rodean a todas las personas. Nos mantendrá alejados de cualquier patrulla —explicó Alfred—. Y Nigel… bueno, puede modificar ciertos fenómenos meteorológicos. Ya lo has visto.

—¿Y tú? —preguntó Carver tras tragar saliva, como si con ello pretendiera asimilar la información—. ¿Qué clase de poder tienes?

—Ninguno. —Alfred sonrío—. Solo estrategia y sentido común.

El capitán soltó un bufido, como si la idea le resultara absurda en medio de todo lo que acababa de presenciar.

—Me gustan más tus "poderes" —dijo con una sonrisa—. Son algo que conozco.

—Ni Wendy ni Nigel nos van a hacer ningún daño —le tranquilizó Alfred—. Y, si las cosas se ponen feas, agradecerás tenerlos de tu lado.

Carver se limitó a lanzar un nuevo gruñido, que Alfred interpretó como un asentimiento, antes de acelerar el paso y seguir caminando. El pasadizo se iba estrechando poco a poco. Marco, al frente, avanzaba con pasos ágiles, guiándolos hacia una salida cercana al Esquilino, desde donde podrían alcanzar la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén.

La oscuridad a su alrededor se había ido volviendo más opresiva, con las paredes de piedra cerrándose sobre ellos. El sonido del agua parecía más fuerte y pequeños haces de luz se filtraban por las rendijas del techo, proyectando sombras ondulantes sobre sus rostros.

—La salida ya está cerca —anunció Marco en un susurro, volviéndose hacia el grupo.

Alfred tragó saliva con dificultad. A pesar de que el trayecto por aquel túnel le había resultado agobiante, sabía que allí dentro habían estado seguros y que el verdadero peligro comenzaría en el momento en el que pusieran un pie en las calles de Roma.

Capítulo dos

El grupo se detuvo justo antes de la salida, donde una reja oxidada bloqueaba el paso a la superficie. Por las rendijas se filtraba una tenue luz grisácea, acompañada por el murmullo lejano de la ciudad. Alfred alzó la mano, dando la orden de alto, y se giró hacia Nigel.

—¿Puedes cubrirnos antes de salir?

Nigel asintió con una media sonrisa y volvió a concentrarse. Se arrodilló sobre la piedra mojada y apoyó ambas palmas en el suelo.

—Dadme un minuto.

El aire a su alrededor comenzó a vibrar, de forma casi imperceptible al principio. Poco a poco, la humedad del entorno se condensó y empezó a filtrarse a través de las rendijas del acueducto. Primero fue una bruma ligera que reptó por el suelo como si tuviera vida propia, pero en cuestión de segundos, la niebla se volvió más espesa, ascendiendo y filtrándose hacia el exterior. A través de los huecos de la reja, Alfred vio cómo la calle comenzaba a desaparecer bajo un mar de vapor blanco y denso.

—Cada vez me impresiona más este tipo —dijo Eddie tras soltar un silbido bajo.

—No te acostumbres. —Nigel abrió un ojo y sonrió—. Hacer esto agota más de lo que parece.

Marco se acercó a la reja y la empujó con todas sus fuerzas, pero no consiguió moverla ni una pulgada. Se giró hacia Carver y Gallagher y les sonrió.

—Creo que esto es una misión para los forzudos del grupo.

Los dos hombres se acercaron a la reja y comenzaron a empujarla con todas sus fuerzas. Las bisagras estaban oxidadas y cubiertas de verdín. Era posible que hubieran pasado décadas, quizá incluso siglos, desde la última vez que alguien había traspasado aquella puerta. Sin embargo, los dos hombres no se rindieron. Apretaron las mandíbulas hasta que las venas se marcaron en su cuello, amenazando con estallar, y, muy poco a poco, consiguieron que la puerta fuera deslizándose mientras chirriaba con un lamento agudo que Alfred temió que pudiera oírse en toda la ciudad. Cuando estuvo abierta por completo, se quedaron en silencio unos segundos por si escuchaban alguna voz de alarma, pero no sucedió nada.

—Hecho —anunció Carver mientras recuperaba el aliento entre resuellos.

—Vamos —susurró Marco—. Estamos a unos doscientos metros de la basílica.

Uno a uno, salieron del acueducto, emergiendo en una estrecha callejuela entre dos edificios antiguos. La niebla lo cubría todo, tan espesa que apenas podían ver a más de un par de pasos delante de ellos. Las pocas farolas que quedaban encendidas proyectaban haces de luz distorsionados por la bruma, formando tenues círculos en el aire antes de desvanecerse. La ciudad parecía abandonada, fantasmal… Las calles estaban vacías. Las

contraventanas de los edificios estaban cerradas, las puertas selladas a cal y canto. Ninguna luz parpadeaba tras los cristales.

—Os lo dije —susurró Marco—. Entre el miedo al ataque aliado y a la superstición de la *Corte dei Dannati,* en las noches de niebla no vamos a cruzarnos con nadie.

Los sonidos apagados del ataque seguían llegando desde la distancia: explosiones amortiguadas, ráfagas de disparos y el eco lejano de sirenas, todo distorsionado por la niebla, como si viniera de otro mundo. El grupo avanzó con cautela, con sus pisadas resonando sordamente en los adoquines mojados. Wendy lideraba la marcha junto a Marco, concentrada en usar su don para percibir las auras cercanas. De repente, alzó una mano, deteniéndose en seco.

—Hay gente ahí —susurró—. Están a unos veinte pasos, justo delante de la basílica.

El grupo se pegó contra la pared del edificio más cercano, agachándose entre la niebla. Alfred entrecerró los ojos, intentando vislumbrar las siluetas que Wendy había detectado. A través del velo blanco, pudo distinguir dos figuras oscuras moviéndose frente a la basílica, aunque los detalles eran difusos. Percibió el sonido de sus voces. Aunque estaban atenuadas por la niebla, pudo distinguir que hablaban en alemán.

Se quedaron inmóviles, conteniendo la respiración, esperando a que la patrulla siguiera su camino. Pero en lugar de moverse, vieron cómo los soldados alemanes se sentaban en las escaleras de entrada a la basílica. Al cabo de pocos segundos, distinguieron el brillo rojizo de sus cigarrillos. Parecía que habían decidido pararse a

fumar un pitillo con tranquilidad a pesar del ataque enemigo, como si el mundo no estuviera a punto de desmoronarse a su alrededor.

Carver se acercó a Alfred con el ceño fruncido, seguido por sus dos hombres.

—Podríamos acabar con ellos sin problema —susurró—. Tenemos la niebla de nuestro lado. Podemos acercarnos sin que nos vean.

—Un movimiento rápido y silencioso. No tendrán tiempo de reaccionar —propuso Gallagher mientras hacía crujir sus nudillos, como si no pudiera contener las ganas de pelea.

—No. No podemos arriesgarnos a que uno de ellos dispare o haga ruido —respondió Alfred negando con la cabeza—. Es demasiado peligroso.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Carver, apretando la mandíbula—. ¿Esperar aquí toda la noche?

Alfred miró a Marco, que observaba la escena con gesto concentrado.

—¿Hay otra entrada? —preguntó.

—Sí. Hay una puerta lateral que da a la sacristía —asintió Marco tras pensarlo un par de segundos—. Está por la calle de atrás. Casi nunca está vigilada.

—Llévanos allí.

El grupo se replegó en silencio, retrocediendo unos metros y girando por calles aledañas. La niebla seguía cubriéndolo todo, ayudándoles a moverse sin ser detectados. Avanzaron por un

estrecho callejón que bordeaba la basílica, hasta llegar a una pequeña puerta de madera reforzada con hierro. Estaba cerrada con una cerradura antigua y cubierta de óxido.

—Aquí está —anunció Marco señalando la puerta—. Pero necesitaríamos romper la cerradura para entrar.

Nigel se adelantó, sacudiendo las manos y moviendo los dedos con agilidad, como si estuviera calentándolos.

—Dejadme esto a mí.

—¿Vas a abrirla usando magia también? —preguntó Carver con escepticismo, cruzando los brazos frente al pecho.

En el rostro de Nigel se dibujó la sonrisa descarada que siempre mostraba antes de hacer algo inesperado.

—También me gusta considerarlo magia —respondió—. Aunque sea un tipo de truco diferente.

De uno de los bolsillos de su abrigo sacó un pequeño estuche de ganzúas. Se agachó frente a la cerradura y comenzó a trabajar en silencio. En menos de dos segundos, se oyó el sutil clic del mecanismo al ceder.

—Listo —anunció Nigel poniéndose en pie con una sonrisa triunfal.

—¿Dónde has aprendido eso? —intervino Eddie boquiabierto.

—He sobrevivido desde crío yo solo en las calles de Londres. Y créeme si te digo que eso, más que magia, es un milagro.

Alfred abrió la puerta con cuidado, revelando un pasillo oscuro al otro lado. Sin perder tiempo, el grupo entró uno por uno,

cerrando la puerta tras ellos. El interior de la basílica estaba sumido en sombras profundas, iluminado tan solo por la débil claridad que se filtraba por los vitrales. El aire olía a incienso y a la humedad de las piedras.

La oscuridad dentro de la basílica era espesa, casi tangible. El grupo avanzó con cautela, sus pasos amortiguados sobre el suelo de mármol. Wendy se mantenía al frente con los ojos entrecerrados, no guiándose por la vista sino por algo más profundo.

—Hay algo extraño aquí —susurró, deteniéndose un instante —. Siento… un poder antiguo.

—¿Qué tipo de poder? —Alfred se acercó a ella por detrás—. ¿Del bueno o del malo?

—No lo sé. Es como… una presencia fuerte. Y hay un olor… — Wendy tomó una profunda bocanada de aire—. Es un olor dulce y puro, como a flores. Creo que es algo bueno, que ese aroma procede de las reliquias.

—Yo solo huelo a humedad y a polvo. —Nigel arrugó la nariz, mirando alrededor.

—No es algo físico —explicó Wendy—. Es algo espiritual. Algunos lugares sagrados o reliquias antiguas emiten este tipo de aroma. Creo que lo llaman "olor de santidad".

—¿De dónde viene? —preguntó Alfred.

—De allí. —Wendy señaló hacia el altar mayor.

Se dirigieron con sigilo hacia el altar con los nervios a flor de piel. A Alfred le parecía que el eco de cada uno de sus pasos resonaba en la inmensidad de la basílica, amplificado en medio de la

quietud. Cuando alcanzaron el altar, un crujido rompió el silencio. Alfred se giró de inmediato sacando su arma, al igual que Carver, Gallagher y Eddie. De entre las sombras emergió un anciano sacerdote, vestido con una sotana negra. Su figura era delgada y se mantenía erguida a pesar de los años. Su cabello blanco caía en mechones sobre su frente y sus ojos grises brillaban con agudeza.

—*Cosa ci fate qui?*[v] —preguntó en italiano con una voz grave que resonó con fuerza en la nave vacía.

El grupo reaccionó al instante. Carver y Gallagher levantaron sus armas y le apuntaron.

—¡Manos arriba! ¡Tírese al suelo! —gritó Carver en inglés.

El hombre no mostró miedo. Levantó lentamente las manos, aunque su expresión seguía siendo firme y serena. Wendy se adelantó y se interpuso entre las armas y el sacerdote.

—¡No! ¡Bajad las armas!

—¿Qué demonios estás haciendo? —gruñó Carver, aún apuntando al anciano.

—Puedo ver su aura —dijo Wendy, sin apartar los ojos del sacerdote—. No es peligroso. Es puro.

El sacerdote alzó una ceja y, para sorpresa de todos, respondió en un inglés perfecto.

—Gracias, hija. Pero no creo que estos caballeros estén dispuestos a bajar sus armas tan fácilmente.

—¿Habla inglés? —preguntó Eddie sorprendido.

—Lo hablo —respondió el sacerdote con una leve sonrisa—. Viví en Inglaterra durante años. Fui capellán en Londres y pasé un tiempo en Estados Unidos antes de regresar a Roma.

—¿Quién es usted? —Alfred bajó su arma lentamente, aunque continuó alerta.

—Soy el padre Alessandro Conti, custodio de esta basílica y de sus reliquias durante más de veinte años.

—Hablando de esas reliquias, son justo lo que buscamos: el *titulus crucis* y el *lignum crucis*. —Alfred dio un paso al frente—. Sabemos que están aquí.

El sacerdote cerró los ojos por un instante antes de responder.

—No, ya no están aquí. Las envié a la Santa Sede hace años para mantenerlas a salvo.

Un silencio tenso llenó la basílica. Alfred sintió que el desánimo le invadía. Si las reliquias estaban ocultas en el Vaticano, iba a ser imposible que las consiguieran. Esperaba que también lo fuera para los nazis… Antes de que pudiera decir nada, Wendy avanzó un paso y se encaró con el sacerdote.

—Está mintiendo.

—¿Por qué dices eso? —El sacerdote se sorprendió.

—Puedo ver su aura —explicó Wendy—. Ha dicho esa misma mentira antes. A los fascistas… A los nazis… A los espías… A todos los que han llegado antes que nosotros buscando las reliquias.

—¿Y por qué debería deciros otra cosa a vosotros? —El rostro del sacerdote se endureció—. Para mí todos sois saqueadores…

—No lo somos. —Wendy dio un paso más hacia él—. Queremos proteger las reliquias, igual que usted. Sabemos que si caen en las manos equivocadas podrían ser usadas para fines terribles.

—¿Y cómo sé que no estáis mintiendo? —El sacerdote la observó con intensidad.

Wendy dudó por un momento, pero luego levantó ambas manos, extendiéndolas hacia el sacerdote.

—No puedo hacerle cambiar de opinión con palabras. Pero puedo prometerle que haré todo lo posible por protegerlas, aunque me cueste la vida.

El padre Alessandro la miró a los ojos antes de tomar las manos de Wendy entre las suyas, arrugadas y temblorosas.

—Yo no puedo ver auras, pero a lo largo de los años he aprendido a reconocer a las almas puras. —Sus ojos se humedecieron mientras sostenía su mirada—. Y la tuya… es de las más limpias que he visto. No sé por qué, pero siento que me estás diciendo la verdad.

Wendy asintió emocionada, sosteniendo con cariño las manos del anciano. Este se giró hacia Alfred y su rostro volvió a ponerse serio.

—Antes de entregároslas, necesito una promesa.

—¿Cuál? —preguntó Alfred asintiendo.

—Cuando esta guerra termine, devolveréis las reliquias. Este es su hogar. Aquí deben descansar.

—Lo prometo —dijo Alfred sosteniéndole la mirada.

El padre Alessandro pareció relajarse por primera vez. Soltó las manos de Wendy y comenzó a andar hacia el altar mayor con paso renqueante. Al llegar, señaló una gran losa de mármol en el suelo.

—Debajo de esta losa hay un pasadizo secreto. Las reliquias están ahí.

Carver y Gallagher se acercaron para levantar la losa. Tras varios gruñidos, consiguieron desplazarla, revelando una abertura oscura. Unas escaleras de piedra descendían hacia las profundidades.

—¿Cómo consiguió usted mover esta piedra? —preguntó Carver.

—Tuve la ayuda de varios fieles que me juraron no revelar nunca el secreto —respondió el sacerdote tras adelantarse para ser el primero en bajar las escaleras—. Este pasadizo lleva a los restos del antiguo palacio de Santa Elena, sobre el que se edificó esta basílica. Es ahí donde han estado ocultas las reliquias.

Uno a uno, el grupo descendió por las escaleras, iluminando el camino con sus linternas. Cuando el sacerdote llegó abajo, mientras esperaban al resto del grupo, se giró hacia Wendy con el ceño fruncido.

—Hay una pregunta que quiero haceros desde que os he visto. —Señaló las ropas rotas y desgastadas que llevaban—. ¿Por

qué vais vestidos así?

—Vamos disfrazados de la *Corte dei Dannati* —respondió Marco, que acababa de descender la escalera—. Ningún romano se atreverá a acercarse a nosotros con estas pintas.

—No se debe jugar con esas cosas. —Alessandro frunció el ceño y negó con la cabeza—. Es peligroso.

—Vuestro Dios nos protegerá —intervino Carver levantando su pistola—. Y si no, lo hará esta. ¿Dónde están esas reliquias?

El sacerdote les guió por un estrecho pasadizo hasta llegar a una cámara oculta bajo la basílica. En el centro, sobre un pedestal de piedra, se encontraban los relicarios dorados, expuestos sobre una tela blanca. Wendy se acercó y rozó los relicarios con la punta de los dedos. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—Son reales —murmuró—. Y poderosos.

—Confío en que haréis lo correcto. —El sacerdote asintió con los ojos cerrados.

—Lo haremos —prometió Alfred.

Con cuidado, Wendy colocó los dos relicarios en su mochila, protegiéndolos con telas para que no sufrieran ningún daño. Alfred miró al sacerdote por última vez.

—Gracias, padre.

—Que Dios os proteja —murmuró Alessandro, con la voz cargada de emoción.

El grupo comenzó a subir las escaleras, sonrientes por haber conseguido su misión. Alfred les siguió, aunque no conseguía

sentirse tan emocionado como ellos. Todavía tenían que conseguir salir de Roma.

Capítulo tres

El aire frío de la noche golpeó sus rostros cuando el grupo emergió de nuevo a la calle por la puerta lateral de la sacristía. La niebla creada por Nigel seguía suspendida en el aire, aunque había ido difuminándose y ya no era tan espesa. Alfred notó que, además, Roma ya no estaba sumida en el caos. El ataque simulado había terminado y las patrullas alemanas e italianas volvían lentamente a sus posiciones, reorganizándose tras la confusión.

Alfred avanzó primero, asomándose a la esquina de la calle. La niebla seguía difuminando el paisaje, pero los focos alemanes comenzaban a cortar la noche, iluminando áreas clave. Se escuchaban pasos lejanos y voces en alemán, órdenes gritadas a soldados dispersos que retornaban a sus puestos. El camino de regreso al acueducto estaba plagado de vigilancia.

—No podemos volver por donde vinimos —murmuró Alfred, apretando los dientes.

Marco se le acercó y revisó los callejones con rapidez. Se quedó en silencio durante unos segundos, como si estuviera evaluando sus posibilidades de huida.

—No os preocupéis —susurró—. Hay otra ruta. Podemos rodear por el barrio de San Giovanni y volver al acueducto desde el sur. Pero debemos movernos ahora, antes de que cierren el perímetro.

—Nigel, necesitamos más niebla —pidió Alfred.

—¿Otra ronda de magia? —El chico suspiró cansado, pero sonrió—. No será tan espesa como antes, pero cubrirá lo suficiente.

Se arrodilló de nuevo, tocando la piedra húmeda con ambas manos. Cerró los ojos y respiró hondo. El aire se volvió denso al instante. La niebla se espesó, reptando por las paredes y el pavimento, trepando como si tuviera vida propia. En pocos segundos, una cortina espesa cubría las calles, devolviéndoles el amparo que necesitaban.

Wendy se puso al frente junto a Marco, con los ojos entornados, utilizando su don para guiar al grupo.

—Podemos avanzar —susurró—. Si hay alguna patrulla, veré sus auras.

—Me parece increíble que puedas ver algo con esta maldita niebla. —Carver gruño—. Yo no me veo ni los pies.

El grupo comenzó a avanzar, deslizándose entre las sombras. Las calles parecían fantasmas de sí mismas, sus contornos apenas visibles. De fondo, se seguían escuchando los ecos apagados de los últimos disparos, pero parecían lejanos, como si vinieran de otro mundo.

Wendy lideraba la marcha, con sus ojos enfocados en las débiles auras que parpadeaban entre la niebla. Fue guiando al grupo con destreza, esquivando patrullas dispersas y calles iluminadas. Cada paso los acercaba al acueducto y a su salida de la ciudad. Sin embargo, cuando giraron por una calle estrecha, Wendy se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —susurró Alfred, acercándose.

—Hay… algo delante —susurró, señalando la calle con una mano temblorosa y los ojos abiertos de par en par.

Alfred entrecerró los ojos, pero la niebla era demasiado espesa. Solo distinguía formas vagas, figuras que avanzaban hacia ellos desde el fondo de la calle.

—Eso… Eso no es humano —murmuró la chica con un hilo de voz.

Las figuras emergieron lentamente de la niebla. Eran siluetas oscuras, alargadas, casi incorpóreas. Avanzaban flotando sobre el suelo, envueltas en harapos que parecían disolverse en la niebla. Sus rostros eran máscaras deformes, y los ojos, profundos y vacíos, resplandecían con una tenue luz azulada.

La *Corte dei Dannati.*

El grupo se aplastó contra una pared, conteniendo la respiración mientras las figuras pasaban frente a ellos. No eran muchos, apenas una docena de hombres y mujeres vestidos con harapos, cuyos cuerpos iban difuminándose hacia el suelo hasta acabar flotando a unas pocas pulgadas del pavimento. Mantenían las cabezas bajas mientras, entre sollozos provocados por su penitencia eterna, murmuraban una incomprensible letanía. Al frente de la comitiva, caminaba un fraile vestido completamente de negro cuyo rostro quedaba oculto bajo la capucha. Llevaba un farol que desprendía una luz espectral, amarillenta y enfermiza, una luz que, más que iluminar, parecía devorar todo rastro de vida y alegría a su alrededor.

Cuando pasó por su lado, Alfred giró la cabeza y cerró los ojos, aterrado. No quería mirar a aquel monje. Estaba seguro de

que, bajo su capucha, no encontraría nada, solo vacío y locura.

—No les habléis… Ni les miréis siquiera —susurró Marco con la voz entrecortada por el terror—. Pueden arrastraros a la procesión y condenaros a vagar con ellos eternamente.

El frío que emanaba de aquellas figuras era palpable, como si robaran el calor del aire a su alrededor. Uno de los espectros se detuvo por un instante, girando su rostro hacia donde estaban ocultos. El tiempo pareció congelarse. Alfred temió que levantara uno de sus brazos y les señalara, exigiendo que alguno de ellos les acompañara en su perpetuo caminar, pero la criatura siguió su camino, deslizándose entre la niebla con el resto. Solo cuando las figuras desaparecieron en la bruma, el grupo volvió a respirar.

—¿Qué… qué demonios ha sido eso? —murmuró Eddie con voz temblorosa.

Marco, pálido, se apoyó contra la pared, visiblemente afectado. Wendy se giró hacia él y notó cómo su cuerpo temblaba.

—Marco, ¿qué significa cruzarse con la *Corte dei Dannati*? —preguntó la chica.

—Escucharlos da mala suerte, pero… —Su voz se quebró—. Verlos es un presagio de muerte.

—¿De verdad vamos a empezar con supersticiones ahora? —Carver soltó una risa seca y forzada.

—¡Tú los has visto igual que yo! —exclamó Marco.

Alfred negó con la cabeza. Carver era tan pragmático que ni siquiera podía creer lo que acababa de presenciar con sus propios ojos. Estaba seguro de que, antes de que acabara la noche, se

habría convencido a sí mismo de cualquier explicación que le resultara creíble: que era otro grupo de gente disfrazada, que se habían sugestionado con los cuentos de Marco, que la niebla de Nigel tenía efectos alucinógenos… Lo que fuera antes de admitir la posibilidad de haberse cruzado cara a cara con el misterio. Antes de que pudieran discutir más, escucharon varios gritos en alemán resonando tras ellos.

—*Schnell! Da drüben!*[vi]

Oyeron unos pasos apresurados que se acercaban y el sonido de un disparo en su dirección.

—Nos han descubierto —gruñó Carver—. ¡Corred!

El grupo rompió a correr con las botas resonando contra los adoquines mojados. Alfred se dio cuenta de que Nigel jadeaba por el esfuerzo de mantener la niebla mientras avanzaban. Se colocó a su lado, preparado para ayudarle si el chico necesitaba algo.

—Estoy bien. —Nigel le dirigió una sonrisa tranquilizadora—. No tienes que preocuparte por mí.

Un disparo impactó contra la pared más próxima, lanzando esquirlas en todas direcciones. Alfred agarró a Nigel por el codo y tiró de él para que corriera más rápido.

—¿Cómo no voy a preocuparme? —le preguntó—. Tu niebla es lo único que evita que esos desgraciados tengan mejor puntería. ¡Corre!

Alcanzaron la entrada del acueducto justo cuando otra ráfaga de disparos impactaba contra una pared cercana, haciendo que más fragmentos de piedra saltaran por el aire.

—¡Adentro! —gritó Alfred.

Uno a uno, el grupo se deslizó dentro del túnel, sus sombras desapareciendo en la oscuridad.

—¡Seguid corriendo! ¡Os cubriremos! —ordenó Carver mientras él y sus hombres se colocaban junto a la entrada, disparando hacia la calle.

—¡Corred! —gritó Gallagher—. ¡Nosotros iremos detrás!

Alfred dudó un instante, pero al ver que Wendy, Nigel y Marco ya desaparecían por el pasadizo, entró tras ellos. Era imprescindible que se asegurara de que conseguían escapar con las reliquias. El grupo avanzó a toda velocidad, esquivando escombros y charcos de agua estancada. Las balas rebotaban en las paredes y sus ecos retumbaban como truenos dentro del acueducto. Las voces enemigas resonaban tras ellos, pero poco a poco fueron desvaneciéndose al ir dejándolas atrás.

Al salir del túnel, Marco se detuvo en seco.

—Aquí me despido —jadeó—. Debo regresar con mi brigada.

—Gracias por tu ayuda, Marco. —Alfred le tendió la mano para que se la chocara.

—*Ora e sempre, Resistenza!*[vii] —dijo el italiano antes de desaparecer entre los árboles.

Corrieron hacia el bosquecillo cercano donde habían escondido el jeep. Wendy y Nigel se quedaron al lado del vehículo esperando las próximas órdenes de Alfred, mientras este revisaba su revólver.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Wendy—. Vamos a esperarles, ¿verdad?

Alfred se mantuvo en silencio, intentando tomar una decisión. Su misión era rescatar las reliquias y su máxima prioridad mantener a Wendy y a Nigel a salvo, así que lo más lógico habría sido subir al jeep y escapar de allí a toda velocidad… pero no podía hacerlo. No podía marcharse y abandonar al resto del grupo, sabiendo que, si se llevaban el jeep, les estaban dejando a merced de los nazis.

—Vamos, vamos… —le susurró a los árboles cercanos—. Maldita sea… ¿Dónde estáis?

De pronto, el sonido de unos pasos apresurados le alertó. Consiguió mantener el pulso firme y la cabeza fría y apuntó con su revólver a la espesura, al punto por el que alguien se acercaba a la carrera. Miró por un segundo hacia atrás para comprobar que las llaves del jeep estaban colocadas en la cerradura.

—Subid al coche —les ordenó—. Si son enemigos, arrancad y escapad. Yo os cubriré.

—No sé conducir —anunció Nigel.

—Y Clarice nos mataría si te dejáramos atrás —añadió Wendy.

Alfred abrió la boca para maldecirles, pero, en aquel momento, Carver apareció corriendo, disparando hacia atrás por encima de su hombro. A su lado, Gallagher llevaba en brazos a Eddie, que sangraba por una herida en el abdomen.

—¡Nos están alcanzando! —gritó Carver—. ¡Todos al jeep!

Alfred ayudó a cargar a Eddie en la parte trasera. Wendy se colocó a su lado, se quitó el raído chal que había cubierto sus

hombros y lo colocó en el abdomen del herido para taponar la hemorragia. Gallagher se subió junto a ellos, disparando hacia el bosque mientras Carver saltaba al asiento del conductor.

—¡Sujetaos! —ordenó Carver, arrancando el motor.

El jeep rugió y se lanzó hacia adelante, alejándose de la zona a toda velocidad. Los soldados alemanes aparecieron unos segundos después y dispararon hacia el vehículo que se alejaba. Algunas balas silbaron a su alrededor, pero poco a poco el ruido de los disparos fue quedando atrás.

Wendy sostenía la cabeza de Eddie en su regazo, presionando la herida mientras lágrimas silenciosas le corrían por las mejillas.

—Aguanta, Eddie —susurró—. Ya estamos a salvo.

A pesar de que Carver conducía frenéticamente, apartó durante un segundo la vista de la carretera para mirar hacia atrás y observar el rostro de su compañero. Eddie estaba muy pálido. Su frente y sus mejillas estaban cubiertas por un sudor frío y sus labios habían empezado a teñirse con un tono violáceo.

—El convoy que ha realizado el ataque de distracción no debe de estar muy lejos —gritó Alfred para hacerse oír por encima del rugido del motor—. Allí habrá un médico.

La voz de Wendy, teñida por el llanto, llegó desde la parte trasera. A pesar de hablar en susurros, sus palabras les llegaron con la fuerza de una sentencia.

—No hace falta. Eddie ha muerto.

Todos quedaron en silencio. Solo el motor y el rugido del viento rompían la calma. Wendy sollozaba mientras Alfred la

observaba por el espejo retrovisor.

—Miles de soldados mueren a diario, Wendy —dijo Alfred con voz grave para intentar consolarla.

Ella levantó la vista, con lágrimas en los ojos.

—Que mueran miles todos los días no hace que cada vida perdida valga menos.

Nadie dijo nada más. El jeep siguió avanzando en la oscuridad, rumbo a Montecassino, mientras la niebla se disipaba a su alrededor. Habían conseguido las reliquias, pero Alfred temió haber pagado por ellas un precio demasiado alto.



París,

3 de junio de 1944

Capítulo uno

La luz grisácea del día filtrada a través de las grandes ventanas polvorientas se mezclaba con el tenue resplandor de las lámparas. Montones de libros viejos se apilaban a nuestro alrededor. Sus lomos gastados y cubiertos de polvo atesoraban miles de datos de siglos pasados, almacenaban cientos de historias… Pero ninguna nos estaba ayudando.

Llevábamos horas allí. Irma y yo pasábamos página tras página, hojeando libros antiguos sobre la *Bibliothèque Nationale*, escudriñando mapas, planos arquitectónicos y crónicas históricas. El problema era evidente: ni Irma ni yo entendíamos una palabra de francés.

Me froté las sienes, sintiendo el inicio de un dolor de cabeza. Las letras bailaban ante mis ojos. Solo podía fijarme en dibujos, fechas y planos, esperando que algo destacara. Cuando encontraba cualquier cosa que parecía importante, una fecha destacada, un plano que parecía mostrar un pasadizo o una sala cerrada, se lo pasaba a Simone, que lo traducía al vuelo, rodeada de papeles esparcidos sobre la mesa.

Todo esto me hacía sentir inútil. ¿Y si nos estábamos dejando algo vital entre esas páginas? ¿Y si por no poder leerlo correctamente perdíamos la única pista que podía guiarnos hacia las reliquias?

—Esto es absurdo —murmuré, dejando caer uno de los libros sobre la mesa con un golpe sordo.

Simone levantó la vista y se llevó el dedo índice a los labios, ordenándome que no hiciera ruido.

—Se supone que no debemos llamar la atención.

—Es que esto es muy frustrante —me disculpé—. Llevamos horas hojeando libros de los que no entendemos una sola palabra.

—Créeme, no te pierdes mucho —me consoló ella—. Todo son datos sobre ampliaciones y reformas del edificio.

Irma alzó la mirada desde su propio libro. Vi en sus ojos la misma frustración que sentía yo.

—El problema es que igual sí nos estamos perdiendo mucho. —Solté un largo suspiro—. ¿Cómo sabemos que no estamos pasando por alto algo importante?

Simone cerró el libro que estaba leyendo y se puso en pie.

—Necesitamos un descanso. —Sacó un cigarrillo arrugado de su bolsillo—. Vamos fuera un momento.

No le hizo falta mucho para convencerme. Habría matado por un rato al aire libre, por dejar atrás la atmósfera oscura de la biblioteca y disfrutar de los últimos rayos de sol de la tarde. Le hice un gesto a Irma para que nos acompañara, pero ella negó con la cabeza y se quedó revisando algunos mapas.

Simone y yo salimos a la pequeña terraza lateral que daba al patio interno de la biblioteca. El aire fresco golpeó mi rostro, arrastrando consigo el murmullo apagado de la ciudad. Me apoyé en

una barandilla y cerré los ojos, dejando que los rayos del sol me calentaran el rostro.

Escuché el rasgar de una cerilla. El olor a fósforo quemado invadió mis fosas nasales. Abrí los ojos y vi a Simone encender su cigarrillo y tendérmelo tras darle la primera calada.

—¿Quieres?

Asentí y di una calada larga. El humo quemó mi garganta, pero el sabor amargo me distrajo del dolor de cabeza que me estaba matando.

—Esto es inútil —murmuré, exhalando el humo mientras me apoyaba contra la barandilla—. Llevamos todo el día aquí y no tenemos nada.

Simone suspiró, tomando el cigarrillo de vuelta y dándole otra calada profunda.

—No es tan sencillo. ¿No esperarías encontrar un libro en el que dijera "Las sagradas reliquias estuvieron escondidas aquí"?

—¿Por qué no? Una vez devueltas a Notre Dame, no había ninguna razón para seguir manteniendo el secreto.

Irma salió entonces, cruzando la terraza hacia nosotras. Se apoyó junto a mí en la barandilla y se incorporó a la conversación.

—Sí puede haber una razón. —Se encogió de hombros—. Que sigas manteniendo allí algo escondido.

—¿Algo como qué? —preguntó Simone.

—Algo como la Lanza de Longinos —respondió ella—. Se supone que se guardó junto al clavo y la corona durante la

Revolución Francesa, pero nunca se devolvió a Notre Dame. Quizá siga aquí y quizá por eso la ubicación donde estuvieron las reliquias se sigue manteniendo en secreto.

Simone negó con la cabeza, extrañada. Después me miró a mí, como si esperara que yo confirmara o desmintiera las palabras de mi compañera.

—¿Estáis buscando también la Lanza del Destino? Yo había oído que la tenía Hitler…

—Bueno, él cree que sí, pero nosotros creemos que no, que lo que él tiene es solo una falsificación.

—Vaya, esto es aún más gordo de lo que pensaba… —comentó tras soltar un silbido de admiración.

—¿Supone algún problema para ti? —pregunté mirándola a los ojos.

—No especialmente. —Se encogió de hombros y sonrió—. A mí me da igual buscar dos reliquias que tres, sobre todo si están escondidas en el mismo sitio. Tan solo me sorprende estar metida en algo tan importante. Solo me habría sorprendido más si me hubierais dicho que estabais buscando el arca de la alianza o el santo grial.

—No. Eso ya no es necesario —dijo Irma—. ¡Ay, Clarice! Me has pisado…

Cuando me miró a los ojos, le ordené que guardara silencio con la mirada. Simone era una aliada y confiaba en ella, pero no sabíamos si en algún momento, con la vida tan arriesgada que llevaba, podría ser capturada por los nazis y torturada. Cuanto menos supiera de nuestra búsqueda, menos podría contar.

—Deberíamos volver—dijo Irma, cambiando de tema—. La biblioteca cerrará pronto.

—Sí, volvamos, aunque no sé si vamos a encontrar algo —gruñí—. Llevamos horas y ni una pista.

—Sí, habrá que seguir… —Simone asintió con pesar—. Déjame terminar el cigarrillo.

Nos quedamos en silencio un momento, con el humo del cigarrillo flotando entre nosotras. Mi mirada se desvió hacia el edificio de la biblioteca. Las paredes antiguas, las ventanas elevadas, los techos de piedra… De repente, algo me llamó la atención.

Noté que algunas secciones del edificio parecían más nuevas. El color de la piedra cambiaba sutilmente en ciertos muros y algunos detalles arquitectónicos no encajaban con los planos antiguos que habíamos visto.

—Simone —murmuré, tras inspirar hondo—, mira eso. Las ampliaciones del edificio…

—Sí, la biblioteca se ha reformado muchas veces desde su fundación. —Simone siguió mi mirada y asintió—. ¿Y? ¿Pasa algo con eso?

Mi mente comenzó a trabajar rápidamente.

—Si las reliquias fueron escondidas durante la Revolución Francesa, tendrían que estar en una sección del edificio que ya existiera en esa época. Podemos descartar todas las ampliaciones posteriores.

—¡Tienes razón! —exclamó Simone tras pensar durante un segundo.

—Eso reduce nuestra búsqueda —intervino Irma emocionada.

Sin perder tiempo, volvimos al interior y nos dirigimos de nuevo a la sala de lectura. La luz dentro era más tenue ahora, y muchos de los lectores se habían marchado. Solo quedaban unos pocos estudiosos sumidos en sus propios mundos.

Volvimos a desplegar los mapas y planos arquitectónicos sobre la mesa. Simone, con dedos temblorosos pero hábiles, fue señalando las diferentes secciones.

—Aquí —dijo—. El ala Richelieu es la parte más antigua del edificio. Ya existía durante la Revolución.

—¿Y esto? —Irma señaló una sección.

—Es *la Bibliothèque du Roi*, el núcleo original —respondió Simone.

—¿Alguna sala relevante? —pregunté.

Simone hojeó uno de los libros de planos y sonrió.

—Sí. El *Cabinet des Médailles*. Es una sala antigua dedicada a joyas, medallas y artefactos históricos que fue fundada por los reyes franceses como un gabinete de curiosidades en el siglo XVI.

—¿Crees que podrían haber escondido las reliquias allí? —Sentí que mi corazón latía más rápido.

—Si yo fuera un revolucionario con objetos sagrados que proteger, los pondría donde ya hubiera otras reliquias y objetos antiguos. —Simone se encogió de hombros—. Sería perfecto para esconderlas a simple vista.

—¿Podemos acceder? —preguntó Irma.

Simone leyó varios documentos buscando la información y, finalmente, negó con la cabeza.

—No sin permiso. El *Cabinet des Médailles* funciona como museo y centro de investigación, pero no está abierto al público general. Solo investigadores con acreditación especial pueden entrar. Y considerando que la biblioteca está bajo control nazi… intentar conseguir esos documentos sería demasiado arriesgado.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Me dejé caer contra el respaldo de la silla, frustrada.

Simone se quedó pensativa por un momento y luego sonrió.

—Creo que deberíamos repetir la jugada de Notre Dame —respondió Simone con una sonrisa tras pensar durante unos instantes—. Nos ocultamos antes del cierre, esperamos a que pase la primera ronda de vigilancia y entonces investigamos.

—¿Otra noche escondidas entre las sombras? —protestó Irma.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Simone enarcando una ceja.

Irma no respondió, tan solo suspiró en señal de aceptación. Yo miré el mapa extendido en la mesa y sentí una punzada de esperanza. Algo me decía que las reliquias estaban ahí. Si todo salía bien, esa misma noche las tendríamos en nuestro poder y habríamos cumplido nuestra misión.

Capítulo dos

La biblioteca había cerrado hacía más de media hora. El eco del último portazo había resonado a lo lejos, como un trueno sordo que marcara el inicio de nuestra peligrosa espera. Me daba la impresión de que el aire dentro del edificio se iba volviendo más pesado a cada minuto, impregnado por el polvo y el olor antiguo de pergaminos y cuero envejecido. La sala donde me escondía estaba sumida en una oscuridad total, apenas rota por los tenues destellos de la luna que se colaban entre los ventanales altos y estrechos.

Me había acurrucado al final de un oscuro pasillo. Las estanterías se alzaban como gigantes mudos a mi alrededor, creando pasadizos oscuros y estrechos. Cada crujido de la madera al expandirse con el cambio de temperatura me hacía tensar el cuerpo.

A lo lejos, empecé a escuchar un sonido: Tac, tac, tac. Era el retumbar de unas botas pesadas sobre el suelo de mármol. El guardia de seguridad estaba comenzando su ronda.

Tragué saliva y me pegué más a la estantería, encogida como un animal acorralado. Los pasos se acercaban lentamente, cada uno de ellos resonando en las paredes y haciendo vibrar las estanterías. Era un ritmo metódico, inquebrantable, como si el guardia disfrutara del poder que le otorgaba patrullar un edificio vacío y silencioso.

De repente, se escuchó un silbido, una melodía suave, casi alegre, que contrastaba con el ambiente opresivo del lugar. El

guardia estaba silbando mientras patrullaba, ajeno a las tres intrusas escondidas entre las sombras.

El haz de una linterna apareció de la nada, iluminando una de las estanterías al fondo. Se desplazaba con lentitud de un lado a otro, proyectando sombras deformes sobre las paredes. Me agaché aún más, conteniendo la respiración. La luz danzaba peligrosamente cerca, iluminando por un instante los lomos polvorientos de los libros antes de moverse hacia otro pasillo.

El sonido de sus pasos era cada vez más fuerte. Sentí un sudor frío recorriéndome la espalda cuando el guardia pasó por el pasillo contiguo al mío. El silbido cesó por un segundo. Podía escuchar su respiración pesada y el leve chirrido del cuero de sus botas al moverse.

Su linterna se asomó por el borde de mi estantería, avanzando muy despacio, iluminando el suelo polvoriento y los bordes de los libros. Me quedé inmóvil, conteniendo el aliento. El haz de luz pasó a apenas unas pulgadas de mí antes de retirarse.

Los pasos comenzaron a alejarse. Volvió a silbar. Solo entonces me atreví a soltar el aire que había estado conteniendo. Sin embargo, no me moví. No todavía. Sabía que era demasiado pronto. El guardia aún debía acabar su ronda antes de marcharse.

Pasaron unos minutos eternos. Cada segundo se arrastraba con una lentitud exasperante. El silencio absoluto de la biblioteca amplificaba los latidos de mi propio corazón, resonando en mis oídos como un tambor. Finalmente, escuché la lejana puerta de la sala cerrarse con un chirrido metálico.

Esperé un poco más, por si acaso. Entonces, unos pasos suaves resonaron a lo lejos. Asomé la cabeza por el borde de la estantería y vi una figura moviéndose entre las sombras.

Era Simone. Se deslizaba con sigilo, con sus rizos despeinados y su boina ladeada. Nos hizo una seña con la mano. Salí de mi escondite con los músculos entumecidos. Irma apareció poco después desde otro extremo de la sala, ajustándose la chaqueta. Nos reunimos en silencio junto a Simone.

—¿Todo despejado? —pregunté en un susurro.

—El guardia ha terminado su ronda. —Simone asintió—. Tenemos tiempo antes de que vuelvan a revisar.

Nos dirigimos hacia el *Cabinet des Médailles*, moviéndonos con cuidado entre los pasillos oscuros. Llegamos a la gran puerta doble de madera que custodiaba la sala. Estaba cerrada con llave, como era de esperar.

—¿Vas a abrirla con otra horquilla? —bromeó Irma, arqueando una ceja.

Simone sonrió y, para nuestra sorpresa, sacó un pequeño estuche metálico de su chaqueta.

—Esta vez vengo más preparada.

Abrió el estuche y reveló un juego de ganzúas perfectamente ordenadas. Se arrodilló frente a la cerradura y comenzó a trabajar con precisión.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté en voz baja.

—Hace un par de años tuve un novio que era muy bueno abriendo puertas. Durante el tiempo que pasamos juntos, me enseñó un par de trucos. —En cuestión de segundos, la cerradura cedió con un leve clic—. *Voilà*.

Entramos con rapidez al *Cabinet des Médailles* y cerramos la puerta tras nosotras. La sala estaba sumida en la penumbra, pero, con la puerta cerrada, nos atrevimos a encender las linternas. Nuestros haces de luz se deslizaron por la estancia, iluminando vitrinas de cristal que albergaban antiguas monedas de oro y plata, joyas reales, medallas conmemorativas y artefactos arqueológicos. Había piezas de la época romana, griega e incluso egipcia. Cada objeto parecía respirar historia.

En el centro de la sala, bajo una cúpula decorada con frescos, había una gran mesa de roble cubierta con mapas y pergaminos antiguos. Las vitrinas rodeaban la estancia, algunas cerradas con llave, otras cubiertas tan solo por telas de protección. Me acerqué a una vitrina que exhibía una antigua daga ceremonial con incrustaciones de piedras preciosas en el mango. A su lado, un relicario bizantino mostraba pequeños frascos sellados con cera. Irma y Simone buscaban en otras vitrinas, examinando los objetos con rapidez.

Pasaron varios minutos. Inspeccionamos cada rincón, pero no encontramos ni rastro de las reliquias. Nos reunimos al pie de una pequeña columna de piedra en la esquina de la sala. En su base había una puerta baja de apenas un metro de altura, cerrada con una cadena gruesa y un cerrojo que desentonaba con el resto de la sala.

—Esto no encaja —murmuró Irma, señalando el cerrojo—. Es nuevo. Alguien ha cerrado esto hace poco.

—Dadme un momento —pidió Simone arrodillándose frente al cerrojo y volviendo a sacar sus ganzúas.

El cerrojo era más resistente que el anterior, pero tras varios intentos y susurros de frustración, Simone consiguió hacerlo saltar. La cadena cayó al suelo con un ruido metálico.

Me coloqué en la entrada de la estrecha puerta, enfocando el haz de mi linterna hacia el oscuro abismo que se abría delante de nosotras. El aire que salía del pasadizo era frío, denso y húmedo, impregnado de un olor a tierra mojada y piedra antigua, mezclado con un leve toque metálico que me erizó la piel.

—Voy primera —murmuré, asegurándome de que la linterna estuviera bien sujeta entre mis dedos.

Los peldaños de la escalera de caracol estaban gastados y cubiertos de una fina capa de polvo que se levantaba con cada paso, creando remolinos pálidos en el haz de la linterna. Bajé con cuidado, con la mano izquierda pegada a la pared de piedra rugosa para mantener el equilibrio. Las paredes estaban frías y húmedas al tacto, como si el lugar hubiera estado sellado durante siglos.

El eco de mis pasos resonaba en la piedra, creando una sinfonía de crujidos y golpeteos apagados. De vez en cuando, el sonido del agua goteando resonaba desde algún lugar más profundo, rompiendo el silencio opresivo con un "plop" rítmico. Irma y Simone descendían tras de mí. Sus pasos cautelosos resonaban con suavidad, pero en aquel lugar hasta el más leve susurro parecía ensordecedor. El olor se intensificaba a medida que bajábamos:

moho, humedad y algo más… algo antiguo y casi sagrado, que recordaba al aroma del incienso mezclado con el de la cera derretida.

Finalmente, tras lo que parecieron interminables giros descendentes, llegamos al final de la escalera. La linterna iluminó un arco de piedra, cubierto de musgo en las juntas, que daba paso a una pequeña cámara subterránea. Di un paso adelante y me detuve al borde de la sala, dejando que la linterna iluminara el lugar.

Era una estancia rectangular, construida en piedra gris y con techos abovedados. El suelo estaba cubierto por losas agrietadas, en las que crecían pequeñas raíces blanquecinas, como si la naturaleza intentara abrirse paso incluso allí abajo. El aire era más frío que en la escalera y mi aliento salió en nubes blancas al exhalar.

En el centro de la sala se alzaba un altar de piedra cubierto de polvo. Encima descansaba una caja alargada, del tamaño perfecto para contener la lanza. Su superficie de madera estaba decorada con tallas geométricas desgastadas y las esquinas estaban reforzadas con bandas de hierro ennegrecido por el tiempo. A su lado, dos relicarios redondeados descansaban sobre un paño amarillento por la antigüedad. Los relicarios estaban decorados con filigranas doradas y pequeñas gemas incrustadas que brillaban bajo la luz de la linterna.

Mi respiración se aceleró. Era real. Habíamos encontrado el escondite. Las reliquias estaban allí. Irma y yo nos lanzamos hacia ellas, incapaces de contener la emoción después de tantas horas de búsqueda. Mis manos temblaban cuando agarré uno de los relicarios

y deslicé el broche. La tapa se abrió con un leve clic mientras yo contenía el aliento.

Vacío. El vacío absoluto. Mis dedos recorrieron el interior del relicario, pero solo encontraron el tacto frío y liso del metal. No había nada.

Me giré con desesperación hacia Irma, que ya había abierto el otro. Su rostro reflejaba la misma incredulidad. Entonces mis ojos se posaron sobre la caja alargada. Con un movimiento desesperado, deslicé los pestillos y levanté la tapa.

Nada. Estaban vacíos. Todos. La caja, los relicarios… Todo había sido una vana esperanza. Me apoyé en el altar, sintiendo la frustración arder en mi pecho como un fuego sofocante.

—No… —susurré, con la voz temblorosa—. No puede ser.

Tantas horas buscando, planeando, arriesgándonos. Todo para encontrar… nada.

—Nos han ganado. —Irma cerró los ojos con un suspiro, dejando caer los brazos—. Los nazis se nos han adelantado.

—Supongo que será así. —Me llevé una mano a la frente, intentando pensar con claridad—. Y, aunque no lo fuera, no se me ocurre por dónde seguir. Tendríamos que empezar desde cero… pero quedarnos en París es demasiado peligroso. Tendremos que volver a Londres con las manos vacías.

Bajé la cabeza, derrotada… Y entonces sentí el golpe, un impacto seco en la parte posterior de mi cabeza. Fue solo un destello de dolor, una sensación de mareo, y luego la oscuridad. A

través del sonido amortiguado de mi propia respiración entrecortada, escuché la voz de Simone, calmada pero cortante como una navaja.

—Irma, si quieres volver a ver a Jakub con vida, no hagas nada y escúchame.

Capítulo tres

La oscuridad me rodeaba, pero no era total. Un dolor punzante me palpitaba en la parte posterior de la cabeza, irradiando hacia mis sienes. Sentí la humedad caliente de la sangre deslizándose por mi cuero cabelludo, bajando en lentas gotas hasta mi frente, algunas colándose por el borde de mis pestañas. Intenté abrir los ojos, pero la visión estaba borrosa. El mundo estaba distorsionado por un velo rojo…

El frío polvo del suelo se pegaba a mi mejilla. La piedra áspera raspaba mi piel mientras trataba de moverme, pero el mareo me impedía coordinar los movimientos. Mi respiración era irregular, cada bocanada mezclada con el olor metálico y dulce de la sangre y la humedad rancia de aquel lugar. A través del zumbido en mis oídos, empezaron a llegar voces. Al principio eran demasiado distantes como para poder entenderlas, pero poco a poco se fueron volviendo más claras.

—¿Nos has traicionado, Simone? —Era la voz confusa de Irma, teñida de temblor y rabia.

—No se puede decir que os haya traicionado. —La voz de Simone era fría, aunque había un matiz de burla en sus palabras—. Para que os hubiera traicionado, tendría que haber sido vuestra aliada… y no lo he sido nunca.

—¿Cómo que no has sido nuestra aliada? ¿No eres de la Resistencia? —La voz de Irma sonaba más confusa a cada palabra—.

Janine dijo que nos encontraríamos contigo, nos diste la contraseña que ella nos indicó…

—Simone Aubrac, la chica que debería haberse encontrado con vosotras en la cafetería cercana a la estación, sí era de la Resistencia… Y debo decir en su favor que resistió horas de tortura antes de darnos la contraseña. —La burla se hizo aún más patente en sus palabras—. Por desgracia para vosotras, Simone yace bajo las aguas del Sena y he sido yo la que he tenido el honor de acompañaros estos días. Mi nombre real es Elsa Weiss y soy agente de la Ahnenerbe.

Las palabras cayeron como cuchillos sobre mí. La Ahnenerbe. Nos habían engañado como a chiquillas y, en aquel momento, estábamos en sus manos. No quise ni imaginar lo que aquella gente tenía pensado hacernos. No me importaba que me torturaran o me asesinaran. En aquel momento, lo único que me preocupaba era proteger a Irma.

Intenté moverme, pero apenas pude girar la cabeza unas pulgadas. Desde donde estaba tirada en el suelo, mi campo de visión era limitado. Solo podía ver los pies de las dos mujeres, sus botas cubiertas por el polvo de la antigua cámara secreta.

—Así que nunca estuviste de nuestro lado. —Irma escupió las palabras—. Todo este tiempo, ¿solo fingías?

—Sí, en eso has acertado. —Elsa soltó un leve suspiro—. En lo que no habéis acertado es al pensar que los nazis se os han adelantado y se han llevado las reliquias antes de vuestra llegada. Nosotros solo llegamos hasta Notre Dame y no supimos por dónde seguir. Me ordenaron unirme a vuestro grupo para conseguirlas.

Cuando hablasteis de la Biblioteca Nacional, pensé que de verdad íbamos a encontrarlas juntas.

El eco de su voz rebotaba en las paredes de piedra de la cripta. Su tono calmado y calculador me ponía los pelos de punta.

—Y, cuando las encontráramos, nos las robarías para entregárselas a los nazis —dijo Irma con su voz quebrándose por la tensión.

—Exacto. Estás muy avispada ahora. Una pena que no te dieras cuenta de todo esto antes —se burló la mujer.

—¿Y por qué te ordenaron unirte a nosotras para encontrarlas? ¿Por qué pensabais que nosotras podríamos hallarlas? Lo teníamos mucho más difícil que vosotros: sin recursos, sin conocer el idioma…

—Teníamos buenas razones para pensar que lo conseguiríais. —Hubo una breve pausa antes de que Elsa continuara—. Tenemos en nuestras filas a alguien que ve más allá de lo evidente. Greta, una de nuestras agentes, tiene sueños proféticos.

El nombre quedó suspendido en el aire como una maldición.

—¿Sueños proféticos? ¿Puede ver el futuro? —preguntó Irma con escepticismo.

—Oh, sí… Greta soñó con la llegada a Europa de Sally Preston, la princesa lectora. Eso nos permitió derribar su avión antes de que llegara a Bélgica. Y soñó con Clarice, hace unos días. —Su voz se acercó hacia donde yo yacía—. Vio cómo ella encontraba las reliquias en París… Pero supongo que esta vez ha fallado y que alguien se nos ha adelantado.

Mi corazón se aceleró al darme cuenta de tantas cosas… No nos habían pedido nuestra documentación ni una sola vez al movernos por París y, al pensarlo fríamente, me di cuenta de que no era normal que Notre Dame o la Biblioteca Nacional estuvieran tan poco vigiladas como para que unas principiantes como nosotras consiguieran colarse. Me sentí tan estúpida que incluso se me escapó un gemido quejumbroso. Todo había sido una trampa y habíamos corrido hacia ella sin pensarlo dos veces.

—Pero eso no es todo. —La voz de Elsa se tornó más intensa —. Greta ha soñado contigo también, Irma. Muchas veces.

—¿Por qué? —preguntó Irma con voz temblorosa.

—Porque tienes un poder inmenso. Uno que ni siquiera tú entiendes del todo aún. El Tercer Reich necesita gente como tú, Irma. Tú podrías estar al frente de nuestra división especial.

—Jamás. —La furia más pura se filtró en la voz de Irma.

—¿Segura? —Elsa soltó una risa seca y amarga—. Ya te he dicho que sabemos dónde está tu marido.

El aire pareció volverse más pesado. Durante unos segundos, la estancia se cubrió de un silencio total, tan solo roto por el sonido de la respiración agitada de Irma.

—Mentira. —Irma intentó sonar firme, pero su voz tembló.

—No miento. Sabes que no miento. —Elsa sonaba imperturbable—. Sacamos a Jakub de Treblinka hace meses, cuando, al enterarnos de que era tu marido, se convirtió en alguien muy valioso para nosotros. Está vivo y en nuestras manos.

El suelo pareció moverse debajo de mí. Sabía lo que Jakub significaba para Irma. Aunque casi nunca hablase de él, la pena por no tenerle a su lado, por no saber qué había sido de él, siempre teñía sus ojos. Era como un manto de pesar que ella había estado llevando durante meses, un manto que no podía quitarse y que, a cada día que pasaba, le pesaba más y más.

—Podemos devolvértelo, Irma. Solo tienes que aceptar. Ven con nosotros. Ayúdanos.

—Y si no acepto… —susurró Irma con la voz quebrada tras unos segundos de silencio que parecieron eternos.

—Volverá a Treblinka. ¿Sabes todo lo que ha sufrido Jakub allí dentro? —Su voz era tan fría que me produjo escalofríos—. Le desnudaron, le raparon el pelo, le marcaron con un número como a un animal… Le hicieron trabajar arrastrando los cuerpos de sus compatriotas muertos para arrojarlos a fosas comunes… Día tras día, con frío, con hambre… Cuando le sacamos de allí, casi no se parecía ya a tu marido. Era una criatura famélica, con la mirada perdida, sin esperanza… Si le devolvemos al campo, no sobrevivirá.

Imaginé la expresión de Irma, el torbellino de emociones golpeándola: dolor, rabia, miedo... Un sollozo ahogado escapó de su garganta.

—Si acepto… —susurró, la voz apenas un hilo—, ¿prometes que le dejaréis vivir?

—Sí. Tu poder y tu talento pueden salvarlo. Solo tienes que unirte a nosotros.

—Entonces acepto. —Las palabras de Irma salieron con dificultad—. Pero tengo una condición. Déjala vivir. No le hagas daño a Clarice.

—De acuerdo —contestó Elsa tras dudar un segundo—. Pero asegúrate de que no nos siga.

Escuché pasos acercándose a mí. Mi corazón latía con fuerza. Intenté abrir los ojos, pero la sangre cubría mi rostro y mi visión aún estaba nublada. Sentí cómo alguien me levantaba la cabeza con delicadeza. Unos dedos temblorosos apartaron el cabello pegado a mi cara.

—Clarice… —me llamó Irma con la voz entrecortada por los sollozos.

Con esfuerzo, logré entreabrir los ojos. A través de la niebla roja, vi su rostro, cubierto de lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—Lo siento tanto… —susurró fijando sus ojos en los míos—. Duerme.

Sus ojos brillaban con poder. Intenté resistirme, pero fue inútil. Una fuerza invisible me envolvió, cálida al principio, luego fría. Mis párpados se cerraron pesadamente mientras el mundo se desvanecía.

Lo último que escuché fue el sonido de mis propios latidos apagándose, fusionándose con el vacío. Y luego, nada.

Capítulo cuatro

El primer sonido que me golpeó al recuperar la conciencia fue el goteo constante del agua contra la piedra. Cada gota caía con un eco profundo, como si resonara en mi propio cráneo. El dolor en la cabeza era insoportable, como si alguien estuviera aporreando un tambor justo al lado de mis oídos.

Intenté abrir los ojos, pero la sangre seca que se había pegado a mis pestañas lo hacía difícil. Con un esfuerzo tembloroso, logré entreabrirlos. Todo estaba borroso, un amasijo de sombras y luces suaves que me obligaron a parpadear varias veces antes de que los contornos se aclararan un poco.

El frío del suelo de piedra se colaba a través de mi ropa, que estaba empapada de sudor y sangre. Sentí la humedad filtrándose desde abajo, como si la propia tierra quisiera absorberme. Mi respiración era errática y jadeante y cada inspiración me suponía un esfuerzo titánico. Intenté moverme, pero un latigazo de dolor atravesó mi cabeza desde la nuca hasta la frente. Un gemido se escapó de mis labios. Llevé una mano temblorosa hacia la parte trasera de mi cráneo y palpé la zona. El cabello estaba enmarañado con sangre seca, formando grumos pegajosos que dolían al tocarlos. Aquel leve contacto fue suficiente para que me sintiera mareada de nuevo.

Hice un esfuerzo para recordar dónde estaba. El último recuerdo claro era la cámara secreta bajo el *Cabinet des Médailles*.

Los relicarios vacíos. La traición de Simone. Irma susurrándome "duerme" mientras su poder me arrastraba a la inconsciencia.

Simone le había prometido a Irma no hacerme daño, pero eso no significaba que no fuera a avisar a la primera patrulla alemana con la que se cruzara… Tuve que recordarme que no era Simone, sino Elsa. La verdadera Simone yacía bajo las aguas del Sena. Si no quería acabar igual, más me valía escapar de aquel lugar cuanto antes.

Me obligué a mover una pierna primero, estirando los músculos entumecidos, y luego la otra. Cada movimiento era un tormento, como si hubiera envejecido cien años en cuestión de horas. Al apoyarme sobre un codo, sentí náuseas. El mundo giró a mi alrededor y tuve que cerrar los ojos hasta que el vértigo disminuyó.

—Vamos, Clarice —murmuré, apenas reconociendo mi propia voz, ronca y débil—. Solo un poco más.

Con un empujón torpe y doloroso, logré sentarme. La cámara subterránea estaba sumida en la penumbra. Un débil haz de luz se filtraba por la abertura de la escalera de caracol. Allí estaba mi única salida. Apoyé las manos contra el suelo y me arrastré hacia los escalones. Cada movimiento hacía palpitar la herida en mi cabeza con más fuerza, enviando punzadas que casi me obligaban a detenerme.

—Sigue. No puedes quedarte aquí.

Llegué a la escalera y empecé a trepar con dificultad. Los escalones de piedra estaban fríos y húmedos, resbaladizos bajo mis manos ensangrentadas. Mi visión se nublaba por momentos, pero

me aferraba a cada escalón con una fuerza nacida de la desesperación.

La subida fue eterna. El dolor, la debilidad y el mareo hicieron que perdiera la cuenta de cuánto tiempo pasé arrastrándome por aquellos escalones, pero finalmente llegué a la pequeña puerta que daba al *Cabinet des Médailles*. Estaba entreabierta. Me arrastré fuera y me encontré de nuevo en la sala que horas antes habíamos registrado en busca de las reliquias. Ahora estaba sumida en sombras, solo iluminada por la luz grisácea del amanecer que se colaba por las ventanas altas.

No había rastro de Irma ni de Elsa. Se habían ido, había perdido a Irma. La idea me golpeó más fuerte que el propio golpe en la cabeza. Me arrastré hacia la puerta de la sala y la empujé muy despacio. Me pareció que el pasillo estaba en silencio, aunque mis sentidos seguían embotados por el dolor. No sabía qué hora era, pero el tenue resplandor que iluminaba los vitrales me decía que estaba amaneciendo. Tenía que salir de allí. Los guardias podían volver en cualquier momento. Apreté los dientes y, tambaleándome, avancé por los pasillos desiertos de la biblioteca. Mis pasos resonaban débiles sobre el suelo de mármol. A cada paso sentía que mis fuerzas disminuían, pero me obligaba a seguir.

Escuché el eco lejano de unas voces hablando en alemán. Me arrastré hacia una esquina y me oculté tras una estantería mientras dos soldados pasaban por el pasillo. Sus botas resonaron con firmeza. Uno de ellos silbaba una melodía popular alemana. La seguridad de sus gestos me dio escalofríos. Sabían que dominaban el lugar.

Cuando desaparecieron, salí de mi escondite y seguí avanzando. Encontré una puerta abierta en la parte trasera del edificio. Debía de ser la ruta por la que Elsa e Irma habían escapado. Me deslicé hacia la salida. La luz del amanecer me taladró los párpados con violencia tras tantas horas en la oscuridad.

El aire fresco me golpeó el rostro. La ciudad estaba despertando. El cielo estaba teñido de un tono grisáceo y las primeras luces del amanecer luchaban por atravesar las nubes bajas. El sonido distante de motores y voces en alemán llenaba el ambiente.

Me moví por las calles, pegada a los muros, evitando cualquier patrulla. El dolor en la cabeza era constante y mi cuerpo apenas respondía, pero mi instinto de supervivencia era más fuerte y no me permitía rendirme. Sabía que tenía que alejarme de la zona. Seguí el curso del Sena, manteniéndome cerca del agua, donde las sombras aún eran profundas. La ciudad parecía distinta a esas horas, vacía y triste.

Los barrios ricos del centro de la ciudad dieron paso poco a poco a los más humildes. Las casas elegantes fueron reemplazadas por edificios en ruinas, estructuras bombardeadas y medio derruidas. La pobreza se palpaba en cada esquina: ventanas rotas, calles llenas de escombros y techos hundidos.

El dolor en la cabeza y el mareo se intensificaron. Mi visión se nubló por momentos. No iba a aguantar mucho más en pie. Tenía que hallar un lugar donde ocultarme y descansar un poco. Esperaba encontrarme mejor cuando despertara, menos confusa y dolorida. En aquel momento, el dolor de cabeza y el agotamiento no me

dejaban pensar. Solo quería tumbarme en algún sitio seguro y descansar…

Finalmente, llegué a un edificio semiderruido. La puerta estaba rota y las ventanas tapiadas con maderas viejas. Empujé la puerta y me adentré en la oscuridad. El olor a humedad y podredumbre era casi insoportable. Subí con dificultad unas escaleras medio derruidas y llegué a una habitación sin puertas. Las paredes estaban cubiertas de grietas y moho. En un rincón oscuro encontré un colchón sucio y desgastado, cubierto con unos harapos andrajosos que, en momentos mejores, debieron de ser una manta.

Me dejé caer sobre el colchón. El hedor era horrible, pero no importaba. Me tapé con los harapos, temblando, mientras mi mente divagaba entre la conciencia y el sueño.

"Irma… Simone…"

Las imágenes de sus rostros fueron desvaneciéndose entre la niebla de mi mente. Mi cuerpo no podía más. La sangre seguía bajando por mi mejilla, y mis dedos estaban pegajosos por la mezcla de sudor y suciedad. Justo antes de que mi conciencia se desvaneciera, me pregunté si estaría perdiendo demasiada sangre, si quizá nunca me despertaría… A pesar del miedo que me provocó aquel pensamiento, que podía ser el último, el agotamiento me venció y me quedé dormida.



Roma,
4 de junio de 1944

Capítulo uno

La entrada en Roma había resultado demasiado fácil. Después de meses de encarnizados combates en la línea Gustav y la sangrienta batalla de Montecassino, el avance final hacia la ciudad eterna pareció tan sencillo que casi resultó decepcionante.

La noche anterior, el ejército alemán había abandonado Roma en una retirada meticulosamente planeada. Dejaron atrás calles vacías, solo protegidas por algunas trampas explosivas en puentes estratégicos y un puñado de francotiradores apostados en puntos elevados, no para defender la ciudad, sino para asegurar su propia huida. El plan alemán era claro: retirarse hacia el norte para reagruparse y continuar la lucha más allá de la Línea Gótica, dejando Roma libre pero dañada, a la espera de la entrada de los aliados.

El rugido constante de los motores resonaba entre las estrechas calles de la ciudad, amplificado por los antiguos edificios que flanqueaban las calzadas adoquinadas. El jeep avanzaba entre una larga columna de vehículos militares británicos que seguían de cerca a las primeras unidades americanas que ya se adentraban en el corazón de Roma. Alfred estaba sentado en el asiento del copiloto, con el rostro endurecido por la tensión acumulada, pero sus ojos no podían evitar sentirse atraídos por el espectáculo que se desplegaba a su alrededor.

Roma estaba viva de nuevo. Las banderas aliadas ondeaban desde los balcones, improvisadas con retazos de tela y sábanas pintadas. Los civiles salían de las casas y comercios semidestruidos

agitando pañuelos, con los rostros iluminados por una mezcla de incredulidad y júbilo. Algunas mujeres lloraban, mientras los niños corrían por las calles, siguiendo a los vehículos, riendo y gritando.

—Nunca pensé que vería algo así —murmuró Wendy desde el asiento trasero con los ojos brillantes.

Alfred apenas asintió, demasiado concentrado en mantener la vista al frente, aunque sus labios se curvaron en una sonrisa. Nigel, sentado junto a Wendy, observaba a la multitud con su típica sonrisa de medio lado.

—Pensaba que los italianos estaban con ellos… No esperaba algo así… —musitó confuso.

—Sea como sea, parece que a los romanos no se les ha olvidado cómo hacer un recibimiento triunfal —comentó Carver al volante del jeep.

El vehículo continuó avanzando con lentitud entre la multitud que se agolpaba a ambos lados. Los soldados aliados saludaban, algunos lanzando caramelos a los niños, mientras otros se limitaban a levantar la mano en señal de reconocimiento.

Alfred se fijó en un anciano apoyado en un bastón, con el rostro arrugado por los años y por las penas recientes. El hombre se quitó el sombrero al paso del jeep y se inclinó ligeramente, un gesto solemne que le provocó un nudo en la garganta. Aunque la guerra aún rugía en el resto de Europa, en aquellas calles bañadas por el sol la victoria tenía un sabor dulce.

Las calles se abrieron hacia el centro de la ciudad, donde las avenidas anchas permitieron el paso más fluido de los vehículos. En

la distancia, la silueta imponente del Vittoriano, el gigantesco monumento de mármol blanco dedicado a Víctor Manuel II, se alzaba como un faro de mármol sobre la ciudad.

—La *Piazza Venezia* —murmuró Alfred, reconociendo el lugar al instante.

Lo había visto en muchos de los noticiarios con los que se abrían las sesiones de cine. Era allí donde Mussolini había pronunciado sus discursos más famosos desde el balcón del *Palazzo Venezia*, arengando a las masas con promesas vacías. Ahora, aquel mismo lugar celebraba la caída del régimen fascista.

—Alfred, mira. —Wendy señaló hacia el balcón del palacio.

Un par de soldados americanos ondeaban su bandera desde allí arriba. La imagen fue recibida por un rugido de vítores desde la plaza. La multitud se agolpaba en la *Piazza Venezia*, gritando y aplaudiendo, rompiendo el silencio opresivo que había envuelto a Roma durante los años de ocupación.

El jeep se detuvo al borde de la plaza. Alfred bajó del vehículo, seguido por Wendy, Nigel, Carver y Gallagher. El calor del asfalto subió hasta sus botas, pero no le importó. Quería empaparse de ese momento.

Los niños trepaban sobre las barandillas, ondeando pequeñas banderas hechas a mano. Las mujeres lanzaban flores a los soldados desde los balcones. Un grupo improvisado de músicos italianos había comenzado a tocar una melodía popular, acompañados por los aplausos y cánticos de la multitud.

Wendy se mantuvo cerca de Alfred, con los ojos húmedos por la emoción.

—Puedo sentirlo —murmuró—. Las auras de estas personas… Hay tanta esperanza, tanta alegría… Es una sensación abrumadora.

—Esta es la razón por la que luchamos —dijo Alfred lanzándole una mirada cálida.

Nigel, mientras tanto, se había acercado a un grupo de niños que lo rodeaban curiosos. Se agachó y, con un movimiento de muñeca, hizo levitar una de las flores caídas, haciéndola girar en el aire frente a ellos. Los niños aplaudieron y gritaron de alegría.

—¡Magia! —exclamó uno de ellos.

—No se lo digáis a nadie, es un secreto —les dijo guiñándoles un ojo.

Aunque los niños no pudieron entenderle, siguieron riendo y saltando a su alrededor, mientras él hacía danzar la flor sobre sus manos. Alfred no pudo evitar sonreír, aunque temía que aquella felicidad iba a ser frágil. La guerra estaba muy lejos de terminar.

En su cabeza casi pudo escuchar la voz de Clarice, riñéndole por ser tan racional y aguafiestas. Se permitió una nueva sonrisa. Tenía que aprender a relajarse. Habían conseguido cumplir su misión y acababan de entrar triunfantes en Roma. No pasaría nada por divertirse durante unas horas. Sintió una leve punzada de nostalgia al pensar en Clarice. Si ella estuviera allí, sí que sería todo perfecto, sí que habría mil razones para celebrar…

Gallagher se acercó, con el ceño fruncido mientras vigilaba la multitud.

—Muchos hombres han caído para llegar hasta aquí. —Su voz era grave—. Pero al menos hemos logrado algo.

—Es cierto, hemos perdido a muchos hombres valientes… —Alfred asintió, sintiendo el peso de aquellas palabras. Vio que, a pocos pasos, la gente estaba sacando jarras de vino de una taberna —. Seguidme.

Tras negociar con la camarera, una matrona italiana de piel morena y enormes ojos verdes, consiguió que sacara para ellos varios vasos y una jarra de su mejor vino tinto. Tras llenar todos los vasos, levantó el suyo para hacer un brindis.

—Por Eddie y por todos los hombres valientes que, con su sacrificio, han logrado que podamos vivir este día.

Todos levantaron sus jarras y brindaron por Eddie y por el resto de sus compañeros caídos. Alfred vio brillar una lágrima traidora en los ojos de Gallagher. Incluso el siempre duro e impertérrito Carver tuvo que carraspear para aclararse la garganta antes de brindar por su compañero.

El grupo se movió hacia una esquina menos abarrotada, desde donde podían observar el corazón de la plaza sin ser arrastrados por la marea humana. Wendy seguía absorta, con sus ojos recorriendo la multitud, visiblemente incómoda.

—¿Pasa algo? —preguntó Alfred.

—Demasiados sentimientos, demasiadas auras… —respondió Wendy mientras negaba con la cabeza—. Todo está revuelto. Son demasiadas emociones para mí.

—Tranquila, no nos quedaremos mucho tiempo —la tranquilizó Alfred.

—Oh, no, por favor… —le cortó Nigel—. No podemos perdernos esto. Es la liberación de Roma. Quizá sea la fiesta más grande a la que podremos asistir en toda nuestra vida. No nos la podemos perder.

El chico parecía tan desesperado que a Alfred se le escapó una risa. Miró a Wendy, preguntándole con la mirada que quería hacer ella, y la chica rio y asintió con la cabeza.

—Está bien. Nos quedamos —concedió Alfred, arrancando un grito de júbilo a su compañero—. Pero mañana tendremos que preparar el viaje de vuelta a Inglaterra y la resaca no será excusa.

—Prometo que no me quejaré por mucho que me estalle la cabeza. —Nigel se llevó una mano al pecho en señal de solemne juramento.

El ambiente seguía cargado de alegría. A lo lejos, un grupo de soldados estadounidenses había improvisado un partido de béisbol usando los cascos como bases y una rama de madera como bate. La risa resonaba por la plaza, una banda tocaba música alegre y el sol seguía ascendiendo en el cielo despejado.

La guerra aún no había terminado, pero, al menos por unas horas, podían disfrutar de una ciudad que rebosaba de alegría, de esperanza, de libertad... Roma se merecía aquella fiesta y ellos también.

Capítulo dos

La ciudad aún vibraba con los ecos de la liberación, aunque las celebraciones empezaban a decaer bajo el peso del cansancio y las copas de más. Las calles se habían despejado un poco, pero en cada rincón aún quedaban pequeños grupos cantando, riendo o compartiendo una última botella de vino antes de que la euforia se disipara por completo.

En una pequeña taberna, con las contraventanas abiertas para dejar pasar el aire cálido de la noche, Alfred estaba sentado en una mesa de madera junto a Carver y Gallagher. Frente a ellos había varios vasos y un par de botellas de vino tinto a medio terminar.

Carver, con la cara enrojecida por el alcohol, golpeó la mesa tras relatar una de sus anécdotas bélicas.

—¡Y ahí estábamos, rodeados de polvo y bombas por todas partes! El maldito tanque Sherman atascado en medio de la calle y Gallagher aquí presente salvando el pellejo de todos. —Rio con fuerza, dando una palmada en la espalda de Gallagher.

—No fue nada. —El hombre sonrió con modestia y se llevó el vaso a los labios—. Solo vi el cable de detonación antes de que volara el puente. Pura suerte.

Alfred les escuchaba distraído, con la mente en otro sitio. Al principio, se había sumado a las historias, riendo y compartiendo alguna anécdota de sus días en Londres, pero su interés en la conversación había ido menguando a medida que se acrecentaba la

sensación de mareo. Sintió el peso del alcohol cuando se inclinó hacia atrás en la silla y el mundo a su alrededor pareció girar. Se llevó las manos a la cabeza, frotándose las sienes.

—Necesito un poco de aire —murmuró, levantándose con cuidado de la silla.

—¿Ya te vas? —preguntó Carver, alzando su copa.

—Solo necesito un respiro. Estoy más mareado de lo que pensaba —respondió Alfred, esbozando una sonrisa forzada.

—El aire te hará bien. —Asintió Gallagher—. El vino italiano no es para los débiles.

Alfred se rio y salió de la taberna. El aire nocturno fue como un bálsamo. La brisa cálida, impregnada del aroma de las flores, alivió la presión en su cabeza.

Roma bajo la luna tenía algo de irreal. Sus edificios antiguos, las plazas empedradas, las fuentes que seguían borboteando… La ciudad parecía tan en paz como si la guerra nunca hubiera existido… Caminó sin rumbo fijo, buscando despejarse. Al cabo de un rato, pensó en Wendy y Nigel, que habían desaparecido hacía un par de horas. Los había dejado en una verbena improvisada en una de las plazas, bailando con los lugareños. Se dirigió hacia allí para buscarlos pero, cuando llegó de nuevo a la plaza, la fiesta había terminado. Las luces colgantes se balanceaban con el viento, algunas velas seguían encendidas en las mesas, pero la música y los aplausos se habían apagado.

Alfred frunció el ceño, preguntándose dónde estarían. Supuso que se habrían ido a dormir, pero no pudo adivinar dónde. De hecho,

él no sabía dónde se suponía que tenía que pasar la noche.

Continuó caminando, siguiendo un estrecho callejón que lo llevó a un pequeño jardín colgante sobre el Tíber. El aroma de las rosas era inconfundible y perfumaba el aire nocturno con su fragancia dulce y densa. Se detuvo al ver dos figuras al fondo. A pesar de la tenue luz, los reconoció al instante: Wendy y Nigel. Estaban apoyados contra una balaustrada de piedra rodeada de rosales. La luna llena iluminaba sus siluetas. Nigel tenía una mano apoyada junto al rostro de Wendy, mientras la otra acariciaba su mejilla. Ella tenía la cabeza alzada hacia él y los ojos cerrados.

Se estaban besando. Alfred se quedó unos segundos mirándoles desde la distancia, sorprendido. La verdad era que no se lo esperaba… Sí que le había parecido en alguna ocasión que a Nigel podía gustarle Wendy: buscaba su compañía, se quedaba mirándola con sonrisa de bobo… Pero nunca había pensado que ella pudiera corresponderle. Eran tan distintos como si vinieran de mundos opuestos: él tan cínico, tan experimentado, con un pasado tan tortuoso y ella tan pura, tan inocente como una niña… Quizá era cierto que los opuestos se atraían, como le había sucedido a él con Clarice.

Al pensar en ella, sintió una punzada en el pecho. Decidió dejar que Nigel y Wendy disfrutaran de su momento a la luz de la luna y retrocedió sobre sus pasos sin hacer ruido. Continuó caminando hasta encontrar un pequeño banco de piedra ubicado en un mirador. Desde allí, la ciudad se desplegaba ante él, iluminada por la luz plateada: el Coliseo en la distancia, la cúpula de San Pedro

asomando sobre los tejados y los campanarios antiguos creando un perfil inconfundible.

Se sentó y sacó un cigarrillo del bolsillo interior de su chaqueta. Con manos algo temblorosas, lo encendió y dio una profunda calada. El humo se mezcló con el aire fresco, y, durante un momento, todo fue calma. Miró hacia la luna y empezó a silbar las primeras notas del *Clair de Lune*. No llevaba la caja encima, pero había escuchado ya su melodía tantas veces que podía recordar todas y cada una de sus notas sin fallar ninguna.

Sabía que iba a echarla de menos, pero no imaginaba cuanto… Cada vez que pensaba en ella sentía una punzada de nostalgia atravesando su pecho. El aire se volvía irrespirable, la luz parecía más tenue y apagada… Si ella no estaba a su lado, el mundo entero parecía más triste, más irreal, como una burda copia del paraíso en el que habitaba cuando ella estaba a su lado.

Dejó escapar el aire en un largo suspiro. No tenerla a su lado era duro, pero no poder saber siquiera dónde estaba, qué estaba haciendo, si estaría a salvo… Todas aquellas preguntas le torturaban día y noche. Volvió a mirar hacia la luna y se permitió una sonrisa. Seguro que estaba bien. Era inteligente y decidida y había demostrado que sabía cuidar de sí misma. Seguro que ya había conseguido las reliquias. Era posible que en aquel momento ya estuviera saliendo de Francia con Irma para regresar a Inglaterra.

Su sonrisa se amplió. La conquista de Roma había retrasado su regreso porque todo el mundo había estado demasiado ocupado con la ofensiva como para buscarles un avión, pero era probable que al día siguiente, en cuanto las cosas estuvieran algo más calmadas y

la gente empezara a recuperarse de la resaca, pudieran organizar su vuelta a casa. Quizá, si todo salía bien, en un par de días podría reencontrarse con ella y volver a tenerla entre sus brazos.

Un sonido suave le sacó de sus pensamientos: un chistido, breve pero claro, proveniente de las sombras. Se tensó al instante y su mano se dirigió de forma instintiva a su chaqueta, donde aún llevaba la pistola.

—Tranquilo, teniente. No es necesario sacar eso.

Una silueta emergió de entre las sombras. Alfred distinguió una boina ladeada sobre unos rizos morenos. Marco Bellini, el brigadista italiano que les había ayudado a colarse en Roma. El joven se acercó con pasos suaves, con sus botas haciendo crujir los guijarros del camino.

—Vaya, Bellini. No esperaba verte por aquí —murmuró Alfred, bajando la mano pero manteniéndose alerta.

—Ni yo esperaba que consiguieran entrar tan pronto en Roma. —Marco se encogió de hombros y se sentó a su lado—. La ciudad parece respirar de nuevo, ¿verdad?

—Sí, es una ciudad preciosa. —Alfred asintió, disfrutando de la panorámica, antes de girarse hacia su acompañante y lanzarle una sonrisa suspicaz—. También es una ciudad muy grande. Lo bastante grande como para que no me hayas encontrado por casualidad. ¿Me equivoco?

—Es usted muy listo, teniente. —Marco sonrió, sacando una cajetilla de cigarrillos algo aplastada—. ¿Tiene fuego?

Alfred encendió su mechero y se lo acercó. Marco prendió su cigarrillo, inhaló profundamente y, mientras exhalaba el humo, sacó un papel doblado de su chaqueta.

—La verdad es que llevo un par de horas buscándole. Tengo algo para usted —dijo tendiéndole el papel con discreción.

—¿Qué es esto? —preguntó Alfred, desplegando la nota.

—Mírelo usted mismo. —Marco negó con la cabeza—. Y no me pregunte de dónde lo he sacado porque no puedo decírselo.

Alfred bajó la mirada al papel. La letra era angulosa y se inclinaba hacia la izquierda, dando sensación de velocidad, pero era lo bastante clara como para leerla sin dificultad incluso con la oscuridad reinante.

"Para el teniente Alfred Mitchell. Warwick hundido. Algunos oficiales supervivientes prisioneros. Philip Mitchell vivo y prisionero en Colditz.

– M"

El nombre le golpeó como una bofetada. Philip Mitchell, su hermano. Sintió que le faltaba el aire, que la garganta se le cerraba. No sabía de dónde podía haber sacado Marco ese mensaje, pero parecía real… El nombre de su hermano, el del barco en el que estaba destinado… Aquellos datos eran ciertos, pero el resto del mensaje tenía que ser una pesadilla: el barco hundido, su hermano capturado en una prisión nazi de máxima seguridad… No podía ser. Tenía que ser un error.

El aire pareció densificarse a su alrededor. El cigarrillo en su mano se consumía con lentitud, sin que él se diera cuenta. Cuando

por fin pudo reaccionar, se giró hacia Marco, que le miraba preocupado.

—Lo siento mucho —dijo el chico.

—No, no lo sientas. —Alfred se guardó el mensaje en el bolsillo de la chaqueta y se puso en pie—. Mi hermano no está muerto, así que hay esperanza. ¿De dónde has sacado este mensaje?

—Ya le he dicho que no me lo preguntara porque no podía decírselo —replicó Marco negando con la cabeza.

—Me da igual lo que hayas dicho. Necesito saber cómo has conseguido esta información. —Se inclinó hacia Marco para tratar de imponerse.

—Lo siento de verdad, teniente. —Marco se levantó del banco y se colocó frente a él para demostrarle que no iba a dejarse amilanar—. No puedo decirle nada. Quizá ni siquiera tendría que haberle traído este mensaje. Hoy es un día de celebración. Deberíamos olvidarlo…

—Es mi hermano el que está en manos de los putos alemanes. —Alfred se adelantó un paso, furioso—. ¿De verdad crees que podría olvidarlo?

Marco levantó ambas manos para pedirle que se calmara. Alfred vio en sus ojos que su estallido de rabia le había impresionado, pero que no iba a contestarle. Si seguía por ese camino, solo conseguiría que el chico se marchara. Maldijo por no tener a su lado a Irma. La mujer le habría sacado toda la información que necesitaba en cuestión de segundos.

Hinchó el pecho para calmarse y forzó una sonrisa tranquilizadora. Tenía que encontrar otra manera de conseguir que Marco le ayudara. Contempló al joven con sus botas desgastadas y sus ropas remendadas. Estaba muy delgado, incluso se le marcaban los huesos de los pómulos. Estaba seguro de que tanto él como su familia estaban pasando dificultades. Se metió las manos en los bolsillos y sacó todo el dinero que llevaba.

—Puedo pagarte.

El joven negó con la cabeza, pero Alfred vio brillar el deseo en sus ojos al mirar los billetes. Se los acercó para que le fuera más difícil decir que no.

—Puedo darte más mañana —le prometió —. Tan solo necesito que me digas de dónde ha salido este mensaje.

Marcó dudó durante unos segundos, incapaz de separar la mirada del fajo de billetes. Finalmente, suspiró con fuerza y alargó la mano para tomar el dinero.

—Tenemos una estación de radio portátil —dijo con voz dubitativa.

—¿Tenemos? ¿Quiénes? —preguntó Alfred impaciente.

—Mi grupo de la resistencia. Tenemos una radio de onda corta con la que nos comunicamos entre nosotros… y a veces nos llegan mensajes de otros lugares —explicó él—. Estos últimos días hemos estado recibiendo mensajes de estaciones receptoras en el sur de Italia y en Inglaterra y se las hemos pasado a los vuestros para coordinar los ataques.

—¿Y este mensaje ha llegado de Inglaterra? —Alfred volvió a sacar el papel de su bolsillo y lo agitó frente a la cara del chico.

—No, de la embajada británica en Madrid.

Alfred volvió a desplegar el papel y lo releyó hasta llegar a la firma. M. M de Monday, M de Michael Creswell. Estaba seguro de que procedía del espía británico. Negó con la cabeza. ¿Por qué se lo habría mandado? ¿Quería ayudarle porque, a pesar de su rivalidad por Clarice, le había cogido cierto aprecio y quería que pudiera rescatar a su hermano o le odiaba y quería asegurarse de que lo mataban para tener el camino libre hacia ella? Dejó escapar una risita mientras negaba con la cabeza. Imposible saberlo. Maldito Creswell.

—¿Podrías llevarme hasta esa estación de radio?

Capítulo tres

Llevaba un rato caminando a paso firme tras Marco, zigzagueando por callejones oscuros y pasajes estrechos que solo alguien con un conocimiento profundo de la ciudad podría recorrer sin perderse. Le había costado una intensa discusión y la promesa de una suma considerable de dinero, pero, al fin, Marco había accedido a llevarlo hasta el escondite de la radio de onda corta de la resistencia italiana.

Caminaban en silencio, salvo por el sonido de sus botas contra la piedra húmeda y los ecos lejanos de la ciudad que se resistía a dormir del todo.

—¿Queda mucho? —susurró Alfred mientras giraban en otra esquina.

Marco, que caminaba con las manos en los bolsillos y la cabeza baja, negó suavemente.

—Todavía no sé si hago bien en llevarte —murmuró—. No confían en los forasteros y mucho menos en un soldado.

—¿Vamos a discutir esto otra vez? —protestó Alfred, cansado —. No puedo ofrecerte más dinero…

—No es eso… Es solo que no sé si hago bien.

Alfred no respondió. Sabía que lo que estaba pidiendo no era poca cosa. Siguieron caminando en silencio hasta que Marco se detuvo frente a lo que parecía una casa abandonada. Las persianas estaban cerradas, la fachada cubierta de suciedad y grietas. No

parecía un cuartel de la resistencia, sino más bien un lugar que nadie en su sano juicio querría ocupar.

Marco golpeó la puerta tres veces, hizo una pausa y luego dio dos golpes más. Hubo un largo silencio antes de que una pequeña mirilla en la madera se abriera y dos ojos oscuros los analizaran con recelo.

—Bellini, ¿qué demonios haces trayendo a un inglés aquí? —susurró una voz al otro lado.

—Déjanos entrar —pidió el joven—. Necesita la radio.

—¿La radio? —El tono se volvió más tenso—. ¿Estás loco? ¿Le has hablado de la radio? ¿Quieres que nos descubran?

—Es importante.

El hombre tras la puerta masculló una maldición en italiano y cerró la mirilla con brusquedad. Alfred se mantuvo en silencio, con los brazos cruzados, mientras esperaba. Finalmente, tras unos segundos, la puerta se abrió lo justo para que entraran.

El interior era oscuro y angosto. Un par de lámparas de queroseno iluminaban la habitación, donde cuatro hombres con rostros duros y ropas gastadas los observaban con desconfianza. Había armas apiladas contra una pared y un mapa de Roma extendido sobre una mesa. Uno de ellos, un hombre de cabello ralo y cicatrices en los nudillos, se acercó a Marco con los puños apretados.

—¿Qué pasa contigo, Bellini? ¿Cómo se te ocurre traer a un soldado aquí?

—No es un soldado cualquiera. Es un amigo.

—Me importa una mierda quién sea. —El hombre lo fulminó con la mirada—. ¿Acaso crees que esto es un maldito juego?

Marco no se inmutó. Levantó la barbilla, orgulloso, y se encaró con su interlocutor.

—Sé que no es un juego. Ni él ni yo estamos aquí para jugar. No le habría traído si no fuera algo importante de verdad.

—¿Importante para nosotros o para él? —El hombre le miró suspicaz—. ¿O para tu bolsillo?

Marco dio un paso adelante, con los puños crispados. Alfred decidió que había llegado el momento de intervenir, así que se colocó entre los dos con los ojos fijos en el hombre.

—Necesito enviar un mensaje al MI6 en Londres —dijo con firmeza—. Es un asunto de vida o muerte.

—¿Y qué nos importa a nosotros el MI6? —preguntó el hombre entrecerrando los ojos.

—Puede que no le tengas mucha simpatía a los británicos, pero te recuerdo que esta misma mañana ha sido nuestro ejército, acompañado del americano, el que ha entrado en vuestra ciudad y os ha ayudado a liberarla de los fascistas…

—¿Y crees que eso te da derecho a pedirnos cualquier cosa? —le interrumpió el hombre.

Alfred respiró hondo. Se había interpuesto en la discusión para evitar que Marco pegara a aquel hombre y la verdad era que empezaba a sentir ganas de pegarle él mismo. Se forzó a mantener la calma.

—No me creo con derecho a nada. Tan solo os estoy pidiendo un favor, un inmenso favor por el que os estaré eternamente agradecido. —Levantó la mirada y la clavó en los ojos de su interlocutor para que viera que era sincero y que hablaba desde el corazón—. Mi hermano está prisionero en Colditz. Si quiero salvarlo, necesito contactar con mi gente.

Los hombres intercambiaron miradas. Colditz era un castillo convertido en prisión de alta seguridad para oficiales aliados. Todos los presentes sabían lo que significaba estar allí: un laberinto de piedra del que era imposible escapar, un agujero negro en medio de Alemania. El hombre suspiró y miró a Marco.

—Si nos descubren, esto será tu culpa.

—Lo sé —admitió el joven.

Con un gruñido de desagrado, el hombre señaló a Alfred una pequeña habitación al fondo.

—Está bien. Puedes usar la radio.

Alfred asintió agradecido y le siguió. El operador de radio estaba sentado en un taburete bajo, con los auriculares puestos y el transmisor delante. Se quitó los auriculares cuando les vio entrar.

—Este soldado necesita transmitir un mensaje urgente al MI6 —anunció el jefe—. Dile qué escribir.

Alfred cerró los ojos un instante y formuló las palabras con cuidado.

—Teniente Alfred Mitchell desde Roma. Philip Mitchell prisionero en Colditz. Solicito plan de rescate.

El operador comenzó a teclear el mensaje en código Morse. Cada pulsación resonó en la habitación como el eco de una sentencia definitiva. Cuando terminó, Alfred salió de la sala y se apoyó en una esquina oscura, sacando un cigarrillo. Lo encendió y aspiró profundamente, permitiendo que el humo caliente llenara sus pulmones. Solo quedaba esperar.

Su mente viajó hacia el pasado. Philip, su hermano mayor. Aunque habían pasado juntos solo unos pocos años, hasta que a los ocho le enviaron a un selecto internado en el norte, sus recuerdos continuaban tan nítidos y frescos como si hubieran sucedido el día anterior. Cerró los ojos y el recuerdo de su hermano mayor corriendo por los pasillos del castillo de su infancia apareció con claridad… Los dos escondidos en la biblioteca, planeando travesuras, robando pasteles de la cocina y escapando al bosque en los veranos interminables de su niñez. Philip siempre había sido el más intrépido, el primero en saltar al lago helado, el que nunca dudaba en subir al árbol más alto… Y el primero en alistarse para la guerra… Y ahora estaba en Colditz. Un prisionero de guerra en el corazón de Alemania.

El cigarrillo se consumió con rapidez entre sus dedos. Alfred lo dejó caer al suelo y lo aplastó con la suela de su bota. Un ruido de estática lo hizo girarse. El operador de radio había recibido una respuesta. Se acercó, sintiendo el peso de la tensión en su pecho.

—¿Qué dicen?

El operador ajustó los auriculares y anotó el mensaje en un papel antes de pasárselo a Alfred. Este tomó el papel con manos temblorosas y lo leyó:

"Regrese de inmediato con su equipo al aeródromo de Ramitelli para extracción."

Alfred sintió que la decepción lo atravesaba como una hoja afilada. No había plan de rescate, ni siquiera autorización para que lo intentara por sí mismo. Tan solo una orden directa: regresar a Inglaterra.

El silencio pesó sobre la habitación. Marco, que había estado observándolo desde la puerta, levantó una ceja.

—No es la respuesta que esperabas, ¿verdad?

—No —contestó Alfred apretando la mandíbula.

—¿Y qué vas a hacer?

Alfred dobló el papel y lo guardó en su chaqueta. No había nada que pudiera hacer. Si el MI6 no aprobaba una misión de rescate, Philip quedaba abandonado a su suerte. Ser soldado significaba aceptar ese tipo de órdenes todos los días… Y también significaba saber aceptar las pérdidas. Cualquier soldado podía morir o caer prisionero y había que seguir adelante… Pero no se trataba de un soldado cualquiera… Era Philip… Era su hermano. Inspiró hondo y se obligó a mantener la compostura.

—Gracias por la ayuda —dijo, sin emoción en la voz.

—*Buona fortuna*, teniente —se despidió Marco.

Alfred intercambió una última mirada con los hombres de la resistencia y salió a las ya silenciosas calles de Roma. Su sombra se alargaba sobre los adoquines mientras caminaba solo por las calles vacías. El mensaje aún ardía en su chaqueta, un recordatorio de que a veces, en la guerra, no se puede salvar a todos.

Ni siquiera a los que más amas.



París,
4 de junio de 1944

Capítulo uno

Sentía el calor de una mano que acariciaba mi cabello con movimientos lentos y delicados, como si yo fuera lo más frágil del mundo, el roce de unos dedos fuertes pero amables deslizándose por mi cuero cabelludo, apartando los mechones sucios y pegajosos por la sangre seca. Una voz familiar murmuró mi nombre con ternura.

—Todo estará bien, Clarice.

La calidez de su voz me envolvió como un bálsamo. Alfred estaba allí. Alfred estaba conmigo… Quise hablarle, pero mi garganta estaba seca. Intenté moverme, levantar una mano para rozar su rostro, para asegurarme de que era real, pero mi cuerpo no me respondió. La sensación de pesadez me anclaba al suelo, como si el sueño me envolviera en una telaraña invisible. Respiré hondo y, con un supremo esfuerzo, conseguí murmurar su nombre.

—Alfred…

No me respondió. Sus dedos dejaron de acariciarme y se apartaron. Tuve miedo de que se hubiera ido, de que se hubiera desvanecido, así que, a pesar de sentirme mortalmente cansada, conseguí abrir los ojos.

La luz tenue de una vela temblorosa iluminaba la habitación oscura y húmeda. El colchón mohoso en el que me había desplomado la noche anterior seguía bajo mi cuerpo dolorido. El aire estaba impregnado de humedad y polvo, pero me pareció percibir

algo más: el rastro del aroma de su colonia desvaneciéndose en al aire.

Pero Alfred no estaba allí. Nunca había estado.

En su lugar, una chiquilla harapienta de no más de doce años estaba sentada a mi lado, con un trapo húmedo entre las manos, limpiando con extremo cuidado la herida de mi cabeza. Parpadeé varias veces, intentando que la imagen se aclarara. La niña me miraba con sus grandes ojos oscuros llenos de cautela y determinación. Tenía el cabello castaño, enredado y sucio, y su piel estaba manchada y oscurecida. Vestía una chaqueta raída y pantalones remendados con trozos de tela de distintos colores.

Mi cuerpo se tensó de inmediato. Me incorporé con esfuerzo, pero la habitación pareció girar a mi alrededor. El dolor en la cabeza seguía presente, punzante… Dolía y retumbaba con cada latido, como si tuviera un nuevo corazón instalado entre las sienes, pero al menos ya no era un dolor tan fuerte como para impedirme pensar. La niña alzó las manos para tranquilizarme.

—*Lentement, lentement, madame.* —Su voz era suave, infantil, pero firme.

—¿Quién eres? —murmuré con dificultad.

No entendió mis palabras, pero por su expresión me pareció que comprendía la pregunta. Señaló el colchón en el que yo estaba recostada y luego se tocó el pecho con una mano diminuta y sucia. Aquel era su hogar. El rincón oscuro y apestoso donde había caído extenuada la noche anterior era el lugar donde vivía aquella niña.

Suspiré y me dejé caer de nuevo contra la pared, cerrando los ojos un instante. Mi cuerpo seguía entumecido, pero al menos podía pensar con más claridad. Cuando volví a abrir los ojos, la niña seguía allí, observándome con la cabeza ladeada. No parecía asustada. Más bien, curiosa. Y entonces sentí un gruñido en mi estómago que resonó en el silencio.

La niña también lo escuchó. Sus ojos se agrandaron de sorpresa cuando su propio estómago respondió con otro sonido hambriento. Nos miramos por un segundo, y luego las dos nos echamos a reír. Quizá nosotras no podíamos comunicarnos, pero parecía que nuestros estómagos lo hacían de maravilla.

El dolor no me permitió reír con fuerza, pero solté una carcajada débil. La niña se tapó la boca con la mano, intentando contener la risa. Me pareció que en sus ojos se reflejaba el mismo cansancio y hambre que en los míos. Busqué en mis bolsillos con dedos torpes y finalmente encontré unos cuantos francos arrugados. Se los tendí con un gesto.

—*Manger*. —Intenté recordar mi precario francés—. Comida. Compra algo.

La niña miró los billetes y luego me miró a mí. Dudó solo un segundo antes de tomarlos y salir corriendo por la puerta. Me quedé allí, en la penumbra, preguntándome si había hecho bien confiando en ella.

La paranoia me golpeó como una ola. ¿Y si volvía con una patrulla nazi? ¿Y si me delataba? Me di cuenta de que, si la niña me traicionaba, no había nada que pudiera hacer. No tenía fuerzas para

huir. Estaba sola, herida y sin aliados. Solo podía rezar para que no me delatara y confiar en ella.

Por primera vez en mi vida, me sentí completamente desvalida. Y Alfred… Dios, cuánto lo extrañaba. Habría dado cualquier cosa por tenerlo a mi lado en ese momento. Él siempre sabía qué era lo que había que hacer, nunca se asustaba ni se desesperaba. Necesitaba esa seguridad, ese valor… y, por encima de todo, le necesitaba a él. Habría dado cualquier cosa por poder refugiarme unos segundos entre sus brazos y dejar el mundo al otro lado.

Cerré los ojos y traté de calmar mi respiración. Me sentía como una niña perdida, esperando en la oscuridad. El tiempo pasó con lentitud. No sabía si habían pasado diez minutos o una hora cuando escuché pasos apresurados fuera del edificio. Me incorporé de golpe, con el corazón latiéndome en la garganta, temiendo escuchar el taconeo de botas militares y gritos en alemán. Pero era ella. La niña entró con una barra de pan de centeno duro y una lata de sardinas. Se sentó a mi lado y partió el pan en dos, dándome la mitad.

—*Merci* —susurré con gratitud.

Comimos en silencio, saboreando cada bocado como si fuera un banquete. El pan era duro y seco, pero me pareció que las sardinas tenían un sabor celestial. Tuve que contenerme para comer despacio. No quería arriesgarme a que me sentara mal y tener que vomitar. Me daba la impresión de que iba a necesitar toda la energía que pudiera conseguir si quería escapar de París con vida.

Cuando terminamos de comer, me limpié las manos en los pantalones y la miré con más determinación.

—Resistencia —dije la palabra con claridad, esperando que entendiera.

La mandíbula de la niña se tensó y negó con la cabeza.

—*Non*.

—Necesito su ayuda —insistí, haciendo señas con las manos para intentar que me comprendiera—. Si no los encuentro, los nazis me matarán.

La niña frunció el ceño, asustada. Parecía que me entendía y que sabía algo, pero tenía miedo de hablar.

—Por favor —susurré mientras unía las manos imitando un rezo.

Finalmente, tras un largo silencio, la niña asintió. Se levantó y me hizo un gesto para que la siguiera. Apoyándome en la pared, logré ponerme en pie. Las piernas me temblaban, pero al menos podía caminar. Mientras me levantaba, la niña recogió del suelo una caja de cerillas y lo que quedaba de la vela que había estado alumbrándonos. Lo metió todo en un sucio trapo y me lo tendió. Yo no entendí qué quería que hiciera con aquellas cosas, pero le devolví una sonrisa y me guardé el pequeño paquete en el bolsillo trasero de los pantalones.

Salimos a las calles de París, oscuras y silenciosas. Por la posición de la luna, deduje que había dormido durante muchas horas y que debía ser mucho más tarde de la medianoche. Las patrullas

nazis seguían rondando, pero la niña se movía con la facilidad de quien conoce cada rincón de los suburbios.

Debía de haber llovido durante el día, porque las calles seguían húmedas, impregnadas de un olor a piedra mojada y hollín que se filtraba en la ropa. Sentí el barro pegajoso bajo las botas mientras seguía a la niña por el laberinto de callejones estrechos, donde la luna apenas lograba filtrarse entre los tejados inclinados de los edificios.

La pequeña iba justo delante de mí, llevándome de la mano, moviéndose con la agilidad de quien conoce cada grieta de los adoquines. A pesar de la penumbra, podía ver su silueta menuda, con su cabello oscuro apelmazado por la humedad, vestida con ropa raída demasiado grande para su cuerpo delgado.

El barrio estaba sumido en un silencio tenso y vigilante. Me parecía intuir ojos espiando desde las sombras tras cada ventana oscurecida. En las esquinas, montones de basura desprendían un hedor amargo y en algunas fachadas se veían rastros de carteles propagandísticos nazis desgarrados, con trozos de letras en alemán aún visibles.

La niña giró de forma abrupta por un callejón lateral, uno aún más estrecho, donde los edificios parecían inclinarse sobre la calle como si quisieran tragarnos. Al final del callejón, la niña se detuvo frente a una puerta de madera desvencijada, con una argolla de hierro oxidada en lugar de pomo, y la empujó con ambas manos. Una vez abierta, volvió a tomar mi mano y tiró de mí para que la siguiera.

El patio trasero en el que entramos estaba casi en ruinas. Era un espacio angosto, encerrado entre tres edificios de paredes sucias y grietas profundas. Una vieja escalera de hierro subía hasta un balcón, pero uno de sus peldaños estaba roto y la barandilla torcida indicaba que nadie la había usado en mucho tiempo. El suelo era una mezcla de adoquines rotos y barro, con charcos estancados que reflejaban la tenue luz de una lámpara colgada sobre una puerta lateral.

En el centro del patio, entre hierba crecida y restos de madera podrida, encontramos lo que parecía ser una simple trampilla de hierro. A simple vista, no tenía nada de especial, pero cuando me acerqué, sentí algo frío y pesado en el aire, una sensación que me erizó la piel.

La trampilla estaba cubierta de óxido, con grandes remaches desgastados y marcas de humedad que formaban líneas verdosas a su alrededor. El hierro, ennegrecido por los años, tenía grabadas viejas inscripciones en francés, apenas visibles entre las capas de suciedad. Pude leer con dificultad "Mines de París - 1810", un vestigio de los tiempos en que aquellos túneles eran canteras de piedra caliza.

Un candado grueso colgaba de una argolla, pero el metal estaba torcido, como si alguien lo hubiera forzado con una palanca. Me arrodillé, pasando los dedos por la superficie fría y húmeda de la trampilla, notando pequeños arañazos recientes cerca de los bordes.

—¿Quién usa esta entrada? —pregunté en voz baja.

La niña me miró con seriedad, sus ojos grandes y oscuros reflejando la luz temblorosa de la lámpara. No supe si me había

entendido, pero señaló la trampilla y pronunció una sola palabra.

—*Resistance*.

La respuesta me hizo estremecer. Supuse que aquel lugar era una entrada a las míticas catacumbas en las que se decía que se ocultaba la resistencia francesa. Si quería encontrarles y pedirles ayuda, iba a tener que internarme en aquella oscuridad.

La niña metió los dedos en una pequeña ranura junto a la cerradura, forzó un mecanismo oculto y, con un crujido seco, la trampilla se abrió apenas unos centímetros, dejando escapar un hálito de aire frío y denso desde las profundidades. El olor a humedad, tierra y piedra vieja ascendió desde la oscuridad. Contuve el aliento mientras contemplaba las escaleras de piedra gastada que descendían a las entrañas de la ciudad.

—¿Vienes? —le pregunté a la niña, señalando hacia la oscuridad.

Había intentado que mi voz sonara fuerte y decidida, pero solo conseguí pronunciar un susurro tembloroso que más bien parecía una plegaria. Aunque no quería admitirlo, me sentía débil y estaba muerta de miedo. Habría dado cualquier cosa por no tener que meterme sola en aquel lugar húmedo y oscuro.

Por desgracia, la niña no accedió a mi ruego. Negó con la cabeza, se acercó y, sin previo aviso, me abrazó con fuerza. Su cuerpo delgado temblaba contra el mío. Creo que ella también tenía miedo por mí. Le devolví el abrazo, agradecida. Ya había hecho demasiado por mí. No podía exigirle más.

—*Merci* —susurré.

Cuando se separó, me miró con determinación y señaló hacia la escalera que se internaba en la oscuridad. Tomé aire, sintiendo el escalofrío que recorría mi espalda.

—Vamos, Clarice. No hay vuelta atrás —me dije a mí misma con la voz más firme que pude.

Si seguía pensándolo, nunca me atrevería a entrar. Di un paso adelante y me interné en la oscuridad.

Capítulo dos

El eco de mis propios pasos resonaba en la estrecha escalera de piedra mientras descendía, envuelta en la oscuridad y la humedad que impregnaban cada grieta de aquel lugar. Las paredes, rugosas y frías, parecían cerrarse a mi alrededor con cada peldaño que bajaba, como si el propio subsuelo de París intentara devorarme. Apreté los dientes y me apoyé con una mano en la pared para no perder el equilibrio. La cabeza me latía con fuerza, un pulso doloroso que reverberaba en mi cráneo con cada uno de mis movimientos. Sentía el rastro pegajoso de la sangre aún fresca deslizándose por mi sien, mezclándose con el sudor que nacía de mi piel helada.

Desde lo alto, la escasa luz que provenía de la entrada se filtró entre los barrotes de la reja cuando la niña la cerró. El chirrido metálico de la cerradura se grabó en mis oídos, sellando mi soledad. Me quedé quieta un instante antes de reanudar el descenso. Fui contemplando el rectángulo pálido de luz que disminuía con cada peldaño, hasta que desapareció del todo. Estaba encerrada. Sola y a oscuras en las profundidades de un laberinto donde el tiempo parecía haberse detenido siglos atrás.

Inspiré profundamente, obligándome a ignorar el vértigo que amenazaba con nublarme la vista, y deslicé la mano por la parte trasera de mis pantalones. Con dedos temblorosos, encontré la pequeña caja de cerillas y el cabo de vela que la niña me había dado. Lo sujeté con firmeza, sintiendo su peso casi insignificante en mi mano. En ese momento, aquel pequeño objeto representaba mi

única esperanza de no quedar atrapada para siempre en aquella oscuridad absoluta.

Rasgué una cerilla contra la superficie de la caja. Una chispa. Luego otra. Maldije entre dientes cuando la cerilla se apagó antes de alcanzar la mecha de la vela. La segunda tampoco prendió bien. Empecé a asustarme. No sabía cuántas cerillas había en la caja, pero sospechaba que no debían ser muchas. Traté de calmar el temblor de mis manos, contuve la respiración y probé de nuevo. Esta vez, la llama se alzó con un resplandor tembloroso, proyectando sombras largas y retorcidas en las paredes de piedra. Prendí la vela con rapidez y dejé escapar el aire en un suspiro tembloroso. La tenue luz titiló. No iluminaba demasiado, pero al menos me permitía ver lo suficiente para avanzar.

El aire era denso y estaba impregnado con un olor que mezclaba la humedad rancia de la piedra con un aroma más sutil, casi floral, que no terminaba de identificar. Me estremecí. La sensación de estar siendo observada se hizo más fuerte, como si cientos de ojos invisibles me siguieran desde las sombras. Avancé despacio, sosteniendo la vela en alto, tratando de discernir lo que había más allá de la penumbra.

Las paredes estaban llenas de inscripciones talladas en la piedra, nombres olvidados, fechas antiguas, símbolos que no reconocía… A medida que caminaba, comencé a notar la opresión de los túneles, la sensación de estar internándome en un laberinto sin salida. El peso de la historia y de la muerte me rodeaba como un sudario invisible. El suelo, cubierto de polvo y pequeños escombros, absorbía el sonido de mis pasos, dejándome en un silencio sepulcral

que solo era interrumpido por mi propia respiración y el latido acelerado de mi corazón.

Cuando doblé una esquina y entré en un osario, el aire cambió de golpe. El olor dulzón de la descomposición se mezcló con el de la piedra húmeda. La luz de la vela tembló, como si aquel lugar la perturbara, como si sintiera el mismo miedo que yo estaba sintiendo. Me quedé quieta, notando cómo mi piel se erizaba. Desde que había perdido mi don, ya no podía verlos, no podía escuchar sus voces, pero seguía percibiendo su presencia. Estaban allí: espíritus atrapados, presencias que deambulaban sin rumbo... Me concentré, cerrando los ojos para agudizar mis sentidos.

En medio del silencio absoluto, noté algo distinto. Un susurro sin sonido, una brisa que no provenía de ninguna corriente de aire. También noté un aroma floral, leve pero inconfundible. Abrí los ojos. No veía nada, pero sabía que no estaba sola. No en el sentido convencional. A pesar de que no podía verla, la noté. Era una joven, quizá una niña, una presencia pura e inocente que llevaba siglos entre aquellos muros. No sabía si se había acercado porque yo le causaba curiosidad o si me estaba pidiendo ayuda. Decidí confiar en ella. Inspiré profundamente y hablé en un susurro, con voz calmada.

—Necesito ayuda. —Dirigí mi mirada hacia el punto en el que la percibía, como si pudiera verla y cruzar mis ojos con los suyos, antes de hacerle una promesa—. Si tú me ayudas, yo te ayudaré.

El aire pareció agitarse a mi alrededor, como si algo hubiera respondido sin palabras. Me concentré en aquella presencia, buscando algo en ella que me indicara su intención. No sentía miedo ni hostilidad. Al contrario, había una sensación de paz, de alivio…

Aquella sensación confirmó lo que había pensado en el primer momento: la entidad que había encontrado estaba perdida… y al mismo tiempo quería ayudarme a encontrar mi camino.

Mantuve la vela en alto, esperando. De pronto, la llama parpadeó de un modo distinto. Noté la presencia a mi espalda, como si se hubiera apoyado en mi hombro y estuviera soplando hacia la vela. Incluso noté el frío de su aliento rozándome la mejilla. Aquella corriente de aire casi imperceptible inclinó la pequeña llama hacia la derecha. Seguí la señal sin dudarlo, avanzando por el pasillo señalado. Cada vez que llegaba a una bifurcación, la brisa volvía a soplar, guiándome por el laberinto. Estaba funcionando: aquella alma perdida se había convertido en mi guía invisible.

A pesar de que ya no me sentía tan desesperada, cada paso que daba me costaba más esfuerzo. El dolor pulsátil en mi cabeza se había convertido en un martilleo constante. Me sentía mareada, débil… La pérdida de sangre comenzaba a afectarme más de lo que quería admitir. La idea de desmayarme allí abajo me aterrorizaba. Si caía, si la vela se apagaba… quizás nunca despertaría.

Apreté los dientes, obligándome a seguir. La cera derretida de la vela me goteaba en los dedos, una molestia insignificante comparada con la creciente debilidad en mis piernas. Me repetía una y otra vez que ya estaba cerca, que tenía que estarlo... Sentía que la presencia me conducía con urgencia, como si el tiempo se agotara.

Y entonces, escuché algo más. No era el viento, no eran las voces del otro lado del velo. Eran pasos. Pasos humanos, físicos, reales... Detuve mi avance y agucé el oído. El eco en los pasadizos dificultaba discernir de dónde venían. Luego, un susurro. Palabras

intercambiadas en voz baja, apagadas por la piedra. Me quedé quieta, sosteniendo la vela con ambas manos, sintiendo la cera caliente adherirse a mi piel. Inspiré y hablé con voz firme:

—¿Hay alguien ahí?

El silencio se prolongó durante unos segundos interminables. Luego, de entre las sombras, emergieron tres figuras. Dos hombres y una mujer, sus siluetas recortadas contra la penumbra. Cada uno de ellos sostenía un rifle, apuntándome con gesto tenso.

A pesar de las armas, me permití una sonrisa. Sabía quiénes eran. Había encontrado a la Resistencia.

Capítulo tres

El cañón del rifle apuntándome al pecho no hacía más que recordarme lo frágil de mi situación. Mis captores hablaban en un francés rápido y agresivo, solapándose unos a otros en una discusión que no entendía. Aunque no comprendía ni una sola palabra de lo que decían, por la expresión de sus rostros y el tono de sus voces me quedó claro que no era bienvenida. Levanté las manos lentamente, tratando de parecer lo menos amenazante posible, pero su desconfianza no disminuyó.

Me empujaron hacia adelante con brusquedad y, sin darme opción a resistirme, me obligaron a avanzar por los pasadizos de piedra húmeda. Uno de ellos se colocó a mi espalda y me empujó con el cañón de su rifle para hacerme andar. Las sombras danzaban con la tenue luz de las linternas que llevaban los otros dos, proyectando figuras alargadas y deformes en las paredes cubiertas de inscripciones antiguas. A cada paso que daba, mi cabeza pulsaba con una punzada aguda de dolor. Además, me sentía muy cansada y débil, pero, cada vez que aflojaba el paso, recibía un nuevo empujón del cañón del rifle en mi espalda, un recordatorio claro de que no se me iba a permitir un segundo de descanso. Continué adelante, con la cabeza alta, tratando de no mostrar debilidad, aunque no sabía cuánto tiempo aguantaría antes de que mi cuerpo dijera basta y se desplomara.

Hacía mucho que había perdido la noción del tiempo y que seguía moviéndome por inercia cuando el pasillo se ensanchó y

desembocó en una gran cámara subterránea. Era un espacio amplio, con varios túneles conectando diferentes estancias que se extendían en la penumbra. Parecía que, en aquel lugar, la resistencia francesa había construido una base improvisada. Había mesas llenas de mapas y radios, cajas con suministros amontonadas en las esquinas y hombres y mujeres con miradas afiladas vestidos con ropas raídas, que se detuvieron en seco al verme aparecer escoltada. El bullicio se apagó al instante. Todos se quedaron en silencio, observándome con expresión tensa y desconfiada.

Mi escolta utilizó el cañón de su rifle para empujarme hasta el centro de la sala. Susurré una maldición en voz baja y levanté la vista, escaneando los rostros a mi alrededor hasta que finalmente hablé con voz firme, aunque mis labios aún sentían el temblor del cansancio.

—¿Alguien aquí habla inglés?

Hubo un murmullo de duda entre ellos hasta que un hombre alto, de cabello oscuro y revuelto, con una cicatriz cruzándole la mejilla, dio un paso adelante. Su postura era relajada, pero su mirada era la de alguien acostumbrado a no confiar en nadie. Se cruzó de brazos y me estudió con detenimiento antes de responder.

—Yo hablo inglés. —Su voz era grave y profunda, marcada por el acento francés. Me indicó con la cabeza—. Sígueme.

Una mujer, de rostro anguloso y cabello recogido en una trenza suelta, se nos unió. Sus ojos afilados me escrutaron con un brillo suspicaz.

—Yo también hablo inglés. —El hombre la miró con dureza, pero ella puso los brazos en jarras y negó con la cabeza—. No voy a

quedarme al margen, Lucien. Quiero saber qué demonios hace esta mujer aquí.

Inspiré hondo, tratando de ordenar mis pensamientos y mantener la cabeza lo más despejada posible a pesar del mareo. No podía fallar en ese momento. Tenía que conseguir que aquella gente confiara en mí y me ayudara. Mientras les seguía hacia una de las cámaras laterales, observé que ambos llevaban un revolver a la cintura. Tragué saliva con dificultad. Si no conseguía convencerles de que no era su enemiga, era muy posible que no saliera viva de aquella reunión.

La cámara a la que me habían conducido se abría como una herida en la piedra, un espacio más amplio que el pasillo por el que había llegado, iluminado tenuemente por un par de faroles de aceite que proyectaban sombras alargadas en las paredes. El suelo de tierra estaba cubierto de mantas raídas, sacos de dormir improvisados y algunas cajas de madera apiladas contra la pared que debían contener suministros traídos de la superficie. El aire olía a humedad, a queroseno y a pan duro, con un leve matiz metálico que podría deberse a las armas alineadas sobre una mesa de madera al fondo.

Las paredes, talladas de forma tosca, aún conservaban las marcas del tiempo, inscripciones olvidadas y grabados que databan de siglos atrás. En una de ellas, una frase en latín apenas legible se distinguía entre la piedra desgastada: *Mors certa, hora incerta*.

Era un recordatorio de que la muerte era una certeza, pero la hora… la hora siempre quedaba en el aire. Me pregunté si habría llegado la mía.

Junto a la mesa, un par de guerrilleros limpiaban sus rifles con expresión concentrada, hablando en voz baja, mientras otros reparaban una vieja radio con paciencia. Lucien les hizo una seña con la cabeza y, sin protestar, todos ellos salieron de la estancia, dejándonos a solas.

—¿Y bien? —La mujer sacó la pistola para apuntar al centro de mi frente—. ¿Vas a decirnos quién eres?

—Élodie, por favor… No creo que eso sea necesario —la regañó Lucien.

Ella murmuró alguna maldición en francés, pero volvió a guardar la pistola. Él sonrió complacido antes de volverse hacia mí.

—Así mejor. ¿Ahora podrías decirnos quién eres?

—Soy Clarice Cooper, agente del MI6 —me presenté, mirando a ambos—. Llegué a París gracias a la Línea Cometa, pero a partir de ahí todo salió mal. Se suponía que una mujer de la Resistencia llamada Simone Aubrac debía ayudarnos.

—¿Simone? ¿Sabes algo de ella? —preguntó Élodie—. Hace días que no tenemos noticias suyas.

—¿Era amiga vuestra? —dije con voz apenada—. La mujer que se nos presentó no era ella. Era una impostora, una espía nazi. La verdadera Simone había sido capturada. La torturaron para que les diera información sobre su próxima misión y sobre la contraseña que debía darnos y después fue asesinada para poder ser reemplazada.

—Eso no puede ser —protestó la mujer—. ¿Qué misión? Nosotros no le habíamos asignado ninguna misión. ¿Sabes tú algo

de esto, Lucien?

El hombre agachó la cabeza y mantuvo su mirada fija en el suelo de piedra antes de asentir apesadumbrado un par de veces. Cuando alzó la cabeza y pude ver sus ojos, me di cuenta de que los tenía rebosantes de lágrimas contenidas.

—Sí, era una colaboración con la Línea Cometa. Me pidieron que enviara a alguien para ayudar a dos agentes del MI6 que necesitaban un traductor y un guía para cumplir una importante misión.

—Esas agentes éramos nosotras —intervine.

—¿Nosotras? —me cortó Élodie—. Yo solo veo una persona.

—Mi compañera ha sido secuestrada por la agente nazi que suplantaba a Simone —expliqué, molesta por la actitud desconfiada de aquella mujer—. Nos confesó que nos había engañado desde el principio y que había asesinado a la verdadera Simone. Y, antes de llevarse a mi compañera, me dejó esto como recuerdo.

Me señalé la herida de la cabeza, que, por la tensión del momento, parecía retumbar como un tambor. La mujer me contempló durante unos segundos en silencio, como si se resistiera a creer en lo que estaba diciendo. De repente, como si todas sus defensas hubieran caído, sus ojos se llenaron de lágrimas. Se giró hacia una de las paredes, escondió el rostro entre las manos y empezó a sollozar. Lucien me dedicó una mirada de disculpa antes de dirigirse hacia ella para abrazarla y susurrarle palabras tranquilizadoras en francés.

Me mantuve en silencio, dispuesta a darles todo el tiempo que necesitaran para asimilar la noticia. Simone debía haber sido alguien muy importante para ellos y yo les había anunciado su muerte sin contemplaciones. Me daba pena el modo en el que se habían enterado, pero, por otra parte, me parecía que, al haber sido tan sincera, había conseguido que empezaran a confiar en mí. Era la primera vez desde que me había encontrado con la Resistencia que no tenía un arma apuntándome.

Cuando se separaron, se volvieron de nuevo hacia mí. El hombre tenía los labios fruncidos en una línea dura, mientras la mujer apartaba la mirada, cerrando los puños con rabia. Suspiré. Me habría gustado darles más tiempo para que se recuperaran de la noticia, pero necesitaba su ayuda.

—Escuchadme —dije, dando un paso adelante—. No puedo arreglar lo que ha pasado, pero necesito vuestra ayuda. Mi amiga, Irma, está en manos de la Ahnenerbe. Debemos rescatarla antes de que sea demasiado tarde.

Lucien pareció considerar mis palabras, pero fue Élodie la que me respondió.

—¿Y cómo sabemos que tú no eres otra espía nazi? —preguntó con voz afilada—. ¿Por qué deberíamos confiar en ti cuando perfectamente podrías estar aquí para delatarnos y destruirnos desde dentro?

Mi paciencia se agotaba, pero me obligué a mantener la calma. Sabía que tenía que convencerlos y la única forma de hacerlo era con la verdad.

—Si yo fuera una espía nazi —espeté—, no habría entrado aquí sola. Habría traído un grupo de soldados y os habría acribillado a todos antes de que pudierais reaccionar.

La mujer apretó los labios, pero no respondió de inmediato. El hombre, sin embargo, me observó con un nuevo brillo de interés en los ojos.

—¿Por qué es tan importante tu amiga? —preguntó finalmente—. No me entiendas mal… Comprendo que sea importante para ti, pero esa no es razón suficiente. Traté de ayudaros sin conoceros siquiera enviándonos a Simone y ahora está muerta. ¿Por qué debería arriesgar la vida de mis hombres por tu amiga?

Apreté los puños. Sabía que era muy probable que consideraran que estaba loca, pero debía confiar en ellos si quería conseguir su colaboración.

—Porque Irma no es una mujer cualquiera, al igual que no lo soy yo. —Los miré con seriedad—. Pertenecemos a una organización ultrasecreta del MI6 llamada División OpenMind. Digamos que somos una organización con poderes paranormales encargada de luchar contra la Ahnenerbe, que es una organización nazi que trata de utilizar la magia negra para ayudar a Hitler a ganar la guerra.

—Todo esto es una locura —me interrumpió Élodie antes de girarse hacia Lucien—. ¿Tú la estás oyendo? No sé si es una agente enemiga o una loca.

—Ninguna agente enemiga os contaría una historia tan descabellada y el MI6 no habría enviado hasta aquí a una loca —rebatí, sintiendo que mi paciencia llegaba a un límite—. Puedo

hacerte una demostración de mis poderes, pero te advierto que no te va a gustar.

Ella me miró con una sonrisa sarcástica en la cara mientras enarcaba una ceja, curiosa.

—Adelante. ¿Qué vas a hacerme? ¿Convertirme en rana?

Me acerqué, me encogí de hombros para expresarle que ella se lo había buscado y puse mi mano derecha sobre su vientre.

—*Volo te dolor* —susurré.

Los ojos de Élodie se abrieron de forma desmesurada al sentir el dolor en su estómago. Sin que le diera tiempo a pronunciar una sola palabra, se dobló sobre sí misma y empezó a vomitar como si fuera una fuente.

—¿Qué le has hecho? —gritó Lucien colocándose a mi lado—. Páralo.

Me acerqué de nuevo a ella, que continuaba vomitando inclinada hacia delante. Puse una mano en su espalda. Ella pareció asustarse y trató de apartarse, pero yo la retuve agarrándola por los hombros y me incliné hacia su oído para susurrar unas nuevas palabras.

—*Libero te.*

Dejó de vomitar de inmediato. Se incorporó y me miró con una mezcla de miedo y desprecio. Su rostro había perdido por completo el color y el labio inferior le temblaba. Se limpió la boca con la manga de la camisa y después señaló el charco formado a sus pies.

—Yo no pienso limpiar eso —dijo como si así lograra salvar su orgullo.

—De acuerdo. —Me encogí de hombros—. Solo quiero saber si te ha servido para que confíes en lo que te estoy contando. Si no te ha servido, puedo repetirlo.

Ella me miró con odio y apretó los puños. Tuve miedo de que fuera a atacarme, pero Lucien se interpuso entre nosotras, con los brazos extendidos para separarnos.

—Parad, por favor. —Se giró hacia mí—. Supongamos que te creemos: pertenecéis a una organización con poderes sobrenaturales que trata de detener a los nazis. ¿Qué podemos hacer por vosotras?

—Irma, mi amiga, tiene un don. Es una hipnotizadora increíblemente poderosa. No os imagináis lo que la Ahnenerbe podría hacer con ella si la usara de la forma correcta. —Me detuve durante un segundo tratando de encontrar un ejemplo que pudiera convencerlos y me estremecí ante mis propios pensamientos—. Podría doblegar a cualquier líder y hacer que firme la rendición de su país. ¿Os imagináis lo que pasaría si los nazis usaran su poder para obligar a un general aliado a entregar sus tropas? ¿Si la llevaran a Londres y la pusieran frente a Churchill? ¿Si la infiltraran en los Estados Unidos y pudieran ponerla frente a Roosevelt? Podría convertirse en un arma devastadora si no la rescatamos a tiempo, en el arma definitiva de los nazis para ganar esta guerra.

Sabía que estaba exagerando. Los poderes de Irma no eran tan fuertes. Podía instalar órdenes simples e inmediatas en la mente de sus víctimas y, poco a poco, estaba empezando a lograrlo con órdenes algo más complejas y que se prolongaran unos minutos en

el tiempo, pero estaba muy lejos de poder ordenar a un jefe de estado que firmase la rendición. Sin embargo, no me arrepentí. A saber hasta dónde podían llegar los poderes de Irma con el entrenamiento de la Ahnenerbe. No podíamos dejar a alguien con tanto potencial en manos del enemigo… Y, además, era mi amiga. Haría y diría lo que fuera necesario para salvarla.

El silencio que siguió fue espeso. La mujer cruzó los brazos, mordiéndose el labio inferior mientras miraba al líder de su grupo, esperando su decisión. El hombre me estudió con una intensidad que me hizo contener la respiración. Finalmente, asintió.

—Si lo que dices es cierto, ha sido una irresponsabilidad por vuestra parte traerla hasta aquí y ponerla al alcance de los nazis…

—Puede que tengas razón —admití.

—La tengo… Pero ahora no podemos permitirnos ignorar ese peligro. Mandaré a algunos de los nuestros a investigar el paradero de esa mujer. Si encuentran algo, te lo haremos saber. Recemos porque aún no hayan abandonado París.

Cerré los ojos un momento, dejando escapar el aire que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Había conseguido lo que necesitaba.

—Gracias —susurré, con sinceridad.

Lucien asintió, pero Élodie aún no parecía del todo convencida. Cuando él salió, señaló un cubo de agua colocado en una esquina.

—Limpia este desastre —me ordenó—. Luego puedes buscar algo de cenar en las cajas y acostarte ahí.

Me señaló uno de los sacos de dormir antes de salir por la puerta con la cabeza alta. Sabía que tardaría más en confiar en mí, si es que lo hacía en algún momento… Pero por ahora, era suficiente. Había dado el primer paso para traer de vuelta a Irma… y quizás, solo quizás, todavía había una oportunidad para enmendar todo lo que había salido mal.

Capítulo cuatro

Después de cenar un poco de carne seca, preparé un saco de dormir en un rincón aislado para poder pasar la noche. A pesar de que sabía que el suelo sería frío y duro, me encontraba tan cansada, que, al meterme dentro del saco, me pareció que nunca en la vida había estado en un lugar tan cómodo.

Me incliné hacia la vela para soplarla, pero me di cuenta de que parpadeaba. El fulgor tembloroso de la llama bailó en la penumbra de la cámara como si una brisa invisible la agitara, aunque el aire allí abajo era denso y quieto. Me detuve, contemplando su baile antes de apagarla y entonces el aroma volvió. Dulce, suave, como flores frescas en una primavera que nunca podría existir en aquel reino de piedra y humedad.

Mi cuerpo se tensó de inmediato. La reconocí al instante. Era la joven que me había guiado en las catacumbas. Un escalofrío me recorrió la piel. No fue un escalofrió de miedo. Sabía por qué estaba allí. Yo le había hecho una promesa y se me había olvidado cumplirla.

—Si tú me ayudas, yo te ayudaré —susurré para que ella se diera cuenta de que lo recordaba.

Me levanté despacio del saco de dormir y busqué en la mesa de madera donde los guerrilleros habían dejado dispersas sus pertenencias. Entre mapas viejos y cartuchos de munición encontré lo que necesitaba: un trozo de cartón y un bolígrafo.

Regresé al suelo, me senté sobre el saco de dormir con las piernas cruzadas y me las cubrí para tratar de entrar en calor. La presencia seguía allí, a mi alrededor, rozándome como una brisa gélida. Con el cartón apoyado en la pierna, dibujé con trazos rápidos un círculo rudimentario con las letras del alfabeto. Añadí un "sí" y un "no" en la parte superior, los números abajo, y un "adiós" en el extremo inferior derecho. No era la tabla de *ouija* más elaborada que había hecho en mi vida, pero bastaría.

Después, rebusqué en mi bolsillo hasta encontrar una moneda pequeña. La coloqué en el centro de la tabla improvisada y exhalé con lentitud, sintiendo el vaho cálido de mi aliento en el aire helado.

—Sé que sigues aquí. —Mi voz fue apenas un susurro—. Quiero darte las gracias por haberme ayudado. Me has salvado la vida.

No hubo respuesta. La moneda no se movió. Me incliné un poco más sobre el cartón, protegida por la manta con la que había cubierto mis piernas. Dejé que mis dedos rozaran los bordes de la moneda y volví a concentrarme.

—¿Puedes decirme tu nombre?

Durante un instante, no pasó nada. Luego, la moneda se deslizó sobre las letras, marcando una tras otra con pausas temblorosas, como si la entidad titubeara al escribir su propia identidad: M...A...R...I...A...N...N...E.

Marianne.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Era una sensación extraña, triste y dulce a la vez.

—Marianne, ¿estás perdida?

La moneda se deslizó hasta el 'sí'. No podía ver a la niña, no después de haber perdido mi don. Sin embargo, parecía que lo único que había perdido era mi capacidad de ver mientras mis otras capacidades seguían intactas. Podía sentir su presencia, muy cerca de mí… Y podía sentir su angustia.

—¿No encuentras el camino?

De nuevo, "sí". Después la moneda comenzó a deslizarse de letra en letra hasta formar una nueva palabra: M...A...M...A.

Estaba buscando a su madre. Aquella niña se negaba a cruzar sola al otro lado. Cerré los ojos, recordando todas las veces que me había enfrentado a situaciones como esa, a los espíritus que se resistían a aceptar su destino, a los que no sabían que debían dejar este mundo…

Seguramente, aquella niña había muerto siendo muy pequeña y no había llegado a hacerse consciente de ello. Sucedía mucho con los espíritus de los niños. Al no poder comprender la idea de la muerte, no eran capaces de asumir la suya y quedaban atrapados entre los planos, a la espera de alguien que pudiera guiarlos.

Una serie de sensaciones, de visiones muy vívidas ocuparon mi mente, como una confirmación de mis temores… Sentí la enfermedad de Marianne, el frío, la fiebre, los delirios y el frescor de las manos de una madre como único consuelo… Y después, la oscuridad, la soledad, el miedo… La nada…

—Marianne… has muerto.

Hubo una larga pausa. El aire se volvió más frío. La moneda no se movió, como si la niña no supiera qué responder.

—Sé que da miedo, pero no puedes quedarte aquí. —Mi voz fue más suave esta vez—. Tu madre te está esperando al otro lado.

De nuevo, un largo silencio. Podía sentir sus dudas, su miedo. Incluso me pareció escuchar un sollozo ahogado.

Esperé. No podía apresurarla. El aroma a flores se intensificó y la moneda volvió a moverse, despacio, deslizándose hacia el "sí". Levanté la mirada del tablero y, en aquel momento, la vi. No la vi con mis ojos, porque ya no tenía ese don, pero percibí una luminosidad en una de las esquinas de la cámara, cálida y envolvente, una figura tenue, rodeada de un resplandor dorado. Y allí, entre la neblina de su propia esencia, otra silueta apareció.

Era más alta, más definida, la silueta de una mujer. Comprendí que la madre de Marianne había venido a buscarla. No había palabras que pudieran describir ese momento, el reencuentro de dos almas separadas en la vida, pero unidas en la muerte.

Cuando la luz se desvaneció y la habitación volvió a quedar sumida en la penumbra, me sentí más ligera, incluso feliz. Una vez pasada la tensión, el cansancio regresó a mí. Sentí el dolor y el agotamiento en cada célula de mi cuerpo. Mis párpados parecían pesar toneladas y se negaban a continuar abiertos. Estaba tan cansada que tuve ganas de tumbarme de inmediato y cerrar los ojos, pero aún no podía hacerlo. Primero debía quemar mi improvisado tablero de *ouija* para evitar que algún otro espíritu apareciera.

Lo miré y me di cuenta de que ya era tarde. La moneda estaba paseando sola sobre el tablero. Otra presencia había cruzado la puerta. Contuve un suspiro. Si tenía que ayudar a todas las almas atrapadas en las catacumbas, nunca saldría de allí. Maldije entre dientes. Aquella ya estaba allí. No podía ignorarla.

—¿Cómo te llamas? —pregunté con la voz firme, sin apartar la vista de la moneda.

Esta vez no hubo duda. Se movió con decisión.

J… A… K… U… B.

Me quedé helada. No era posible.

—¿Jakub… Cohen? —susurré, sintiendo como la piel se me erizaba.

La moneda se deslizo hacia el "sí" con decisión. Un vértigo repentino me golpeó el estómago. No, no podía ser verdad… Jakub estaba prisionero. Irma creía que estaba vivo. Los nazis la tenían porque le prometieron que se lo devolverían. No podía estar muerto.

Supe que la presencia de la moneda no mentía. Elsa nos había engañado.

Sentí una oleada de rabia ardiéndome en el pecho. Irma había entregado su libertad por un fantasma. Y ahora estaba en manos de la Ahnenerbe, creyendo que algún día volvería a ver a su esposo con vida cuando, en realidad, su Jakub ya no estaba en este mundo.

La vela tembló. La llama osciló como si el propio aire reaccionara a la verdad revelada. Yo también temblé de rabia, de miedo, de indignación…

Aquella revelación iba a permitirme salvar a Irma, convencerla de que se viniera conmigo… pero era una verdad que iba a destrozarla por dentro, una verdad que no iba a asumir con facilidad. Iba a necesitar todos los detalles posibles.

Ignoré mi cansancio, coloqué mis dedos sobre la moneda e inspiré para concentrarme.

—Jakub, necesito tu ayuda para salvar a Irma. Cuéntame tu historia.



Roma,
5 de junio de 1944

Capítulo uno

El cielo sobre Roma era de un azul resplandeciente, con la radiante luz del amanecer iluminando las calles. Alfred pensó que la habría considerado una mañana preciosa si no fuera por su resaca. Aunque no podía abrir los ojos del todo, los rayos del sol estaban consiguiendo colarse entre sus pestañas para ir a taladrar el área de su cerebro que más dolía.

Estaba sentado en el borde de la fuente de una pequeña plaza, donde las piedras centenarias aún conservaban el calor del día anterior, con su macuto al hombro y un cigarrillo entre los dedos. Inhaló profundamente, dejando que el humo llenara sus pulmones antes de soltarlo en una fina línea gris que se disipó en el aire inmóvil. Había algo solemne en aquel momento, en la quietud previa a la partida, en la despedida silenciosa de una ciudad que, por un breve instante, les había permitido olvidar la guerra.

Levantó la mirada y vio a Nigel y Wendy aparecer al otro lado de la plaza. Ellos no le habían visto aún. Caminaban despacio, tomados de la mano, hablándose en voz baja mientras sonreían. Wendy ladeó la cabeza y se rio ante un comentario de Nigel y este la miró con adoración, como si el mundo entero pudiera reducirse a la luz que se reflejaba en sus ojos.

Alfred sonrió, pero sintió un pellizco en el pecho. Se alegraba por ellos, pero al mismo tiempo, la envidia le carcomía. Su felicidad le recordaba lo mucho que extrañaba a Clarice, lo mucho que deseaba estar con ella… Si cerraba los ojos, aún podía imaginar su

voz burlona, su manera de desafiarle con cada mirada, con cada gesto… Habría dado cualquier cosa por tenerla en aquel momento entre sus brazos, aunque solo fuera por un segundo, aunque después la despedida volviera a destrozarle… La necesitaba muchísimo y, en aquel momento, ni siquiera podía estar seguro de que estuviera viva. Decidió esconder aquellos funestos pensamientos en lo más profundo de su mente y centrarse en aquel momento.

Cuando Wendy y Nigel le vieron, se soltaron las manos con cierta discreción, pero Alfred arqueó una ceja con una sonrisa de medio lado.

—Llegáis tarde.

—Lo sentimos. Anoche la fiesta se prolongó mucho más de lo que habíamos pensado. —Nigel le lanzó una mirada pícara a su compañera y esta se sonrojó.

Alfred apagó el cigarrillo con la punta de su bota y se cruzó de brazos. Paseó su mirada entre los dos antes de fijarla en Nigel.

—Tengo tres cosas que deciros antes de que nos marchemos.

Nigel inclinó la cabeza con fingido interés, mientras Wendy lo miraba con expectación.

—Lo primero es una advertencia para ti, Nigel —continuó Alfred, señalándole con un dedo acusador—. Si le haces daño a Wendy, no habrá truco de magia en el mundo que te permita conservar la cabeza sobre los hombros.

Nigel abrió la boca, fingiendo que se sentía ofendido, pero no llegó a protestar porque Wendy ocultó una sonrisa detrás de su mano.

—Lo segundo que quiero hacer es felicitaros. Hacéis una pareja preciosa.

El rubor en las mejillas de Wendy se intensificó, mientras Nigel esbozaba una sonrisa de triunfo.

—Y ahora pasemos a lo tercero y más importante: nos vamos. Salimos para el aeródromo de Ramitelli. Van a mandar un avión para recogernos y llevarnos de vuelta a Inglaterra.

No hubo tiempo para procesar la noticia. El rugido de un motor a toda velocidad interrumpió la conversación y los tres se giraron al unísono. Un jeep venía a toda prisa por la calle adoquinada, levantando una nube de polvo.

Alfred frunció el ceño al reconocer a los ocupantes del vehículo: Carver y Gallagher.

—¿Qué demonios hacen aquí? —murmuró Nigel.

El jeep frenó de golpe frente a ellos y Carver se inclinó sobre el volante con una sonrisa torcida.

—¿Esperabais otro conductor? En cuanto vimos que pedían voluntarios para llevaros hasta Ramitelli, Gallagher y yo nos apuntamos sin dudarlo.

Gallagher, sentado en el asiento del copiloto, se encogió de hombros.

—Después de todo lo que hemos pasado juntos, lo mínimo que podíamos hacer era asegurarnos de que os marcháis de una sola pieza.

Los tres respondieron con una sonrisa y colocaron sus macutos en la parte trasera del vehículo. Después, subieron al jeep y arrancaron. Roma se desplegó ante ellos mientras avanzaban, mostrando los restos de la celebración de la noche anterior. Calles aún cubiertas de confeti y banderas improvisadas, algunos grupos de civiles despidiéndoles con sonrisas y saludos. Algunos los llamaban héroes, otros simplemente los miraban con gratitud.

Dejaron atrás la ciudad y tomaron la carretera, cruzando los campos dorados del paisaje italiano. Wendy y Nigel, agotados por la noche anterior, se quedaron dormidos el uno contra el otro en el asiento trasero. Carver y Gallagher se turnaban para conducir, deteniéndose cada dos horas para cambiarse al volante. La resaca de la fiesta aún se notaba en sus rostros, pero Alfred no tenía ese lujo. Era el único que no lograba dormir.

Su mente estaba demasiado ocupada pensando en Philip, en el mensaje que había recibido, en la orden de sus superiores de regresar a Inglaterra sin intentar un rescate… Era su hermano y estaba prisionero en Colditz, el castillo convertido en una jaula impenetrable para oficiales aliados.

Se preguntó qué haría Clarice en una situación como aquella y la respuesta le llegó de inmediato: Clarice no obedecería. Ella no dudaría ni un solo segundo si estuviera en su lugar. Seguiría su instinto y lo que le dictaba su corazón e ignoraría las órdenes.

Pero él no era Clarice. Toda su vida había estado gobernada por el honor, por el deber, por la lealtad a su país… Siempre había hecho lo que se tenía que hacer, lo que los demás esperaban de él,

lo que dictaba su rígido código de conducta. Él nunca había actuado de forma impulsiva, nunca se había dejado llevar por su corazón…

Pero en aquel momento la decisión no era clara. Aunque sabía que lo lógico era obedecer las órdenes que le habían dado sin cuestionárselas siquiera, tampoco podía dejar a su hermano abandonado a manos de los nazis. Sus valores tampoco le permitían hacer eso.

Miró hacia el horizonte. A lo lejos, el aeródromo de Ramitelli aparecía como un punto en la distancia. Tenía que tomar una decisión y no le quedaba mucho tiempo.

Cuando llegaron a la barrera que señalaba la entrada al aeródromo, Carver redujo la velocidad y le tendió unos papeles a uno de los soldados que custodiaban la entrada:

—Buenas tardes. ¿Dónde se supone que tenemos que ir?

El soldado ojeó los papeles y después señaló hacia la pista de aterrizaje, donde un avión acababa de tomar tierra.

—Creo que ese es vuestro vuelo —respondió—. Me han dicho que llegaba hoy de Inglaterra para llevarse a un equipo que venía de Roma.

—Sí, tiene toda la pinta de que somos nosotros.

Carver recuperó sus papeles, se llevó dos dedos a la gorra para despedirse y volvió a arrancar. El jeep se acercó a la pista y se detuvo. Cuando llegaron junto a la puerta del avión, que ya se había detenido, Alfred se giró hacia Nigel y Wendy.

—Escuchadme. —Su tono fue serio. Demasiado serio—. Necesito que regreséis a Inglaterra con las reliquias y que las

pongáis a salvo. Confío en vosotros.

—¿Por qué nos dices esto? —preguntó Wendy confusa—. ¿Dónde se supone que vas tú? ¿Es que no vuelves con nosotros?

Antes de que pudiera responder, una voz masculina resonó a sus espaldas.

—Detenga sus palabras, teniente Mitchell. No creo que quiera arriesgarse a un consejo de guerra por deserción… Sobre todo, teniendo en cuenta que me han enviado aquí para ayudarle con el rescate de su hermano.

Alfred se giró con brusquedad, su cuerpo reaccionando antes que su mente. El hombre que había descendido del avión no era un militar, ni mucho menos alguien que pareciera encajar en el escenario de un aeródromo italiano en plena guerra. Vestía un traje de tweed, inadecuado para el calor sofocante de la tarde, y unas gafas de montura fina que relucían con la luz del sol. Su cabello escaseaba, pero lo que le faltaba en presencia física lo compensaba con la autoridad que irradiaba su expresión calculadora.

Lo reconoció de inmediato. Era Hutton, uno de los cabecillas del MI9, la sección encargada de organizar las evasiones de prisioneros de guerra aliados. Se permitió una sonrisa. Quizá aún había esperanza para su hermano.

Capítulo dos

Hutton había bajado del avión con paso firme, escoltado por dos agentes británicos vestidos con uniformes de la RAF. No perdió el tiempo con saludos ni formalidades. Su mirada se paseó entre Alfred, Nigel y Wendy.

—Ustedes tres, acompáñenme, por favor. —Su voz era amable, aunque se notaba que estaba acostumbrada a la autoridad.

Alfred intercambió una mirada con Nigel y Wendy y asintió. Sin decir nada, siguieron a Hutton a través del aeródromo. La brisa traía olor a queroseno y hierba quemada y el suelo de tierra estaba tan seco que sus botas levantaron pequeñas nubes de polvo mientras caminaban. Cruzaron entre aviones alineados y carpas militares, hasta que Hutton se detuvo frente a una tienda de campaña grande con la lona manchada de barro. Empujó la solapa de entrada y se dirigió a los soldados que estaban dentro.

—Necesito utilizar esta tienda. ¿Serían tan amables de salir?

En un primer momento, los oficiales que estaban dentro se quedaron en blanco, mirando a aquel hombre cuyo vestuario habría estado más acorde en una biblioteca que en un campamento militar. Luego, al reconocer el emblema del MI9 en su solapa, recogieron sus papeles y salieron sin protestar. En cuanto la tienda quedó vacía, Hutton entró y dejó caer una carpeta sobre la mesa central.

Alfred, Wendy y Nigel, escoltados por los dos soldados que acompañaban a Hutton, entraron tras él, ocupando los pocos

asientos que había. Hutton no esperó a que se acomodaran. Abrió la carpeta y comenzó a desplegar mapas, esquemas y documentos con movimientos rápidos y precisos.

—Esto es Colditz —dijo, señalando un mapa del castillo—. Oficialmente, Oflag IV-C. Extraoficialmente, la prisión más jodidamente impenetrable del Tercer Reich.

Alfred se inclinó hacia adelante, observando el mapa con tanta intensidad como si esperase contemplar a su hermano.

—Eso dicen de todas las cárceles —comentó Nigel con una sonrisa ladeada mientras se cruzaba de brazos—. Pero, al final, todas tienen una puerta.

—Colditz es el lugar al que envían a los prisioneros más problemáticos, los que ya han intentado escapar antes —continuó Hutton—. Tu hermano, Mitchell, está entre ellos.

—Eso no tiene sentido. —Alfred sintió cómo su mandíbula se tensaba. El nombre de Philip en labios de Hutton lo hizo real, más que cualquier documento o rumor—. Mi hermano acaba de ser capturado por primera vez tras el hundimiento del Warwick. Nunca antes había estado prisionero en ningún lugar ni había intentado escapar.

—Entonces debe haber otra razón por la que le hayan enviado ahí. —Hutton se rascó la coronilla—. Quizá sea un prisionero muy importante para ellos…

—No se me ocurre por qué. —Alfred encogió los hombros, confuso.

—Puede que quieran utilizarlo como moneda de cambio —aventuró Hutton.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de usted. —Hutton le dedicó una sonrisa—. No sabemos qué es lo que está haciendo la División OpenMind, pero, por los mensajes que hemos interceptado, hemos deducido que le están complicando la vida a la Ahnenerbe y que les consideran objetivo prioritario.

—Sé que esas palabras deberían preocuparme, pero me hacen sentir muy orgulloso… y con ganas de complicarles aún más la vida. —Nigel sonrió triunfal y se inclinó sobre la mesa—. Explíquenos cómo demonios vamos a sacar a un grupo de oficiales británicos de un castillo medieval en lo alto de una colina sin que nos llenen de agujeros.

Hutton señaló otro documento: un esquema de los túneles subterráneos bajo Colditz.

—Por aquí. Es un viejo túnel del sistema de drenaje medieval que va a dar a una caseta de mantenimiento situada a las afueras del castillo. Creemos que el recorrido sigue siendo practicable. Solo hay que abrir la trampilla situada en la caseta. Con la distracción adecuada, podrían abrirla y salir por ahí.

—¿Y de qué clase de distracción estamos hablando? —preguntó Alfred.

—Explíqueselo, Calloway —pidió Hutton.

Uno de los agentes del MI9, un hombre delgado con cicatrices en las manos, sacó un pequeño detonador y lo colocó sobre la mesa.

—Sabotaje interno. Vamos a infiltrarnos y colocar un par de estos aparatos dentro de la prisión. Provocaremos un pequeño incendio en la cocina y un cortocircuito en el generador. No lo bastante para que evacuen la prisión, pero suficiente para que los guardias se concentren en otro lado.

—También hemos contactado con un pequeño grupo de la resistencia de la zona —continuó Hutton—. Organizarán un ataque falso a una instalación alemana cercana. Eso debería desviar aún más la atención de la guarnición.

Wendy, que había permanecido en silencio, observó los mapas con expresión preocupada.

—Hay algo que no encaja —dijo en voz baja. Todos la miraron —. Si han estado preparando esta fuga desde dentro, ¿por qué no lo han intentado antes?

—Porque el túnel solo sirve para llegar hasta las afueras del castillo. Y ahí está el problema. —Hutton sacó otra hoja y la extendió. Era una fotografía aérea de la zona—. Después de salir de Colditz, hay un tramo abierto de alrededor de una milla hasta el bosque más cercano. Si intentan cruzarlo sin cobertura, los matarán antes de llegar a la línea de árboles.

—Y ahí es donde entro yo, ¿verdad? —Nigel golpeó la mesa con los nudillos y sonrió con malicia.

—Exacto. Nos han llegado rumores acerca de un "mago" capaz de controlar la niebla. —Hutton esperó hasta que Nigel asintió, confirmando sus suposiciones—. Vamos a necesitar una niebla lo bastante densa para cubrir su fuga.

Nigel se inclinó hacia atrás en la silla y estiró los brazos detrás de la cabeza.

—Será todo un desafío cubrir un área tan grande… pero ¿a quién no le gusta un buen espectáculo?

—Hay un problema con eso. —Alfred ignoró la broma de Nigel para dirigirse a Hutton—. No quiero que Nigel y Wendy se arriesguen en este plan. Ya hemos cumplido la misión que nos trajo a Italia, así que quiero que regresen con los objetos que vinimos a buscar y que los pongan a salvo.

—Puedes decir lo que quieras, pero vamos a ir contigo —le cortó Wendy con voz firme.

Alfred se sorprendió. No era normal ver a Wendy hablando con esa seguridad ni contradiciendo una orden directa de un superior. La miró con el ceño fruncido, esperando que ella se diera cuenta de lo que había hecho y pidiera perdón, pero la joven alzó la barbilla y no le apartó la mirada.

—Wendy, no se os ha perdido nada aquí. No quiero que pongáis vuestra vida en riesgo por mí.

—A estos hombres tampoco se les ha perdido nada —dijo ella señalando a Hutton y los agentes del MI9—. ¿No te importa que ellos pongan su vida en riesgo?

—Ellos son soldados…

—Y nosotros. —Wendy alzó la barbilla aún más, orgullosa—. Somos agentes de la División OpenMind y no vamos a abandonar a nuestro jefe.

—¿Pero las reliquias? —protestó Alfred.

—Podemos mandarlas de vuelta con el avión que ha venido a recogernos —sugirió Nigel—. ¿La tripulación es de confianza?

—Supongo que sí, porque habéis puesto vuestras vidas en sus manos varias veces —respondió Hutton con una media sonrisa —. Son el teniente Worthing y su copiloto, Brighton. Cuando se enteraron de que veníamos a recogerles, se ofrecieron voluntarios.

—Debemos ser las personas más adorables del mundo —comentó Nigel—. Todo el mundo se ofrece voluntario para acompañarnos.

—Creo que más bien es curiosidad porque somos las personas más raras del mundo —apuntó Alfred.

—Si lo que pregunta es si puede fiarse de ellos para entregarles la mercancía que han conseguido en su misión, también puede confiármela a mí —dijo Hutton encogiéndose de hombros—. Yo solo he venido a explicarles el plan y ponerlo en marcha, pero no voy a acompañarles. No soy un hombre de acción.

—Perfecto, sabemos que la mercancía estará en las mejores manos. —Alfred se inclinó de nuevo sobre los mapas—. ¿Cómo salimos del país después?

—Con una avioneta —respondió Hutton sin dudar—. Tenemos una Focke-Wulf Fw 58 que les robamos a los nazis y con la que podremos entrar y salir de su territorio sin levantar sospechas. Además, hemos encontrado una pista cercana abandonada. —Señaló al otro soldado, un hombre alto y fibroso de ojos grises y mirada alerta—. Es una pista muy pequeña, pero si alguien puede aterrizar y despegar en ese espacio, es él. El capitán Lancaster es piloto de extracción y operaciones encubiertas.

—No se preocupen —contestó el hombre guiñándoles un ojo —. Podría hacerlo en la mitad de espacio.

Alfred asintió con lentitud, evaluando cada parte del plan.

—Entonces, en resumen: sabotaje dentro, distracción afuera, niebla para cubrir la fuga y retirada aérea.

—Suena hasta fácil cuando lo dices así —se burló Hutton, pero su expresión era grave.

Wendy miró los documentos esparcidos sobre la mesa. Después, negó con la cabeza y les miró confusa.

—Hay algo que no entiendo. ¿Cómo llegamos hasta allí? Tendremos que atravesar cientos de millas de territorio enemigo. Tardaríamos días, quizá semanas…

—No, la operación tiene que realizarse mañana al anochecer —la contradijo Hutton—. Mañana es el día en el que comienza la Operación Overlord, lo que hará que todos los altos cargos nazis tengan la atención en otra parte, concretamente en una pequeña región del norte de Francia llamada Normandía. Nunca tendremos una ocasión mejor para llevar a cabo este plan.

—¿Y cómo pretende que lleguemos hasta Colditz en tan solo un día? —preguntó Nigel—. Siento informarle de que la teleportación no está entre nuestros poderes.

—Creí que había quedado claro: van a ir en avioneta. —Hutton se encogió de hombros—. Lancaster pilotará hasta las inmediaciones de la prisión y ustedes saltarán en paracaídas. Luego él llevará la avioneta hasta la pista de aterrizaje y les esperará allí.

—¿En paracaídas? —Wendy abrió mucho los ojos, aterrorizada —. No he saltado en paracaídas en mi vida.

—Yo tampoco y no creo que tengamos mucho tiempo para ensayar —dijo Nigel.

Hutton miró a los dos agentes del MI9 que le acompañaban y negó con la cabeza. Lancaster tomó aire y dio un paso adelante.

—Tendrán que hacer un salto doble. Usaremos paracaídas de carga alemanes de la *Luftwaffe*, que aguantan más peso, y colocaremos un arnés de seguridad que les sujete al pecho del paracaidista experimentado. —Se giró hacia Alfred—. Espero que usted sí tenga experiencia.

—Sí, por supuesto. Hice bastantes saltos durante mi entrenamiento —respondió Alfred.

—Perfecto. —Calloway asintió—. Entonces yo saltaré con el señor Hinsley y usted con la señorita Thomas. ¿Todos de acuerdo?

Alfred se quedó un rato pensando, sin saber qué contestar. Seguía pensando que habría preferido que sus dos compañeros se marcharan con las reliquias a Inglaterra y no arriesgaran su vida en aquel loco plan en el que no se les había perdido nada, pero Nigel era necesario para asegurar la cobertura en la fuga y Wendy iba a negarse en redondo a quedar fuera.

—Estamos de acuerdo —contestó Nigel por él—. De hecho, es genial que solo tengamos un día para prepararlo. Así no nos dará tiempo a pensar que este plan es una locura y que es muy probable que muramos todos.

Capítulo tres

El aire nocturno traía consigo el olor del combustible de aviación mezclado con el aroma del pan tostado y la carne asada. La cena se celebraba en una mesa larga, colocada al aire libre junto a las pistas de aterrizaje, con bancos de madera desgastados por el uso y el paso del tiempo. Rodeados de la vasta extensión de la base aérea de Ramitelli, los hombres hablaban animadamente, sus voces resonando en la noche con carcajadas y anécdotas de la guerra.

Alfred estaba sentado entre Carver y Nigel, con Hutton y sus hombres del MI9, el teniente Worthing y el copiloto Brighton al otro lado de la mesa. Wendy se acomodaba junto a Nigel, escuchando con atención una de las historias que Brighton contaba sobre un aterrizaje forzoso en medio del Canal de la Mancha. Este, con una copa de vino en la mano y los ojos chispeantes, gesticulaba mientras contaba su historia, disfrutando de la atención de todos los presentes.

—Así que ahí estábamos, Worthing y yo, flotando en medio del maldito Canal de la Mancha, con el avión convertido en un bote a la deriva y ambos calados hasta los huesos. Pensábamos que nos habíamos salvado porque habíamos hecho el aterrizaje sin partirnos el cuello, pero resulta que el agua helada nos tenía otro destino preparado.

Worthing, que ya se había echado hacia atrás con los brazos cruzados y una sonrisa de resignación en el rostro, intervino:

—Déjame adivinar… Ahora es cuando cuentas lo del pez.

Brighton se inclinó hacia delante, con una sonrisa maliciosa.

—Exactamente, querido amigo. —Hizo una pausa dramática —. Así que estamos allí, intentando mantenernos a flote junto a los restos de nuestra pobre avioneta, cuando de repente algo enorme me roza la pierna.

El grupo, ya bastante animado por el vino, se inclinó hacia él con expectación.

—Os juro por mi madre que pensé que era un tiburón. Solté un grito que habría despertado a todo el escuadrón de la RAF en Dover. Empecé a dar manotazos en el agua como si eso fuera a salvarme, hasta que Worthing, con toda la calma del mundo, saca la pistola de señales y dispara al agua…

—Es el protocolo —dijo Worthing con aire solemne—. Si algo te ataca en el agua, le disparas.

—Sí, pero el pez se tomó a malas el disparo y se enfadó conmigo —se quejó Brighton—. En lugar de atacarle a él, que era quien le había disparado, me soltó un coletazo en toda la cara que me dejó atontado durante diez minutos antes de marcharse nadando.

Las carcajadas estallaron alrededor de la mesa.

—Así que ahí tenéis —continuó Brighton, alzando su copa—. En los informes oficiales dirá que sobrevivimos al aterrizaje en el Canal de la Mancha y fuimos rescatados por un destructor británico, pero lo que no dicen es que lo más peligroso de toda la maldita experiencia fue un pez con muy mala leche.

La mesa entera se vino abajo entre risas mientras Worthing negaba con la cabeza, sonriendo con indulgencia.

—Lo que nunca dirá el informe es que cuando lo subieron al barco, Brighton seguía murmurando que el pez lo había mirado con rencor y que había querido matarlo.

Se escucharon más risas y Brighton, con la dignidad completamente perdida, se encogió de hombros y tomó otro sorbo de vino.

Por primera vez en mucho tiempo, Alfred sintió que la ansiedad que le había acompañado durante las últimas horas disminuía. Había un plan para rescatar a su hermano y ya no estaba obligado a elegir entre su deber y su corazón. A pesar del buen ambiente, notó que el cansancio se había adueñado de su cuerpo y que tenía que hacer un enorme esfuerzo para no bostezar y mantener los ojos abiertos. La noche anterior, tras enterarse de que su hermano se encontraba prisionero, no había podido pegar ojo y los nervios tampoco le habían permitido descansar durante el viaje hasta Ramitelli, pero, al ceder la preocupación, su cuerpo había empezado a recordarle que era humano y que necesitaba descanso. Bebió un último sorbo de vino de su vaso y se puso en pie, apoyando una mano en la mesa.

—Caballeros, yo me retiro —anunció con tono ligero.

—¿Ya te rindes, Alfred? —preguntó Nigel con una sonrisa burlona—. Creí que los oficiales tenían más resistencia.

—¡Doy fe de que la tiene! —Carver soltó una carcajada—. Anoche estuvo bebiendo conmigo y con Gallagher hasta altas horas de la madrugada.

—Será mejor que descanse. No lo atosiguéis —intervino Wendy con una sonrisa en los labios.

—Será mejor que descansemos todos. —Alfred les señaló con el dedo—. Mañana será un día muy largo.

—No salimos hasta mediodía —dijo Nigel mientras se llenaba otra copa de vino—. Hay tiempo para que se nos pase la resaca.

—Haced lo que queráis. —Alfred resopló con fingida indignación y levantó una mano en señal de rendición—. Yo me voy a dormir.

Tomó su macuto y se alejó de la mesa mientras las risas quedaban atrás. El frescor de la noche italiana lo acompañó hasta la tienda de campaña que le habían asignado y que iba a compartir con Nigel y Wendy. En otras circunstancias, quizás se habría quedado conversando un poco más. Pero ahora mismo lo único que quería era cerrar los ojos y dejarse llevar por el sueño.

O al menos eso pensaba… Sin embargo, en cuanto se tumbó en el catre, el sueño se disipó como la niebla bajo el sol. La fatiga seguía ahí, pesando sobre sus músculos, pero su mente no cedía. Pensó en Philip, en lo difícil que sería sacarlo de Colditz, en cuántos hombres estarían arriesgando su vida para salvar a una sola persona… Era su hermano, sí, pero era un solo hombre. Había cientos de prisioneros en la misma situación, cientos que quizá nunca tendrían la suerte de que alguien fuera a por ellos.

Cerró los ojos e intentó despejar su mente y dejar de pensar en Philip. Y lo consiguió. El siguiente pensamiento que lo asaltó no tuvo que ver con su hermano, sino con Clarice. ¿Dónde estaría ahora? ¿Estaría bien? Desde que se habían separado, la

incertidumbre lo perseguía como una sombra. No tenía forma de saber si estaba viva o muerta, si necesitaba ayuda, si se sentía tan sola como él se sentía sin ella…

Suspiró, se sentó en el catre y abrió su macuto. Sus dedos buscaron a tientas hasta encontrar la caja de música, la pequeña caja de madera que ella le había dado con la promesa de que, cuando la abriera, sería como si estuviera a su lado. La abrió con cuidado y dejó que las notas del *Clair de Lune* llenaran la tienda con su melodía etérea. Cerró los ojos y, por un instante, la sintió allí. Casi podía percibir su calor, su aroma, la forma en la que solía mirarlo con desafío y ternura a partes iguales… Por un instante, dejó de sentirse solo.

Cuando la música terminó, no abrió los ojos. Se quedó disfrutando del momento, de la calma que le proporcionaba, de la ilusión de tenerla a su lado… Sabía que, en cuanto abriera los ojos, esa ilusión se desvanecería y no se sentía preparado para quedarse solo de nuevo.

Fue entonces cuando Nigel y Wendy entraron en la tienda. Se movían en silencio, pero no lo suficiente como para que Alfred no captara los suaves susurros y el sonido de labios encontrándose en besos furtivos. La situación le resultó tan incómoda que decidió fingir que dormía, mientras rezaba para que se detuvieran y no pasaran a mayores.

—Para, Nigel —susurró Wendy—. No quiero que Alfred nos escuche.

—Está dormido. —Nigel suspiró y se apartó un poco—. No se va a enterar.

—Vamos a dormir, Nigel. —Ella negó con la cabeza y se sentó en su catre—. No seas malo.

Alfred no pudo contener un suspiro de alivio. Por suerte, parecía que la chica tenía algo más de sentido común que su compañero. Escuchó el ruido de los muelles del catre cuando Nigel se sentó al lado de la chica.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—No. Simplemente no me parece que sea buen momento…

—No, eso lo entiendo. —La voz de Nigel expresaba una preocupación genuina—. Has estado rara toda la noche. ¿Qué te ocurre?

Hubo un silencio largo. Alfred escuchó como Wendy soltaba un largo suspiro antes de hablar.

—Si te lo cuento, tienes que prometer que no dirás nada.

—Por supuesto. Lo prometo.

—Cuando nos cruzamos con la *Corte dei Dannati* en Roma… Vi algo. —Wendy se detuvo durante un par de segundos, pero Nigel no la interrumpió—. Tras cruzarnos con la procesión de muertos, el aura de Eddie Finch cambió… Se cubrió de un resplandor blanquecino pálido… El color de las calaveras.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Nigel con voz temblorosa.

—Creo que era un presagio de muerte. Un presagio que esa misma noche se cumplió.

El silencio se hizo espeso en la tienda. Nigel esperó unos segundos para ver si Wendy quería añadir algo más antes de volver

a preguntar.

—¿Y qué te preocupa de eso? Eddie ya está muerto.

—Desde aquella noche… —Su voz tembló—, hay un resplandor similar en el aura de Alfred.

El estómago de Alfred se tensó. Tuvo que contenerse para no moverse y seguir fingiendo que estaba dormido. Nigel se quedó en silencio.

—El color del aura no es tan intenso como el de Eddie… Pero está ahí. —La voz de Wendy se quebró como si estuviera a punto de llorar—. No sé qué significa, quizá que todavía le queda tiempo...

El frío se instaló en el pecho de Alfred, dejándole tan paralizado como si la muerte ya le hubiera alcanzado. Escuchó como Wendy suspiraba antes de seguir hablando, con una tristeza infinita en la voz:

—Odio tener este poder y no saber interpretarlo... Lo único que sé con seguridad es que la muerte le ronda.



París,
6 de junio de 1944

Capítulo uno

Dormir en aquel rincón húmedo y oscuro de las catacumbas había sido poco menos que imposible. La piedra fría del suelo se me había clavado en cada hueso, la humedad se había filtrado en mi ropa haciendo que me doliera todo el cuerpo y la noche había sido un interminable desfile de pesadillas y sobresaltos. Me despertaba a cada rato con el sonido del agua goteando en la lejanía o con la sensación de que algo o alguien me observaba desde las sombras.

Conseguí dormirme al amanecer, al escuchar en las estancias contiguas los ruidos de los primeros madrugadores que ya se levantaban. No fui capaz de calcular cuánto tiempo llevaba dormida cuando sentí el primer golpe seco en mi pierna. Luego, otro. No fue un accidente, ni el espasmo de un sueño interrumpido. Alguien me estaba pateando con impaciencia.

Abrí los ojos de golpe, completamente alerta, y la primera imagen que vi fue la silueta de Élodie, recortada contra la escasa luz que entraba desde el pasillo.

—*Debout*. —Su tono era impaciente.

Me froté la cara, intentando apartar el entumecimiento de la noche, y la miré sin entender del todo.

—¿Qué?

—*Levez-vous!* —Me espetó, dándome otra pequeña patada en el muslo antes de cruzarse de brazos—. Lucien tiene noticias.

La miré con desprecio. ¿Por qué me hablaba en francés si sabía que yo no entendía una sola palabra? ¿Es que esperaba que hubiera aprendido el idioma yo sola durante la noche? Me habría gustado discutir con ella su desagradable forma de despertar a la gente, pero decidí dejarlo pasar. Lucien tenía noticias sobre Irma. Todo lo demás podía esperar.

Me puse en pie con rapidez, aunque mi cuerpo protestó de inmediato. Cada músculo me dolía, la cabeza me seguía latiendo y el frío de la noche anterior aún pesaba sobre mis huesos, pero todo aquello quedaba en un segundo plano. Lo único importante era Irma.

Seguí a Élodie por los pasadizos de la Resistencia, tratando de ignorar el dolor en mis articulaciones y el leve mareo que me provocaba la falta de descanso. El aire en las catacumbas estaba más denso que la noche anterior, impregnado de queroseno, humedad y el inconfundible aroma a cuerpos que llevaban demasiado tiempo sin ver el sol... ni el agua corriente.

Llegamos a una estancia más amplia que la que me habían asignado para dormir. Había una mesa en el centro cubierta de mapas y documentos, iluminada por un par de faroles de queroseno. A su alrededor, tres hombres discutían en voz baja. Uno de ellos era Lucien. Cuando me vio llegar, apartó a los otros con un gesto y me miró con gravedad.

—Sabemos dónde está tu amiga.

—¿Dónde? —Mi voz sonó áspera por el sueño interrumpido, pero teñida de alivio y esperanza.

Lucien señaló el mapa extendido sobre la mesa. Me acerqué y vi que había marcado un punto en las cercanías de París.

—Está retenida en un convento en las afueras, requisado por la Ahnenerbe. —Su voz era tensa y la expresión en su rostro me dejó claro que las noticias no eran tan buenas como había imaginado.

—¿Un convento? —repetí, tratando de asimilar la información.

—Sí. Un convento benedictino —respondió Élodie, tras resoplar desde el otro lado de la sala como si le molestaran mis preguntas.

—¿Y por qué la tienen allí? —pregunté con el ceño fruncido—. ¿Es una especie de prisión?

—No sabemos exactamente qué están haciendo allí, pero ese sitio es un lugar de tránsito. —Lucien negó con la cabeza—. No la van a retener allí mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —El alivio que había sentido segundos antes se evaporó.

—Menos de un día. —Lucien se apoyó en la mesa con ambas manos mientras mantenía la mirada fija en el mapa—. Van a trasladarla a Berlín.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —No pude preguntar más. La realidad de sus palabras me había golpeado como un puño.

—La sacarán en coche de madrugada y la llevarán al aeródromo de Villacoublay —respondió asintiendo con gravedad—. Desde allí tomarán un avión privado de la *Luftwaffe* con destino a Berlín.

—Entonces tenemos que actuar antes de que la saquen del convento —dije con urgencia.

Lucien intercambió una mirada con Élodie, quien exhaló un suspiro cargado de desconfianza y cruzó los brazos.

—Y aquí es donde está el problema —intervino ella con tono frío y cortante.

—¿Qué problema? —pregunté.

Élodie apoyó las manos en la mesa y me sostuvo la mirada con frialdad.

—Que estás pidiéndonos que arriesguemos a nuestros hombres por una mujer que ni siquiera sabemos si quiere ser rescatada.

—¿De qué demonios estás hablando? —Sentí como la ira recorría mi espina dorsal.

—De que fue ella quien se fue con los nazis. —Esas palabras cayeron como un dardo envenenado—. Tienes que aceptar la posibilidad de que no quiera ser salvada.

—La están engañando. Le han hecho creer que su marido está vivo, pero no lo está.

—¿Cómo lo sabes? —Lucien frunció el ceño.

—Porque me lo dijo él —contesté irguiéndome orgullosa, como si les desafiara a poner en duda mis palabras.

El silencio que siguió fue denso como la piedra que nos rodeaba. Lucien ladeó la cabeza con curiosidad, pero no pareció sorprendido. Élodie, en cambio, dejó escapar una risa sarcástica.

—Claro. Hablas con los muertos. Qué conveniente…

—Pensaba que habías tenido suficiente con la demostración de poderes que te hice anoche, pero, si quieres, puedo hacerte otra. —Tuve que contener una sonrisa de triunfo al ver que el rostro de Élodie perdía el color—. No me importa si me crees o no. Lo que importa es que si los nazis logran llevarse a Irma, la guerra podría cambiar para siempre. Ya os lo dije ayer: Irma es mucho más poderosa de lo que podáis pensar.

—Sigo creyendo que cometisteis un error al traerla aquí y ponerla al alcance de los nazis —me recriminó de nuevo Lucien—. Si tan poderosa es, deberías haberla mantenido lejos de ellos.

—¿Acaso tú te enfrentarías a tus enemigos sin llevar una pistola por miedo a que te la quiten y te disparen con ella? —pregunté furiosa—. Cuando tienes un arma, debes usarla. En esta guerra está en juego la libertad de todos nosotros. Debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para vencer, por muy arriesgado que resulte…

Lucien negó con la cabeza, pero vi en sus ojos que me comprendía. Suspiró y volvió a mirar el mapa. Durante un largo minuto, no dijo nada. Después, levantó la vista y me miró.

—Enviaré a algunos de mis hombres a vigilar el convento. Si realmente está allí, encontraremos la forma de interceptar el traslado antes de que llegue al aeródromo.

El alivio fue como una descarga eléctrica recorriendo mi cuerpo.

—Gracias.

—No me lo agradezcas todavía. —Lucien asintió, pero su expresión era seria—. No será fácil y, si algo sale mal, muchos hombres morirán.

—Lo sé.

Lucien tomó el mapa y comenzó a discutir con los otros dos hombres las rutas posibles. El plan de rescate había comenzado.

Solo quedaba rezar para que no terminara en desastre.

Capítulo dos

El calor del sol empezaba a filtrarse entre las ramas, tiñendo de destellos dorados el follaje denso del bosque. Estábamos en un tramo de carretera solitaria, oculta entre árboles frondosos, en una de las pocas rutas secundarias que aún no habían sido destruidas por los bombardeos. El lugar perfecto para una emboscada.

Llevábamos casi una hora esperando en silencio, ocultos entre los arbustos y los troncos caídos, cada uno de nosotros con los músculos en tensión, los dedos aferrados a las armas, los pensamientos divididos entre la seguridad del plan y la posibilidad aterradora de que algo fallara.

Yo no tenía un arma. Mi única función era llegar hasta Irma y sacarla de allí antes de que pudieran llevársela a Berlín. Nos habían asegurado que solo habría un coche, que los nazis no iban a arriesgarse a llamar la atención con una escolta numerosa.

Un solo vehículo y cuatro personas dentro: Irma, Elsa, un conductor y un escolta.

Los números estaban a nuestro favor. Habíamos rodeado la zona con francotiradores ocultos en los árboles, listos para eliminar a los nazis antes de que pudieran dar la alarma. La carretera estaba bloqueada por un árbol caído que habíamos preparado con antelación, una trampa sencilla pero efectiva. El coche no tendría otra opción que detenerse, y en ese momento, atacaríamos.

Todo estaba calculado. Y, sin embargo, no podía deshacerme de la sensación de que algo iba a salir mal. No era una premonición, ni un presentimiento místico. Era el peso de la experiencia. Era fácil darse cuenta de que ningún plan salía exactamente como se esperaba. Demasiados factores. Demasiados riesgos. Una simple variación en la rutina del enemigo podía hacer que todo se desmoronara.

Me pasé la lengua por los labios resecos y miré a Lucien, que estaba unos metros por delante de mí, con la mano en alto, esperando la señal. Desde mi escondite, podía ver a los otros miembros de la Resistencia en posición. Élodie estaba del otro lado del camino, con su rifle apoyado contra el hombro y la mirada fija en la carretera.

—Cincuenta metros —me susurró Lucien tras ver la señal de uno de los vigías.

Mi corazón se aceleró. Escuché el murmullo lejano de un motor acercándose. Era el momento. Me obligué a respirar con calma y a recordar que todo estaba planeado al detalle y que, en menos de un minuto, Irma estaría con nosotros y huiríamos de allí antes de que nadie pudiera reaccionar. Recordándome que íbamos a conseguirlo…

El motor retumbaba en la lejanía, rompiendo la quietud de la mañana. Desde mi escondite entre los árboles, pude ver cómo el coche negro de la SS aparecía por la curva del camino, avanzando con lentitud. Mi pulso se aceleró, pero me obligué a mantener la calma. Todo estaba saliendo como lo habíamos planeado: un

vehículo, cuatro personas dentro, la Resistencia perfectamente posicionada.

En aquel momento, me di cuenta de que algo no encajaba. Había otro sonido, más grave, más pesado… Me atreví a sacar un poco la cabeza de mi escondite para asomarme y, al verlo, sentí que mi estómago se hundía. Justo detrás del primer coche, otro vehículo idéntico apareció en la curva, su motor rugiendo con más potencia. No uno, sino dos. Los nazis habían cambiado el plan.

—*Merde* —maldijo Lucien en voz baja.

Y luego, como si el destino se empeñara en recordarnos lo retorcido que podía llegar a ser, se sumó un tercer sonido: el motor de una motocicleta.

Emergió de la curva más adelante, adelantándose unos metros al convoy, con un soldado de las SS al manillar. Era un explorador y no debía estar allí. No formaba parte del plan. Si llegaba a ver la barricada antes de que comenzáramos la emboscada, alertaría a los demás.

El francotirador más cercano a mí giró la cabeza hacia Lucien, esperando la orden. El líder de la Resistencia no dudó ni un segundo.

—*Tirer*![viii]

El disparo resonó en el aire como un trueno. El soldado de la moto cayó hacia un lado, pero no antes de que su mano tirara del manillar y la motocicleta derrapara varios metros por la carretera. El estruendo del impacto alertó a los vehículos. Los conductores

reaccionaron al instante, frenando en seco al ver la barricada. El factor sorpresa había desaparecido.

—*Avant*![ix] —gritó Lucien.

Las detonaciones se encadenaron unas tras otras. Los francotiradores abatieron a los dos soldados que salieron del primer coche, pero el segundo vehículo reaccionó al instante. Las puertas se abrieron y al menos cuatro nazis saltaron al camino con las armas desenfundadas.

Me lancé al suelo, cubriéndome tras el tronco de un árbol cuando las balas comenzaron a silbar a mi alrededor. El caos estalló en cuestión de segundos.

Al otro lado del camino, vi cómo Élodie disparaba su rifle con precisión mientras otro miembro de la Resistencia lanzaba una granada improvisada hacia el segundo coche. El estallido sacudió el aire, pero no lo suficiente como para inutilizar el vehículo.

Yo solo podía pensar en Irma. Tenía que llegar hasta ella. Tenía que salvarla…

Desde mi posición, pude ver cómo Elsa salía del coche con una pistola en la mano, gritando órdenes en alemán. Vi a Irma en el asiento trasero, con el rostro pálido y tenso, mirando a todos lados sin comprender.

Nuestro plan aún tenía una posibilidad de éxito. Tan solo tenía que atreverme a abandonar la seguridad de mi escondite y acercarme a ella. Pero entonces, uno de los soldados nazis soltó una ráfaga de disparos que impactó de lleno en dos de nuestros

hombres. Lucien gritó algo, pero el sonido se perdió entre las detonaciones. El pánico se extendió entre nuestras filas.

Vi a Elsa agarrar a Irma del brazo y arrastrarla fuera del coche.

—¡Irma! —grité sin pensar.

Mi amiga se giró hacia mí y sus ojos se encontraron con los míos. Estaban llenos de confusión, de miedo, de algo más profundo que no pude descifrar. No dijo nada, tan solo negó con la cabeza mientras me miraba asustada, como si tratara de transmitirme que yo no debía estar allí.

Elsa también me vio y reaccionó al instante.

—¡Corre! —le ordenó, empujándola hacia el segundo coche.

No. No, no, no… No podía permitir que se la llevara y menos con engaños, haciéndole creer que de ella dependía la vida de su marido. Me levanté de golpe, esquivando las balas como pude, tratando de llegar hasta ella. A mi alrededor, todo eran ráfagas de disparos, ruidos de explosiones, gritos de agonía…

—¡Irma, te han engañado! ¡Jakub está muerto!

Creo que no pudo escucharme entre todo aquel caos. Elsa le gritó algo en alemán y la empujó dentro del coche antes de introducirse en el asiento del conductor y arrancar. Con unas hábiles maniobras, consiguió darle la vuelta al coche para regresar por el mismo camino por el que habían llegado.

Yo seguí corriendo, pero antes de que pudiera alcanzarlas, el vehículo aceleró a toda velocidad. Las ruedas chirriaron contra la grava, lanzando polvo y piedras al aire. Me detuve en seco,

jadeando, con los pulmones ardiendo, viendo cómo el coche se alejaba cada vez más.

Había fallado. La había perdido.

Capítulo tres

El coche negro desapareció entre el polvo y el humo de la emboscada fallida, su silueta desvaneciéndose en la distancia como un espectro burlón. Irma se había ido.

Mis pies se clavaron en la tierra como si fueran raíces muertas. Me sentía incapaz de moverme, incapaz de aceptar lo que acababa de suceder. No podía ser… Teníamos un plan, parecía que iba a salir bien. ¿Cómo era posible que todo hubiera fallado?

Hacía tan solo unos segundos, los ojos de Irma se habían encontrado con los míos. Había sido solo un instante, pero había visto en ellos la duda, el miedo... Durante ese breve momento, había creído que Irma se soltaría de Elsa y correría hacia mí. Pero no lo hizo.

No lo hizo.

Me temblaban las manos. No por miedo, sino por rabia, por impotencia… No sabía qué, pero tendríamos que haber hecho algo diferente. Quizá deberíamos haber atacado en el convento, por mucho que los informantes de Lucien aseguraran que estaba muy protegido. Quizá tendríamos que habernos asegurado de alguna manera de que el convoy estaría formado por un solo coche. Quizá deberíamos haber sospechado que los nazis, al saber de la importancia de su rehén, cambiarían el plan. Quizá debería haber gritado más alto o haber corrido más… Lo que fuera para que Irma me hubiera escuchado, para que me hubiera creído…

Los disparos seguían resonando a mi alrededor, pero mi mente estaba lejos, atrapada en aquel inútil listado de mis muchos errores. Y, de repente, todo se detuvo, como si el mundo se hubiera hecho eco de mi pena y hubiera decidido guardar un minuto de silencio.

Ya no había tiros, ya no había explosiones… Miré a mi alrededor y me di cuenta de lo que había pasado: los hombres de Lucien habían conseguido terminar con todos los soldados nazis. Sus cuerpos inertes se esparcían a ambos lados de la carretera de grava, con la sangre brillante sobre sus uniformes y los ojos muy abiertos dirigidos a un cielo que ya no podrían volver a contemplar.

Un grito ahogado me devolvió a la realidad. Me giré de forma brusca y vi los cuerpos de los hombres de la Resistencia caídos entre la maleza y la carretera de tierra. Uno de los guerrilleros estaba en el suelo, con el pecho abierto por una ráfaga de balas. Otro se retorcía, gimiendo, tratando de presionar su herida mientras la sangre empapaba la tierra bajo él.

Élodie ya estaba a su lado, gritando órdenes a uno de sus hombres para que lo cargaran. Aunque no podía entender lo que decía, comprendí su urgencia. No podíamos quedarnos allí. Los nazis volverían.

Mi respiración era rápida, entrecortada, como si algo invisible me apretara el pecho. No solo habíamos perdido a Irma, sino que habíamos pagado un precio muy alto por nuestro fracaso.

Sentí una mano firme en mi brazo. Me giré para encontrarme con Lucien. Su rostro estaba cubierto de polvo y sudor, pero sus ojos me miraban con determinación.

—Debemos irnos —me dijo en un susurro.

Yo no podía irme. No podía aceptar que aquello fuera el final.

—Podemos seguirles. Podemos alcanzarlos antes de que lleguen al aeródromo. —Mi propia voz sonaba rota, desesperada, como si dijera aquellas palabras solo para convencerme a mí misma.

—Para cuando lleguemos a Villacoublay, el avión ya habrá despegado —respondió él negando con la cabeza.

Lo sabía. Claro que lo sabía. Pero me dolía escucharlo en voz alta. No quedaba nada que pudiéramos hacer. Irma estaba camino a Berlín y nosotros no podíamos hacer nada para evitarlo. Respiré hondo, intentando tragarme el dolor, sintiendo que era mi culpa. En realidad, no sabía en qué había fallado, qué podría haber hecho de manera diferente para que Irma no se hubiera ido, pero sentía que era mi responsabilidad. Alfred me había enviado a París porque confiaba en mí, porque pensaba que sería capaz de mantenernos a las dos sanas y salvas mientras conseguíamos las reliquias. Y había fracasado en todo…

Además de eso, había convencido a la Resistencia para que me ayudaran. Y varios hombres habían muerto por mi culpa.

—No debimos intentarlo. —La amargura en mi voz era tan densa como la pólvora en el aire.

—¿Y qué habrías preferido? —Lucien me sostuvo la mirada y su expresión se endureció—. ¿No hacer nada?

No respondí. Élodie pasó junto a nosotros ayudando a uno de los guerrilleros heridos, que se apoyaba en su hombro para poder caminar. La expresión en su rostro decía todo lo que pensaba.

—Debemos regresar a las catacumbas antes de que esto se llene de nazis —dijo Lucien, con esa voz firme que no dejaba lugar a discusión.

Me obligué a asentir. No tenía más opción. Empecé a retroceder hacia el bosque, pero, antes de internarme entre los primeros árboles, me detuve y me giré para contemplar aquel lugar por última vez. Quería que no se me olvidara, que cada detalle de aquel fracaso se grabara en mi memoria…

El polvo de la carretera se asentaba sobre los cuerpos de los que no volverían, la sangre oscurecía la tierra... En aquel momento, me sentía demasiado triste y cansada para saber qué hacer, pero me prometí a mí misma que honraría la muerte de los que habían caído aquel día.

Aquello no era el final. No iba a permitir que lo fuera.



Colditz,
6 de junio de 1944

Capítulo uno

El viento soplaba con fuerza dentro de la avioneta, rugiendo en el interior del fuselaje mientras la compuerta lateral permanecía entreabierta, dejando entrar ráfagas heladas. Alfred ajustó las correas de su paracaídas con precisión militar, asegurándose de que todo estuviera en su sitio. Había hecho saltos antes, pero nunca así. Nunca con alguien atado a su cuerpo.

Wendy se mantenía en silencio a su lado, con los ojos fijos en la nada, los nudillos blancos de tanto apretar el arnés que la sujetaba a Alfred. No decía una sola palabra, pero él sentía su miedo como una presencia tangible en la cabina.

—Asegura el segundo enganche —le indicó con voz firme pero tranquila, ayudándola a sujetarse mejor.

—No sé si podré hacerlo… —murmuró ella, con su voz convertida en un susurro.

—Solo respira. — Alfred la miró directamente, con una calma que no sentía del todo—. Estaremos bien.

Wendy tragó saliva y asintió, pero no soltó su agarre del arnés de Alfred ni un segundo. A solo un par de pasos, Nigel, en cambio, no callaba.

—Por Dios, ¿quién fue el genio que pensó que esto era una buena idea? —protestó mientras Calloway lo enganchaba al paracaídas doble—. Porque de verdad, si yo tuviera que hacer un

informe después de esto, escribiría: "horrible, aterrador, una mierda total".

—Nigel, cierra la boca —gruñó Calloway, mientras ajustaba el último enganche.

—¡No, porque si dejo de hablar, empezaré a pensar y si empiezo a pensar, recordaré que estoy a más de mil metros de altura con un tío cargado de explosivos atado a mi espalda!

Calloway le apretó las correas con demasiada fuerza a propósito.

—Si no te callas ahora mismo, Hinsley, te juro que cortaré las cuerdas y te dejaré caer.

Nigel tragó saliva y, por primera vez en toda la noche, se quedó en silencio. Lancaster, el piloto, miró a Alfred desde la cabina y asintió. Había llegado el momento.

—Buena suerte. —Se despidió con una sonrisa tensa—. Os esperaré en la pista. Aterrizaré y me mantendré fuera de la vista hasta que volváis… o hasta que los nazis vengan a por mí.

—Nos veremos pronto —le aseguró Alfred.

Calloway y Nigel fueron los primeros en saltar. La ráfaga de aire los absorbió en un segundo y desaparecieron en la oscuridad. Alfred miró a Wendy, que seguía en silencio con la mirada perdida, y le dirigió una sonrisa para animarla.

—Confía en mí —le susurró.

Sin darle más tiempo a pensar, saltó, arrastrando a la chica. El mundo se convirtió en una ráfaga de viento y vacío. El aire les

golpeó con la fuerza de una embestida, robándoles el aliento en el primer segundo de caída libre. Todo giraba, todo caía, todo desaparecía…

Wendy se aferró a Alfred con todas sus fuerzas. Él notó la respiración entrecortada de la joven en su oído, sintió el pánico en cada músculo de su cuerpo, en la forma en que temblaba contra él, en la manera en que sus uñas se clavaban en sus brazos como si con eso pudiera evitar la caída.

Cuando llegó el momento, Alfred tiró de la anilla del paracaídas. Un fuerte tirón los arrastró hacia arriba y de repente la velocidad se redujo. El paracaídas se desplegó con un estruendo seco y se abrió en toda su extensión sobre ellos. De pronto, ya no caían. Descendían con suavidad, como si flotaran.

El viento seguía soplando con fuerza, pero la sensación de peligro fue sustituida por un silencio sobrecogedor. Desde el aire, Alemania se mostraba bajo ellos como una tierra de sombras y luces débiles. Los campos oscuros se extendían hasta el horizonte, solo interrumpidos por pequeñas aldeas con luces intermitentes, carreteras serpenteantes y, más allá, las torres de Colditz, una mancha oscura sobre la colina.

—Wendy, abre los ojos —dijo Alfred suavemente.

Ella no respondió al principio, pero poco a poco levantó la cabeza. Lo primero que vio fueron las estrellas reflejadas en los ríos oscuros. Luego, los árboles, los campos, las sombras de la guerra.

—Es tan hermoso… —susurró.

Alfred no lo dijo en voz alta, pero por un instante, él también lo creyó. Se mantuvieron en silencio, disfrutando de la sensación de ingravidez. Sin embargo, la paz no duró demasiado tiempo. El suelo iba acercándose con rapidez. En unos segundos, tendrían que aterrizar. Alfred tensó las piernas, preparándose para el impacto.

—Cuando toquemos tierra, flexiona las rodillas y rueda —le pidió a Wendy—. No te quedes de pie o nos romperemos algo.

El viento se hizo más fuerte. Una ráfaga imprevista les empujó hacia la izquierda. Los árboles eran cada vez más grandes, más cercanos.

—Demasiado rápido… —murmuró Alfred, tirando de las cuerdas del paracaídas para corregir la trayectoria.

Golpearon el suelo con fuerza. El impacto fue seco y brutal. Alfred rodó sobre sí mismo, sintiendo la tierra húmeda y las ramas rasguñarle la piel. Wendy se deslizó con él, cayendo encima antes de que ambos se detuvieran entre la maleza.

El paracaídas aún se infló por unos segundos con la brisa nocturna. Alfred se levantó con rapidez y empezó a doblarlo con manos expertas.

—¿Estás bien? —preguntó, mirando a Wendy.

—Sí… creo que sí —contestó ella con la respiración agitada.

No había tiempo para celebraciones. Si los habían visto, estarían en peligro. Doblaron el paracaídas de forma apresurada y lo escondieron bajo una gruesa capa de hojas y ramas.

—¿Y los otros? —Se preocupó Wendy.

El silencio de la noche era inquietante. Nigel y Calloway habían saltado antes, pero no había señales de ellos. Y entonces, se escucharon pasos. Alfred sacó su pistola y empujó a Wendy hacia las sombras. Se ocultaron tras un tronco caído y esperaron a que los pasos se acercaran, sin atreverse casi a respirar.

—¡…y claro que iba a salir mal! Dijiste que saltáramos, que todo iba a ir bien y míranos ahora, perdidos en medio de un bosque y rodeados de nazis por todas partes. Dios, qué horror, qué locura, qué absoluta…

Alfred dejó escapar un suspiro al reconocer la voz de Nigel. Los divisaron a unos pasos de distancia, con Nigel murmurando sin parar y Calloway sujetándolo con el ceño fruncido.

—Si no te callas en los próximos cinco segundos, Hinsley, te juro que te mato aquí mismo y escondo tu cadáver en este bosque.

—Bien, bien, silencio sepulcral —respondió Nigel levantando las manos en señal de rendición—. No he dicho nada.

Alfred agarró a Wendy para ayudarla a levantarse. Salieron de su escondite y se acercaron a la pareja. Cuando estuvieron a unos pasos, Wendy se soltó del agarre de Alfred para correr hacia Nigel y estrellarse contra su pecho. El chico la rodeó con sus brazos y se giró hacia Alfred para guiñarle un ojo.

—Gracias por mantenerla a salvo —dijo sonriendo.

—Él recibe palabras de agradecimiento y yo solo recibo protestas —se quejó Calloway—. Muy bien, Hinsley.

—¿Cómo voy a agradecerte la peor experiencia de mi vida?

Calloway murmuró una maldición y se giró hacia Alfred.

—Tenemos que movernos.

Alfred asintió y empezó a andar. A lo lejos, sobre la colina, la silueta de Colditz los observaba como un centinela de piedra. Allí dentro estaba Philip, su hermano. Casi no podía creer que hubieran llegado hasta allí… Sin embargo, no se permitió sentirse optimista. Todavía quedaba la parte más difícil.

Capítulo dos

Las torres de Colditz se recortaban contra el cielo oscuro, proyectando largas sombras sobre la colina. Desde la distancia, la fortaleza parecía una bestia dormida, pero Alfred sabía que dentro habría ojos en cada esquina, esperando cualquier señal de movimiento.

Se detuvieron junto a un grupo de árboles, lo bastante cerca para distinguir las patrullas en las murallas, pero aún protegidos por la oscuridad. Alfred trató de controlar los acelerados latidos de su corazón y de respirar con tranquilidad, notando el aroma húmedo y terroso del aire.

Calloway se mantuvo en silencio unos segundos mirando hacia las murallas de la fortaleza, como si estuviera tratando de asegurarse de que todo estaba como esperaba, antes de girarse hacia ellos.

—Muy bien. Yo entro, planto las cargas en la cocina y el generador y después guío a los prisioneros hasta la salida. Vosotros os quedáis aquí y esperáis a que lleguemos.

Alfred negó con la cabeza. Calloway acababa de transmitirles las mismas instrucciones que les había dado Hutton, sabía que aquel era el plan original y que debería atenerse a él, pero, por alguna razón, sentía que no podía quedarse allí esperando sin hacer nada mientras otro se jugaba la vida para salvar a su hermano. Tenía que

entrar y ayudar en todo lo que fuera posible. Tomó aire, cruzó los brazos frente al pecho y habló con voz firme.

—Yo voy contigo.

—¿Tiene problemas de audición, Mitchell? —Calloway entrecerró los ojos, molesto—. El plan es el plan y soy yo el que va a encargarse de esto.

—No te estoy pidiendo permiso.

—Y no soy yo quien puede dárselo o quitárselo —protestó Calloway—. Ya oyeron a Hutton: Lancaster pilota, yo coloco explosivos, Nigel nos oculta y vosotros acompañáis.

—No he venido hasta aquí solo para acompañar. —Antes de que el otro hombre pudiera protestar, siguió hablando—. Y me da igual lo que dijera Hutton. Él no está aquí ahora.

—Pero no podemos cambiar…

—Basta, sargento —le cortó Alfred, usando adrede el rango de Calloway, inferior al suyo—. Es una orden.

Hubo un segundo de silencio tenso. Calloway lo miró con la expresión de un hombre que sopesaba sus opciones. Alfred no cedió. El hombre soltó un suspiro, llevándose una mano a la cara.

—¿Siempre es usted tan cabezota, teniente?

—Siempre —admitió Alfred.

—Doy fe —intervino Nigel.

—Está bien, pero si nos descubren, no espere que pierda tiempo salvándole el culo.

—Tú preocúpate de las explosiones. De mi culo ya me ocupo yo —respondió Alfred esbozando una media sonrisa.

Calloway gruñó una maldición entre dientes y se giró hacia Nigel y Wendy. Sacó un mapa y una brújula y se los tendió a Nigel.

—A las 21:50 se producirá el ataque de la resistencia a un pequeño depósito de combustible cercano —explicó—. Eso debería hacer que varias patrullas de soldados de Colditz salgan de la prisión para ver qué sucede. En ese momento, nosotros nos colaremos dentro y colocaremos las cargas en la cocina y el generador. Las explosiones se producirán a las 22:03.

—Vaya hora más rara —opinó Nigel.

—Si las pusiéramos a las diez en punto, los nazis no tendrían ninguna duda de que no son explosiones accidentales. Si para las 22:15 no hemos salido, os largáis. Encontrad la pista de aterrizaje, subid al avión y decidle a Lancaster que hemos fracasado y que os marcháis.

—Es muy poco tiempo —protestó Wendy—. Deberíamos esperar más por si os ha pasado algo.

—Lo único que nos puede pasar ahí dentro es que nos descubran —respondió Calloway—. A nosotros nos pegarán un tiro o nos detendrán y les dará por pensar que es muy improbable que hayamos llegado solos hasta aquí, así que se pondrán a buscar por las cercanías. Si para entonces no estáis muy lejos, estaréis perdidos.

Nigel parpadeó perplejo, como si todo aquello le quedara demasiado grande. Después, miró la brújula y negó con la cabeza.

—No he usado una cosa de estas en mi vida.

—¿No sabes orientarte? —preguntó Calloway, mirándole como si acabara de salirle una segunda cabeza.

—¿Sin nombres de calles ni letreros de tiendas? Por supuesto que no…

Antes de que Calloway pudiera responderle, Wendy tomó la brújula y el mapa con firmeza.

—Soy hija de marinero —dijo—. Puedo orientarme en cualquier parte.

—¿Y no podías decirlo antes de dejar que me pusiera en ridículo? —se quejó Nigel.

Calloway resopló y le dio unas palmaditas burlonas en el hombro. Alfred miró a Wendy. No le gustaba dejarles solos. Ella le sostuvo la mirada un instante antes de asentir.

—Nos vemos en un rato —susurró ella forzando una sonrisa.

Alfred se permitió una leve inclinación de cabeza. Sabía lo que ella estaba viendo cuando le miraba: esa aura del color blanquecino de las calaveras, esa pálida luz que presagiaba la muerte… Seguro que la chica estaba preguntándose si volvería a verle con vida. Se despidió de ellos antes de seguir a Calloway hacia la fortaleza.

Colditz se alzaba imponente en la colina, sus torres proyectando sombras afiladas bajo la pálida luz de la luna. Desde su posición en el límite del bosque, Alfred y Calloway podían distinguir las patrullas nazis recorriendo las murallas en intervalos regulares. No había

puntos ciegos evidentes ni rutas de escalada accesibles. Todo estaba diseñado para hacer de Colditz un lugar impenetrable.

Calloway le agarró por la manga de la chaqueta para hacer que se detuviera tras el tronco de un ancho árbol. Se acuclilló en el suelo y le hizo una seña a Alfred para que hiciera lo mismo. Después, sacó un pequeño mapa plegado de su chaqueta y lo extendió sobre el suelo húmedo.

—La fortaleza es inexpugnable por arriba —susurró—. Pero por debajo es otra historia.

Señaló un punto al este de la colina, donde el muro descendía hacia la base del castillo.

—Ahí hay una vieja caseta de mantenimiento. No es más que una ruina, pero debajo hay un acceso al sistema de drenaje medieval de Colditz. Lo cerraron cuando reforzaron las defensas, pero nuestros contactos en el MI9 consiguieron informes de prisioneros que creen que aún se puede abrir.

—¿Cómo estamos tan seguros de que sigue ahí? —preguntó Alfred estudiando el mapa.

—Porque un prisionero polaco intentó utilizarlo en 1943. —Calloway le dedicó una sonrisa tensa—. Logró recorrer una buena parte antes de que lo atraparan. Él estaba convencido de que se podía salir por ahí. Y si se puede salir, se podrá entrar.

—¿Qué fue de ese prisionero? —Alfred pensó que quizá podrían sacarlo para agradecerle aquella información.

—Lo metieron en un tren a Mauthausen hace meses. —Calloway negó con la cabeza—. No sé qué habrá sido de él, pero

sospecho que nada bueno.

—Joder —murmuró Alfred.

—Sí. Así que vamos a hacer esto para honrar su memoria.

—O para acabar acompañándole en su destino —murmuró Alfred, sintiéndose muy pesimista de repente.

Calloway se guardó el mapa y, sin decir más, se deslizó entre la maleza, avanzando en completo silencio hasta la base del muro este. Desde la distancia, la caseta de mantenimiento parecía una estructura olvidada, una construcción pequeña con paredes de piedra cubiertas de musgo y grietas que dejaban entrever lo vieja que era.

Se agacharon junto a la puerta de madera. El candado que la sellaba estaba oxidado, pero no lo suficiente como para ceder con facilidad.

—¿Puedes forzarlo? —preguntó Alfred en un susurro.

—Si el óxido no lo ha sellado por completo, sí —respondió Calloway tras sacar un pequeño estuche de ganzúas.

Alfred se giró, vigilando la muralla. Unos potentes focos rasgaban la oscuridad mientras las patrullas seguían su recorrido en lo alto. Durante un instante, se planteó que lo que estaban haciendo era una auténtica locura. No eran unas maniobras ni unos ejercicios de entrenamiento. Estaban en Alemania, rodeados de soldados nazis que no dudarían en dispararles… Enemigos reales, fuego real… Era un soldado y sabía que estaban en guerra, pero nunca antes había sentido el peligro como algo tan cierto, nunca antes había notado el

aliento de la muerte tan cercano… Unos segundos después, un leve clic rompió el silencio, sacándole de sus pensamientos.

—Ya está —murmuró Calloway, empujando la puerta.

El interior era estrecho, oscuro y apestaba a humedad y tierra mojada. Había herramientas antiguas y madera podrida acumulada en las esquinas. Calloway entró el primero, se agachó en el centro de la caseta y pasó la mano por el suelo de piedra hasta que encontró una placa metálica empotrada en la piedra, con un agujero donde antes había una cerradura.

—Se supone que este es el lugar al que quería llegar el polaco —susurró.

Tiró de la placa con ambas manos. Al principio, no se movió. Alfred se agachó y lo ayudó a tirar con todas sus fuerzas. La placa crujió y, tras un último esfuerzo, cedió con un golpe seco, dejando al descubierto un agujero oscuro y húmedo. Un túnel estrecho descendía en ángulo, cubierto de musgo y con el suelo irregular por los años de abandono.

Calloway encendió una linterna y miró a Alfred. Este asintió para indicarle que estaba preparado. Sin dudar, el hombre se deslizó dentro del túnel. Alfred lo siguió sin mirar atrás, sin darse tiempo a plantearse lo que estaban haciendo. Habían cruzado el umbral.

El aire dentro del túnel era denso y húmedo, impregnado con el olor de piedra vieja y tierra mojada. Las paredes estaban cubiertas de musgo resbaladizo, y cada paso que daban resonaba con un eco sordo en la oscuridad. Alfred ajustó su linterna, manteniendo el haz de luz bajo. Calloway iba delante, moviéndose con la precisión de un hombre que ya había recorrido túneles similares antes.

—¿Hace cuánto tiempo crees que alguien pasó por aquí? —murmuró Alfred con la voz amortiguada por el eco.

—Si creemos los informes sobre el prisionero que estuvo a punto de escapar, no hace más de un año —respondió Calloway—. Aunque con este olor a cerrado, juraría que el último en pasar por aquí fue algún cabrón del siglo XV.

Alfred no lo dudaba. El túnel era tan antiguo como la fortaleza misma, una arteria olvidada que una vez había servido para drenaje o como salida de emergencia, pero que ahora solo era un pasadizo abandonado al polvo y la humedad.

El suelo estaba lleno de escombros: trozos de piedra desprendida del techo, maderas podridas y pequeños charcos donde el agua de lluvia se filtraba desde la superficie. Iba tan centrado en mirar al suelo para no tropezar que estuvo a punto de chocar con Calloway, que se había detenido de repente y había levantado la mano.

—¿Qué pasa? —susurró Alfred.

—El suelo está suelto aquí.

Alfred bajó la mirada y vio lo que Calloway señalaba. A simple vista, el suelo parecía firme, pero había una fisura en la roca, demasiado limpia para ser natural. Calloway recogió una piedra del suelo y la dejó caer por la abertura. Tardó mucho tiempo en hacer ruido.

—Es profundo —murmuró Alfred.

—Sí. Un túnel bajo el túnel. —Calloway se acuclilló y tanteó el borde con la mano—. Si esto cede, nos vamos directos a un agujero

negro. Y no sé tú, Mitchell, pero yo no vine aquí a romperme el cuello.

Alfred miró a su alrededor. A la derecha, el pasadizo se estrechaba y parecía más sólido.

—Bordeemos por ahí —sugirió.

Calloway asintió y, pegándose a la pared, comenzaron a avanzar con lentitud, asegurando cada paso. Los segundos se convirtieron en minutos. El túnel parecía no terminar nunca. El aire se hacía más pesado, más espeso y la humedad acabó por atravesar su ropa para hacerle sentir desvalido y miserable. El sonido de su respiración y el goteo del agua eran lo único que rompía el silencio.

Finalmente, el túnel comenzó a ascender. El suelo era más firme, la roca menos desgastada.

—Estamos cerca —susurró Calloway.

Pocos pasos después, encontraron una trampilla de madera gruesa, reforzada con hierro oxidado, que no parecía sellada. Calloway sacó su cuchillo y lo deslizó con cuidado entre los bordes. La madera crujió, pero no se rompió.

—Creo que hemos llegado a la salida —susurró—. Esto lleva a los sótanos.

—¿Estás seguro? —preguntó Alfred.

—No. Por eso he dicho "creo". —Calloway sonrió con su habitual cinismo—. Si no es la salida, nos tocará improvisar.

Sin más preámbulos, empujó la trampilla y la levantó apenas un par de pulgadas. Alfred sintió que un aire diferente le golpeaba el

rostro, más frío, más limpio… El aire de un lugar habitado. Calloway asomó la cabeza, escaneando la zona con rapidez y luego miró a Alfred.

—Bienvenido a Colditz.

La trampilla se abrió sin esfuerzo, dejando que una ráfaga de aire frío barriera el olor a humedad y piedra vieja del túnel. Calloway emergió primero, con movimientos precisos, y Alfred lo siguió, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba por la adrenalina.

El lugar era oscuro y silencioso. Se encontraban en un sótano de piedra, una cámara amplia de techo bajo sostenida por arcadas de ladrillo antiguo. Las paredes rezumaban humedad, cubiertas de marcas y salitre, y el aire estaba impregnado con el olor acre de moho y madera vieja. A su izquierda, varias estanterías de madera carcomida se alineaban contra la pared, repletas de cajas polvorientas y sacos de harina endurecidos. Algunas tenían etiquetas escritas en alemán, casi ilegibles por el paso del tiempo. Alfred pensó que debían de ser suministros de cocina en desuso.

Al frente, una puerta de madera maciza con refuerzos metálicos estaba entreabierta, dejando pasar un hilo de luz amarillenta que parpadeaba con la oscilación de una vela. El sonido distante de pasos y el eco de voces en alemán indicaban que la zona no estaba completamente abandonada.

Alfred contuvo la respiración, escuchando con atención. En la pared derecha, había una mesa larga y robusta, cubierta por botellas de vidrio vacías y algunas herramientas oxidadas. Alguien había estado usando aquel lugar hasta hacía poco.

Calloway señaló la puerta con un gesto rápido y sacó su pistola con silenciador. Alfred hizo lo mismo.

—Esto nos deja en los pasillos traseros de la cocina —murmuró Calloway—. Los hornos están en la siguiente sala y más adelante el generador.

Alfred asintió. Habían entrado. Ahora venía la parte difícil. Sin hacer ruido, se acercaron a la puerta entreabierta y se escondieron entre las sombras.

Capítulo tres

A pesar de la sólida estructura de la fortaleza, Alfred podía sentir el frío de las corrientes que se colaban entre las grietas mientras esperaba agazapado en una esquina oscura, oculto junto con Calloway tras un conjunto de barriles de madera carcomida.

El espacio angosto y el techo bajo les obligaba a mantenerse agachados. Alfred no podía ver la cocina desde su posición, pero sabía que estaba cerca. Solo tenían que atravesar un pasillo más. Pero primero había que esperar… y aquello era lo más difícil.

Miró su reloj. Cincuenta segundos para la explosión. Calloway se mantenía inmóvil. No hablaba, no gesticulaba, solo observaba la oscuridad con la mirada afilada de un hombre acostumbrado a contar segundos en su cabeza.

Alfred escuchaba su propia respiración, el leve goteo de agua en alguna parte, el crujido de madera vieja ajustándose al frío… Y entonces, llegó la señal. Un estruendo sacudió la fortaleza. La explosión resonó en la distancia, amortiguada por la piedra gruesa de Colditz, pero lo bastante fuerte como para hacer vibrar el suelo bajo ellos. Un temblor sordo recorrió las paredes, moviendo el polvo acumulado en las vigas del techo. Tal como les habían prometido, la resistencia acababa de volar un depósito de combustible a tres millas de allí.

—Justo a tiempo. —Caloway sonrió satisfecho.

De inmediato, el caos se desató en el interior de la fortaleza. Las alarmas comenzaron a sonar en el nivel superior, un ulular metálico que se propagó como un eco infernal por los pasillos de piedra. Los soldados comenzaron a correr. El murmullo distante de órdenes gritadas en alemán se convirtió en un estruendo de botas golpeando el suelo. Por todas partes se oyeron puertas abriéndose de golpe, ecos de gritos, aullidos de sirenas… Y luego, los motores.

Alfred escuchó cómo los vehículos cobraban vida en el patio, el rugido de los camiones y motocicletas de la guarnición alemana acelerando mientras los soldados se apresuraban a salir de Colditz en dirección a la explosión.

Una patrulla pasó corriendo por el pasillo justo frente a ellos, a menos de dos pasos de su escondite. Alfred contuvo la respiración, pegándose más a la pared húmeda. Uno de los soldados se detuvo, como si hubiera escuchado algo. Alfred tensó los músculos, pensando que les habían descubierto y que su plan de rescate había fracasado incluso antes de empezar, pero, tras unos segundos, el soldado resopló y siguió adelante, con sus botas resonando sobre la piedra.

Los vehículos se alejaron uno tras otro, hasta que el rugido de los motores se perdió en la distancia. El silencio regresó, pero Alfred no sintió que fuera el mismo silencio de antes. Le pareció la calma tensa antes de la tormenta.

—Camino despejado. —Calloway revisó su reloj, sonrió y miró a Alfred—. Hora de trabajar.

Sin perder un solo segundo, salieron de su escondite. El pasillo que llevaba a la cocina estaba oscuro y en completo silencio,

salvo por el eco distante de botas golpeando el suelo de piedra en algún lugar sobre ellos. La fortaleza parecía haber vuelto a la tranquilidad, ajena a los dos intrusos que se deslizaban como sombras entre los pasillos.

Calloway se detuvo al final del corredor y levantó un puño, indicándole a Alfred que se quedara quieto. Desde la puerta entreabierta de la cocina, se filtraba la luz cálida de las lámparas y el sonido del agua corriendo. Alfred contuvo la respiración, esperando escuchar pasos alejándose, pero el sonido del agua continuó. Calloway asomó la cabeza apenas un segundo y luego se giró hacia Alfred con una expresión tensa.

—Mierda.

Alfred se asomó justo lo suficiente para mirar. La cocina no estaba vacía. Un soldado joven, que no debía llegar a los veinte años, fregaba platos en una enorme pileta. El chico estaba absorto en su tarea, con la cabeza inclinada mientras el agua caliente se llevaba la grasa y los restos de la cena de los oficiales.

Maldijo entre dientes. No podían entrar con él allí. No sin riesgo. Esperaron. Un minuto. Dos. El chico seguía sin moverse. Calloway se giró hacia Alfred, con sus dedos tamborileando sobre su pistola con silenciador.

—No tenemos tiempo para esto —murmuró, con los ojos clavados en el soldado—. Si no se va en los próximos treinta segundos, tendremos que actuar.

Alfred lo sabía. Sabía que los tiempos en aquella misión estaban medidos con precisión, que incluso les habían dicho a Wendy y Nigel que se marcharan sin ellos si pasaba la hora y no

aparecían. Si seguían esperando, se quedarían atrapados. Y sin embargo, a pesar de ser consciente de que debían actuar, había algo en aquella imagen, en la idea de acabar con aquel chico que fregaba platos con desgana, ajeno al peligro y perdido en su monotonía, que le revolvía las entrañas. No quería matarlo. No así…

Puso una mano en el antebrazo de Calloway, pidiéndole más tiempo. Este frunció el ceño, pero asintió. Pasaron treinta segundos más. Calloway se tensó, preparándose para moverse. Y entonces llegó el milagro. Un segundo soldado cruzó la puerta con el uniforme desaliñado, los hombros relajados y un cigarrillo sin encender entre los labios.

—*Hör auf damit, Mann* —dijo en voz baja, con un deje de fastidio—. *Lass das sein und komm rauchen.*[x]

El chico resopló, pero se secó las manos en el delantal antes de lanzarle una última mirada indecisa a la pila de platos. Suspiró y se pasó una mano por el cabello rubio antes de cerrar el grifo. Agarró su chaqueta, colgada en una silla junto a la mesa de la cocina, y salió detrás de su compañero, dejando la estancia vacía.

Calloway lanzó un suspiro corto con el que Alfred entendió que tampoco había querido matar al chico, que detrás de aquella apariencia de hombre duro y curtido en mil batallas, también había un corazón.

Su compañero se movió primero, deslizándose dentro de la cocina con rapidez, con Alfred pegado a su sombra. No tenían mucho tiempo. Calloway se dirigió a la chimenea de leña, agachándose para colocar un pequeño artefacto envuelto en tela

oscura entre las brasas moribundas. El olor a humo y grasa saturaba el aire, pegándose a sus ropas.

—Es fuego retardado. Se activará en diez minutos —susurró mientras aseguraba la carga. Aunque su tono era tranquilo, como si estuviera hablando de la lluvia, su mandíbula estaba tensa.

Alfred escuchaba cada sonido a su alrededor, temiendo que los soldados volvieran antes de tiempo, pero, por suerte, no sucedió nada. Cuando Calloway se levantó, no perdieron un solo segundo. Salieron con el mismo silencio con el que habían entrado, volviendo a sumergirse en la penumbra de los pasillos de Colditz, rumbo a su próximo destino.

El pasillo que conducía a la sala del generador estaba en sombras, iluminado solo por las débiles lámparas que vibraban con la corriente eléctrica del castillo. El zumbido grave del generador llenaba el aire, una vibración baja y constante que Alfred sentía en la piel, en los huesos. Era el corazón de Colditz y ellos estaban a punto de detenerlo.

Calloway se movió rápido y en silencio, su mirada concentrada, su mente calculando los tiempos. Alfred lo siguió, escaneando cada esquina, cada posible amenaza en aquel espacio cerrado. No había ventanas ni más salidas que la puerta metálica por la que habían entrado. Si los atrapaban allí, no habría escapatoria.

Una lámpara colgaba del techo, proyectando una luz amarillenta sobre la maquinaria. El generador era un monstruo de hierro negro y cables expuestos, con el metal reluciendo por el aceite acumulado. El aire estaba cargado de calor, electricidad estática y el inconfundible hedor de la gasolina.

Calloway se acuclilló junto a la base de la máquina, sacando un paquete envuelto en tela oscura de su mochila. Colocó los explosivos con la precisión de un cirujano, sus manos moviéndose con una seguridad inquietante. Alfred notó las cicatrices en sus nudillos, quemaduras antiguas de alguien que conocía bien el fuego.

—¿Cómo de fuerte será la explosión? —preguntó Alfred preocupado, manteniendo la vista en la puerta.

—Lo suficiente para joder el sistema eléctrico. —Calloway no levantó la cabeza mientras aseguraba la carga—. No lo suficiente para hacernos volar en pedazos.

—Suena reconfortante —bromeó Alfred.

Calloway sonrió, apenas un reflejo de ironía en su rostro tenso, y siguió trabajando. El zumbido del generador se sentía más fuerte en el silencio. Alfred intentó ignorarlo, pero su mente no paraba de calcular riesgos, posibles fallos, posibles finales… Y la mayoría de ellos eran malos.

Había demasiadas posibilidades de que algo no saliera bien: que la carga no fuera lo bastante potente para inutilizar el generador; que fuera demasiado potente o explotara demasiado pronto y les matara allí mismo; que algo fallara y explotara demasiado tarde… Calloway fijó el temporizador con un clic seco y se levantó, deteniendo aquella maraña de pensamientos negativos.

—Listo. Vámonos.

Alfred asintió, sintiendo su propia respiración pesada en el aire caliente de la sala. No se detuvieron a mirar atrás. Salieron del

cuarto de máquinas en completo silencio, volviendo a sumergirse en los pasillos oscuros de Colditz.

El reloj seguía corriendo mientras se acercaban a la zona en la que estaban retenidos los prisioneros. A Alfred le pareció que el aire estaba más frío… o quizá era solo el miedo que amenazaba con paralizarle. Cuando Calloway le indicó que habían llegado, se apretó contra la piedra húmeda de la pared, intentando controlar su respiración mientras sus ojos escaneaban cada rincón de la zona de celdas.

Los prisioneros estaban allí dentro, a escasos metros, separados solo por una puerta de hierro. Divisó a dos guardias alemanes que se turnaban para vigilar el pasillo. Uno de ellos fumaba un cigarrillo, su silueta recortada contra la luz amarillenta de una lámpara de pared. El otro apoyaba el rifle contra su hombro, con expresión aburrida pero despierta. Demasiado despierta.

Alfred y Calloway estaban ocultos en una cavidad estrecha en la pared que debía de haber sido el nicho de una estatua olvidada hacía siglos. Calloway estaba agazapado, con la respiración controlada y los dedos reposando sobre el gatillo de su pistola con silenciador. Alfred hizo lo mismo antes de mirar su reloj.

Eran las diez en punto. Faltaban tres minutos, los tres minutos más largos de su vida. El incendio en la cocina tenía que empezar exactamente a las 22:03. En ese mismo momento, el generador explotaría, sumiendo la prisión en la oscuridad. En la confusión, tendrían tan solo unos minutos para moverse.

Todo tenía que salir a la perfección. Si alguna de las bombas de Calloway fallaba, si los nazis las descubrían antes de tiempo y las

desactivaban o daban la voz de alarma, si no conseguían encontrar a Philip, si llegaban tarde al punto de extracción… Demasiados "si" y cualquiera de ellos podía suponer el fracaso de su misión… y la muerte.

Recordó las palabras de Wendy sobre el brillo blanquecino de su aura, sobre aquella profecía de muerte… Sintió un escalofrío recorriendo su espalda desde las lumbares hasta la nuca, como si la misma parca acabara de acariciarle, deslizando sobre su piel sus huesudos dedos. ¿Sería aquella la noche de su muerte? Se sorprendió pensando que lo que más le apenaba era no poder volver a abrazar a Clarice, no poder darle un último beso…

Decidió apartar esos pensamientos de su mente y centrarse en la misión. Sintió el peso del arma en su mano y volvió a mirar a los dos soldados que custodiaban el pasillo. También eran dos críos, como el soldado de la cocina. Volvió a pensar que no quería matarlos, no de una forma tan calculada, tan fría… No eran soldados en un campo de batalla, no estaban intercambiando disparos con ellos. Esperaba no tener que dispararles, porque no había honor en matar así.

Calloway revisó su reloj. Dos minutos. El guardia del cigarro exhaló el humo en una bocanada lenta y arrojó la colilla al suelo. El otro bostezó.

Alfred miró la puerta de hierro. Allí dentro estaba Philip. Seguramente estaba durmiendo, ajeno al hecho de que su hermano estaba justo ahí fuera, esperando para sacarlo de ese maldito castillo.

Miró su reloj. Un minuto. Todavía quedaba un maldito minuto.

El silencio era tan opresivo que Alfred podía escuchar el goteo del agua en alguna parte de la fortaleza. El tiempo se le hizo interminable. La espera era como una losa de piedra sobre sus hombros, pesada e inmóvil, aplastándole con la sensación de que nunca llegaría el momento.

—Quince segundos —anunció Calloway tras mirar su reloj.

Alfred respiró hondo. Diez. Cinco. La primera explosión retumbó en la cocina como un trueno lejano. Y entonces, el mundo se sumió en el caos.

Capítulo cuatro

El segundo estallido fue mucho más seco y brutal, una detonación contenida que sacudió las entrañas de la fortaleza. La vibración recorrió el suelo como un trueno atrapado en piedra. Alfred sintió el temblor en las costillas, en la piel, en los músculos tensos de su mandíbula…

Y entonces, llegó la oscuridad. La luz de las lámparas parpadeó una sola vez antes de apagarse por completo. El zumbido del generador se extinguió, dejando un vacío de silencio que duró apenas un segundo antes de que el caos comenzara a reinar: gritos en alemán en los pasillos, órdenes lanzadas entre la confusión, ruido de botas golpeando el suelo con rapidez, carreras apresuradas en todas direcciones…

Los dos soldados apostados en la entrada del pasillo de los prisioneros se giraron bruscamente, con las sombras deformadas por la tenue luz que se colaba por las altas y estrechas ventanas.

—[xi] *Was zur Hölle war das?!* —exclamó uno, girando sobre sus talones, con una mano ya en su rifle.

—*Ich weiß es nicht!* —respondió el otro, mirando a su alrededor con el ceño fruncido—. *Das Licht ist weg!*

Hubo una pausa. Uno de ellos sacó una linterna y la encendió. El haz de luz recorrió el pasillo vacío.

—Ich glaube, es war der Generator.

El primero escaneó el corredor con la mandíbula apretada. Se notaba la indecisión en su postura. Alfred supuso que tendrían órdenes de permanecer en su puesto pasara lo que pasara, pero Colditz estaba en pleno caos y no tenía sentido quedarse allí sin saber qué estaba sucediendo.

—Wir müssen nachsehen.

El otro dudó un segundo más, luego asintió y se echó el rifle al hombro. Abrieron la verja que cerraba el acceso a la zona de prisioneros, volvieron a cerrar al salir y corrieron. Los haces de luz de las linternas rebotaban contra las paredes mientras los dos soldados se internaban en los pasillos. Giraron una esquina y desaparecieron.

La entrada a la zona de los prisioneros estaba libre. Cuando los pasos de los dos soldados se fundieron con el caos que reinaba en la fortaleza, Alfred encendió su linterna, proyectando un haz tenue sobre la piedra rugosa del pasillo. Calloway hizo lo mismo y ambos avanzaron con rapidez hasta la puerta de hierro que separaba la zona de prisioneros del resto de la fortaleza. Era alta, pesada y reforzada con barrotes gruesos, diseñada para resistir cualquier intento de escape desde dentro.

Calloway se acuclilló y rebuscó en uno de sus bolsillos hasta sacar un juego de ganzuas.

—Dame tres segundos —susurró con una sonrisa ladeada.

—Me estás defraudando. —Alfred frunció el ceño—. Habría apostado cualquier cosa a que ibas a hacer que la cerradura volara por los aires.

—Créeme si te digo que no hay nadie en el mundo que disfrute de una explosión más que yo.[xii] —Calloway le lanzó una mirada de soslayo—. Aún así, hay momentos en los que es mejor contenerse y aceptar que una explosión no siempre es la mejor respuesta.

Se escuchó el chasquido metálico del cerrojo al saltar. Alfred le devolvió una sonrisa y empujó la pesada puerta para entrar en la zona de los prisioneros.

El interior era sombrío y opresivo. Las celdas estaban dispuestas en filas a lo largo de un amplio pasillo central, con puertas de madera reforzadas con barrotes de hierro. Cada celda contaba con una pequeña ventana en la parte superior, que permitía una mínima entrada de luz durante el día, pero que ahora solo mostraba la negrura de la noche.

Los prisioneros, oficiales aliados de diversas nacionalidades, se encontraban en sus celdas, algunos sentados en literas de madera, otros de pie cerca de las puertas, intentando discernir el origen del alboroto. Sus rostros reflejaban una mezcla de agotamiento y esperanza, conscientes de que algo inusual estaba ocurriendo. Algunos susurraban entre ellos, especulando sobre la situación, mientras que otros permanecían en silencio, atentos a cualquier indicio que confirmara sus sospechas. La tensión en el ambiente era palpable, y las sombras proyectadas por las linternas de Alfred y Calloway añadían una atmósfera aún más inquietante al lugar.

Alfred recorrió con la mirada las celdas, alumbrando los rostros de los prisioneros. Algunos se cubrían para defender sus ojos del haz de luz, pero otros le miraban desafiantes. Él no se detuvo,

caminando a paso rápido de celda a celda, sin detenerse más de un par de segundos para examinar cada rostro. Sabía que el tiempo apremiaba. No podían estar seguros de cuánto tardarían los dos guardias en regresar. Si su presencia no era necesaria para apagar los dos incendios, era posible que les ordenaran volver de inmediato a su puesto.

Alfred dirigió la linterna hacia la siguiente celda y su respiración se detuvo un instante. Era Philip. Su hermano estaba sentado en el borde de un camastro, con la espalda encorvada y la cabeza inclinada hacia el suelo. Su uniforme de prisionero estaba sucio y gastado, tenía el rostro más delgado y los pómulos marcados, pero cuando levantó la cabeza y fijó los ojos en los suyos… los ojos eran los mismos.

Philip parpadeó, aturdido por la luz repentina. Le llevó un segundo reconocerle. Cuando lo hizo, se levantó de golpe.

—Dios santo… ¿Eres tú, Alfred?

No perdieron un segundo. Calloway ya estaba en la cerradura, trabajando con rapidez mientras los otros prisioneros en las celdas vecinas murmuraban, algunos acercándose a los barrotes.

—Vamos, vamos… —susurró Calloway, maldiciendo entre dientes mientras forcejeaba con la cerradura.

Tras un leve chasquido, la puerta se abrió. Philip no dudó. Cruzó el umbral y abrazó a Alfred con fuerza, como si no creyera que fuera real. Alfred sintió su respiración entrecortada en su cuello, el latido del corazón de su hermano golpeando su pecho con tanta fuerza como si se le fuera a salir… Le apretó durante un instante

antes de separarle. No había tiempo para sentimentalismos. Lo sujetó por los hombros y lo miró a los ojos.

—Nos vamos de aquí.

Philip asintió, todavía en *shock*, pero antes de que pudieran moverse, el caos estalló a su alrededor.

—¡Esperen! ¡No pueden dejarnos aquí! —Un prisionero de mediana edad se agarró a los barrotes, su voz temblando de desesperación.

—¡Abran las celdas! ¡Llévennos con ustedes! —gritó otro.

Las súplicas comenzaron a multiplicarse, los prisioneros presionando contra las puertas, golpeando los barrotes, los ojos llenos de pánico. Alfred agradeció que el sonido de las sirenas y de los gritos de los soldados nazis intentando apagar el fuego estuvieran ahogando los gritos de los prisioneros, pero no podía saber cuánto tiempo iba a durar aquella distracción.

—No podemos irnos sin ellos. —Philip se giró hacia Alfred y Calloway con expresión decidida.

Calloway negó con la cabeza sin perder la compostura. Alfred pensó que sabía que se iban a encontrar en una situación así y que se había preparado para ello.

—No cabemos todos en la avioneta. Como mucho, podemos llevarnos a dos más.

Philip apretó la mandíbula, mirando a su alrededor. La elección era imposible. Pero no había tiempo. Se acercó a dos hombres que compartían la celda más cercana.

—Andrew, LaSalle. Os venís con nosotros.

Mientras Calloway abría la cerradura, Philip le explicó quiénes eran. Señaló a un hombre con un brazo en cabestrillo y el rostro lleno de cicatrices.

—Ese es Andrew, uno de mis compañeros del Warwick. —Después señaló al otro, un joven de mirada alerta y el cuerpo demasiado delgado por los meses de encierro—. El otro es LaSalle. Es bastante agradable para ser francés.

El resto de los prisioneros gritaron de indignación.

—¡No pueden dejarnos aquí!

—¡Por el amor de Dios, no nos abandonen!

Las súplicas se convirtieron en lamentos, en insultos, en desesperación… Alfred sintió cada golpe en los barrotes resonando como un eco en su cabeza, doliéndole como si le estuvieran golpeando a él. Calloway levantó una mano, tratando de calmarlos.

—Escuchen. No podemos llevarlos a todos, pero el MI9 sigue trabajando en su liberación. Esto no es el final. Volveremos por ustedes.

Algunos bajaron la cabeza, derrotados. Otros los miraron con furia, con desesperación contenida en cada músculo de su rostro. Alfred no podía culparlos. Si estuviera en su lugar, también odiaría a los que tenían la oportunidad de escapar.

—Tenemos que irnos —susurró Philip.

Calloway asintió, empujando la puerta del pasillo y echando un último vistazo a los prisioneros antes de cerrarla detrás de ellos.

Las voces de los hombres siguieron resonando en la oscuridad, cada vez más lejanas, hasta que quedaron enmascaradas por el sonido de sus pasos apresurados.

Siguieron corriendo durante un par de minutos hasta que Alfred se dio cuenta de algo que le heló la sangre en las venas. Aceleró hasta colocarse al lado de Calloway y le agarró del brazo para que le mirara.

—Nuestro plan de fuga tiene un fallo enorme —le anunció en susurros, tratando de que Philip, Andrew y LaSalle, que corrían justo detrás, no le escucharan.

—¿Un fallo? —Se asombró Calloway—. Los planes del MI9 nunca tienen fallos.

Alfred pensó que le habría hecho gracia la prepotencia con la que lo había dicho si no fuera porque aquel error iba a costarles la vida a todos.

—Hemos entrado por un túnel que desembocaba en los sótanos cercanos a la cocina. ¿Cómo demonios vamos a salir por allí si el incendio que has provocado ha hecho que ahora mismo ese sitio esté lleno de nazis?

Calloway sonrió apenas, sin reducir la velocidad.

—No sé si te habrás dado cuenta pero estamos corriendo en dirección contraria.

—¿Qué? —se asombró Alfred.

—Hay otra entrada a los sótanos por la que también podremos acceder a la zona en la que comienza el túnel —explicó sin dejar de avanzar—. La explosión en la cocina es un imán para los

nazis. Van a centrarse en apagar el fuego y en asegurar el área. Mientras tanto, nosotros nos vamos por la otra ruta.

Alfred sintió que la tensión en su cuerpo se reducía un poco.

—Dime que estás seguro de que el camino está despejado.

—En estas misiones no se puede estar seguro de nada. —Calloway soltó una carcajada breve—. Si querías seguridad, deberías haberte quedado en tu casita haciendo calceta al lado de la chimenea.

Siguieron corriendo en la penumbra, pisando con fuerza sobre la piedra fría de los pasillos. A lo lejos se seguía escuchando el eco de múltiples pasos acompañado de órdenes en alemán lanzadas a gritos. El humo comenzaba a invadir los pasillos, anunciando que el incendio en la cocina se estaba expandiendo. No podían detenerse.

Philip se mantenía a la par de Alfred. Su respiración parecía pesada pero constante. Se giró para contemplarle, preocupado por si necesitaba ayuda. No era el mismo hombre que recordaba. Su hermano había perdido peso, tenía el rostro demacrado y las mejillas hundidas, pero en sus ojos seguía ardiendo la misma determinación de siempre.

Calloway, que guiaba la marcha, se detuvo de golpe y señaló una puerta de madera reforzada.

—Es aquí —anunció antes de empujar la puerta sin dudar.

Entraron en lo que parecía un almacén en desuso, con estanterías de metal cubiertas de cajas de suministros viejos, mantas apiladas y sacos de harina endurecida por la humedad. El olor a polvo y madera vieja lo impregnaba todo. Philip fue el primero

en ver la trampilla de hierro en el suelo, medio oculta bajo una lona vieja. Se agachó y la levantó sin dudar.

—Esta es. Nos llevará a los sótanos —confirmó Calloway apuntando con su linterna al oscuro hueco.

Sin pensarlo más, descendieron. El aire allí abajo era sofocante. El olor a humedad que antes dominaba el subsuelo había sido reemplazado por el hedor acre del humo y la madera quemada. Corrieron bajo los cimientos de la fortaleza, moviéndose entre columnas de piedra desgastada y túneles antiguos con bóvedas arqueadas. Alfred sentía el calor del incendio sobre ellos, el fuego expandiéndose por la cocina y enviando lenguas de humo por cada grieta de los muros. Las voces de los soldados alemanes resonaban sobre sus cabezas, gritos urgentes mezclados con órdenes cortantes.

Alfred sintió el pulso acelerado en su cuello y una opresión en la boca del estómago. Volvió a girarse hacia Calloway.

—Joder… —murmuró—. Si el fuego se extiende demasiado…

—No lo hará. Está controlado.

Calloway no redujo la velocidad, ni siquiera miró hacia atrás, pero Alfred señaló el humo que se colaba por las grietas del techo y que estaba inundando el túnel.

—A mí no me parece muy controlado.

—Estos cabrones son alemanes: eficiencia pura. —Calloway se encogió de hombros—. Sabrán cómo apagar un incendio.

Alfred quería creerle. Quería pensar que la prisión no ardería hasta los cimientos con los prisioneros que habían dejado atrás atrapados dentro. A pesar de que continuaba sintiendo el miedo de

que todo podía derrumbarse en cualquier momento, tuvo que seguir corriendo. Ellos ya no podían hacer nada. Tendría que hacer como Calloway y confiar en la mítica eficacia germánica.

Tras un par de minutos, llegaron al túnel. La entrada era un boquete en la pared del sótano, apenas visible detrás de unos barriles mohosos. El aire era denso y opresivo, cargado de siglos de polvo acumulado. Philip fue el primero en agacharse y deslizarse dentro, seguido de Alfred y los demás. Siguieron corriendo por el túnel subterráneo hasta que Andrew, uno de los compañeros de Philip, se tambaleó de repente.

—Mierda… —jadeó, apoyándose en la pared de piedra.

Alfred se acercó a él para ver qué le sucedía. Se dio cuenta de que su piel estaba perlada de sudor frío y su respiración era irregular.

—No está bien —explicó LaSalle acudiendo a su lado para sujetarle—. Lleva enfermo varios días. Parece que la fiebre ha vuelto.

—¿Y eso no lo podíais avisar antes de elegirle para la fuga? —Calloway apretó la mandíbula —. ¿Puedes correr?

Andrew intentó avanzar pero sus piernas cedieron.

—Me parece que no —contestó LaSalle por él—. No en este estado.

Calloway maldijo entre dientes. Sin dudar, se pasó el brazo de Andrew sobre los hombros y se preparó para cargar con parte de su peso.

—No lo dejaremos atrás. Ayúdame, LaSalle.

El francés asintió y entre los dos sostuvieron a Andrew, arrastrándolo mientras avanzaban a paso forzado. Al frente, Alfred y Philip siguieron corriendo juntos.

Por un instante, Alfred sintió la irrealidad del momento. Su hermano estaba a su lado. Después de tanto tiempo, después de haber llegado a asumir que lo había perdido para siempre… Estaba ahí, corriendo a su lado. Como si le hubiera leído el pensamiento, Philip rompió el silencio.

—No sé si estoy soñando o si realmente estoy corriendo por un túnel subterráneo contigo en plena noche.

Alfred rio entre dientes, con la adrenalina recorriendo sus venas, con el humo del incendio rasgando su garganta y quemándole los pulmones.

—Si es un sueño, es una jodida pesadilla.

—No. Es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. —Philip sacudió la cabeza, sonriendo con cansancio—. Pensaba que iba a morir aquí dentro y mírame… Estoy libre. —Echó la cabeza hacia atrás y tomó una bocanada de aire—. ¿No hueles la libertad?

—Lo único a lo que huele es a humo. —Alfred no pudo evitar una risa al ver que Philip empezaba a toser—. No vuelvas a respirar así o tendremos que llevarte a ti también en volandas.

Philip lo miró de reojo, con los ojos tan brillantes de vida que parecían relumbrar en la penumbra del túnel. Tomó aire antes de hablar de nuevo.

—Gracias por venir a por mí. Por hacer esta locura…

Alfred tardó en responder. No quería que se le notara la emoción en la voz ni que Philip se diera cuenta del miedo que sentía.

—No me lo agradezcas todavía. Aún no hemos salido de aquí.

—Da igual cómo acabe esto. —Philip lo miró con la misma expresión terca de cuando eran niños—. Lo que importa es que mi hermano ha venido a por mí.

Alfred sintió que algo le oprimía el pecho. No encontró las palabras correctas, así que simplemente asintió. Siguieron corriendo y entonces, lo vieron. Unos pasos más adelante, se divisaba la salida del túnel. Estaban a punto de salir de Colditz.



París,
6 de junio de 1944

Capítulo uno

El suelo de piedra estaba frío bajo mis piernas entumecidas, pero seguí sin moverme. No tenía fuerzas para hacerlo. Llevaba horas allí, encogida contra la pared de la pequeña estancia donde había dormido la noche anterior, con los brazos alrededor de mis rodillas y la cabeza hundida entre ellos.

Había dejado de llorar hacía un rato, pero mis mejillas seguían húmedas y mis ojos ardían, hinchados por el llanto. El silencio me envolvía por completo, opresivo, inmenso, como si las catacumbas quisieran devorarme entera. Sin embargo, dentro de mi cabeza no había silencio. La misma idea llevaba horas torturándome sin parar: había perdido a Irma.

El pensamiento volvió a golpearme con una brutalidad renovada, arrancándome un suspiro tembloroso. Se la habían llevado... En esos momentos, Elsa se la estaba llevando a Berlín y yo… yo ya no podía hacer nada para impedirlo.

Cerré los ojos con fuerza, intentando frenar la cascada de imágenes que volvían una y otra vez a mi mente, cada vez más nítidas, cada vez más crueles… Elsa tirando de ella hacia el coche… Irma rodeada de nazis, lanzándome esa mirada que era mezcla de miedo, preocupación y culpa… Los gritos, los disparos, los cuerpos cayendo a nuestro alrededor… Y yo, impotente, viendo cómo se la llevaban sin poder hacer nada.

Volví a torturarme con la idea de que podría haber hecho algo, que podría haberlo evitado… Volví a pensar que tendría que haber sospechado de Elsa, de la forma en la que nos guió por todo París sin que nos cruzáramos con una sola patrulla nazi, de la poca vigilancia que encontramos en Notre Dame y en la Biblioteca Nacional… Todo había sido demasiado fácil, demasiado perfecto… Pero quise creerlo y no sospeché de ella ni una sola vez… hasta que fue demasiado tarde.

Había querido creer que, por una vez, las cosas podían salir bien… y lo único que había conseguido era que Irma acabara en manos de los nazis. La idea me revolvió el estómago. No sabía qué le harían, ni siquiera quería imaginarlo. Se suponía que, para ellos, Irma era un activo muy valioso, lo que me hacía pensar que la tratarían bien, pero ¿qué sucedería si ella no les daba lo que ellos buscaban? ¿Qué le harían si no era tan poderosa como esperaban? ¿O si le pedían algo tan horrible como para que ella no quisiera obedecer? ¿O si se enteraba de que Jakub estaba muerto y se negaba a colaborar con ellos? Estaba segura de que los nazis tendrían métodos para convencerla…

Me temblaron las manos y las apreté contra mis piernas, tratando de contener el pánico que me atenazaba la garganta. Cerré los ojos para buscar un poco de paz, pero lo único que conseguí fue que las imágenes del ataque volvieran a mi memoria… Varios hombres habían muerto y otros habían resultado gravemente heridos. Y todo por mi culpa.

Si hubiéramos planeado mejor la misión… Si hubiéramos tenido más tiempo… Si hubiéramos sido más cautos, más

meticulosos… Si nos hubiéramos asegurado de la escolta que iba a acompañar a Irma y Elsa… Si hubiéramos sido más listos… Pero no lo fuimos. Y ahora teníamos que vivir con las consecuencias.

Apoyé la frente en mis rodillas y cerré los ojos, dejando que el peso del fracaso me aplastara el pecho. Además de perder a Irma, ni siquiera había sido capaz de encontrar las reliquias. Sentí que el pánico me invadía al pensar en cómo se lo iba a contar a Alfred. ¿Cómo iba a decirle que había hecho mal al elegirme para aquella misión? ¿Cómo contarle que había fracasado de una forma tan estrepitosa? ¿Cómo confesarle que no tenía ni idea del paradero de las reliquias y que, además, había permitido que Irma acabara en manos del enemigo?

Negué con la cabeza mientras nuevas lágrimas volvían a deslizarse por mi rostro. Aunque doliera, aunque me muriera de culpa y de vergüenza, tendría que volver y decírselo. Tendría que mirarlo a los ojos y admitir que había fracasado.

Me imaginé su expresión cuando se lo contara. El modo en que se tensaría su mandíbula, cómo sus ojos fríos como el acero se clavarían en los míos, buscando respuestas que yo no tendría… El simple pensamiento de estar frente a él hizo que me estremeciera. ¿Me culparía? ¿Me perdonaría? A pesar del miedo que me daba enfrentarme a él y contarle mi fracaso, me di cuenta de que eso era lo que deseaba hacer en aquel momento. Deseaba estar frente a él más que cualquier otra cosa en el mundo. No me importaba que el teniente Mitchell me dijera que había fracasado en la misión y que no debería haber confiado en mí si después volvía a ser mi Alfred y me abrazaba para que yo pudiera llorar contra su pecho. Habría

dado cualquier cosa por sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo, por envolverme en su calor y su aroma, por sentir en mi oído la caricia de su voz susurrándome que todo iba a estar bien, que encontraríamos la forma de arreglarlo…

Me di cuenta de que la parte de contárselo a Alfred no era la peor. Un nuevo sollozo me quemó la garganta, y me abracé con más fuerza, deseando poder desaparecer. La peor parte era la idea de que Irma podría creer que la había abandonado… Cuando se enterase de que se la habían llevado con mentiras, de que Jakub estaba muerto, ¿sentiría que yo debería haber hecho más para rescatarla?

Apreté los dientes con fuerza, luchando contra la oleada de culpa que me ahogaba. Sabía que esas ideas eran ridículas, que yo había hecho todo lo que había estado en mi mano para sacarla de su error y rescatarla, que no la había abandonado…

Pero eso no importaba, porque no la había salvado. Y eso… eso era lo único que contaba. No importaba cuántas veces repitiera en mi cabeza que volveríamos por ella, que haríamos lo imposible por rescatarla, que no la daríamos por perdida… porque, en aquel momento, en aquella oscura estancia oculta en las catacumbas de París, sentía que aquello era el final.

No escuché los pasos de Lucien hasta que estuvo prácticamente frente a mí. No levanté la cabeza ni me moví, esperando que pensara que estaba dormida y me dejara de nuevo sola.

—Tienes que comer algo.

Su voz era firme pero tranquila. Había insistencia en su tono, pero no impaciencia. Abrí los ojos y vi que sostenía un cuenco de sopa humeante. El olor salado me revolvió el estómago, pero no por falta de hambre. Sonaba ridículo, pero sentía que no lo merecía.

—No quiero —protesté con una voz que sonó llorosa e infantil.

Lucien suspiró y se sentó junto a mí en el suelo con las piernas cruzadas. Volvió a acercarme el cuenco y me vi obligada a cogerlo, aunque seguía convencida de no probarlo y dejarlo sin tocar en cuanto él se marchara. El calor del cuenco en mis manos contrastaba con el frío que sentía en mi interior, haciendo que tan solo con su contacto ya me sintiera un poco reconfortada.

—Ya me temía que no ibas a querer comer, pero tienes que tomarlo igual.

No le respondí. Por un momento, ninguno de los dos habló. El silencio se instaló entre nosotros, tenso pero no incómodo. Removí la sopa con la cuchara de madera, esperando que él creyera que me lo iba a tomar y se marchara, pero siguió sentado a mi lado. Finalmente exhaló un suspiro profundo.

—Los heridos están mejorando.

—Me alegro —dije con sinceridad.

—Pero no te consuela…

Negué con la cabeza sin atreverme a cruzar mi mirada con la suya. Me alegraba de verdad que aquellos hombres fueran a recuperarse, pero eso no cambiaría lo que había pasado. Nada les devolvería la vida a los hombres que habían muerto por ayudarme,

nada traería de vuelta a Irma… Nada aliviaría la culpa que me quemaba por dentro.

Lucien me miró con seriedad, con esa expresión firme que no admitía discusión.

—Hiciste todo lo que pudiste, Clarice. Arriesgaste tu vida por salvar a tu amiga. Te vi salir de tu escondite en mitad del fuego cruzado, sabiendo que podrían dispararte, solo para advertirla. ¿Cuántos habrían hecho lo mismo?

Negué con la cabeza, sintiendo cómo las lágrimas volvían a acumularse en mis ojos. No quería escuchar eso. No quería que intentara consolarme.

—No fue suficiente. —Mi voz se entrecortó por un sollozo.

—Eso no dependía de ti. Lo único que dependía de ti era intentarlo con todas tus fuerzas. —Su tono era más suave, pero igual de firme—. Hiciste lo que cualquiera en tu lugar habría hecho… No, hiciste lo que nadie más en tu lugar habría hecho. Nos encontraste, nos pediste ayuda, nos convenciste para intentar salvarla, te jugaste la vida por ella sin pensarlo siquiera. ¿De verdad crees que podrías haber hecho más?

Cerré los ojos con fuerza. No quería sentirme aliviada. No podía, porque Irma estaba camino de Berlín en manos de nuestros enemigos, mientras yo estaba a salvo. Lucien pareció darse cuenta de que no había consuelo posible y, tras un instante de silencio, cambió de estrategia.

—¿Para qué vinisteis a París? —preguntó con voz despreocupada.

Eso sí me hizo reaccionar. Giré la cabeza y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—¿Cuál era vuestra misión? —repitió, como si fuera lo más obvio del mundo—. París es una ciudad preciosa, pero no creo que vinierais para hacer turismo.

No respondí enseguida. No estaba segura de si debía decirle la verdad. Se suponía que nos habían enviado hasta allí con una misión secreta y eso implicaba no ir revelando nuestros objetivos a alguien a quien conocía de apenas dos días atrás. Él debió notar mi duda porque esbozó una sonrisa leve, pero sin burla.

—He confiado en ti, he implicado a mis hombres en una operación de rescate para ayudarte… Hasta te he traído un cuenco de sopa y he permitido que me lo rechaces sin enfadarme —dijo señalando el cuenco, que iba enfriándose a mi lado—. Creo que me lo merezco. ¿No piensas lo mismo?

Aparté la mirada, indecisa. ¿Hasta qué punto podía confiar en Lucien? Después de todo, la fuente de mis desgracias era haber confiado en Elsa, que en un primer momento también había parecido una leal y valiente miembro de la Resistencia.

Pero entonces, la respuesta me resultó evidente. Nada de eso importaba ya porque no había encontrado las reliquias ni tenía la más mínima idea de por dónde seguir buscando. Nuestra misión había fracasado por completo y no podría ir a peor por confiársela a Lucien. Respiré hondo y, por primera vez desde que todo se había derrumbado, lo dije en voz alta.

—Vinimos a París buscando unas reliquias que se suponía que estaban guardadas en Notre Dame: la corona de espinas, uno de los clavos de la crucifixión y la lanza de Longinos.

Lo miré de reojo, esperando su reacción. No se rio, pero tampoco pareció sorprendido. Simplemente me observó, esperando a que continuara mi historia. Yo seguí hablando.

—Fuimos a Notre Dame. Conseguimos colarnos por la noche y buscar en la capilla del tesoro, pero los relicarios estaban vacíos. Después de mucho pensar, llegamos a la conclusión de que podíais haberlas trasladado a la *Bibliothèque Nationale* para ponerlas a salvo de los nazis, al igual que las escondisteis durante vuestra revolución.

—¿Y qué encontrasteis allí? —Lucien asintió con lentitud, como si estuviera procesando la información.

—Nada. —Apreté los labios y bajé la mirada.

—¿Nada? —preguntó él sorprendido.

—Bueno, encontramos muchas cosas… Acabamos deduciendo que podían estar escondidos en el *Cabinet des Médailles*, una sala situada en el ala más antigua de la biblioteca en la que se custodian muchos objetos de valor —seguí explicando mientras Lucien me escuchaba obnubilado—. Encontramos una especie de sala cerrada situada bajo el gabinete. Había muchos objetos de valor allí… Y encontramos las cajas, las vitrinas donde deberían haber estado las reliquias… Pero habían desaparecido.

—¿Y dónde crees que están?

—No tengo ni idea —admití desesperada—. Lo primero que pensé fue que los nazis se nos habían adelantado, pero no puede

ser… La misión de Elsa era ir con nosotras para robárnoslas cuando las encontráramos, lo que quiere decir que los nazis no las tienen.

—A no ser que Elsa te mintiera…

—¿Por qué iba a hacerlo? —Me encogí de hombros—. Yo estaba tirada en el suelo con un golpe en la cabeza, incapaz de defenderme, ella se estaba llevando a Irma… Se regodeó de cómo nos había engañado, de lo inocentes que habíamos sido… Si hubiera podido jactarse de que tenía las reliquias en su poder, lo habría hecho.

Cerré los ojos un instante, sintiendo de nuevo esa opresión en el pecho que no me había abandonado desde que fracasamos.

—Hemos perdido el tiempo. He fallado en todo…

Mi voz se quebró y las lágrimas se escaparon antes de que pudiera detenerlas. Me las limpié rápidamente con la manga, sintiendo una vergüenza absurda por mostrarme tan vulnerable.

—¿Para qué queríais esas reliquias? —se interesó Lucien.

Volví a pensar durante unos segundos si podía confiar en él y, como la vez anterior, decidí que ya nada importaba. Se me escapó una sonrisa sarcástica cuando empecé a hablar.

—Supongo que pensarás que estoy loca cuando te cuente esto, pero ya me da igual todo. —Solté el aire con un largo suspiro y levanté la cabeza para fijar mis ojos en los suyos y que viera que estaba siendo sincera—. Los nazis están intentando realizar un antiguo ritual que levantara a todos los muertos de ambos bandos para que luchen a su lado. Para conseguirlo, necesitan una cantidad de energía espiritual que solo puede obtenerse a partir de antiguos

objetos legendarios que han acumulado la fe de millones de personas a lo largo de la historia.

—¿Qué clase de objetos? —preguntó él asombrado.

—Reliquias de poder: el arca de la alianza, el santo grial, las monedas de Judas… y las que Irma y yo vinimos a buscar a París.

—¿Y vosotros para qué las queréis?

—Simplemente para que los nazis no las tengan —contesté—. Tenemos que evitar que consigan los objetos suficientes para activar ese ritual. Si no los detenemos, será el final para todos nosotros…

Fue entonces cuando noté el modo en el que Lucien me observaba. No había desconfianza en su mirada. No había juicio, ni condescendencia… No me miraba como si pensara que estaba loca o como si estuviera tratando de decidir si mentía… Tan solo me miraba con una expresión de… evaluación. Como si estuviera considerando algo. Como si acabara de tomar una decisión. Se puso de pie y yo lo miré, confundida.

—Ven conmigo —dijo, tendiéndome la mano.

—¿A dónde?

No me levanté ni acepté su mano. Me quedé quieta, observándole con recelo. Lucien sonrió, una sonrisa leve pero segura.

—Tengo que presentarte a alguien.

Capítulo dos

Antes de ponernos en marcha, Lucien fue a buscar a Élodie para que nos acompañara. Me pidió que esperara y se acercó a ella. Durante un par de minutos, discutieron en susurros, para que yo no pudiera enterarme, pero no les sirvió de nada. No hacía falta ser muy listo para saber, por las miradas de odio que me lanzaba Élodie, que la chica no estaba de acuerdo con la decisión de Lucien. No me sorprendió.

Finalmente, ella se acabó rindiendo. Cogió su fusil, que había estado apoyado en una pared, y se lo colgó al hombro antes de ponerse en marcha. Pasó por mi lado sin dirigirme la palabra. Ni siquiera me miró, como si yo no existiera. Cuando Lucien pasó por mi lado, me encogí de hombros y le seguí.

—Esto es un error —refunfuñó ella cuando tan solo habíamos avanzado unos veinte pasos, cruzándose de brazos mientras descendíamos por un pasaje más estrecho y oscuro que los anteriores—. No deberíamos llevarla allí.

Lucien, que se había colocado en primera posición, ni siquiera aflojó la marcha. Siguió avanzando con paso seguro, guiándonos por el laberinto subterráneo.

—No empieces otra vez, Élodie. Ya he tomado una decisión.

—¿Por qué? —insistió ella—. ¿Por qué confiar en ella? No la conocemos.

Lucien suspiró, cansado de las mismas quejas de siempre. Se detuvo y se giró hacia la chica para discutir cara a cara.

—Sí la conocemos. Ha demostrado quién es.

—Ha demostrado que allá donde va, todo acaba en desastre —bufó Élodie.

Apreté los dientes, pero no dije nada. Por un lado, me daba la impresión de que ella estaba siendo muy injusta conmigo, que no me conocía y no parecía dispuesta a darme una oportunidad, pero por otro lado… Por otro lado, seguía sintiéndome tan culpable por el fracaso de nuestro plan y la pérdida de Irma, que no podía estar más de acuerdo con ella.

Lucien decidió no discutir y continuar el camino. Nos internamos más en las catacumbas, dejando atrás la zona donde se refugiaba la Resistencia. A medida que avanzábamos, la oscuridad se volvía más densa, más cerrada, como si los túneles nos tragaran poco a poco.

El aire olía a humedad, a tierra removida y a piedra vieja. El goteo del agua resonaba en algunos tramos, creando ecos que parecían susurros de algo que nos observaba desde la penumbra. Las linternas que llevábamos proyectaban sombras alargadas sobre las paredes de roca. De vez en cuando, la luz iluminaba inscripciones grabadas en la piedra, nombres de muertos olvidados, frases escritas por aquellos que alguna vez buscaron refugio en esos túneles... Algunos, prisioneros de la Revolución. Otros, simples errantes que nunca encontraron la salida.

Unos metros más adelante, nos topamos con un osario. Cientos de cráneos y huesos apilados formaban una pared macabra,

sus cuencas vacías mirándonos desde la muerte. No era la primera vez que veía algo así, pero la sensación de que aquellos restos seguían observando, de que el pasado aún respiraba en aquellos pasillos, nunca desaparecía.

—Amo este lugar —murmuró Lucien con una sonrisa—. Cada vez que vengo, es como caminar sobre la historia.

—Caminar entre los muertos, querrás decir —bufó Élodie, con una mirada de desagrado hacia los huesos.

Seguí caminando en silencio, concentrada en mis pensamientos más que en la conversación. A pesar de que había perdido mi don, aún escuchaba el susurro lejano de aquellos que se negaban a ser olvidados. Aún podía sentirlos... No eran voces nítidas ni espectros visibles como antes, sino un murmullo constante que se filtraba en mis huesos, una presencia que me acompañaba en cada paso. Era un eco, una vibración en el aire que solo yo podía percibir, como un sonido demasiado bajo para que los demás lo oyeran, un lamento sin palabras, un recuerdo grabado en la piedra…

Avancé con la cabeza baja, intentando ignorar aquellas sensaciones. Estaba segura de que aquel lugar estaba plagado de seres que habían quedado atrapados entre planos, que no habían encontrado su camino hacia el otro lado… También habría muchos que habían muerto dejando cuentas pendientes en nuestro mundo o que no habían podido despedirse de sus seres queridos y necesitaban transmitirles un mensaje… Si esos seres se daban cuenta de que yo podía percibirlos de alguna manera, harían lo que fuera para conseguir que les ayudara… y sabía por experiencia que podían ponerse muy insistentes… Incluso peligrosos.

Iba tan concentrada en protegerme de aquellos seres que no me di cuenta de que había acelerado el paso. Sin querer, me acerqué demasiado a Élodie y tropecé con ella. La joven se giró hacia mí, mirándome como si fuera un insecto despreciable.

—Mira por dónde vas —gruñó furiosa—. ¿Es que no sabes hacer nada bien?

No pude evitar preguntarme por qué demonios tenía tan mala suerte con las mujeres francesas. Primero, Michone, la joven de la Línea Cometa que se había encaprichado de Alfred y que me odiaba por el simple hecho de existir. Una rival absurda, llena de rencor, que nunca desaprovechó la oportunidad de intentar hacerme sentir insignificante.

Después, Simone, la mujer que nos traicionó sin pestañear, que jugó con nosotras y se llevó a Irma. Aunque, si lo pensaba un poco, ni se llamaba Simone ni era francesa…

Y ahora, Élodie, que no me conocía de nada, pero me odiaba igualmente desde el mismo momento en que me había visto.

—Ya estamos cerca —anunció Lucien, sacándome de mis pensamientos.

Nos detuvimos frente a un pasillo más estrecho, cerrado por una verja oxidada que parecía no haber sido abierta en siglos. Lucien se adelantó y silbó una melodía. El sonido reverberó en la oscuridad, profundo y solemne.

Hubo un silencio. Durante casi un minuto no sucedió nada. Cuando ya empezaba a pensar que no iba a aparecer nadie, vi a lo lejos una luz temblorosa, la luz de una antorcha. Y, unos segundos

después, empecé a escuchar el eco de unos pasos sobre los charcos del pasadizo.

Esperé, sintiendo una punzada de inquietud. ¿Quién demonios vivía en un lugar como aquel? La luz fue aumentando en intensidad a medida que la figura se acercaba. De entre las sombras del pasillo apareció un hombre de unos cuarenta años, alto y delgado, con el porte de alguien que estaba acostumbrado a moverse con seguridad en cualquier entorno. Vestía de forma impecable, con un abrigo negro de tela fina y bien cortada, demasiado elegante para alguien que vivía en las entrañas de París. El cuello de su camisa blanca asomaba bajo el abrigo, impoluto a pesar de la humedad y la suciedad de las catacumbas. Incluso sus guantes oscuros parecían no haber rozado el polvo que impregnaba cada rincón de aquel lugar.

Pero lo que más destacaba de él no era su ropa, sino su rostro anguloso, de líneas marcadas y simétricas, con pómulos altos y una mandíbula definida que le conferían un aire severo pero atractivo. Era el tipo de hombre que podría haber sido un noble en otra época, alguien que inspiraba respeto con solo una mirada. Sus ojos eran grises, afilados como el filo de un cuchillo, llenos de inteligencia y de un escrutinio calculado.

Primero miró a Lucien y a Élodie, asintiendo levemente en un gesto breve de reconocimiento. Después, su mirada se posó en mí, evaluándome con la precisión de alguien que ha aprendido a leer a las personas con una sola ojeada. No había hostilidad en sus ojos, pero sí una cautela bien medida, como si estuviera tanteando mi valor en cuestión de segundos.

Lucien sonrió con satisfacción y me hizo un gesto con la mano.

—Clarice, te presento al Guardián de las Sombras.

Capítulo tres

Lucien dio un paso adelante y extendió una mano en mi dirección, con la teatralidad de quien presenta a un personaje en una obra de teatro.

—Y esta es Clarice Cooper, una agente del MI6.

El hombre inclinó la cabeza en un gesto que no supe interpretar, entre cortesía y diversión. Su mirada afilada me recorrió de arriba abajo con la precisión de quien está acostumbrado a analizarlo todo en segundos.

—*Ah, mon dieu!* —exclamó de pronto, llevándose una mano enguantada al pecho, como si acabara de enterarse de una noticia trágica—. Así que eres británica.

No fue una pregunta. Más bien un diagnóstico.

—No, soy americana —respondí.

Sus ojos grises se iluminaron con una mezcla de incredulidad y auténtico desconsuelo. Alzó la vista al techo, como si implorara paciencia a algún dios enterrado en aquellas catacumbas.

—*Pauvre enfant!* —exclamó, dejando caer los brazos con dramatismo—. Que fueras británica habría sido desafortunado, pero americana… ¡Qué destino tan cruel!

Le miré sin comprender. Por sus palabras, casi parecía que ese hombre creyese que en mi país estábamos sin civilizar y que

seguíamos matándonos a tiros como en el salvaje oeste. Antes de poder sacarle de su error, escuché un bufido detrás de mí.

—¿De verdad hemos venido hasta aquí por ella? —murmuró Élodie con desdén—. Me cuesta creer que vayamos a revelarle nuestros mayores secretos...

Antes de que pudiera decir más, Lucien se giró bruscamente hacia ella, con la mandíbula tensa.

—Ya basta, Élodie. Aunque te cueste aceptarlo, soy el líder de este grupo de la Resistencia y las decisiones las tomo yo.

Su tono era lo bastante frío como para congelar la humedad de las paredes. Élodie lo miró con resentimiento, pero no dijo nada más. En aquel momento me di cuenta de que el resentimiento de Élodie no era contra mí, sino contra Lucien. Me pregunté qué habría pasado entre los dos para que ella le odiara tanto.

El Guardián de las Sombras observó el intercambio con una sonrisa divertida, como si todo aquello fuera solo un espectáculo para su entretenimiento.

—Ah, la tensión en el aire… *magnifique*! —Juntó las manos como si lo estuviera disfrutando—. Pero no nos pongamos nerviosos, *mes amis*. —Giró sobre sus talones con un movimiento fluido y alzó la antorcha en el aire—. Venid conmigo. Vamos a mi reino, donde podremos hablar con más tranquilidad.

Y sin esperar respuesta, se internó en la oscuridad de los pasadizos, guiándonos con su luz temblorosa. Lucien y Élodie lo siguieron sin dudar. Yo me quedé un segundo en mi sitio,

preguntándome en qué demonios me había metido. Luego, sin más remedio, los seguí hacia lo desconocido.

El Guardián de las Sombras caminó con paso seguro hasta una enorme puerta de madera oscura, reforzada con gruesos remaches de hierro que parecían haber resistido siglos en aquel subsuelo olvidado. Sacó un pesado manojo de llaves de su cinturón y comenzó a rebuscar con calma, sin prisa, como si el tiempo no significara nada para él. Las llaves tintinearon en el silencio de las catacumbas hasta que, con un sonido sordo, una de ellas encajó en la cerradura. Giró con un quejido largo y polvoriento.

El Guardián empujó la puerta con ambas manos y una corriente de aire cargado con el aroma de papel viejo, óleo y metal antiguo se deslizó hasta nosotros como un susurro del pasado. Di un paso dentro y contuve el aliento.

Era una sala inmensa, iluminada por lámparas de aceite y velas colocadas en candelabros de hierro forjado. Sus paredes eran de piedra lisa, pero casi no se veían: estaban cubiertas por estanterías de madera antigua, repletas de libros de todos los tamaños y épocas. Algunos estaban bien alineados, en perfecto orden, pero otros formaban montañas caóticas en el suelo, como si hubieran sido rescatados a toda prisa de un incendio.

—No podía permitir que se perdiera todo este conocimiento —explicó el Guardián detrás de mí, como si hubiera leído mi mente—. Los nazis se dedican a quemar miles de libros y nosotros los guardamos. Ellos intentan borrar el pasado y nosotros lo protegemos.

El Guardián avanzó entre los estantes de libros y extendió un brazo hacia la sala.

—Y no solo guardamos libros, *mon chéri.* Aquí se protege el espíritu de Francia.

En el centro de la sala, cubiertas con telas de lino o expuestas con orgullo sobre pedestales de mármol, había algunas de las obras de arte más impresionantes que jamás había visto reunidas en un solo lugar. Pinturas de maestros renacentistas con sus colores aún vibrantes bajo la luz temblorosa, esculturas de mármol que capturaban cada pliegue de una túnica, con sus expresiones preservadas para toda la eternidad…

En una de las largas mesas de roble oscuro, vi cajas de terciopelo que contenían joyas que parecían haber pertenecido a reyes y emperatrices: collares de perlas, coronas engastadas con rubíes y esmeraldas, anillos con sellos nobiliarios…

Seguí mirando alrededor con la boca abierta, tan asombrada por toda aquella belleza que no sabía a dónde dirigir la vista. Me encontraba en un museo secreto enterrado bajo París.

—*Mon chéri*, estás viendo el corazón oculto de la ciudad —dijo el Guardián con una sonrisa mientras se colocaba a mi lado.

Tomó mi mano con suavidad, como si fuera un anfitrión guiando a un invitado ilustre por los salones de su palacio.

—Ven, ven… Déjame mostrarte algunas de mis posesiones más preciadas.

No protesté. Me dejé arrastrar entre aquellas maravillas mientras él hablaba como un coleccionista enamorado de sus

tesoros. Mis ojos recorrían las mesas de roble cargadas de joyas antiguas, las vitrinas que albergaban reliquias de templarios y reyes. Pero lo que realmente me dejó sin aliento fueron las pinturas. El Guardián se detuvo ante un lienzo cubierto y, con un movimiento teatral, retiró la tela que lo protegía.

Delacroix. La Libertad guiando al pueblo. Los colores aún vibraban bajo la luz de las antorchas: la mujer alzando la bandera, liderando la revolución entre humo y pólvora, sus pies descalzos sobre los cadáveres de los caídos. Un símbolo de resistencia, de lucha, de la esencia misma de Francia. El corazón se me encogió en el pecho.

—Pensaste que los nazis la tenían, ¿no es así? —preguntó el Guardián con una sonrisa satisfecha.

Asentí en silencio. Había oído rumores de que Hitler codiciaba esa pintura. Que la Gestapo la buscaba. Pero aquí estaba: oculta, protegida…

No tuve tiempo de recuperarme cuando mis ojos encontraron otro cuadro, apoyado contra la pared, medio cubierto por un manto de terciopelo. La Gioconda. No podía ser. Di un paso adelante, casi con miedo de que fuera una falsificación, pero ahí estaba su sonrisa enigmática, su mirada imposible de descifrar.

—La joya del Louvre. —El Guardián observó la pintura con un brillo de orgullo en los ojos—. ¿Cómo dejarla en manos del enemigo?

No podía creerlo. Cada obra de arte que el mundo suponía perdida, saqueada por los nazis, estaba ahí, escondida bajo París.

A unos metros de distancia, sobre un pedestal, descansaban Las Tres Gracias de Rubens, la piel de las figuras aún resplandeciendo con la calidez del óleo, ajenas a la guerra y a la oscuridad que amenazaba con devorarlo todo. Y al fondo de la sala, en un rincón iluminado con especial cuidado, se alzaba la Venus de Milo.

Los dedos me temblaban. Tantas maravillas. Tantas historias que se habrían perdido para siempre… Caminamos unos pasos más y el Guardián se detuvo frente a una vitrina de cristal. Deslizó su mano enguantada con suavidad por el borde. Bajo el vidrio descansaban hojas amarillentas, cubiertas de letras firmes e inclinadas.

—Cartas de Voltaire. Manuscritos de Víctor Hugo. Incluso algunas páginas originales de Molière.

El mundo pareció detenerse por un instante. Mis dedos hormiguearon, ansiosos, casi temblorosos. No era solo la necesidad de tocar esos documentos, de sentir el roce de las palabras de quienes habían dado forma a la literatura y el pensamiento francés. Era el peso de lo que representaban.

Los nazis quemaban libros, arrasaban con bibliotecas enteras, con ideas, con historias… Pero aquí estaban, a salvo, protegidos en la penumbra de una cueva bajo París, lejos del fuego, lejos de la barbarie. Tragué saliva, con el pecho apretado por la emoción y el alivio. Aquellas páginas no eran solo papel y tinta. Eran la memoria de un pueblo que se negaba a ser silenciado.

Seguimos avanzando hasta que el guardián se detuvo frente a una gran caja dorada, con grabados religiosos en cada centímetro de

su superficie.

—Esto, *ma petite Américaine*, es un relicario que alguna vez perteneció a los Templarios.

Y entonces vi algo que me dejó sin aliento. Entre todas aquellas maravillas, entre cuadros, esculturas y cofres repletos de oro y piedras preciosas, había una vitrina diferente. No era la más grande. No era la más llamativa. Pero su contenido me heló la sangre.

Dentro de aquella vitrina, había tres relicarios idénticos a los que habíamos encontrado vacíos en la Biblioteca Nacional: la corona de espinas, el clavo de Cristo y la lanza de Longinos.

No estaban perdidos. No estaban en manos de los nazis. Estaban ahí.

Sentí cómo me faltaba el aire. Di un paso adelante, luego otro, hasta quedar justo frente a ellos. No me atreví a tocarlos, ni siquiera a respirar demasiado cerca, como si el más mínimo movimiento pudiera hacerlos desaparecer.

Sentí que las lágrimas me empañaban los ojos. Habíamos venido hasta París para encontrarlos. Habíamos fracasado, o eso había creído. Pero no. Todo ese tiempo, habían estado ahí.

Me giré, con el corazón martilleándome en el pecho, y miré a Lucien. Él asintió con una leve sonrisa.

—Son auténticos —dijo—. Tu búsqueda ha terminado.

Capítulo cuatro

—No lo entiendes. —Mi voz sonó más dura de lo que pretendía, pero no me importó—. No es solo una cuestión de símbolos, no es solo que los nazis quieran exhibirlas como trofeos… Quieren usarlas.

El Guardián de las Sombras apartó la vista de la vitrina y me dedicó una sonrisa indulgente, como si acabara de escuchar un cuento de fantasmas contado por un niño demasiado imaginativo. Esa maldita calma suya, esa suficiencia, me sacaba de quicio.

—Ah, *ma chère Américaine*, qué imaginación tienes. —Sacudió la cabeza, como si estuviera lidiando con una niña testaruda —. ¿Y cómo se supone que piensan "usarlas"? ¿Hitler va a ponerse la corona de espinas y esperar que un milagro le conceda el poder de Dios?

—No es un juego. —Apreté los dientes y di un paso hacia él —. Y tampoco es una superstición. Estamos hablando de la Ahnenerbe, de gente que entiende cómo funcionan estas cosas.

—¿*Oui*? —El guardián alzó una ceja, divertido—. ¿Magos y hechiceros en uniforme nazi? Qué maravilla.

—No me creas si no quieres… Ni siquiera te estoy diciendo que sea cierto que esas reliquias pueden usarse para un poderoso ritual, pero los nazis lo creen. —Espeté, intentando contener la furia que me quemaba por dentro—. Y eso es suficiente.

No se trataba de fe. No se trataba de si era verdad o no. Ellos lo creían. Y estaban dispuestos a todo para llevarlo a cabo.

—El ritual que quieren hacer con estas reliquias… —Respiré hondo, obligándome a no gritar—. No es solo una locura más de Himmler y sus fanáticos. Quieren usarlas como conductos de energía, como nodos en un ritual capaz de levantar a los muertos.

El guardián entrecerró los ojos, pero no dijo nada. No se burló esta vez. Lo tomé como una señal para continuar.

—¿Puedes imaginarlo? —Mi voz bajó un tono, oscura como la propia idea—. Todos los soldados caídos en ambos bandos levantándose para luchar a su favor, un ejército imparable que no se cansa, que no necesita dormir ni comer, que tan solo desea seguir las órdenes de sus amos... No podríamos hacer nada contra algo así.

El guardián se cruzó de brazos. Me di cuenta de que, por primera vez desde que habíamos empezado aquella conversación, no sonreía. Decidí no decir nada más y dejar que las palabras flotaran en el aire rancio de la catacumba.

Hubo un largo silencio. Empecé a pensar que lo había convencido, pero entonces, el guardián exhaló un suspiro profundo y cerró los ojos un instante antes de sacudir la cabeza.

—*Mon dieu*, Clarice, tienes una mente fascinante.

—¡No es una historia! —grité perdiendo por completo la paciencia.

—Y sin embargo, suena como tal.

Su tono no era burlón esta vez. Era peor: sonaba condescendiente, como la voz de un adulto que decide dejar que una niña siga creyendo en Santa Claus si es lo que desea. No importaba lo que le dijera, ya había decidido que no iba a creerme.

—Las reliquias están a salvo aquí —dijo con simpleza, señalando la vitrina—. No en un tren que puedan asaltar; no en un barco que pueda hundirse; no en una base aliada donde alguien pueda traicionarnos. Aquí. Este es el lugar más seguro para ellas.

—Si las encuentran, dejarán de estar a salvo. —Apreté los puños.

—Si las encuentran… —El guardián me sostuvo la mirada—. Pero eso no va a suceder.

La certeza en su voz me heló la sangre, porque comprendí lo que pensaba. Para él, no era posible que los nazis encontraran aquel lugar y no porque creyera que eran incompetentes, sino porque él creía que su red, sus escondites, su control sobre las catacumbas, eran absolutos.

—Prefiero que sigan en la oscuridad antes que entregarlas a alguien que podría perderlas.

Me quedé sin palabras, sintiéndome herida y menospreciada. Él no iba a ceder porque consideraba que las catacumbas eran inexpugnables, que nada ni nadie podía arrebatarle su colección y que, por ello, no había lugar en el mundo en el que fueran a estar más a salvo que bajo su vigilancia. Pero no era cierto…

Ningún lugar era impenetrable, ningún sitio permanecía oculto para siempre. ¿Cuántos miembros de la Resistencia podrían acabar hablando bajo la presión de la Gestapo? El miedo y la tortura convertían hasta al más leal en un delator. Bastaba con que un solo hombre de la Resistencia capturado hablara y revelara la existencia de ese lugar a cambio de su vida para que el secreto se revelara. Y si eso ocurría, los nazis vendrían y arrasarían con todo.

Y aunque nadie los delatara, yo había oído que los nazis estaban explorando las catacumbas, que controlaban parte de ellas y avanzaban lentamente con mapas y registros, como si también quisieran reclamar el territorio que se abría bajo la ciudad. ¿Qué pasaría si un grupo de soldados explorando un túnel equivocado acababa dando con aquel lugar y sus tesoros?

Para mí era claro que las catacumbas no eran seguras. Tenía que sacar las reliquias antes de que fuera demasiado tarde y llevarlas a Inglaterra, a un mar de distancia, al único país de Europa en el que, al menos de momento, los nazis no habían podido plantar su sucia bandera.

Tenía que encontrar la manera de hacer que el Guardián lo entendiera, pero no se me ocurría qué más decirle. El silencio entre los dos se hizo espeso. Mi mente trabajaba a toda velocidad, buscando otra manera de convencerlo, otra forma de hacerle entender el peligro en el que estaban las reliquias si permanecían allí… Pero antes de que pudiera decir nada, un ruido seco me hizo girar la cabeza.

Algo había chocado contra el suelo en el otro extremo de la sala. Lucien y Élodie estaban discutiendo. Desde la distancia, no podía escuchar lo que hablaban, pero sus gestos lo decían todo. Élodie estaba furiosa. Se movía con brusquedad, los puños cerrados, el rostro tenso de rabia contenida… Lucien, en cambio, mantenía la calma, con la expresión de alguien que ya ha pasado por demasiadas discusiones y que no tiene intención de alimentarlas.

Élodie le arrojó algo. No vi qué era, solo oí el impacto contra el suelo de piedra y el eco rebotando por la sala. El Guardián de las

Sombras cerró los ojos con aire exasperado y lanzó un largo suspiro, como si ese tipo de espectáculos le resultaran demasiado mundanos para su gusto.

—*Ah, mes enfants*… —murmuró, cruzando los brazos mientras observaba la escena con una mezcla de fastidio y resignación. Su preocupación no parecía ser por ellos, sino por los tesoros que los rodeaban.

—¿Sabes qué demonios le pasa a Élodie conmigo? —pregunté en voz baja, aún observando la discusión—. Me odia desde que nos conocimos.

—Oh, *ma chère Américaine*, no se trata de ti. —El Guardián sonrió antes de soltar una risa seca y divertida—. Su problema no es contigo, sino con Lucien.

—¿Lucien?

—*Oui*. Son amantes.

—¿Qué? —Parpadeé, sorprendida.

—Lo han sido durante mucho tiempo. —Continuó, sin perder su sonrisa—. Pero hace unos meses, Lucien… digamos que cometió un pequeño error...

—Déjame adivinar —bufé—. Otra mujer.

—*Evidemment*. Una espía española del bando republicano. Muy hermosa… y muy letal. Y, por desgracia, irresistiblemente atractiva para Lucien. —Siguió el Guardián, que parecía encantado de chismorrear—. Desde entonces, Élodie no ha podido perdonarlo. Y, como buena francesa apasionada, ve una rival en cualquier mujer a la que Lucien le muestre la más mínima cortesía.

Miré de nuevo hacia la pareja, observándolos con otra perspectiva. Élodie seguía discutiendo con furia, su rostro encendido, sus gestos cada vez más agresivos. Lucien parecía estar respondiéndole con paciencia, con una leve sonrisa, como si estuviera disfrutando de la situación. Y entonces, sin previo aviso, la agarró de la cintura y la besó. No un beso rápido, ni una disculpa disfrazada de gesto afectuoso. Un beso largo, profundo, descarado…

Élodie pareció quedarse paralizada un instante, pero luego se rindió, aferrándose a su chaqueta con fuerza, como si lo odiara por hacerlo y, al mismo tiempo, no pudiera resistirse. Cuando, tras unos segundos de apasionado beso, Lucien la soltó y la miró a los ojos, ella echó el brazo hacia atrás a toda velocidad y le cruzó la cara con un bofetón que levantó ecos en la estancia, antes de marcharse con aires de reina ofendida.

—*Oh, l'amour…* —murmuró el Guardián con diversión, llevándose una mano al pecho como si aquello le conmoviera.

—Parecen sacados de una novela barata. —Solté una carcajada, incapaz de contenerme.

—El amor es un arte, *ma petite Américaine*. —El Guardián suspiró con exagerado dramatismo—. Un hermoso, caótico arte… —Se volvió hacia mí con una ceja levantada y una sonrisa curiosa—. Dime, ¿hay alguien que ocupe tu corazón?

La sonrisa se me congeló en los labios. No había esperado esa pregunta, pero en cuanto la escuché, Alfred apareció en mi mente: su voz, su mirada, el roce de sus manos en mi piel… Apreté los labios y desvié la vista hacia las reliquias.

—No creo que eso sea importante ahora.

El Guardián sonrió, como si hubiera leído más en mi reacción de lo que yo quería mostrar.

—Ah… entonces sí.

Observé al Guardián de las Sombras mientras el eco de su pregunta aún flotaba en el aire. Ese hombre no era alguien en quien confiaría en circunstancias normales. Era excéntrico, teatral, envuelto en un aire de misterio que no dejaba ver del todo quién era en realidad. Pero había algo en él que hacía que me cayera bien. Tal vez su humor afilado o tal vez la forma en la que trataba el arte y el conocimiento como si fueran lo más sagrado del mundo… O quizá tan solo necesitaba hablar con alguien.

—Sí. —Mi voz sonó más firme de lo que esperaba—. Se llama Alfred.

—Ah, un nombre inglés. —El Guardián alzó las cejas, como si acabara de recibir un chisme exquisito.

—Británico hasta la médula. —Sonreí de medio lado.

—¿Y dónde está tu misterioso Alfred ahora? ¿En la fría y triste Inglaterra?

—No, en Roma. —Mi sonrisa se apagó un poco.

—Curioso, *ma chère Américaine*. —El Guardián ladeó la cabeza—. ¿También buscando reliquias?

—Sí, a cada uno de nosotros se nos asignó una misión y tuvimos que separarnos. —Asentí—. Yo vine a París a por las reliquias de Notre Dame y él fue a Roma a recuperar otras.

—Roma, París… Son unas ciudades tan hermosas para recorrerlas con tu enamorado. —Se cruzó de brazos y negó con la cabeza—. Debería estar prohibido recorrerlas por separado.

—Estoy de acuerdo contigo —convine riendo—. Quizá podamos hacer ese viaje juntos en el futuro, cuando todo esto acabe…

—Eso espero… Y espero que tu Alfred esté bien.

—Yo también.

—Con tus... *dones*, ¿puedes saberlo? —preguntó mirándome con interés renovado.

—Ojalá pudiera hacer algo como eso... —contesté, riendo con suavidad.

El Guardián sonrió, pero esperó, como si supiera que no había terminado de hablar. Me pasé una mano por el pelo y miré hacia la vitrina donde descansaban las reliquias. Por un instante, no vi el reflejo del cristal, sino la imagen de Alfred, su mirada intensa, la forma en que fruncía el ceño cuando pensaba, su voz contenida cuando intentaba ocultar lo que sentía… Respiré hondo.

—No puedo saberlo con certeza. —Mi voz sonó más baja, más sincera—. Pero siento que está bien. —Me crucé de brazos, abrazándome a mí misma—. Creo que le quiero tanto que, si le pasara algo, lo sabría. De alguna manera, lo sabría… Sería como un lanzazo en el corazón. O como algo incluso más doloroso… Creo que sentiría que el alma se me desgarra, que ya no habría razón para continuar en este mundo si él ya no estuviera…

El Guardián se mantuvo en silencio, escuchándome. Le miré avergonzada, sin saber por qué me había abierto a él de aquella manera. Era la primera persona a la que le confesaba la relación clandestina que manteníamos Alfred y yo. Él me observó con atención, pero no se burló. No hubo comentarios ingeniosos, ni sonrisas divertidas. Solo asintió, como si entendiera.

—Entonces, mientras no sientas algo así…

—Mientras no lo sienta, sé que sigue vivo.

Me di cuenta de que lo creía de verdad. Yo no tenía ningún poder de precognición, nunca había tenido sueños proféticos ni había sabido lo que estaba sucediendo en otros lugares… y, sin embargo, estaba segura de que lo que me unía a Alfred era tan fuerte y profundo que, si le ocurría algo en cualquier lugar del mundo, por muy alejado que estuviera, yo lo sentiría.

El Guardián no respondió de inmediato. Se quedó en silencio, observándome con aquella mirada gris e inteligente que parecía ver más de lo que yo decía. Su expresión ya no era divertida ni condescendiente. Era seria, grave… Después de unos segundos, respiró hondo y pasó los dedos enguantados por el cristal de la vitrina, como si estuviera despidiéndose de su tesoro.

—Si has aceptado separarte de alguien a quien amas tanto, debe ser por una misión que de verdad importa.

Le sostuve la mirada. En realidad, no había sido una elección. Habíamos recibido órdenes que nos habían llevado a lugares distintos, con responsabilidades distintas… Pero, en el fondo, lo que decía el guardián sí se correspondía con la realidad: en ningún momento habíamos intentado resistirnos a la misión o habíamos

intentado organizarla de alguna manera en la que no tuviéramos que separarnos. Por mucho que nos estuviera doliendo cada segundo de ausencia, cada milla de separación, la misión era tan importante como para pagar ese precio, incluso aunque existiera el peligro de perder al otro y no volver a verlo nunca.

—Lo es. Poner a salvo esas reliquias es vital para el futuro de esta guerra, para el futuro del mundo… —Solté un largo suspiro—. Pero también para nosotros… Si Alfred y yo queremos tener un futuro, si queremos tener una oportunidad de vivir nuestro amor, tenemos que impedir que los nazis se hagan con ellas…

—Entonces, te las entregaré. —Asintió con gravedad.

Mi corazón dio un vuelco, pero antes de que pudiera decir nada, se giró hacia mí y su mirada se afiló.

—Pero antes, jura algo.

—¿Qué? —pregunté enderezando la espalda.

—Que protegerás estas reliquias con tu propia vida.

Sentí un escalofrío recorrerme la columna. Sabía lo que me estaba pidiendo. No era solo un compromiso. Era un voto.

—Jura que, si los nazis intentan arrebatártelas, preferirás destruirlas antes de dejarlas caer en sus manos.

—Lo juro. —Apreté los labios y asentí.

El Guardián me sostuvo la mirada un instante más y luego, con un leve suspiro, rebuscó entre las llaves de su cinturón. Abrió la vitrina con delicadeza y fue sacando las reliquias y posándolas en una mesa cercana con el cuidado de alguien que llevara un pajarillo

herido: el clavo de Cristo, la corona de espinas… La lanza del destino.

—Si ganamos esta guerra, las devolverás. No a mí, a Francia.

—Cuando ganemos esta guerra, os las devolveré.

Las envolvió en telas para protegerlas y las introdujo en una caja antes de entregármelas. Por primera vez desde que lo conocí, pareció inseguro. Tendí las manos sin llegar a tocar la caja, sin forzarle. Quería que fuera él quien me la colocara en las manos por propia voluntad. Asintió y me la entregó, con una sombra de resignación en su rostro, antes de girarse y levantar la voz.

—Lucien, Élodie. Venid.

Los dos se acercaron. Cuando vieron la caja en mis manos, sus expresiones cambiaron al instante. Lucien frunció el ceño y se acercó aún más.

—¿Son…?

—Las reliquias —respondió el Guardián.

—Tienes que salir de París. —Lucien soltó un leve suspiro de asombro y luego me miró. Sabía lo que significaba—. Cuanto antes.

—Lo sé —admití.

No podía separar la vista de la caja que llevaba en las manos. Me parecía que no pesaba nada, como si estuviera llena de jirones de nubes y, al mismo tiempo, el peso de la responsabilidad de llevarla me resultaba excesivo, agotador… Lucien carraspeó para llamar mi atención y, cuando le miré, pasó una mano por su cabello y asintió.

—Voy a contactar con la Línea Cometa. Ellos te sacarán de París y te llevarán hasta la frontera. Desde allí, podrán devolverte a Inglaterra.

Lo había conseguido. Apreté la caja contra mi pecho y, a pesar de todo lo que había perdido, me sentí feliz, en calma...

De vuelta a Inglaterra. De vuelta a casa. De vuelta a Alfred…



Colditz,
6 de junio de 1944

Capítulo uno

El aire frío de la noche los envolvió en cuanto salieron de la caseta de mantenimiento en la que desembocaba el túnel. Alfred fue el primero en salir, seguido de Calloway. Philip y LaSalle cerraban la marcha, llevando entre los dos a Andrew, que parecía cada vez más débil.

Alfred agradeció el fuerte aroma a tierra mojada y vegetación después de haber pasado tanto tiempo en aquel encierro de piedra y moho, pero no fue aquel olor a libertad lo primero que le llamó la atención. Fue la niebla. Todo estaba cubierto por una niebla espesa y baja que cubría el terreno como un manto espectral, envolviendo Colditz y sus alrededores con un velo impenetrable. Las luces de las torres y las patrullas eran poco más que parpadeos difusos en la distancia.

Philip se detuvo en seco, frunciendo el ceño mientras miraba a su alrededor.

—Esta niebla no es normal. —Su mirada se tiñó de nostalgia mientras sonreía—. Es como estar de vuelta en Londres.

—Es cosa de Nigel —contestó Alfred mientras echaba a andar tras Calloway con paso decidido.

—¿Quién demonios es Nigel? —preguntó Philip confundido.

Alfred permitió que una leve sonrisa asomara en sus labios mientras se ajustaba la mochila al hombro.

—Es uno de los nuestros, un miembro de mi equipo.

—¿Uno de los nuestros? —Philip observó la niebla con incredulidad—. ¿Quieres decir que uno de tus hombres puede hacer… esto?

—Sí, somos parte de la División OpenMind —dijo el nombre como si eso fuera suficiente explicación, pero al ver la expresión aún incrédula de su hermano, suspiró y se detuvo un momento para explicarse—. Somos un grupo de operaciones especiales. Reclutamos personas con habilidades poco convencionales. Nigel puede mover pequeños objetos con la mente y manipular algunos fenómenos atmosféricos; Irma es capaz de hipnotizarte con solo una mirada y obligarte a hacer casi cualquier cosa; Wendy percibe realidades que los demás no pueden y Clarice… Bueno, ella puede hacer cosas increíbles. Ya la conocerás…

No hizo falta que terminara la frase. Philip le miró burlón y le dirigió una sonrisa. Alfred notó que se había ruborizado y deseó que, con aquella niebla, su hermano no se diera cuenta.

—Vaya, vaya… Me encantará conocer a esa tal Clarice. —Philip lo observó con una mezcla de sorpresa y admiración—. ¿Y tú? ¿Qué haces en ese grupo de prodigios? ¿No me irás a decir que también tienes poderes especiales?

—No para nada… Estrategia, liderazgo... —Alfred sonrió de medio lado—. Digamos que yo me encargo de mantenerlos con vida.

Philip negó con la cabeza, con esa media sonrisa que Alfred recordaba de su infancia, una que solía aparecer cuando estaba genuinamente impresionado.

—Siempre supe que acabarías haciendo algo extraordinario.

Alfred no respondió, pero, a pesar del frío y la humedad que les rodeaba, un extraño calor, que parecía salir del centro de su pecho, le inundó y le hizo sentir como si acabara de regresar al hogar.

—Dejen la charla para luego. —Calloway, que había avanzado unos pasos, les hizo una seña—. Hay que seguir moviéndose.

Los cinco se pusieron en marcha, avanzando entre la maleza mientras la niebla seguía envolviéndolos como una sombra protectora. Alfred se permitió empezar a creer que iban a conseguirlo. Cada paso los alejaba un poco más de Colditz y les acercaba a la libertad… pero entonces todo cambió.

Cuando apenas habían avanzado un par de minutos, el sonido de las alarmas rasgó la noche. Las sirenas de Colditz bramaron con un aullido metálico y ensordecedor, un rugido de advertencia que atravesó la niebla como si pudiera disiparla con su sola presencia. LaSalle soltó una maldición en francés y Andrew, todavía debilitado, se apoyó más en Philip, que intercambió una mirada rápida con Alfred.

—Nos han descubierto.

—No importa. Ya estamos fuera. —Alfred tensó la mandíbula y siguió caminando—. Solo tenemos que seguir adelante.

Aunque se movían lo más rápido que podían, Alfred sintió que no estaban avanzando. Le daba la impresión de que la niebla los había atrapado en su abrazo denso y traicionero, que se movían en un mundo en el que ya no existían las distancias ni los puntos

cardinales, en el que no había salida… Ni siquiera podía ver bien a Calloway, que iba al frente, guiando al grupo. La visibilidad era tan mala que casi no podía distinguir su silueta borrosa a un par de pasos de distancia.

El suelo estaba húmedo y resbaladizo y cada paso requería más esfuerzo del que había esperado. A su espalda, Andrew jadeaba con cada movimiento, apoyándose pesadamente en LaSalle y Philip. Su respiración era tan ronca y débil que Alfred se preguntó si lo conseguiría.

Le pareció que llevaban una eternidad atrapados en la bruma. El ulular de las sirenas de Colditz seguía resonando, como si no consiguieran apartarse de la fortaleza. Los sonidos parecían venir de todas partes, deformados y distorsionados por la niebla. A veces creía escuchar motores rugiendo cerca, el crujido de ramas bajo botas pesadas, órdenes gritadas en alemán... pero cuando se detenía a escuchar con atención, todo parecía sumirse en un silencio antinatural, como si no hubiera más mundo al otro lado de aquella neblina. ¿Estaban cerca? ¿Los estaban rodeando? ¿O era su propia mente jugándole una mala pasada?

Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, preparado para el momento en que de entre la niebla emergieran las figuras oscuras de los soldados alemanes con sus rifles levantados. El pulso le martilleaba en las sienes y el aire le parecía más denso, como si de repente no entrara suficiente oxígeno en sus pulmones. Sus dedos se crisparon sobre su pistola, el sudor en la palma de su mano contrastando con el frío del metal.

De repente, frente a ellos, se alzaron dos siluetas. Emergieron de la niebla a solo unos pasos delante de él, grandes, oscuras y sin rostro en medio de la bruma espesa. El estómago se le encogió como si le hubieran dado un puñetazo, el corazón le saltó a la garganta, golpeando tan fuerte que por un segundo creyó que podrían oírlo en millas a la redonda. Cada fibra de su cuerpo gritó para que disparara su arma, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz atravesó la niebla.

—¡Alfred!

Su cuerpo se paralizó, con el dedo sobre el gatillo. En cuestión de un segundo, habría podido vaciar el cargador sobre aquellas dos siluetas oscuras y ominosas. Por suerte, había reconocido aquella voz.

—¿Wendy? —preguntó emocionado.

Las siluetas dieron un par de pasos hacia delante y se definieron mejor en la neblina. Reconoció el dulce rostro de Wendy y la sonrisa burlona y relajada de Nigel. Alfred sintió que el aire volvía a llenar sus pulmones, que el mundo dejaba de estar en cámara lenta.

—No son alemanes —anunció a los demás—. No vamos a morir aquí.

—No hables tan rápido —dijo Calloway, saludando a Wendy y Nigel con un seco gesto con la cabeza antes de seguir adelante—. No estaremos a salvo hasta que lleguemos al maldito avión.

Capítulo dos

La explanada que se extendía frente a ellos hasta llegar al bosque parecía infinita bajo la niebla densa que lo envolvía todo. Sabía que la distancia no era más de una milla, pero en aquel momento le parecía insalvable.

Andrew apenas podía mantenerse en pie. La fiebre le consumía y, a cada minuto que pasaba, se sentía más débil. Lo llevaban entre Calloway y LaSalle, sosteniéndolo por los brazos y obligándolo a seguir adelante. Calloway cruzó sus ojos con Alfred y negó con la cabeza para indicarle que el enfermo era como un peso muerto y que no estaba seguro de poder cargar con él durante todo el trayecto.

Alfred suspiró y siguió adelante. Sabía que sería difícil, pero no iban a abandonar a aquel chico. Si era necesario, se irían turnando para llevarlo, aunque fuera en brazos, pero conseguirían salvarlo o perecerían en el intento. O se salvaban todos o morían todos, pero no iban a dejar a nadie atrás. Y sabía que todos sus compañeros pensaban lo mismo.

Se consoló pensando que, al menos, contaban con la ventaja de la espesa niebla. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que también significaba un peligro. Escuchaban los motores rugiendo a lo lejos, vislumbraban sus faros desgarrando la oscuridad en ráfagas de luz amarillenta y se sobresaltaban con los gritos de los soldados alemanes… Todo estaba distorsionado por aquel velo blanco que hacía imposible calcular bien las distancias, por lo que cada paso se

convertía en una apuesta a ciegas. Podían estar a solo unos pasos de los alemanes y no saberlo hasta que fuera demasiado tarde.

Nigel iba detrás de todos, con la mandíbula apretada, la frente perlada de sudor y el rostro más pálido de lo habitual. Caminaba con los ojos clavados en el suelo como si mantener la niebla requiriera de toda su concentración. Alfred se dio cuenta de que el chico estaba llegando al límite, pero no podían detenerse. Frenó un poco para colocarse junto a él y, cuando Nigel le miró, le lanzó una mirada de ánimo para indicarle que estaba a su lado para ayudarle en todo lo que necesitara, aunque era consciente de que había muy poco que pudiera hacer.

Un faro se encendió de repente a la derecha, rasgando la bruma como el filo de un cuchillo.

—¡Al suelo! —susurró Alfred con urgencia.

Todos se dejaron caer sobre la hierba mojada. El sonido de un motor rugió en la niebla, cada vez más cerca. Alfred contuvo la respiración, apretando la mandíbula mientras veía cómo un coche militar alemán cruzaba a solo unos pasos de ellos. El reflejo de los faros hizo que la niebla brillara por un instante, proyectando sombras largas y distorsionadas a su alrededor.

Los segundos se alargaron como horas. Estaban tan cerca que incluso pudieron oír a los soldados dentro del coche hablando en voz baja y como uno de ellos se reía. Después de un tiempo eterno, el vehículo pasó de largo, pero nadie se movió hasta que el sonido del motor se perdió entre la bruma.

—Vamos. —Alfred se puso en pie sin esperar un segundo más.

Philip ayudó a Calloway y LaSalle a levantar a Andrew, que parecía estar al borde de la inconsciencia. Alfred volvió a dudar de si podrían conseguirlo, pero, al mirar hacia delante sintió que una pequeña esperanza prendía en su pecho. El bosque estaba más cerca ahora. Se alzaba como un muro de sombras frente a ellos, un refugio oscuro en medio de la nada. Doscientos pasos más y lo lograrían.

Y entonces Nigel se desplomó… Su cuerpo cayó como si una mano invisible hubiera cortado los hilos que lo sostenían.

—¡Nigel! —Wendy se arrodilló a su lado en un segundo, sacudiéndolo con desesperación.

La niebla pareció temblar y Alfred sintió un vacío en el estómago. Si la niebla desaparecía, todos estarían muertos.

—Nigel, despierta —rogó arrodillándose a su lado.

Con la ayuda de Wendy, que le agarró por el otro brazo, consiguieron incorporarlo. Estaba consciente, pero su piel tenía un tono pálido y enfermizo y parecía que sus párpados pesaban demasiado y que solo podía mantenerlos abiertos con un gran esfuerzo.

—Estoy bien… —farfulló, tratando de incorporarse por sí mismo.

Alfred se dio cuenta de que su cuerpo apenas respondía y que su respiración era débil y entrecortada.

—No pareces bien —le contradijo Wendy poniéndole una mano en la frente para comprobar si tenía fiebre.

—Solo estoy cansado. —Nigel esbozó una sonrisa, pero incluso aquel leve gesto pareció suponerle un excesivo esfuerzo. Cerró los ojos un segundo, intentando recuperar el aliento—. Creo que ya no me queda energía para seguir con la niebla.

Alfred alzó la mirada y su estómago se encogió. La niebla, antes espesa e impenetrable, empezaba a disiparse en remolinos sutiles. Se hacía más fina, menos densa, abriendo pequeños resquicios en los que la luz de los faros alemanes ya comenzaba a filtrarse. Wendy también lo notó. Sus ojos recorrieron el paisaje con urgencia antes de detenerse en Alfred.

—¿Os acordáis del primer vuelo que hicimos juntos?

—¿Qué? —preguntó Alfred sin comprender.

—Aquel primer vuelo hacia el norte de España para unirnos a la Línea Cometa, cuando sobrevolamos aquella tormenta. —Wendy se volvió hacia Nigel, que aún estaba tratando de mantenerse despierto—. Dejamos que Nigel cogiera nuestra energía para disiparla.

Nigel levantó la cabeza, y por primera vez desde que se desplomó, sus ojos mostraron un destello de interés.

—¿Crees que funcionaría?

—Funcionó la primera vez —respondió ella encogiéndose de hombros.

—No sé si queda tiempo para probarlo. —Calloway chistó con impaciencia, mirando por encima del hombro—. Los alemanes no van a esperar a que terminéis vuestro experimento.

Alfred lo ignoró. No tenían muchas opciones. Si la niebla desaparecía por completo, los verían antes de llegar al bosque. Cerró los ojos y asintió con decisión.

—Hagámoslo.

Los tres se tomaron de las manos, formando un pequeño círculo en el suelo. Alfred cerró los ojos, concentrándose en lo que estaban a punto de hacer. Al principio, no sintió nada, solo el frío de la noche en la piel, la presión de los dedos de Wendy y Nigel en sus palmas, el latido firme de su propio corazón… Pero entonces algo cambió. Un leve tirón, como si algo dentro de él se tensara, como si su pecho se encogiera… Luego, Nigel inhaló profundamente y Alfred sintió el impacto.

No fue algo físico. Fue como si algo invisible golpeara su mente, una pulsación repentina que le sacudió desde el interior, como si su cerebro se comprimiera al máximo en un solo latido antes de expandirse de golpe… Y en esa expansión, sintió que se vaciaba, no de forma física, sino de una manera más profunda, como si todo el aire saliera de su cuerpo, como si su propia esencia se escapara por cada poro provocándole un segundo de asfixia, un vacío que le oprimió los pulmones… Y entonces se detuvo.

Alfred abrió los ojos y vio que la expresión de Nigel había cambiado. Su piel había recuperado algo de color y sus ojos, antes vidriosos de agotamiento, estaban más abiertos, más vivos… Y la niebla estaba volviendo. Alfred giró la cabeza y vio cómo la bruma se espesaba de nuevo, como si la energía que Nigel les había drenado hubiera insuflado fuerza al fenómeno. El joven se puso en pie, aún

con un leve tambaleo, pero con una nueva determinación en su mirada.

—Podemos continuar. —Su voz sonó más firme, aunque con el mismo tono bromista de siempre—. Pero no nos confiemos. No sé cuánto me va a durar esto.

Alfred se incorporó y ayudó a Wendy a hacer lo mismo. Fue entonces cuando notó lo agotada que estaba. Su piel estaba más pálida de lo normal y su respiración parecía lenta y trabajosa. Se dio cuenta de que él también se encontraba muy cansado, muy débil…

Cruzó su mirada con la de Wendy y no necesitaron decirse nada para saber que los dos estaban pensando lo mismo: si Nigel volvía a quedarse sin energía, no podrían hacer nada más por él.

Capítulo tres

Cuando llegaron a la linde del bosque, Alfred se sintió como si acabara de alcanzar un santuario. Notó el cambio en el cuerpo, en los músculos, en la mente misma… Ya no estaba en una explanada abierta en la que la muerte se deslizaba escondida entre la niebla. Los árboles, altos y silenciosos, le acogieron como un refugio.

Nigel soltó un suspiro audible y, con una sacudida leve de los hombros, liberó la niebla como si estuviera soltando una pesada mochila. La bruma comenzó a deshilacharse con lentitud, como si le costara marcharse, pero acabó cediendo a la oscuridad.

El aire dentro del bosque era distinto, más húmedo, más espeso… Olía a musgo, a tierra mojada y a madera. Alfred se sintió revitalizado por aquellos aromas y, por un momento, pensó que podrían avanzar mejor bajo la cobertura de los árboles, pero la ilusión se disipó en cuanto dieron los primeros pasos. Aquel terreno era un infierno: las raíces sobresalían como trampas vivas; las ramas les arañaban la ropa, los brazos, la cara… En cada zancada se encontraba con un obstáculo nuevo: una raíz oculta, una roca inestable, una zanja inesperada… Además, el bosque era tan cerrado y tupido que parecía engullir cualquier luz. Las copas de los árboles no permitían la vista de la luna ni de las estrellas. Una oscuridad casi completa les rodeaba y la noche parecía cerrarse con más fuerza a cada paso que daban.

Sintió que se ahogaba. No de miedo ni de pánico, sino de puro agotamiento. Cada músculo le dolía, en cada respiración

inhalaba un aire que no le llenaba. Sentía los pulmones apretados, como si algo le comprimiera el pecho, y un sudor pegajoso y frío que le empapaba la espalda y le escocía en los ojos.

A su lado, Wendy se tambaleaba. Estaba blanca como una sábana, con el rostro tan pálido que parecía relumbrar en aquella oscuridad. Su respiración era superficial y forzada, como si luchara por cada bocanada. Alfred la cogió del brazo cuando tropezó con una raíz, y notó cómo temblaba, como una hoja a punto de caer.

Le habría gustado sostener a Wendy y ayudarla a avanzar, pero él no estaba mejor. Notaba las piernas de plomo y la cabeza le latía como si algo presionara desde dentro. Sin embargo, la sensación más extraña era la de su pecho. No le dolía, pero lo sentía vacío, como si algo que debería estar allí se hubiese ido.

Forzó la vista para distinguir al resto del grupo en la oscuridad. Philip y LaSalle aguantaban, llevando casi en volandas el cuerpo de su amigo Andrew. Se preguntó cuánto tiempo podrían avanzar así. También se preguntó, aunque habría preferido no hacerlo, si el propio Andrew aguantaría aquel paseo por el bosque, si su maltrecho cuerpo soportaría el esfuerzo al que le estaban sometiendo…

Unos pasos más adelante, distinguió a Calloway, que se abría camino entre la maleza con decisión, avanzando con paso firme, sin parecer afectado por nada. Nigel andaba detrás de él con expresión serena y una ligereza que no se correspondía con el esfuerzo que acababa de hacer al invocar y mantener la niebla. Se dio cuenta de que el chico había absorbido más energía de la cuenta cuando habían tratado de ayudarle. De hecho, había tomado demasiada…

Esa era la razón de que en aquel momento tanto Wendy como él se encontraran al borde de la extenuación. Respiró hondo para alejar la ira. El chico no había decidido cuánta energía absorber de ellos dos. De hecho, ni siquiera sabía cómo controlarlo. No serviría de nada enfadarse con él. Lo único que podía hacer era rezar para que tanto Wendy como él pudieran continuar adelante, aunque fuera sostenidos tan solo por su fuerza de voluntad.

Al cabo de un tiempo, que se le hizo eterno, el bosque pareció abrirse un poco. Entre los árboles apareció un pequeño claro. Eran apenas unas brazas de espacio entre los troncos, pero fue suficiente para que Calloway se detuviera y levantara una mano.

—Alto aquí. Vamos a tomar aliento.

Todos agradecieron el gesto, aunque ninguno lo dijo en voz alta. Philip y LaSalle depositaron a Andrew con todo el cuidado del mundo sobre un lecho de hojas húmedas. El muchacho estaba en otro mundo, con los ojos entreabiertos y el rostro ardiente. Su piel brillaba cubierta de sudor, pero su cuerpo temblaba de frío. Tras dejar a su compañero, Philip se dejó caer de espaldas sobre el suelo y se tapó los ojos con el antebrazo. LaSalle se apoyó en un árbol, con las manos en las rodillas, jadeando.

Alfred los miró un segundo y luego se giró hacia Wendy. Ella estaba sentada sobre una piedra, con los codos en las rodillas y la cabeza inclinada hacia delante. Su pecho subía y bajaba en un ritmo errático. Le dio la impresión de que no estaba respirando, sino luchando como si el aire que le llegaba no bastara y su cuerpo estuviera a punto de rendirse.

Se agachó a su lado sin decir nada. No hacían falta palabras. Sabía lo que ella sentía, porque era lo mismo que sentía él. La chica consiguió levantar un poco la cabeza y forzar una media sonrisa, una promesa de que aún tenía fuerzas, de que no iba a rendirse.

—¿Podéis seguir? —preguntó Calloway preocupado.

—Sí —contestó Alfred con la garganta tan seca que la palabra sonó como el crujido de una rama al romperse.

Wendy también asintió, sin levantar la cabeza. Alfred la ayudó a levantarse. Cuando sus ojos se cruzaron, los dos supieron que estaban al límite de sus fuerzas… pero también supieron que no podían reconocerlo, que debían seguir hasta alcanzar la libertad… o la muerte.

Siguieron avanzando entre los troncos como fantasmas: en silencio, con la respiración contenida, con el peso del agotamiento tirando de cada extremidad... Las ramas se enredaban en sus ropas, el barro les hacía resbalar y la humedad calaba más cuanto más se internaban en el bosque.

Calloway iba el primero, alerta, con los sentidos aguzados como los de un animal en territorio enemigo. Y entonces, alzó una mano dando la señal de detenerse. Todos se pararon en seco. Alfred contuvo el aliento sin saber por qué.

—Escondeos —susurró Calloway, casi sin mover los labios.

Obedecieron sin hacer preguntas. Nadie necesitaba una explicación. Nigel agarró a Wendy del brazo y la arrastró tras un árbol; Philip y LaSalle cargaron a Andrew lo mejor que pudieron y desaparecieron hacia la izquierda y Calloway se deslizó entre la

maleza, sin dejar rastro. Alfred decidió lanzarse tras un grupo de matorrales espesos, clavando las rodillas en la tierra mojada mientras se encogía en la oscuridad.

El bosque volvió a quedar en silencio, como si nunca hubieran estado allí. Al principio, Alfred no escuchó nada fuera de lo normal… Incluso empezó a pensar que Calloway se había equivocado, que el miedo y el agotamiento le habían hecho confundir los ruidos del bosque con los de algún enemigo, pero entonces un zumbido sordo empezó a crecer entre los árboles.

Era el sonido de varios motores. Tras aguzar el oído, le pareció que eran dos. El sonido se acercaba, se deslizaba como un cuchillo entre los árboles. Y entonces las vio: dos motos alemanas irrumpieron entre los troncos con sus faros rasgando la oscuridad como cuchillas de luz blanca. Pasaron a escasos metros del matorral donde Alfred estaba agazapado, completamente inmóvil, con el cuerpo tensado como la cuerda de un arco a punto de dispararse. Se detuvieron y, mientras los motores ronroneaban al ralentí, uno de los soldados masculló algo, sin bajarse del asiento.

—Ich hasse diesen Dreckswald… Warum müssen wir ausgerechnet nachts hier rumfahren?[xiii]

El otro se encogió de hombros, con las manos firmes en el manillar.

—Befehl ist Befehl. Wir sollten besser weiterfahren, wenn wir keinen Ärger wollen.

Uno de los soldados iluminó con la linterna el suelo cubierto de hojas. Alfred vio el haz, bailando a apenas un par de pasos de su

escondite y sintió que su corazón palpitaba con tanta fuerza como para que aquellos dos hombres le descubrieran… Pero no sucedió nada. El soldado apagó su linterna y siguieron su camino. El sonido de los motores se alejó poco a poco, aunque no llegó a desaparecer del todo.

El silencio volvió, roto solo por las hojas que crujían bajo los cuerpos que salían poco a poco de sus escondites. Alfred se incorporó el último, limpiándose el barro de las manos. Caminó en dirección al claro donde todos comenzaban a reagruparse. La tensión era visible en los rostros. Nadie dijo nada durante unos segundos. Fue Alfred quien rompió el silencio.

—Tal y como estamos, quizá deberíamos buscar un sitio donde escondernos. Al menos hasta que se calmen las cosas. —Se giró hacia Calloway—. No podemos correr, Andrew apenas respira y Wendy y yo estamos agotados. Si nos encontramos con ellos, no vamos a poder huir.

Calloway lo miró con una expresión que rozaba la piedad… pero no flaqueó.

—La pista está cerca —dijo con voz firme—. Menos de una milla si seguimos recto por este bosque.

—Y si esos cabrones la encuentran antes que nosotros… —murmuró LaSalle, aún sin aliento.

—Sí, esa es otra razón para darnos prisa. —Su tono fue más duro—. Si descubren la pista, Lancaster tendrá que despegar sin nosotros. Tenemos que llegar antes que ellos.

Alfred sintió cómo el peso volvía a su pecho. No había más opción que seguir. Asintió y, sin pensarlo más, volvió a ponerse en marcha. Un paso tras otro, hasta el final… Fuera el que fuera…

Capítulo cuatro

El bosque comenzaba a abrirse. Las ramas se hacían menos densas, los troncos más espaciados… Por primera vez en lo que parecía una eternidad, la luz de la luna logró filtrarse entre las copas, dibujando parches plateados en el suelo cubierto de hojas.

Alfred levantó la vista, sintiendo que el pecho se le llenaba de esperanza. Su destino no podía estar lejos, aunque eso no significaba que les fuera más fácil avanzar. Cada paso que daba era una tortura, como si el aire pesara, como si sus huesos fueran de piedra. El cuerpo no solo le dolía. Le suplicaba parar.

Nigel caminaba sujetando a Wendy, como si ambos se sostuvieran mutuamente. Ella apenas alzaba la cabeza, con toda su atención puesta en que sus pies no tropezaran con las traicioneras raíces que seguían surgiendo del suelo.

Andrew parecía un cadáver en brazos de Philip y LaSalle, con su cuerpo colgando entre los dos como si ya no quedara nada de energía vital que pudiera animarlo. Tan solo el movimiento de sus labios secos y el leve gemido de dolor que escapaba de ellos indicaban que aún estaba vivo.

—Vamos, vamos. Estamos cerca —murmuró Calloway al frente, sin dejar de avanzar—. La pista está a menos de un tercio de milla.

Alfred quería creerle y, por primera vez, empezó a hacerlo. Quizá lo conseguirían. Era cierto que estaban destrozados, pero

habían conseguido salir de Colditz, una prisión de la que se decía que era imposible escapar, habían cruzado una enorme explanada ocultos por la niebla, habían atravesado aquel oscuro bosque... En cuanto dejaron atrás los últimos árboles, levantó la vista hacia el cielo y sonrió. La luna iluminaba el camino. Y el avión estaba cerca, tan cerca… Sería tan injusto fracasar cuando estaban rozando el triunfo con la punta de los dedos… Tenían que conseguirlo, tenían que asegurarse de que no les descubrirían cuando quedaba tan poco.

—Esperad —ordenó alzando una mano.

Todos se detuvieron, resollando, tambaleándose… Alfred miró a Nigel, dirigiéndole una mirada en la que se mezclaba la súplica y la esperanza.

—¿No sería mejor que volvieras a crear niebla? Al menos hasta que crucemos la explanada.

Nigel lo miró como si le hubiera pedido que se pusiera a volar. Negó con la cabeza y, en lugar de responder, miró a Calloway.

—Con niebla, Lancaster no podrá despegar —intervino el sargento—. Bastante difícil lo va a tener ya como para quitarle visibilidad.

—Y además… —Nigel se encogió de hombros— no tengo energía ni para quejarme, imagínate para invocar una maldita niebla mágica que cubra todo esto.

A pesar de todo, a Alfred se le escapó una sonrisa, pero quedó congelada cuando volvió a escuchar el zumbido. Eran las

motos otra vez y sonaban muy cerca… y ya no tenían la espesura del bosque para ocultarse.

—¡Seguid! —ordenó Calloway en un susurro urgente—. ¡Es nuestra única oportunidad! ¡Ahora o nunca!

Volvieron a avanzar, cada uno como podía: casi arrastrándose, sujetándose los unos a los otros, tropezando… Los motores seguían rugiendo por el bosque, pero ya no eran ecos lejanos. Los faros cortaban la oscuridad entre los árboles. Una luz se deslizó a su izquierda, a apenas cincuenta pasos, dibujándose entre los troncos.

Ya no había vuelta atrás. Dejaron el refugio de los últimos árboles y se encontraron en la explanada… Alfred se sintió expuesto, desnudo e indefenso, pero no se detuvo a pensar en ello. Al final de la explanada, con la luna brillando sobre el fuselaje, la avioneta les esperaba.

Lancaster estaba en la cabina. El motor ya estaba encendido y las hélices giraban como cuchillas invisibles. Alfred siguió corriendo, sintiendo sus fuerzas renovadas al ver el final tan cerca… El mundo se redujo a trescientas zancadas, tres centenares de pasos hasta la salvación. No pensó, no habló, no sintió. Se limitó a correr, sabiendo que su vida dependía de ello… y que, por detrás, llegaba la muerte.

Una moto surgió de la oscuridad por el flanco izquierdo, entre los árboles, el faro reventando la noche con su luz amarilla. El motorista alemán los vio y gritó algo en su lengua, una orden cortante y rabiosa.

—Halt! Stehenbleiben![xiv]

El soldado disparó. Una ráfaga de ametralladora cortó el aire, las balas mordiendo la tierra a los pies de Alfred. Sintió los impactos cercanos, el zumbido salvaje del metal contra el suelo, la vibración subiendo por sus piernas. Calloway se detuvo en seco, se giró, apuntó y disparó una sola vez. El alemán cayó de la moto como una marioneta sin cuerdas.

—¡Seguid! —gritó Calloway corriendo de nuevo.

No hubo tiempo de alegrarse ni de sentirse a salvo. Otra moto rugía a lo lejos. Alfred no se giró. No había tiempo ni siquiera para comprobar la distancia que le sacaban a su perseguidor. Tan solo podía correr hacia la avioneta, rodeado por sus compañeros. Wendy tropezaba junto a él mientras Nigel la sujetaba, jadeando. Philip y LaSalle llevaban a Andrew a trompicones.

El avión estaba ahí, a apenas cincuenta pasos. La puerta lateral estaba abierta. Lancaster, en la cabina, les hacía señales con una mano mientras con la otra mantenía los mandos con firmeza.

—¡Rápido! ¡Rápido!

Uno a uno, comenzaron a subir. Primero Nigel, arrastrando a Wendy. Luego LaSalle. Alfred alcanzó la compuerta y ayudó a su hermano a subir a Andrew, mientras Calloway les cubría desde atrás.

Entonces, lo oyó. Un grito superponiéndose al rugido del motor, la voz del segundo soldado alemán gritando desde la oscuridad:

—*Ich hab euch! Ihr Schweine!*[xv]

Una sombra le apuntó, el arma del soldado brilló bajo la luna. En ese momento, recordó las palabras de Wendy acerca de la luz

blanquecina que rodeaba su aura desde aquella noche en Roma en la que se habían cruzado con la *Corte dei Dannati* y supo que iba a morir. El alemán apretó el gatillo y Alfred no pudo hacer más que cerrar los ojos y prepararse para el impacto… pero no llegó.

Alguien se interpuso... Philip… Sus cuerpos chocaron en un instante eterno. El impacto lo empujó hacia atrás y Alfred lo recogió entre sus brazos. El sonido seco del disparo se clavó en sus oídos.

—¡Philip! —gritó Alfred, sujetándolo.

Calloway se giró, apuntó y disparó. El segundo alemán cayó de espaldas, disparando una última ráfaga al cielo mientras se desplomaba. El bosque volvió a llenarse de silencio, excepto por los motores del avión.

—¡Todos dentro! ¡Ahora! —bramó Calloway.

Alfred, con los brazos temblando, alzó a su hermano como pudo. No sabía si estaba vivo. No tenía tiempo para comprobarlo. Wendy lo ayudó a sujetarlo y entre los dos lo subieron. Calloway fue el último en entrar.

—¡Lancaster, despega ya! —ordenó.

Desde la cabina, Lancaster no se giró. Solo gritó:

—¡Agarraos a lo que podáis! ¡Esto va a ser un despegue muy jodido!

La avioneta tembló al ponerse en marcha. El rugido de los motores llenó la cabina con un zumbido denso y áspero que parecía atravesarlo todo: la madera del fuselaje, el suelo bajo sus botas, los huesos de su cuerpo…

Alfred se desplomó de rodillas junto a Philip, sujetándole la cabeza, sin atreverse aún a mirar la sangre que manchaba sus manos. Solo sentía su respiración, débil pero presente. A su alrededor, los demás se aferraban a donde podían: Wendy con los ojos cerrados, el rostro empapado en sudor; Nigel encorvado, exhausto pero con la mandíbula apretada; Calloway en la puerta, aún con el arma en la mano, como si se negara a dejar de vigilar.

La avioneta empezó a rodar. En un primer momento, el avance fue lento y pesado, pero, poco a poco, fue haciéndose más rápido. El terreno bajo ellos era irregular, traicionero, lleno de baches y piedras sueltas. Cada sacudida parecía prometer que la siguiente sería la última, que el aparato se partiría en dos antes de alzar el vuelo.

En aquel momento, volvieron a escuchar ese sonido que aquella noche habían aprendido a temer más que nada: motores. Desde el lateral del bosque, a su izquierda, empezaron a emerger las luces de los faros. Uno, dos, tres…

—¡Mierda! —murmuró Calloway.

Las motos surgieron como espectros desde los árboles, los faros rasgando la oscuridad, el rugido de los motores alzándose por encima del de la propia avioneta. Alfred se dio cuenta de que estaban acelerando. No querían perseguirlos desde atrás. Querían adelantarlos y colocarse en el camino de la avioneta, dispuestos a arriesgar sus propias vidas con tal de impedirles despegar.

Se giró, asomándose a medias por la ventanilla. Vio como las motos ganaban terreno, saltando entre arbustos, derrapando sobre

la hierba mojada, tratando de interceptarlos, de bloquear la pista antes de que las ruedas dejaran el suelo.

—¡Más rápido, Lancaster, más rápido! —gritó Nigel, haciéndose oír entre el estruendo.

Alfred notaba el impulso, el cuerpo pegándose hacia atrás mientras la avioneta ganaba velocidad. Pero aún no era suficiente para despegar. Las motos ya estaban peligrosamente cerca del extremo de la pista, dos de ellas tomando una trayectoria curva, adelantándose en paralelo, con la clara intención de cruzarse en el último momento.

Todo en Alfred gritaba que no llegarían, que se estrellarían. Incluso llegó a pensar que quizá sería mejor frenar el avión y rendirse, pero Lancaster no pensaba lo mismo. La avioneta siguió acelerando mientras la pista improvisada se estrechaba.

Las motos aceleraron aún más. Una se adelantó a las demás, saltando por una zanja lateral, con el faro apuntando directo a la cabina del avión. Otra se aproximó por la derecha, balanceándose entre baches, buscando la trayectoria exacta para cruzarse en su camino. Alfred fue capaz de ver el rostro del soldado más cercano, una sombra tras el faro, los ojos decididos, el arma en alto…

La avioneta temblaba, cada bache en la pista les sacudía los huesos. La velocidad subía, pero seguía sin ser suficiente.

—¡No vamos a llegar! —gritó Nigel.

—¡Sí que llegamos! ¡Calla! —rugió Calloway, aún asomado, apretando los dientes.

Las hélices zumbaban como cuchillas rabiosas, la cabina temblaba como si estuviera a punto de romperse… Y entonces, a escasos metros del final de la pista, una de las motos giró hacia el centro.

Iba a cruzarse.

Iba a cortarles el paso.

Iban a chocar…

Alfred se inclinó por reflejo, cubriendo el cuerpo de Philip. Sintió el terror recorriéndole la columna. La cabina pareció lanzar un alarido de metal y el rugido del motor se volvió ensordecedor. Y de pronto… Aire. El mundo quedó atrás, el ruido de las ruedas desapareció, su cuerpo quedó suspendido en un instante sin gravedad… La avioneta había despegado.

Por la ventanilla, Alfred vio las motos pasar por debajo, una de ellas derrapando, girando en seco al ver que no lo habían conseguido. Dejaron atrás el bosque, las sombras, los gritos, las balas… Por primera vez en horas solo hubo silencio.

Estaban volando. Y seguían vivos.

Capítulo cinco

La avioneta volaba recto, cortando el cielo nocturno para llevarles hacia la libertad, pero en su interior no había triunfo ni alegría…

Philip continuaba sangrando. Lo habían tumbado en el suelo de la avioneta, sobre unas mantas raídas. Wendy se había quitado la chaqueta y le taponaba con ella la herida con ambas manos mientras LaSalle sostenía la linterna con pulso tembloroso. Alfred continuaba de rodillas junto a su hermano.

—¿Cómo va? —le preguntó a Wendy, aunque temía conocer ya la respuesta.

Ella no respondió. Solo le sostuvo la mirada con los ojos brillantes. La sangre se filtraba entre sus dedos como una marea incontenible. La chica paseó su mirada entre Alfred y Philip y se estremeció. Durante un segundo, abrió la boca para hablar, como un pez que buscara oxígeno fuera del agua, pero volvió a cerrarla sin decir nada.

—Wendy, ¿qué pasa? —preguntó impaciente.

—Nada… —susurró ella, esquivándole la mirada.

Alfred dejó de sujetar la mano de su hermano y la agarró por la barbilla para obligarla a mirarle. Ella intentó resistirse mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Dime qué pasa —insistió él con voz firme.

—Tu aura… —musitó ella, volviendo a callar después.

—¿Qué pasa con mi aura? —El silencio de la joven le hizo estallar—. ¡Wendy, por Dios, habla ya! Sé lo de mi aura, lo de la maldición de muerte de la *Corte dei Dannati*. Os escuché hablar en la tienda… Sé que se supone que voy a morir, así que habla.

—Ya no la tienes… Ya no está —contestó en un susurro tan débil que Alfred tuvo que inclinarse hacia ella para oír sus palabras por encima del rugido de los motores.

La sorpresa hizo que cesase su agarre sobre la barbilla de la chica. Ella volvió a mirar a Philip y rompió en sollozos. Alfred tardó un par de segundos en entender lo que estaba sucediendo… y cuando lo comprendió, sintió que un frío aún más gélido que el de la muerte recorría su cuerpo.

—¿Philip? —preguntó sin estar seguro de querer saber la respuesta—. ¿La tiene él? ¿Tiene el aura de la maldición?

Wendy no pudo contestar con palabras. Siguió sollozando mientras asentía con la cabeza. Alfred se quedó boquiabierto, sin saber cómo reaccionar. ¿Qué había sucedido? ¿Le había pasado la maldición a su hermano o desde el principio su aura había señalado la muerte de alguien cercano en lugar de la suya?

Philip tosió e intentó decir algo. Su voz fue un suspiro suave, como un secreto compartido.

—Alfie…

Alfred se inclinó hacia él, sujetándole la mano con fuerza. Estaba fría, cada vez más fría, pero aún conservaba las fuerzas suficientes para apretar.

—Estoy aquí. Estoy contigo.

—Siempre fuiste más valiente de lo que pensabas. —Philip dibujó una sonrisa en unos labios que empezaban a teñirse de azul.

—No hables, guarda fuerzas —le pidió Alfred mientras el dolor más intenso que hubiera sentido nunca le oprimía el pecho.

—No hay fuerzas que guardar. —Philip negó, moviendo levemente la cabeza, mientras sus ojos buscaban los de su hermano —. Escúchame. Prométeme que cuidarás de todos: de mamá, de papá, de Jane y Thomas…

Alfred apretó los dientes. Se sintió otra vez niño, un niño pequeño al lado de su hermano mayor, el que sabía arreglarlo todo, el que nunca se dejaba vencer…

—No digas eso. Vas a vivir. Aguanta un poco… Llegaremos pronto a un hospital…

Philip le apretó la mano y volvió a negar con la cabeza, con un movimiento tan leve que resultaba casi imperceptible.

—Promételo.

Alfred tragó saliva. Sintió las lágrimas escociendo en sus ojos, pero no las dejó caer.

—Lo prometo. —Su voz fue apenas un susurro—. Te lo juro.

—Ahora tú eres el mayor. —Philip asintió aliviado—. Gracias por venir a por mí. Gracias por permitirme morir siendo libre... No sabes lo que significa eso.

—No te vas a morir —dijo Alfred, desesperado—. Aún no.

Philip lo miró una última vez y entonces su mano se aflojó. El aliento salió de sus labios como un suspiro, como una vela que se

apaga.

No hubo gritos ni sollozos. Solo el sonido del motor y el cuerpo de Alfred inclinado sobre su hermano, con la frente apoyada en la suya, inmóvil. Wendy le abrazó desde atrás, con la cabeza posada contra su espalda, y Nigel se colocó a su lado y puso una mano sobre su hombro. Ninguno dijo nada, se limitaron a estar con él, a hacerle saber que no le dejarían solo.

El viaje continuaba, hacia Italia, hacia la libertad… pero Alfred supo que una parte muy importante de él se había quedado allí, que una parte de su corazón había muerto aquella noche con su hermano… Y que de un dolor así uno nunca se recupera.

Bletchley Park (Buckinghamshire), Junio de 1944


Alfred

Capítulo uno

La lluvia tamborileaba con suavidad sobre los cristales del despacho, como si hasta el cielo se hubiese contagiado del tono sombrío que llenaba Bletchley Park aquel día. Alfred estaba de pie frente al escritorio del comandante Travis, firme, con las manos entrelazadas a la espalda y la mirada clavada en un punto impreciso del suelo. La chaqueta de su uniforme aún estaba húmeda por el viaje. No había querido pasar por su habitación. No antes de entregar el informe.

Había terminado de hablar hacía apenas unos segundos. Cada palabra había salido de su boca con la precisión de un cirujano: la infiltración, la fuga, el rescate, el despegue… la muerte de Philip. Había omitido los detalles personales, como era costumbre, pero había algo en su voz que delataba la carga que llevaba encima. Travis no lo había interrumpido ni una sola vez. Le había escuchado con atención, asintiendo en silencio, con una mirada que pesaba más que cualquier palabra.

Cuando Alfred terminó, se hizo un silencio largo. Travis abrió un cajón y sacó una carpeta gris que colocó con cuidado sobre el escritorio. Sus movimientos eran medidos, casi rituales.

—Las reliquias llegaron hace dos noches. Ya están bajo custodia en condiciones de máxima seguridad.

Alfred asintió, pero no respondió. Aquella información solo le produjo un leve alivio, tan fugaz como una cerilla encendida en

mitad del vacío. Había cumplido su misión, había hecho lo que debía… y sin embargo, no conseguía que le importara.

—¿Se sabe algo de nuestras agentes en París, de la señorita Cooper y la señora Cohen? —preguntó finalmente.

—Aún no sabemos nada. —Travis negó con la cabeza—. No hemos recibido ninguna noticia, ni de ellas, ni por la Línea Cometa, ni por los canales de la resistencia local. Pero no hay señales de que hayan sido capturadas. Ninguna comunicación enemiga las menciona. Puede ser buena señal.

Alfred bajó la mirada, pero no dijo nada. El vacío en el pecho se hizo más grande. Clarice. Su nombre le dolía incluso cuando no lo pronunciaba. Intentó recordar su voz, su rostro, su sonrisa, pero la imagen se le escapaba como humo entre los dedos. En aquellos momentos, lo único que sentía cuando pensaba en ella era miedo, un terror insoportable cuando pensaba en la posibilidad de perderla. Ese miedo le paralizaba, le dejaba sin respiración, le dolía como si le estuvieran atravesando el pecho con un hierro al rojo… No podía permitirse perderla…

La incertidumbre era una tortura que no se parecía a ninguna otra. Alfred había aprendido a convivir con el miedo, con el dolor físico, incluso con la culpa… Pero no con ese nudo silencioso que se le había instalado en el pecho e iba apretándose día tras día, sin que pudiera hacer nada para aflojarlo.

—No se preocupe, Mitchell —dijo Travis, como si pudiera leerle la mente. Su tono era suave, incluso demasiado humano para él—. Son mujeres muy capaces. Estoy seguro de que estarán bien.

Alfred asintió con un gesto breve, seco. No necesitaba consuelo. No lo quería. Lo que necesitaba, más incluso que respirar, era saber de ella, verla, oír su voz y confirmar que estaba viva… Pero prefirió no decir nada. No quería contradecir al comandante y tampoco tenía fuerzas para discutir.

—Ha hecho un buen trabajo, Mitchell. —Travis cerró la carpeta—. La misión ha sido un éxito.

Alfred sintió una punzada de rabia. ¿Buen trabajo? ¿Un éxito? Él no lo sentía así en absoluto. Habían encontrado las reliquias, habían conseguido entrar en Colditz y escapar con vida, habían regresado a Inglaterra… Pero Philip no. Philip estaba muerto. El precio de esa misión era una herida que todavía supuraba, que tardaría mucho tiempo en cerrar… si es que en algún momento se cerraba del todo. Cerró los puños tras la espalda y mantuvo la mirada fija en el marco de la ventana.

—Quisiera pedir unos días de permiso.

Travis lo observó un instante, como si evaluara cuánto tiempo necesitaba un hombre que acababa de perder a su hermano en mitad de una guerra. Alfred supuso que no sería mucho. La guerra no daba tregua.

—El funeral —dijo el comandante. No fue una pregunta. Alfred asintió—. Tómese el tiempo que necesite. Cuando regrese, hablaremos de los próximos pasos.

Alfred hizo un gesto de agradecimiento y se dio la vuelta. Cuando salió del despacho, el sonido de la lluvia se hizo más nítido. Cruzó el pasillo con paso firme, pero por dentro sintió que cada paso

lo alejaba más de algo que ya no podría recuperar: la versión de sí mismo que existía antes de aquella maldita misión.

Pasó junto a varios oficiales que ni siquiera se detuvieron a saludarle. Estaban acostumbrados a ver hombres con la mirada vacía. Y él era ahora uno de ellos. Al llegar al recibidor, se detuvo, solo un segundo, frente a las escaleras que descendían hacia la sede de la División OpenMind, a ese rincón olvidado del edificio donde Wendy estaría revisando informes con los codos sobre la mesa y los ojos entornados y Nigel estaría bromeando con alguno de los operadores o robando galletas del comedor.

Pensó en bajar, en decirles que se marchaba, que iba al funeral, que estaría fuera unos días y que no sabía cuándo volvería. En contarles que no sabían nada de Clarice ni de Irma… Pero no lo hizo.

No quería ver sus miradas. Tal vez Wendy le pondría una mano en el brazo, con esa suavidad silenciosa que tenía, leyendo en su aura lo destrozado que estaba. Tal vez Nigel bromearía y diría alguna tontería para hacerle sonreír. Tal vez insistirían en acompañarlo, en ir con él…

Y eso era precisamente lo que no podía soportar. No quería su compasión. No quería que lo miraran como a un hombre roto, como a alguien cargado con un dolor tan grande que ya no sabía cómo llevarlo encima. No quería sus ojos clavados en él mientras enterraba a Philip.

Nadie debía compartir esa parte. Ese duelo era suyo, esa herida era solo suya… Había crecido bajo la sombra de Philip, el hermano mayor, el brillante, el valiente, el carismático, el que

siempre sabía qué decir y cómo actuar. Se había pasado la mitad de su vida intentando imitarle y estar a su altura… Y ahora él se había ido y le había dejado atrás con la promesa de proteger a su familia... Una promesa demasiado pesada, demasiado difícil…

Respiró hondo, se dio media vuelta y salió al aire gris de la mañana.


Tarice

Capítulo dos

No fue el edificio lo que me sorprendió. Era tal y como lo recordaba: igual de gris y severo que cuando me fui, un caparazón de ladrillos y secretos, tan discreto como si fingiera que no escondía nada importante.

Lo primero que me desconcertó fue el ruido. La música sonaba a través de las ventanas abiertas, se derramaba por los caminos, rebotaba en el agua del lago… Era una melodía alegre, con violines, trompetas y tambores, como si en lugar de un complejo de inteligencia militar aquello fuera una verbena de pueblo. Y luego la gente: decenas de personas por los jardines, algunos comiendo sentados sobre mantas a cuadros, otros bailando en la hierba, descalzos, con botellas de cerveza en la mano y flores robadas de los parterres en el pelo. Había parejas riendo, oficiales abrazándose, mujeres llorando con una sonrisa en la cara…

Me quedé quieta unos segundos al pie del coche preguntándome si todo el mundo se habría vuelto loco, con una mano en la maleta y la otra sujetando la caja de madera que contenía las reliquias.

No entendía nada. Me giré hacia el conductor del coche militar que me había traído hasta allí desde la estación de tren, pero se limitó a bajar del vehículo, desearme buena suerte y desaparecer entre la multitud para encontrarse con un grupo de amigos que le recibieron con vítores y brindis.

Me quedé allí quieta, de pie frente a la entrada del edificio principal sin saber qué era lo que estaba sucediendo. Toda aquella alegría desentonaba tanto con lo que yo sentía… Estaba sucia, cansada y descolocada. Necesitaba marcharme de allí cuanto antes y volver a casa para disfrutar de un rato de silencio y tranquilidad.

Pasé entre la gente como una sombra. Nadie me miró ni me reconoció, ni siquiera gente de mi propia división con la que había estado meses trabajando codo con codo. Había esperado algo más de reconocimiento después de haber cruzado media Europa arriesgando mi vida para tratar de salvarlos a todos, pero tuve que decirme a mí misma que no tenía por qué enfadarme ni considerarlos unos desagradecidos. Mi misión había sido secreta y ellos no tenían ni idea de lo que había estado haciendo. Además, supuse que el champán y la euforia tenían más poder que la memoria.

Avancé por el camino que llevaba al edificio principal, sin dejar de preguntarme qué demonios estaba pasando. Cuando estuve cerca de la puerta, vi que había banderas colgadas en los balcones. No solo británicas. También francesas, americanas, canadienses… y entonces lo entendí.

La guerra. Algo había pasado, algo grande… Incluso acaricié durante unos instantes la posibilidad de que hubiéramos ganado sin que yo me hubiera enterado de nada. Antes de que pudiera entrar a averiguarlo, vi a una pareja que salía a la carrera en mi dirección. Reconocí a Wendy y Nigel y, en un primer momento, pensé que venían a darme la bienvenida, hasta que me di cuenta de que ni siquiera me habían visto.

Ambos estaban riendo con esa risa auténtica que nace en la boca del estómago. Wendy tenía la cabeza inclinada hacia atrás y el pelo suelto, alborotado por el viento. Nigel iba con ella de la mano y también se reía con los ojos brillantes y la cara roja de emoción.

Los dos frenaron en seco al verme. Y el mundo, por un segundo, se quedó muy, muy quieto. Yo, con la caja en brazos. Ellos, con la felicidad aún en las mejillas, tan sorprendidos como si acabaran de ver un fantasma. Wendy fue la primera en moverse.

—¡Clarice!

Se lanzó a abrazarme con fuerza, con una alegría que le salía del corazón. El abrazo que me dio fue largo, intenso, de esos que servían para sanar, aunque solo fuera un poco, las heridas del alma. Su cuerpo delgado se apretó contra el mío y noté que temblaba un poco, tal vez de emoción, tal vez de alivio.

—Estás viva —susurró en mi oído sin soltarme—. Estaba tan preocupada por ti…

Nigel se acercó también con una sonrisa enorme y los ojos húmedos.

—¡Joder, Clarice! —Cuando Wendy me soltó, me agarró de los hombros y me miró de arriba abajo—. ¿Dónde demonios te habías metido? No teníamos ninguna noticia sobre ti…

Me aparté un poco, sin soltar la caja, y los miré. Sus dedos entrelazados, las miradas cómplices, la manera en que se inclinaban ligeramente el uno hacia el otro…

—¿Sois pareja? —pregunté, aún confundida.

—Sí. Bueno… —Wendy se rio—. Ahora sí. Desde Roma.

—La ciudad eterna obró su magia —añadió Nigel con una sonrisa.

—Me alegro mucho por vosotros —dije sonriendo—. Hacéis una pareja tan bonita…

—Yo también me alegro. —La sonrisa de Wendy iluminó su cara—. Ahora podremos hacer planes de parejitas…

—¿Planes de parejitas? ¿Qué quieres decir?

—Ya sabes… Nigel y yo, Alfred y tú… —Se quedó callada y enrojeció—. Ay, perdón, se supone que es un secreto y que no lo sé.

—No hay nada entre Alfred y… —me interrumpí al ver la cara de burla de Nigel—. Mierda. Lo has visto en nuestras auras, ¿verdad? —Esperé hasta que Wendy, aún con la cara roja, asintió avergonzada, como una niña a la que han pillado haciendo una travesura—. ¿No habíamos quedado en que ibas a respetar la privacidad de los miembros del equipo y que no ibas a mirar nuestras auras?

—Es imposible evitarlo… El color rosa rodea vuestras auras desde que volvisteis de España —se disculpó ella—. Solo os falta estar rodeados de corazones…

—Si te sirve de consuelo, te diré que yo también me había dado cuenta sin tener ningún poder para ver auras. —Nigel se encogió de hombros—. Solo hay que ver la cara de tonta que se te pone cada vez que miras a Alfred.

Me habría gustado enfadarme con ellos, pero sabía que tenían razón. Además, el nombre de Alfred había conseguido que todo lo demás dejara de tener sentido. Al pensar en él, sentí que mi

pecho se encogía. Tenía tantas ganas de verle, de refugiarme en sus brazos, de volver a besarle… Intenté que no se notara mi emoción al preguntar por él.

—¿Alfred? ¿Está en su despacho?

La expresión de ambos cambió al instante. La alegría se apagó como una vela ante una corriente de aire. Wendy bajó la mirada y Nigel se pasó una mano por el cuello.

—No… —respondió ella en voz baja—. Se fue hace dos días.

—¿Dónde?

—A Guildford, al castillo de su familia. —La voz de Nigel sonó más grave—. Su hermano mayor murió y tuvo que acudir al entierro. Nos enteramos de que estaba prisionero en Colditz y tratamos de rescatarlo, pero no salió bien…

Me quedé helada y no supe qué decir. Solo sentí una punzada aguda en el estómago al pensar en él enterrando a su hermano, solo… Habría dado cualquier cosa por haber llegado a tiempo para estar a su lado en aquellos momentos. Wendy pareció leerme el pensamiento.

—No quiso que nadie lo acompañara. Ni siquiera nos avisó de que se marchaba…

Asentí en silencio, sin poder apartar la vista del suelo. Y en aquel momento llegó la pregunta que yo había estado evitando. Aunque sabía que la harían tarde o temprano, eso no hizo que fuera menos dolorosa. Cada palabra de Wendy fue como un cuchillo que me atravesara el pecho.

—¿Dónde está Irma? ¿No ha venido contigo?

—No. —Mi voz salió rota—. Caímos en una trampa… La mujer que vino a recogernos en París no era un miembro de la Resistencia, sino una espía alemana de la Ahnenerbe… Nos traicionó y se la llevó con mentiras, diciéndole que la ayudaría a reunirse con su esposo… Pero no era cierto… Su marido está muerto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Wendy confusa.

—¿Cómo que se la llevó? —dijo Nigel al mismo tiempo—. ¿Y no hiciste nada para evitarlo?

Les fui mirando alternativamente, sin saber a qué contestar primero, sin estar segura de si podría contárselo sin que la voz se me quebrara en un sollozo y las lágrimas escaparan de mis ojos…

—Hablé con su marido a través de la *ouija*. Sé que murió hace meses en Treblinka. —Tuve que hacer un esfuerzo para deshacer el nudo que se había formado en mi garganta y seguir hablando—. Intenté rescatarla con ayuda de la Resistencia, pero no salió bien… Hubo muertos y no sirvió para nada… Esa mujer se la ha llevado a Berlín y no sé lo que harán con ella…

El silencio que siguió pesó más que cualquier palabra. Wendy se llevó las manos a la boca, mientras Nigel cerraba los ojos con fuerza y maldecía en voz baja.

—Lo siento mucho —murmuró Wendy—. Clarice, lo siento tanto…

—¿Y tú? ¿Estás bien? —preguntó Nigel, más serio que nunca.

—Estoy viva. Y tengo que entregar esto —respondí, alzando la caja con ambas manos.

—Te acompañamos a ver al comandante Travis —se ofreció Wendy.

—No. No quiero interrumpiros. Ibais a algún sitio.

—Solo íbamos al pueblo —explicó Nigel—. Al bar. Acaban de llegar las noticias del desembarco de Normandía. Parece que fue un éxito.

—Dicen que este podría ser el principio del fin de la guerra —añadió Wendy, con un destello de esperanza en los ojos.

Me habría gustado alegrarme por aquella noticia, pero estaba tan cansada que no conseguí sentir nada.

—Ven con nosotros después —sugirió Nigel—. Te esperamos.

—Gracias, pero no estoy de humor para fiestas. Solo quiero entregar esto, volver a casa, darme un baño y meterme en la cama.

Ambos asintieron, comprensivos. Iba a girarme para dirigirme hacia la mansión cuando Wendy me detuvo con una mano en el brazo y señaló la caja que yo llevaba con un gesto de la cabeza.

—Son las reliquias, ¿verdad?

Los miré. Contemplé la puerta del edificio y la caja que llevaba entre las manos antes de ponerme en marcha hacia la entrada.

—Venid conmigo. Solo será un momento.

Nos deslizamos dentro del vestíbulo, donde la música apenas llegaba como un eco lejano. Avancé unos pasos hasta asegurarme de que no había nadie más. Luego me arrodillé con cuidado y apoyé la caja en el suelo. Mis dedos temblaron al abrirla.

El interior seguía intacto. La corona de espinas, oscura y antigua, dormía sobre el paño blanco. A un lado, el clavo, largo y oxidado, con una forma imposible de confundir. Y, junto a ellos, la lanza, rota por la mitad, pero aún terrible en su belleza.

Wendy se arrodilló junto a mí y extendió una mano sobre ellos sin tocarlos. Cerró los ojos durante unos segundos y una sonrisa de paz se fue abriendo paso en su rostro.

—Son auténticas. —Su voz era apenas un susurro—. Puedo sentir su poder. Vibran con siglos de historia.

—Joder, Clarice. —Nigel silbó impresionado—. Lo has conseguido.

Yo asentí mientras cerraba de nuevo la caja, ajustando los cierres con tanto cuidado como si estuviera sellando una tumba.

—Sí. Lo conseguí.

No fui capaz de decir en voz alta lo que estaba pensando: que lo había conseguido a cambio de algo que nunca habría querido dar, que preferiría mil veces haber fracasado con tal de tener a Irma con nosotros.

No hizo falta que lo dijera. Sabía que Nigel y Wendy sentían lo mismo.


Alfred

Capítulo tres

El coche se detuvo frente a la entrada principal de la mansión con un ronroneo suave. Alfred no esperó a que el conductor le abriera la puerta. Salió antes de que el motor se apagara del todo con la maleta en la mano y la mandíbula apretada.

El funeral había sido sobrio, impecable, comedido en lágrimas y silencios. Una ceremonia elegante, como dictaba la tradición. Y su madre no había esperado ni a que acabaran de echar la última palada de tierra sobre el féretro de Philip para recordarle que acababa de convertirse en el heredero.

—Debes pensar en tu matrimonio, Alfred. Buscaremos a una dama con buen nombre y fortuna. Las expectativas que tenemos sobre ti no han cambiado solo porque Philip ya no esté. Al contrario, son aún mayores…

¿Cómo podía hablar así mientras el cuerpo de su hermano aún no se había enfriado? La había mirado sin responder. Si hubiera abierto la boca, no habría podido contenerse. Decidió marcharse sin decir nada más, sin despedirse siquiera. No se veía capaz de soportar otra conversación sobre herencias, alianzas familiares o compromisos sociales. Y mucho menos podía soportar esa súbita urgencia por buscarle una esposa como si se tratara de cerrar una negociación.

No iba a casarse con ninguna rica heredera. No iba a casarse con nadie que no fuera Clarice Cooper.

Por suerte, ya estaba de vuelta en Bletchley Park, lejos de su madre… Atravesó el umbral de la mansión sin mirar a nadie. Dentro, todo era bullicio. Risas, pasos apresurados, música de gramófono y voces eufóricas. Había banderas colgadas en los ventanales y gente bailando en los pasillos. Un aire de celebración lo inundaba todo, como si la guerra ya hubiera terminado.

Alfred se había enterado de camino de las últimas noticias sobre el desembarco de Normandía, pero sentía que no tenía nada que celebrar, así que subió las escaleras con la cabeza gacha, esquivando a un par de soldados que bajaban riendo con vasos en la mano. Cuando ya casi llegaba al primer rellano, una voz familiar lo detuvo.

—Mitchell.

Se giró. El comandante Travis estaba al pie de la escalera, con expresión sorprendida.

—Ha vuelto usted muy pronto —dijo acercándose a él—. Esperaba que no regresara hasta dentro de dos o tres días.

—Preferí volver cuanto antes, señor —respondió Alfred asintiendo.

Travis lo observó un momento. A Alfred le dio la impresión de que sabía lo que estaba sintiendo, pero, por suerte, el comandante decidió no insistir. Aun así, su voz sonó más amable cuando habló de nuevo.

—La señorita Cooper ha regresado esta mañana. Con las reliquias.

—¿Está bien? —Alfred sintió que su corazón daba un vuelco.

—Parece que sí. —Travis lo miró con una ceja alzada, como si hubiera detectado la emoción en su tono—. Debería poder encontrarla por aquí…

Alfred asintió con un leve gesto de cabeza, esperando que fuera suficiente para dar por cerrada la conversación y salió corriendo escaleras arriba. Por suerte, Travis no volvió a llamarle.

Cuando llegó a su habitación, abrió la maleta sobre la cama y sacó la pequeña caja de música. La envolvió con cuidado dentro de un pañuelo y, tras meterla en uno de sus bolsillos, salió del dormitorio.

Volvió a bajar. En el vestíbulo empezó a preguntar a todas las personas con las que se cruzaba, pero nadie supo decirle dónde estaba Clarice. Algunos incluso le dijeron que ni siquiera sabían que ella había vuelto. Otros estaban demasiado ocupados brindando por Normandía y apenas prestaron atención a su pregunta.

Después de varios intentos, uno de los mecánicos del equipo de cifrado, con la corbata atada en la cabeza y un vaso en la mano, le dio una respuesta que parecía útil.

—Vi a Wendy y Nigel salir hace un rato. Se iban al pueblo, al Red Fox, el bar del camino sur. Me han dicho que hay fiesta allí y que están celebrando como si la guerra hubiera terminado ya. ¿Quieres que te lleve? Voy a ir en coche dentro de un rato…

—No, gracias. Prefiero ir andando.

Salió al exterior con paso medido. Las luces de las primeras farolas rompían la oscuridad. Había ruido por todas partes, ecos de

canciones y risas que llegaban desde el interior de la mansión, como si la alegría y la esperanza hubieran decidido revivir de golpe.

Alfred cruzó los jardines sin prisa y se dirigió al puesto de control. Cuando lo atravesó y estuvo lo bastante lejos para estar seguro de que nadie podía verlo, echó a correr. Corrió como no había corrido en años, como si el corazón le fuera a estallar de emoción con cada zancada que le acercaba a ella.

En el silencio entre los árboles, solo pensaba en su rostro, en lo mucho que necesitaba verse en sus ojos y escuchar el modo en que pronunciaría su nombre. Después de todo, lo único que había querido, lo único que había ansiado desde el día en que había tenido que separarse de ella, había sido volver a encontrarla.

El sonido del bar le llegó antes que la luz. Era una música viva, con trompetas algo desafinadas y una batería que marcaba un ritmo optimista que le rebotó en el pecho como si intentara animar a su corazón a recorrer los últimos pasos. Las voces se entremezclaban en un murmullo espeso de risas, brindis y canturreos.

El Red Fox estaba a rebosar. Había gente dentro y fuera del bar, incluso había gente bailando descalza sobre la grava, con copas en la mano y la corbata suelta.

Alfred se detuvo unos segundos a la entrada, confuso ante aquel bullicio, ante aquella alegría desmedida que le resultaba excesiva. Acababa de llegar de un funeral, de un hogar enlutado, del silencio de un cementerio... y de pronto se encontraba ante aquel estallido de vida, como si alguien hubiera acelerado el ritmo del mundo sin avisarle.

En un primer momento, no consiguió distinguir a Nigel ni a Wendy entre la multitud. Debían de estar al fondo del bar, así que respiró hondo, se cuadró sin ser consciente de ello y avanzó hacia el interior.

El calor lo golpeó en cuanto cruzó la puerta. Había humo, música en directo y un aroma fuerte a cerveza, sudor y perfume barato. La pequeña orquesta improvisada, compuesta por cuatro miembros de Bletchley Park, tocaba con más entusiasmo que talento sobre una tarima al fondo del local.

Allí los vio. Nigel y Wendy estaban bailando y lo hacían sorprendentemente bien. Él giraba con ligereza con los brazos sueltos y una sonrisa enorme en la cara. Ella bailaba con el vestido ondeando y el pelo recogido con una flor roja, con los ojos cerrados como si la música le atravesara el cuerpo.

Por un momento, Alfred se quedó inmóvil, preso de una sensación de extrañeza. La guerra, el luto, la pena… Todo parecía tan lejano cuando uno los miraba… Cuando se sobrepuso, cruzó el bar abriéndose paso entre los cuerpos sudorosos, apartando vasos con cuidado y murmurando disculpas al rozar codos y espaldas. Cuando llegó a su lado, Nigel giró y lo vio.

—¡Alfred! —gritó con alegría, sin dejar de moverse—. ¡Sabía que no te resistirías a una buena fiesta!

Wendy, en cambio, se detuvo en seco al verle. La sonrisa se le congeló un instante y sus ojos se llenaron de algo muy distinto a la alegría. Ella debía de estar mucho más sobria que Nigel porque Alfred no tuvo que decir una sola palabra para que se diera cuenta de que no había acudido a aquel lugar buscando una celebración.

—¿Dónde está Clarice? —preguntó Alfred sin perder el tiempo.

Ella no respondió. Solo tomó la mano de Nigel y lo arrastró fuera del bar, sin mirar atrás, indicándole a Alfred que los siguiera. Una vez fuera, se alejaron del bullicio. Detrás de una hilera de setos y un par de bancos, el sonido se volvía más tenue, solo una vibración lejana entre los árboles. Allí, bajo una farola amarillenta y con los grillos desterrando el silencio, Wendy se giró.

—Irma no está con ella —anunció sin rabia ni drama en su voz, solo el dolor de la pérdida, una sensación que él conocía muy bien—. La Ahnenerbe les tendió una trampa. Una agente alemana sustituyó a su enlace con la Resistencia, las engañó y se llevó a Irma con mentiras. Clarice lo intentó todo para rescatarla, pero no pudo evitar que se la llevaran.

Alfred no pudo reaccionar. La información se le clavó como una piedra en el estómago. Wendy siguió hablando con suavidad.

—Está muy afectada. Se siente culpable. Se marchó a casa en cuanto terminó su informe. Dijo que no quería ver a nadie y que solo quería descansar.

Él asintió, incapaz de hablar. Philip muerto, Irma secuestrada, Clarice destrozada… Ignoraba cuántas noticias negativas más podría soportar, pero sospechaba que su límite no estaba muy lejos. Nigel, más serio que de costumbre, le dio una palmada en el hombro.

—Si te ve a ti… —Wendy le dirigió una sonrisa triste pero cálida—. Verte a ti le hará bien. Te aseguro que sí.

Alfred no dijo nada. Solo asintió de nuevo, más firme esta vez, antes de darse la vuelta y ponerse de nuevo en marcha. Cuando la música del Red Fox se convirtió en un eco lejano, echó a correr.

La casa de Clarice estaba en silencio, rodeada de árboles oscuros. Alfred se detuvo al otro lado de la verja, con la respiración aún acelerada por la carrera desde el pueblo. La luna se reflejaba en las ventanas, pero solo una tenía luz: la habitación en lo alto donde ella dormía. La única lámpara encendida brillaba como un faro solitario y él recibió aquella luz como un marinero perdido que llevara días buscando tierra.

Se quedó contemplando aquella ventana, recordando aquella vez en la que había trepado por el fresno para verla y tenerla cerca. Parecía que había pasado una eternidad desde aquella noche, que todo había cambiado… y, al mismo tiempo, nada había cambiado en absoluto.

Avanzó en silencio hasta el árbol. Sus botas pisaron sobre la hierba húmeda sin hacer ruido. Se colocó bajo el fresno, que seguía allí, inmutable, con las ramas gruesas y rugosas extendidas como brazos pacientes que hubieran estado esperándole.

Comenzó a trepar con cuidado, como había hecho aquella vez: las manos firmes, los pies tanteando las ramas, confiando en que lo sostendrían como confiaría en un viejo amigo.

Cuando llegó a la altura de su ventana, se detuvo. Apoyó un brazo en la rama más gruesa y se quedó quieto, mirando hacia dentro. Una lámpara de aceite iluminaba la habitación con luz tenue.

Allí estaba ella, tumbada sobre la cama con el cabello suelto y el rostro medio oculto por la sombra. Con aquella luz no podía distinguir si estaba dormida o no y, durante un breve instante, dudó si debería molestarla. Quizá había conseguido dormirse y, al menos en sueños, estaría en paz… Miró hacia abajo, pensando si debería descender y volver a casa, pero desestimó la idea.

No podía marcharse. No se veía capaz de esperar hasta el día siguiente para estar con ella. Lo veía tan imposible como esperar hasta la madrugada para volver a respirar. Necesitaba su mirada, su voz, su calor y su contacto. Verla allí, viva, tan real era todo lo que había necesitado desde que se separaron, pero, ahora que la tenía tan cerca, necesitaba más...

Se quedó así un minuto entero, mirándola, sintiendo el pecho subir y bajar con un temblor que no era cansancio ni frío. Era otra cosa, algo más antiguo, más profundo… Era el anhelo de estar a su lado cada segundo de su vida, era la promesa de hacer cualquier cosa por hacerla feliz, era la seguridad de que entregaría su vida por ella si hiciera falta… Era amor… Un amor tan potente que no podía esperar.

Rozó el cristal con los nudillos. Dos golpes suaves nada más para intentar no asustarla, pero Clarice se sentó de golpe, con los ojos muy abiertos y la respiración acelerada.

Cuando lo vio, su rostro cambió por completo. Sus ojos se volvieron enormes y brillantes y en su rostro se dibujó una sonrisa lenta, temblorosa, preciosa… Se levantó descalza y se acercó a la ventana. La abrió con las dos manos y la brisa nocturna le alborotó el pelo como una caricia.

—¿Qué haces ahí? —susurró, con una risa quebrada por la emoción.

Alfred metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó el pequeño objeto que había traído envuelto en un pañuelo. Lo desplegó y le enseñó la caja de música. La sostuvo en la palma, entre la oscuridad de la noche y la luz del quinqué.

—Te prometí que te la devolvería cuando volviéramos a encontrarnos —susurró emocionado—. Y aquí estamos de nuevo. Lo hemos conseguido.


Tarice

Capítulo cuatro

Durante unos segundos no fui capaz de reaccionar. No había llegado a estar dormida del todo. Había estado sumida en un duermevela inquieto en el que soñaba con volver a encontrarle… y, de repente, estaba ahí.

Me eché un par de pasos atrás para dejarle paso y él cruzó el alféizar con la misma solemnidad con la que habría entrado en una iglesia. Dejó la caja de música sobre la mesilla y volvió a girarse hacia mí.

Yo no dije nada. Tampoco él. Me limité a mirarle como quien contempla un milagro y a dejar que el silencio nos envolviera. Un silencio denso, pero sereno, de esos que solo existen entre personas que ya no necesitan explicarse.

Por fin pude reaccionar. Me acerqué a la ventana y la cerré, dejando el mundo al otro lado. Cuando me giré, él me estaba mirando como si acabara de encontrar el centro exacto del universo. Nos quedamos frente a frente, sin tocarnos aún. Yo apenas respiraba. Tenía la sensación de que si decía una palabra, la magia se rompería. Que si me movía, él desaparecería de nuevo. Pero Alfred dio un paso hacia mí. Y otro…

Y entonces su frente se apoyó en la mía… y respiramos juntos. No lloramos, pero había tanta tristeza en nuestros cuerpos y tanto alivio en el reencuentro que bastaba con estar cerca para sentirlo.

—Creí que no volvería a verte —susurré, sin poder evitarlo.

Él cerró los ojos. Me acarició la mejilla con la punta de los dedos, como si temiera que fuera a romperme.

—Yo también lo creí —respondió.

Me abrazó… y fue como volver a casa. Sentí su respiración en mi cuello, sus manos en mi espalda, su cuerpo contra el mío… Y todo el cansancio de los últimos días, toda la culpa, toda la pérdida, se deshizo un poco. Solo un poco, pero suficiente.

Cuando me besó, fue suave como si él también tuviera miedo de que me desvaneciera, como si quisiera saborear cada roce, cada sensación… Yo le respondí con los labios, con las manos, con el corazón… No hubo prisa ni urgencia, solo la necesidad de aferrarse a algo real, a alguien que conocía cada herida y aún así elegía quedarse.

Nos tumbamos en la cama como dos náufragos que al fin alcanzan la orilla. No nos dijimos grandes palabras. No era necesario. Nos abrazamos en la oscuridad, piel con piel, aliento con aliento… y en medio del dolor, de la muerte, de la guerra, hicimos algo parecido al amor.

No fue deseo lo que llenó la habitación. Fue consuelo. Fue ternura. Fue reencuentro. Fue verdad. Y, mientras me dormía entre sus brazos, con el rostro pegado a su pecho y su mano acariciándome el cabello, pensé que si el fin del mundo llegaba esa noche, al menos nos encontraría así: Juntos, vivos y en paz.

Cuando abrí los ojos, Alfred ya estaba despierto. Estaba tumbado a mi lado, con una mano bajo la cabeza, mirándome como si acabara de descubrir un secreto antiguo y sagrado.

—¿Otra vez mirándome así? —murmuré, sin abrir del todo los párpados—. ¿No tienes nada mejor que hacer?

Sonrió con esa sonrisa suya que solo le salía cuando estábamos él y yo, cuando no había nadie más mirándole y podía dejar de ser el Alfred perfecto y estirado para ser ese Alfred dulce que solo yo conocía.

—Travis me dijo que no me esperaba hasta dentro de un par de días, así que supongo que no pasará nada si hoy no me presento. Pensaba quedarme escondido un poco más, pero igual debería marcharme antes de que Wendy nos descubra.

Me estiré y le pasé un brazo por la cintura, acercándome aún más bajo las sábanas.

—Wendy ya lo sabe. —Bostecé, saboreando la calidez de su cuerpo—. Lo vio en nuestras auras hace meses. Hemos estado haciendo el ridículo.

—Qué horror. —Soltó una risa baja—. Se supone que somos del servicio secreto y ni siquiera somos capaces de ocultar lo nuestro.

—Somos un fraude. Deberíamos retirarnos y quedarnos en la cama para siempre.

Nos abrazamos en silencio, mis piernas entrelazadas con las suyas, su mano acariciando mi espalda desnuda… Me besó la frente

y luego los labios, despacio, como si estuviéramos hechos de cristal. Un beso de reencuentro, de alivio, de pertenencia…

Cuando se apartó un poco, vi algo en sus ojos: una sombra, una herida reciente. No tuve que preguntarle para saber lo que le estaba pasando por la cabeza.

—Sé lo de tu hermano —murmuré en voz baja—. Lo siento tanto, Alfred.

Él cerró los ojos un segundo, respiró hondo.

—Y yo sé lo de Irma. Wendy me lo contó. Lo siento también.

No pude contenerme. El nudo en la garganta, que había estado ahí desde París, desde aquel momento en que Elsa se llevó a Irma y cruzamos nuestras miradas por última vez, se deshizo al fin. Y me derrumbé entre sus brazos…

Lloré en silencio, pegada a su pecho, sintiendo cómo su mano se enredaba en mi pelo, cómo su otro brazo me cubría la espalda como un escudo. No dijo nada durante un rato. Solo estuvo allí. Y eso fue justo lo que yo necesitaba que hiciera.

—Los dos hicimos todo lo que pudimos —dijo al fin, con esa voz baja que usaba solo para decir la verdad—. Lo diste todo, Clarice. Yo también. Pero a veces eso no basta. No siempre se gana por quererlo mucho. Simplemente, no siempre se gana…

Asentí, aunque no podía parar de llorar. Porque, a pesar de que sus palabras eran ciertas, dolían demasiado. Y aunque empezaba a aceptar que no había sido mi culpa y que no había habido nada más que hubiera podido hacer, una parte de mí seguía odiándose por no haber conseguido salvarla.

Poco a poco, en sus brazos, el dolor se volvía más soportable. Nos quedamos así un momento, enredados bajo las sábanas, compartiendo un silencio espeso que no necesitaba explicación. Y entonces, sentí otra cosa: algo más que tristeza, algo que me hervía bajo la piel.

—No pienso permitir que los nazis ganen —dije, separándome un poco para mirarlo a los ojos—. No después de esto. No después de Irma, ni de Philip, ni de todos los demás que han muerto.

Él me miró en silencio, atento.

—Estoy cansada de ir siempre un paso por detrás —seguí—. Estamos intentando evitar que consigan más reliquias sin saber cuántos objetos tienen ya, cuántos necesitan o si quizás ya tienen suficientes para su maldito ritual. Estoy harta de jugar a la defensiva.

—¿Y qué propones? —preguntó Alfred, muy serio.

Lo miré fijamente, sintiendo cómo mi determinación tomaba forma al decirlo.

—Pasar al ataque. Ir a por ellos. Acabar con todo esto.

—¿Tienes algo en mente? —Él se incorporó un poco sobre un codo, estudiándome.

—Sabemos que están buscando el ritual en Egipto —respondí —. Reliquias hay muchas y no sabemos cuántas necesitan, pero solo hay un ritual. Si lo encontramos antes que ellos, les detendremos.

—Sí, eso es cierto. —Alfred asintió con la cabeza—. ¿Entonces lo que sugieres es…?

—Ir a Egipto —le interrumpí—. Vamos a evitar que consigan lo que quieren, vamos a detenerles y acabar con esto de una maldita vez.

Alfred no respondió de inmediato. Solo me lanzó una mirada larga e intensa.

Vi miedo en aquella mirada, pero también vi algo más: orgullo, determinación… y la esperanza de que, juntos, tal vez, podríamos ganar.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 2 de abril de 2025

Muchas gracias por haber leído esta novela. Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este QR con tu móvil puedes acceder directamente a las valoraciones:



OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

La próxima (y última) entrega de La historia de Clarice estará disponible a finales de este año. Si quieres estar informado, puedes seguirme en Amazon para que te avise de mis lanzamientos.

ESCANEA ESTE CÓDIGO QR PARA SEGUIRME EN AMAZON

Mientras esperas a que salga, en las últimas páginas te dejo un par de recomendaciones de novelas mías que pueden gustarte si estás disfrutando de La historia de Clarice.

LOS CRÍMENES DEL LAGO

Finalista del Premio Literario Amazon 2017.

Crímenes imperdonables, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Atrévete a leerlo… pero lejos del agua.



Puedes leer las primeras páginas pulsando en la portada o escaneando este código QR .

CRIATURAS MALDITAS

Una historia de vampiros en el siglo XXI

Descubre en este thriller sobrenatural los poderes ocultos que controlan desde las sombras la ciudad de Detroit.



Puedes leer las primeras páginas pulsando en la portada o escaneando este código QR :

TOP SECRET
DIVISIÓN
OpenMind
CLASSIFIED

[i] El Quinto Ejército de los Estados Unidos fue una de las principales fuerzas aliadas que participaron en la campaña de Italia durante la Segunda Guerra Mundial. Fue la unidad responsable de la ofensiva en la península italiana, junto con el Octavo Ejército Británico, avanzando desde el sur tras los desembarcos en Sicilia y Salerno, y participando en la dura Batalla de Montecassino y la subsiguiente captura de Roma en junio de 1944.

[ii] En francés "Aquellos fieles que deseen venerar las reliquias sagradas pueden acercarse a la Capilla del Tesoro".

[iii] En francés "Hijas mías, la catedral está por cerrar".

[iv] En francés "De acuerdo… Pueden quedarse un poco más".

[v] En italiano "¿Qué hacéis aquí?".

[vi] En alemán "¡Rápido! ¡Por allí!".

[vii] En italiano "¡Ahora y siempre, Resistencia". Era un lema utilizado por todas las facciones de la resistencia italiana, independientemente de su orientación política. Simbolizaba la lucha eterna contra la opresión y el fascismo.

[viii] En francés: ¡Disparad!

[ix] En francés: ¡Adelante!

[x] En alemán "Déjalo ya, hombre. Suelta eso y ven a fumar".

[xi] Os traduzco toda la conversación para que no tengáis que estar mirando las notas todo el rato:
El primer alemán dice: ¿Qué demonios fue eso?

El otro contesta: ¡No lo sé! Se ha ido la luz.

El primero le dice: Creo que ha sido el generador.

Y el segundo le responde: Tenemos que ir a ver.

Vamos, lo típico. Ya podéis seguir con la escena. De nada ;-)

[xii] Está claro que Calloway no conoce a los valencianos.

[xiii] Os traduzco también esta conversación:

El primer alemán dice: "Odio este maldito bosque… ¿Por qué tenemos que andar patrullando aquí de noche?"

Y el otro contesta: “Órdenes son órdenes. Será mejor que sigamos si no queremos tener problemas.”

[xiv] En alemán es algo así como “¡Alto! ¡Deténganse!”.

[xv] En alemán: "¡Os tengo! ¡Malditos cerdos!".